IAN RANKIN

SERIE REBUS

El libro negro

RBA

Título original: *The Black Book*

© John Rebus Limited, 1993.
© de la traducción: Alberto Coscarelli, 2015.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2015.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

CÓDIGO SAP: OEBO830
ISBN: 9788490566138

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Cita
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
Agradecimientos
Notas

Para los malvados, todas las cosas son malvadas; pero para los justos, todas las cosas son justas y correctas.

JAMES HOGG, *Memorias privadas y confesiones de un pecador justificado*

PRÓLOGO

Viajaban dos en una furgoneta a primera hora de la mañana, con los faros encendidos para combatir la blanca y espesa niebla que entraba desde el mar del Norte. Conducían con cuidado, siguiendo instrucciones estrictas.

—¿Por qué tenemos que ser nosotros? —bramó el conductor, mientras intentaba dominar un bostezo—. ¿Qué tienen de malo los otros dos?

El pasajero era mucho más corpulento que su compañero. Aunque tenía cuarenta y tantos años, llevaba el pelo largo, y daba la sensación de que se lo habían cortado usando como molde un casco militar alemán. Solía atusarse el pelo del lado izquierdo de la cabeza, pero en ese momento había olvidado esa manía y se aferraba al asiento. No estaba cómodo viendo cómo el conductor cerraba los ojos cada vez que bostezaba, y pensó que una charla quizá le mantendría despierto.

—Es solo temporal —dijo—. Además, no se trata de una tarea diaria.

—Gracias a Dios. —El conductor cerró los ojos de nuevo y bostezó. La furgoneta se desvió hacia el arcén.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó el pasajero, antes de añadir con una sonrisa—: Puedes dormir en la parte de atrás.

—Muy gracioso. Me refiero a otra cosa, Jimmy, ¡al pestazo!

—La carne siempre huele pasado un tiempo.

—Tienes respuesta para todo, ¿eh?

—Sí.

—¿Estamos cerca?

—Creía que conocías el camino.

—Por las carreteras principales sí, pero con esta niebla...

—Estamos pegados a la costa. No puede estar muy lejos.

El pasajero, al oír esto, pensó: «¡Vaya si estamos pegados a la costa! ¡Con dos ruedas fuera del arcén y casi al borde de un precipicio!». No

era solo eso lo que le ponía nervioso. Nunca antes había hecho el recorrido por la costa este, pero la costa oeste estaba ahora tan vigilada que no le quedaba otra opción. Era, por lo tanto, una carrera desconocida, y eso le perturbaba.

—Allí hay una señal. —Frenaron para mirar a través de la niebla—. La siguiente a la derecha. —El conductor arrancó de nuevo, puso el intermitente y giró para pasar a través de una verja de hierro que estaba abierta—. ¿Qué habríamos hecho si hubiese estado cerrada? —preguntó.

—Tengo unos alicates.

—Tienes una puta respuesta para todo.

—Sí.

Entraron en un pequeño aparcamiento sin pavimentar. Aunque no podían verlos, en un extremo había mesas de madera y bancos donde las familias de domingueros podían comer y pelearse con los insectos. Era un sitio popular por las vistas, un panorama ininterrumpido de mar y cielo a lo largo del horizonte. Abrieron las puertas y salieron de la furgoneta. Olieron y oyeron el mar. En lo alto, chillaban las gaviotas.

—Los pájaros ya se han despertado... Quizá sea más tarde de lo que creíamos.

Fueron a la parte trasera de la furgoneta y abrieron el maletero. El olor era tremendo. Incluso el estoico pasajero se tapó la nariz e intentó con todas sus fuerzas no respirar.

—Cuanto antes terminemos, mejor —dijo.

El cuerpo había sido colocado en dos sacos de fertilizante de plástico grueso, uno por encima de los pies y otro tapándole la cabeza, de tal forma que ambos se superponían en el medio, manteniéndose unidos gracias a un cordel y cinta adhesiva. Las bolsas estaban rellenas de ladrillos que las transformaban en una carga pesada e incómoda de llevar. Llevaron el grotesco paquete a rastras, mientras sus zapatos chapoteaban en la hierba húmeda al pasar por la señal de advertencia del borde del acantilado. Detrás, solo una endeble verja los separaba de su cometido.

—No detendría ni a un maldito mocoso —comentó el conductor.

Tenía arcadas, la saliva era como pegamento en su boca.

—Ve con cuidado —le advirtió el pasajero.

Saltaron la valla y avanzaron poco a poco hasta que vieron con toda claridad el borde del acantilado. No había más tierra, solo una pared vertical que descendía hasta el mar turbulento. Sin más ceremonias, arrojaron el bulto al vacío, aliviados de haberse librado de eso. Observaron durante unos segundos cómo se precipitaba hacia el mar.

—Bien, vamos.

—Tío, el aire huele estupendo.

El conductor se metió la mano en el bolsillo para buscar una petaca de whisky. No habían recorrido ni la mitad del camino de regreso a la furgoneta cuando oyeron el sonido de un motor y el crujir de unos neumáticos en la grava.

—Joder.

Los faros del vehículo iluminaron la furgoneta.

—¡Los putos polis! —exclamó el conductor.

—Tranqui —le advirtió el pasajero. Su voz era baja, y sus ojos mostraban determinación.

El freno de mano se clavó y se abrió la puerta del coche. Apareció un agente. Llevaba una linterna. Había dejado los faros encendidos y el motor en marcha. No había nadie más en el coche.

El pasajero sabía cuál era la situación. No era una trampa. Lo más probable era que el poli fuese allí al final de su turno nocturno. Tendría un termo o una manta en el coche y posiblemente solo quería disfrutar de un café o una cabezada antes de acabar su trabajo.

—Buenos días —saludó el agente.

No era joven, y no estaba habituado a tener problemas. A lo sumo, alguna riña de sábado por la noche en un bar, o rencillas entre granjeros. Había sido otra larga y aburrida noche para él, otra noche más cerca de la jubilación.

—Buenos días —respondió el pasajero.

Sabía que podían salir del apuro si el conductor mantenía la calma. Pero luego pensó: «Yo soy el visible».

—No se ve nada, ¿verdad? —dijo el policía.

El pasajero asintió.

—Por eso mismo nos detuvimos —explicó el conductor—. Decidimos esperar a que despeje.

—Muy sensato.

El conductor miró cómo el pasajero se volvía hacia la furgoneta y comenzaba a inspeccionar el neumático trasero del lado del conductor, y le daba un puntapié. Luego hizo lo mismo en la parte trasera del lado del pasajero, antes de agacharse para mirar debajo del vehículo. El policía observaba su actuación.

—¿Algún problema?

—En realidad no —respondió el conductor, nervioso—. Pero es mejor ser precavido.

—Veo que han venido de lejos.

El conductor asintió.

—Desde Dundee.

El policía frunció el ceño.

—¿Desde Edimburgo? ¿Por qué no siguieron por la autovía o la A914?

El conductor pensó deprisa.

—Tuvimos que hacer una descarga en Tayport.

—Incluso así, podrían haber…

El conductor vio cómo el pasajero se situaba detrás del agente. Sujetaba una piedra en la mano. El conductor mantuvo la mirada fija en el poli mientras la piedra se alzaba y bajaba hacia la cabeza del agente. El monólogo del policía terminó abruptamente y su cuerpo quedó tendido en el suelo.

—Fantástico.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —El pasajero se dirigió hacia su asiento—. ¡Venga, larguémonos!

—Cierto —dijo el conductor—, un minuto más y hubiese descubierto tu… eh…

El pasajero le miró con ojos cortantes.

—Querrás decir que un minuto más y hubiese olido el alcohol en tu aliento.

No dejó de fulminarle con la mirada hasta que el conductor admitió la acusación con un movimiento de hombros.

Salieron del aparcamiento abriéndose paso entre la niebla. Las gaviotas gritaban irritadas en las alturas. El motor del coche del policía continuaba en marcha y los faros iluminaban la figura inmóvil del que hasta ese momento había sido su conductor.

1

Todo ocurrió porque John Rebus estaba en su salón de masajes favorito leyendo la Biblia.

Sucedió porque un hombre entró por la puerta creyendo erróneamente que cualquier salón de masajes situado cerca de una cervecería y media docena de buenos bares tenía que ser a la fuerza un prostíbulo disfrazado y, como tal, debía de atender a los que acababan de cobrar la paga del viernes y a los borrachos habituales.

Pero el Organillero, el inquilino temeroso de Dios, dirigía un negocio legal, un lugar donde los músculos cansados quedaban como nuevos. Rebus estaba cansado: cansado de discusiones con Patience Aitken, de su trabajo y del hecho de que su hermano hubiese aparecido de la nada buscando refugio.

Había sido esa clase de semana.

La noche del lunes había recibido una llamada de su apartamento en Arden Street. Los estudiantes, sus inquilinos, tenían el teléfono de Patience y sabían que podían encontrarle allí. Sin embargo, esa fue la primera vez que tenían un motivo. Ese motivo se llamaba Michael Rebus.

—Hola, John.

Rebus reconoció la voz de inmediato.

—¿Mickey?

—¿Cómo estás, John?

—Joder, Mickey. ¿Dónde estás? No, olvídalo, sé dónde estás. Quiero decir —Michael se reía con suavidad— que oí que te habías ido al sur.

—No funcionó. —Bajó el tono de voz—. La cuestión es, John, ¿podemos hablar? No estaba seguro de hacerlo, pero de verdad necesito hablar contigo.

—Tú dirás.

—¿Debo ir ahí?

Rebus pensó deprisa. Patience estaba recogiendo a sus dos sobrinas

en Waverley Station, pero de todas maneras...

—No, quédate donde estás, ya iré yo. Los estudiantes son buenos chicos, quizá te preparen una taza de té o te ofrezcan un porro mientras esperas.

Hubo un silencio, luego la voz de Michael:

—Podría haberme evitado el comentario. —Colgó.

Michael Rebus había cumplido tres de los cinco años de condena que le habían caído por tráfico de drogas. Durante ese tiempo, John Rebus había visitado a su hermano menos de una media docena de veces. Se había sentido aliviado, más que cualquier otra cosa, cuando al salir de la cárcel, Michael había cogido un autobús dirección a Londres. De eso ya hacía dos años, y los hermanos no habían intercambiado palabras desde entonces. Pero ahora, Michael estaba de vuelta, y traía con él los malos recuerdos de un período en la vida de John Rebus que prefería no recordar.

El apartamento de Arden Street estaba sospechosamente arreglado cuando llegó. Solo había dos estudiantes en el piso, una pareja que dormía en lo que había sido el dormitorio de Rebus. Habló con ellos en el vestíbulo. Los chicos habían quedado con alguien y se fueron tras una breve charla, no sin antes entregarle a John otra carta de Hacienda. Cuando se marcharon, reinó el silencio en el apartamento. En realidad, Rebus habría preferido que se hubiesen quedado. Sabía que Michael estaría en la sala de estar y, efectivamente, ahí estaba, agachado ante el equipo de música y fisgando entre las pilas de discos.

—Mira todo esto... —dijo Michael, de espaldas a Rebus—. Los Beatles y los Stones, lo que siempre solías escuchar. ¿Recuerdas cómo volvías loco a papá? ¿Cómo se llamaba aquel tocadiscos...?

—Un Dansette.

—¡Eso es! Papá lo consiguió con los cupones descuento de los paquetes de cigarrillos. —Michael se levantó y se volvió hacia su hermano—. Hola, John.

—Hola, Michael.

No se abrazaron, ni se dieron la mano. Solo se sentaron, Rebus en la silla, Michael en el sofá.

—Este lugar ha cambiado —comentó Michael.

—Tuve que comprar unos cuantos muebles antes de poderlo alquilar.

Rebus echó un vistazo, suficiente para ver las quemaduras de cigarrillos en la alfombra y los carteles pegados en la pared, contraviniendo sus instrucciones explícitas. Abrió la carta de Hacienda.

—Tendrías que haber visto cómo se pusieron en acción cuando les dije que iba a venir. ¡Qué manera de fregar y de barrer! ¿Quién dice que los estudiantes son unos vagos?

—Son buenos chicos.

—¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Hace unos meses.

—Me dijeron que estabas viviendo con una doctora.

—Se llama Patience.

Michael asintió, balanceando su rostro enfermo y pálido. Rebus intentó no parecer interesado, pero lo estaba. La carta de Hacienda insinuaba con claridad que sabían que estaba alquilando el apartamento, y entonces ¿por qué no declaraba los ingresos? Sentía un hormigueo en la nuca, como solía pasarle desde que se la había quemado en el incendio. Los doctores decían que no había nada que pudieran hacer.

Se guardó la carta en el bolsillo.

—¿Qué quieres, Mickey?

—En pocas palabras, John, necesito un lugar donde alojarme. Una semana o dos como mucho, hasta que pueda rehacerme.

Rebus miró con expresión impenetrable los carteles de las paredes, mientras Michael le contaba lo mal que le iba en la vida y el poco trabajo y dinero que tenía. Necesitaba una oportunidad...

—Eso es todo, John, solo una oportunidad.

Rebus pensaba. Patience tenía una habitación en su apartamento, por supuesto. Allí había espacio suficiente incluso con las sobrinas, pero de ninguna manera Rebus iba a llevar a su hermano a Oxford Terrace. Las cosas no iban demasiado bien. Sus horas de trabajo hasta muy tarde y las de ella, su cansancio y el de ella, la dedicación a su trabajo y de ella al suyo... Rebus no veía que la presencia de Michael

fuese a mejorar las cosas. «No soy el guardián de mi hermano», pensó. Pero de todas maneras...

—Podría meterte en el cuarto trastero, aunque tendré que hablar con los estudiantes sobre eso.

No podía imaginar que ellos se negasen, pero le parecía cortés preguntarles. ¿Cómo podían decir que no? Él era su casero y los pisos eran difíciles de encontrar. Sobre todo apartamentos buenos, como el suyo, y en una zona tan agradable como Marchmont.

—Sería estupendo.

Michael respiró aliviado. Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta del cuarto trastero. No era más que un gran armario ventilado, junto a la sala de estar, pero parecía lo bastante grande para albergar una cama y una cómoda, sacando antes todas las cajas y trastos del interior.

—Podríamos guardar todo esto en el sótano —dijo Rebus, de pie detrás de su hermano.

—John —dijo Michael—, tal como me encuentro, me sentiría feliz durmiendo en el sótano. —Cuando se volvió hacia su hermano, había lágrimas en los ojos de Michael Rebus.

El miércoles, Rebus comenzó a comprender que su mundo era una comedia negra.

Michael se había mudado al apartamento de Arden Street sin el menor contratiempo. Rebus había informado a Patience del regreso de su hermano, pero poco más le había dicho al respecto. De todas maneras, ella pasaba mucho tiempo con las hijas de su hermana. Se había tomado unos días libres para mostrarles Edimburgo. Parecía algo bastante duro. Susan, con quince años, quería hacer todas aquellas cosas que Jenny, de ocho, no podía o no quería. Rebus se sentía excluido de ese triunvirato femenino, aunque por la noche entraba a hurtadillas en la habitación de Jenny solo para revivir la magia y la inocencia de una niña dormida. También dedicaba tiempo a eludir a Susan, que comenzaba a mostrarse demasiado consciente de las diferencias entre hombres y mujeres.

Estaba ocupado en el trabajo, lo cual significaba que solo pensaba

en Michael alrededor de una docena de veces al día. Ah, el trabajo, eso era otra cosa. Cuando la comisaría de Great London Road se quemó hasta los cimientos, Rebus fue trasladado a St Leonard's, la jefatura de la división del distrito central.

Con él habían sido destinados el sargento Brian Holmes y, para desconsuelo de ambos, el comisario «Granjero» Watson y el inspector jefe «Pedo» Lauderdale. Habían recibido compensaciones —oficinas más modernas, nuevos muebles, más lugares de ocio y equipos mejor preparados—, pero no las suficientes. Rebus todavía intentaba acomodarse a su nuevo lugar de trabajo. Todo estaba tan ordenado que nunca encontraba nada, lo que le sumía en un estado de angustia que solo podía curar largándose de la oficina y recorriendo las calles. Por ese motivo acabó frente a una carnicería en South Clerk Street, observando a un hombre apuñalado.

El hombre ya había sido atendido por un médico del barrio que estaba haciendo cola para comprar unas costillas de cordero y lonchas de jamón de York, en el momento en que el hombre entró tambaleante en la carnicería. Le habían vendado la herida con un delantal de carnicero limpio, y en ese momento estaban esperando a que bajaran la camilla de la recién llegada ambulancia.

Un agente informó a Rebus.

—Yo estaba un poco más allá, así que no habrían pasado ni cinco minutos cuando alguien me dijo lo que había ocurrido, y vine de inmediato. Entonces fue cuando llamé por radio.

Rebus había escuchado el mensaje del agente en su coche, y decidió acudir. Casi deseaba no haberlo hecho. La sangre en el suelo había coloreado el serrín que lo cubría. Porqué algunos carniceros todavía continuaban echando serrín en el suelo nadie lo sabe. En la pared de azulejos estaba marcada con sangre la silueta de una mano, y había una mancha más pequeña justo debajo.

El hombre herido también había dejado un rastro de gotas resplandecientes en el exterior, que llegaban casi a mitad de recorrido hasta Lutton Place, donde de pronto se detenían en el bordillo.

El hombre se llamaba Rory Kintoul, y le habían apuñalado en el abdomen. Eso era todo hasta el momento. No sabía mucho más,

porque Rory Kintoul se negaba a hablar del incidente, una actitud que no compartían los testigos, que se arremolinaban junto al negocio y que comentaban los rumores pertinentes a la multitud que se había congregado para mirar a través del escaparate. A Rebus aquello le recordaba las tardes de los sábados en el St James Centre, donde grupos de hombres se reunían delante de las tiendas de electrodomésticos para ver el fútbol en los televisores de sus escaparates.

Rebus se puso en cuclillas junto a Kintoul, en una actitud un poco intimidatoria.

—¿Dónde vive usted, señor Kintoul?

El hombre no estaba dispuesto a responder. Una voz llegó desde el otro lado del mostrador.

—Duncton Terrace. —El interlocutor vestía un delantal de carnicero ensangrentado y limpiaba un gran cuchillo con una toalla—. Está en Dalkeith.

Rebus miró al carnicero.

—¿Y usted es...?

—Jim Bone. Esta carnicería es mía.

—¿Conoce usted al señor Kintoul?

Kintoul había movido la cabeza con torpeza, intentando mirar el rostro del carnicero, como si intentase influirle en su respuesta. Pero, encogido como estaba contra la vitrina, tendría que haber sido contorsionista para conseguir semejante movimiento.

—Tengo que conocerle —respondió el carnicero—. Es mi primo.

Rebus estaba a punto de decir algo cuando los sanitarios entraron con la camilla y uno de los hombres estuvo a punto de patinar en el suelo ensangrentado. Mientras colocaban la camilla delante de Kintoul, Rebus vio algo que no olvidaría. Había dos carteles en la vitrina, uno clavado en un trozo de cecina, y el otro, en una pieza de solomillo rojo. Uno decía: «Cortes fríos». El otro ponía, simplemente, «Carne».

Una gran mancha de sangre fresca coloreaba el suelo cuando levantaron al primo del carnicero. Cortes fríos y carne. Rebus tuvo un escalofrío, y acto seguido abandonó el lugar.

El viernes, después del trabajo, Rebus decidió ir a hacerse un masaje. Le había prometido a Patience que llegaría a casa a las ocho y todavía eran las seis. Además, una paliza brutal siempre lo dejaba a punto para el fin de semana.

Antes, entró en el Broadsword para tomarse una pinta de cerveza local. No podía haber nada más local que la Gibson's Dark, una cerveza espesa y fuerte elaborada en la cervecería Gibson, a solo seiscientos metros de distancia. Una cervecería, un bar y una sala de masajes, todo en uno. Rebus pensó que si ponían un buen restaurante indio y un colmado abierto hasta la medianoche, podría vivir allí felizmente el resto de sus días.

No es que no le gustase vivir con Patience en su piso con jardín de Oxford Terrace. Representaba, tal como se dice, estar al otro lado de las vías. Su hogar, desde luego, estaba a un mundo de distancia de ese rincón de mala reputación de Edimburgo, uno de tantos. Rebus se preguntó por qué se sentía tan atraído por esos lugares.

El aire estaba cargado del aroma a lúpulo de la cervecería, y se mezclaba con otros aromas más fuertes de las otras cervecerías de la ciudad. El Broadsword era un abrevadero popular, y, como la mayoría de los bares populares de Edimburgo, se vanagloriaba de una clientela mixta: allí, estudiantes y gente de malvivir se mezclaban con algún que otro empresario. Era un lugar con muy pocas pretensiones, que tenía a su favor una buena cerveza y una buena bodega, y no necesitaba nada más.

El fin de semana ya había comenzado, y Rebus estaba apretujado en la barra, junto a un hombre cuyo inmenso perro alsaciano dormía en el suelo detrás de los taburetes. Ocupaba el lugar de, al menos, dos hombres, pero nadie le pedía que se moviera. Más allá de la barra, alguien bebía mientras agarraba con la otra mano un perchero que Rebus supuso que acababa de comprar en alguna tienda de segunda mano. Todos en el bar bebían la misma cerveza negra.

Aunque había media docena de bares en un radio de cinco minutos a pie, solo el Broadsword servía Gibson's de barril; los otros bares estaban vinculados a una u otra de las grandes cervecerías. Rebus comenzó a preguntarse, mientras la cerveza bajaba por su garganta,

qué efecto tendría en su metabolismo una vez que el Organillero se pusiese a trabajar en su espalda. Decidió no tomarse otra y se dirigió al O-Gee's, que era como el Organillero llamaba a su tienda. A Rebus le gustaba ese nombre: era la misma expresión que los clientes clamaban en cuanto el Organillero se ponía a trabajar: «¡Oh, *Jeez*!».* Eso sí, siempre tenían cuidado de no decirlo en voz alta, ya que al Organillero no le gustaba oír blasfemias en la mesa de masajes. Le alteraba, y nadie quería estar en las manos de un Organillero alterado.

Por lo tanto, ahí estaba sentado Rebus con la Biblia en el regazo, esperando para su cita de las seis y media. La Biblia era el único material de lectura en el local, cortesía del Organillero. Rebus la había leído antes, pero no le importaba echarle un vistazo de vez en cuando.

Entonces la puerta principal se abrió con estrépito.

—Dónde están las chicas, ¿eh?

El nuevo cliente no solo estaba mal informado, sino también muy borracho. Y era totalmente imposible que el Organillero atendiese a un borracho.

—Se ha equivocado de lugar, amigo.

Rebus estaba a punto de mencionarle otro par de salas de masaje cercanas que podían ofrecerle la sauna y el masaje a cargo de tailandesas pero, antes de que pudiese hacerlo, el hombre se detuvo ante él y lo apuntó con su dedo, grueso como una salchicha.

—¡Si es nada menos que el maldito John Rebus, el gran mariconazo!

Rebus frunció el entrecejo, intentando poner nombre a la cara que tenía frente a él. Su mente buscó en dos décadas de fotos de prontuarios. El hombre vio la confusión de Rebus y se lo aclaró:

—Deek Torrance, ¿no me recuerdas?

Rebus sacudió la cabeza. Torrance caminó con decisión hacia delante. Rebus apretó los puños, preparado para cualquier cosa.

—Hicimos juntos el entrenamiento de paracaidistas —añadió Torrance—. ¡Joder, tienes que recordarlo!

Y de pronto, Rebus recordó. Recordó todo, recordó la negra comedia que era su vida.

Bebieron e intercambiaron historias en el Broadsword. Deek no había

durado mucho en el regimiento de paracaidistas. Después de un año ya había tenido suficiente, y no mucho después abandonó el ejército.

—Era demasiado inquieto, John, ese era mi problema. ¿Y el tuyo?

Rebus sacudió la cabeza y bebió más cerveza.

—¿Mi problema, Deek? No podrías ponerle un nombre.

En realidad ya lo tenía puesto, primero por la súbita aparición de Mickey, y ahora de Deek Torrance. Fantasmas, ambos, de los que Rebus no quería ser su Scrooge. Invitó a otra ronda.

—Siempre decías que ibas a intentar alistarte en los SAS —dijo Torrance.

Rebus se encogió de hombros.

—No funcionó.

En medio del bullicio del bar, un joven que intentaba pasar con un contrabajo entre la multitud empujó a Torrance.

—¿No podía dejar eso fuera?

—¿Fuera? Ni hablar.

Torrance se volvió hacia Rebus.

—¿Has visto eso?

Rebus se limitó a sonreír. Se sentía bien después del masaje.

—Nadie trae nada pequeño a los bares de aquí —gruñó Deek Torrance.

Sí, ahora le recordaba muy bien. Estaba más gordo y más calvo, su rostro era áspero y mucho más carnoso que antes. Tampoco su voz sonaba igual, no del todo. Pero seguía habiendo algo característico en él: el gruñido Torrance. Deek Torrance había sido un hombre de pocas palabras, pero ahora tenía mucho que decir.

—¿En qué andas, Deek?

Torrance sonrió.

—En vista de que eres poli, será mejor que no te lo diga. —Rebus esperó con calma. Torrance estaba borracho hasta el punto de babear. Sin duda, no podría resistirse a decirlo—. Estoy en la compra y venta, sobre todo la venta.

—¿Qué vendes?

Torrance se inclinó hacia él.

—¿Hablo con la poli o con un viejo amigo?

—Un amigo —respondió Rebus—. Estoy fuera de servicio. Dime, ¿qué vendes?

Torrance gruñó.

—Todo lo que quieras, John. Soy como los grandes almacenes Jenners... con la diferencia de que puedo conseguir cosas que ellos no tienen.

—¿Como cuáles?

Rebus miró el reloj del bar. Desde luego no podía ser tan tarde, aunque en el Broadsword siempre tenían el reloj adelantado diez minutos.

—Lo que tú quieras —repitió Torrance—. Cualquier cosa, desde un polvo hasta una pipa. Lo que quieras.

—¿Qué tal un reloj? —Rebus comenzó a darle cuerda al suyo—. El mío solo funciona como unas dos horas seguidas.

Torrance lo miró.

—Un Longines —dijo, pronunciando la palabra correctamente—. No querrás desprenderte de eso, ¿verdad? Mándalo a limpiar, funcionará bien. Si te interesa, también podría recibirlo como parte de pago de un Rolex.

—O sea, que vendes relojes robados.

—¿Eso he dicho? No recuerdo haberlo hecho. Lo que sea, John. Lo que el cliente necesite, yo se lo consigo.

Torrance le guiñó un ojo.

—Oye, ¿qué hora crees que es?

Torrance se encogió de hombros y levantó la manga de su chaqueta en señal de no poder ser de ayuda. No llevaba reloj. Rebus pensó. Había mantenido su cita con el Organillero mientras Deek, paciente, le esperaba en la antesala. Después habían tenido tiempo para tomarse una pinta o dos, antes de que él tuviese que marcharse a casa. Se habían tomado dos... no, tres jarras hasta ahora. Quizá se le estaba haciendo tarde. Llamó al barman y se tocó la muñeca.

—Las ocho y veinte —le gritó el barman.

—Será mejor que llame a Patience —dijo Rebus.

Pero alguien estaba utilizando el teléfono público para cimentar un romance. Es más, se había llevado el auricular al lavabo de señoras

para poder oír por encima del ruido del bar, y el cable del teléfono estaba tan tenso que podría haber ahorcado a cualquiera que intentase usar los lavabos. Rebus esperó. Comenzó a mirar el teléfono montado en la pared. Qué demonios. Apoyó el dedo en la horquilla, la bajó y la soltó, antes de mezclarse entre la multitud del pub. Un joven salió del lavabo de señoras y colgó el teléfono con toda su furia. Buscó cambio en sus bolsillos desesperadamente, pero no pareció encontrar nada y comenzó a abrirse paso hacia la barra.

Rebus se dirigió al teléfono. Levantó el auricular, pero no daba tono. Probó de nuevo e intentó marcar. Nada. Algo se había roto cuando el hombre había golpeado con violencia el auricular contra la horquilla. Vaya mierda. Eran casi las ocho y media, y tardaría unos quince minutos en ir hasta Oxford Terrace. Eso lo iba a pagar muy caro.

—Tienes pinta de necesitar un trago —dijo Deek Torrance cuando Rebus se le unió en la barra.

—¿Sabes qué, Deek? —comentó Rebus—. Mi vida es una comedia negra.

—Bueno, es mejor que una tragedia, ¿no?

Rebus comenzaba a preguntarse cuál era la diferencia.

Llegó al apartamento a las nueve y veinte. Era probable que Patience hubiese preparado una cena para los cuatro. Seguramente le había esperado quince minutos o así antes de cenar. Había mantenido caliente su cena durante otros quince minutos, y luego la había tirado. Si era pescado, el gato habría dado buena cuenta de él. De lo contrario, su destino sería la montaña de compost para el jardín. Ya había ocurrido antes, demasiadas veces. Lo malo era que aún sucedía, y Rebus no estaba seguro de que la excusa de un viejo amigo o un reloj roto funcionara bien.

Los escalones que bajaban hasta el jardín estaban gastados y resbaladizos. Rebus descendió por ellos con mucho cuidado, por lo que tardó en ver la gran bolsa de deporte que, iluminada por la luz naranja de las farolas, estaba colocada en el felpudo de ratán, delante de la puerta principal del apartamento. Era su bolsa. La abrió y miró en el interior. Encima de unas cuantas prendas y un par de zapatos

había una nota. La leyó dos veces.

> No te molestes en intentar abrir la puerta. Tiene echado el cerrojo. También he desconectado el timbre, y el teléfono estará descolgado durante todo el fin de semana. Te dejaré el resto de tus cosas en el umbral el lunes por la mañana.

La nota no necesitaba firma. Rebus soltó el aliento poco a poco, luego metió la llave en la cerradura. No se movió. Tocó el timbre. Ningún sonido. Como último recurso se arrodilló para mirar a través de la boca del buzón. El vestíbulo estaba a oscuras, no había luz en las habitaciones.

—Surgió algo —trató de explicar. No obtuvo respuesta—. Intenté llamar, pero no conseguí ponerme en contacto contigo. —Todavía nada. Esperó un poco más, con la esperanza de que, al menos, Jenny rompiera el silencio. O Susan, a quien también le encantaba montar follones—. Adiós, Patience. —Silencio—. Adiós, Susan. Adiós, Jenny. —Continuó el silencio—. Lo siento.

Lo sentía de verdad.

—Es una de esas semanas —se dijo, y recogió la bolsa.

Andrew McPhail volvió a Edimburgo una mañana de domingo en la que el sol lucía débil y el viento cortaba la piel. Llevaba ausente mucho tiempo, y la ciudad había cambiado en todos los aspectos. El *jet lag* le duraba desde hacía días, y los precios inflacionarios de Londres habían dejado muy maltrecho su bolsillo. Caminó desde la estación de autobuses de Broughton, un poco más allá de Leith Walk. No era una caminata larga ni llevaba unas maletas pesadas, pero cada paso le parecía más pesado que el anterior. Había dormido mal en el autobús, para no perder la costumbre: no podía recordar la última noche que había dormido a pierna suelta.

El sol parecía estar dispuesto a desaparecer en cualquier momento. Unos gruesos nubarrones se ceñían sobre Leith. McPhail intentó avivar su marcha.

Tenía en el bolsillo la dirección de una pensión. Había telefoneado la noche anterior, y la casera le esperaba. Por teléfono le había sonado

agradable, pero era difícil de decir. De cualquier manera, no le importaba cómo fuese, siempre que se mantuviese callada. Sabía que su marcha de Canadá había aparecido en los periódicos canadienses, e incluso en algunos estadounidenses, y suponía que los periodistas de la zona le buscarían para obtener una buena historia. De hecho, le había sorprendido aterrizar con tanta discreción en Heathrow. Nadie parecía saber quién era, y eso estaba bien.

Solo quería una vida tranquila, aunque quizá no tan tranquila como en ciertos momentos de su pasado.

Había llamado a su hermana desde Londres y le había pedido que buscase en la guía de teléfonos a una tal señora MacKenzie, en la zona de Bellevue (sin obtener mucha colaboración por parte de las operadoras de Londres). Melanie y su madre se habían alojado con la señora MacKenzie cuando él las conoció, antes de mudarse todos juntos. Alexis era madre soltera, un caso del Departamento de Servicios Sociales. La señora MacKenzie había sido una casera más comprensiva que la mayoría. Aunque él nunca visitó a Melanie y a su mamá mientras estuvieron allí; a la señora MacKenzie no le habría gustado.

Ella ya no aceptaba inquilinos en esos días, pero era una buena cristiana, y McPhail, un tipo muy persuasivo.

Se detuvo delante de la casa. Era una sencilla construcción de dos plantas, con un enlucido granuloso gris y ventanas de doble cristal. Era idéntica a las casas de su alrededor. La señora MacKenzie abrió la puerta como si estuviese esperándole desde hacía un buen rato. Lo hizo pasar y lo llevó a la planta alta para mostrarle el baño, y a continuación el dormitorio, mientras hablaba sin parar. Su aposento era poco más grande que una celda, pero estaba decorado con gusto (algo así como de mediados de los sesenta). Estaba bien, no se podía quejar.

—Es encantador —le dijo a la señora MacKenzie, que se encogió de hombros como diciendo: «Por supuesto que sí».

—Hay té en la tetera —dijo ella—. Voy a servir un par de tazas. —Entonces, súbitamente, pareció recordar algo—. No se permite cocinar en la habitación.

Andrew McPhail sacudió la cabeza.

—No se preocupe, no cocino —respondió.

La casera hizo un gesto de aprobación y se acercó a la ventana, donde las cortinas de red todavía estaban echadas.

—Las correré. También puede abrir la ventana, si quiere aire fresco.

—Un poco de aire fresco no estaría mal —asintió él. Ambos miraron a través de la ventana hacia la calle.

—Es tranquilo —comentó la mujer—. No hay mucho tráfico. Por supuesto, siempre hay un poco de ruido durante el día.

McPhail se percató de que se refería al viejo edificio escolar del otro lado de la calle rodeado de una verja negra de hierro. No era una escuela grande, lo más probable es que fuera una escuela primaria. La ventana de McPhail daba a las puertas de la escuela, justo a la derecha del edificio principal. Directamente detrás de la verja se veía el patio desierto.

—Iré a servir el té —dijo la señora MacKenzie.

Tan pronto ella hubo salido, McPhail dejó sus maletas sobre la mullida cama individual. Junto a la cama había una mesita de noche y una silla. Levantó la silla, la colocó frente a la ventana, y se sentó. Movió la pequeña figura de un payaso de cristal que había en el alféizar para poder apoyar la barbilla en ese lugar. Nada obstaculizaba su visión. Permaneció allí, soñando despierto, mirando al patio, hasta que la señora MacKenzie le llamó para decirle que el té le esperaba en la sala de estar. «Y también bizcocho». Andrew McPhail se levantó con un suspiro. En realidad no le apetecía tomar té, pero suponía que siempre podría llevárselo a su habitación y dejarlo para más tarde. Se sentía cansado, agotado, pero estaba en casa y algo le decía que por fin iba a dormir como un muerto.

—Ya voy, señora MacKenzie —respondió, y apartó su mirada de la escuela.

2

El lunes por la mañana se corrió la voz por la comisaría de St Leonard's de que el inspector John Rebus estaba de más mala leche de lo habitual. Algunos lo encontraban difícil de creer, y casi estaban dispuestos a acercarse a Rebus para averiguarlo por ellos mismos. Casi.

Otros no tenían elección.

El sargento Brian Holmes y la detective Siobhan Clarke, sentados con Rebus en el cubículo improvisado de la sala del Departamento de Investigación Criminal, tenían el aspecto de estar frente a una hoguera.

—Bien —dijo Rebus—, ¿qué pasa con Rory Kintoul?

—Ha salido del hospital, señor —respondió Siobhan Clarke.

Rebus asintió, impaciente. Estaba esperando que ella metiese la pata. No porque fuese inglesa, licenciada, o tuviese padres ricos que le habían comprado un apartamento en la Ciudad Nueva. Tampoco porque fuese mujer. Solo era la forma de Rebus de tratar con los detectives jóvenes.

—Y sigue sin hablar —matizó Holmes—. No quiere decir lo que pasó y, desde luego, se niega a presentar una acusación.

Holmes parecía cansado. Rebus se dio cuenta por el rabillo del ojo y desde ese momento evitó establecer contacto visual directo con Holmes, por temor a que su compañero comprendiese que ahora tenían algo en común.

Sus respectivas parejas los habían echado de casa.

A Holmes le había ocurrido hacía poco más de un mes. Tal como él mismo lo comentó más tarde, una vez que se había mudado a Barnton con una tía suya, el problema había tenido que ver con los bebés. El muy idiota no se había dado cuenta de lo mucho que Nell quería un bebé, e incluso hacía bromas sobre el tema, despreocupado. Entonces, un día, ella había estallado —una visión impresionante— y le había

echado de casa, hecho presenciado por la mayoría de las vecinas de su pueblo minero al sur de Edimburgo. Al parecer, las vecinas habían aplaudido mientras Holmes huía con el rabo entre las piernas.

Ahora, Holmes trabajaba más que nunca y a Rebus le recordaba a unos pantalones de trabajo desteñidos y raídos, no muy lejos del final de su vida útil.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Rebus.

—Estoy diciendo que creo que deberíamos dejarlo, con todos los respetos.

—¿Con todos los respetos, Brian? Eso es lo que dicen las personas cuando quieren decir «maldito imbécil».

Rebus continuaba sin mirar a Holmes, pero podía notar cómo el joven se sonrojaba. Clarke se miraba el regazo.

—Escucha —añadió Rebus—, este tipo avanzó tambaleándose casi doscientos metros con un corte de cinco centímetros en la tripa. ¿Por qué? —Nadie respondió—. ¿Por qué caminó por delante de una docena de tiendas y solo se detuvo en la de su primo? —insistió Rebus.

—Quizás iba al consultorio del médico, pero las fuerzas terminaron por fallarle —sugirió Clarke.

—Quizás —dijo Rebus en un tono despectivo—. Sin embargo, es curioso que pudiese llegar a la carnicería de su primo.

—¿Cree que su primo podría tener algo que ver, señor?

—Dejad que os pregunte otra cosa. —Rebus se levantó y caminó unos pasos, luego volvió y pilló a Holmes y a Clarke intercambiando miradas, lo cual le intrigó. Al principio, habían surgido chispas entre ellos, chispas de antagonismo. Pero ahora trabajaban bien juntos. Solo confiaba en que la relación no fuese más allá—. Dejad que os pregunte esto. ¿Qué sabemos de la víctima?

—Poca cosa —admitió Holmes.

—Vive en Dalkeith —dijo Clarke—. Es técnico de laboratorio en el hospital. Casado, un hijo. —Se encogió de hombros.

—¿Es todo? —preguntó Rebus.

—Es todo, señor.

—Eso es —dijo Rebus—. No es nadie, no es nada. Ninguna de las

personas con las que hablamos dijo ni una sola mala palabra de él. Entonces, decidme: ¿cómo es que acabó apuñalado? Y nada menos que a media mañana del miércoles. Para más inri, el tipo mantiene la boca tan cerrada como el monedero de un avaro en la colecta de la iglesia. Tiene algo que ocultar. Dios sabe qué, pero está relacionado con un coche.

—¿Cómo lo ha sabido, señor?

—La sangre comienza en el bordillo, Holmes. Tuvo que apearse de un coche, ya herido.

—Conduce, señor, pero ahora mismo no tiene coche.

—Una chica lista, Clarke. —Ella se erizó al oír «chica», pero Rebus ya hablaba de nuevo—. Había pedido medio día libre en el trabajo sin decírselo a su esposa. —Se sentó de nuevo—. ¿Por qué, por qué, por qué? Quiero que vosotros dos vayáis de nuevo a hablar con él. Decidle que le seguiremos incordiando hasta que nos cuente la verdad. Hacedle saber que esto va en serio. —Rebus hizo una pausa—. Después, investigad al carnicero.

—Ahora mismo, señor —comentó Holmes.

Le salvó la campanilla del teléfono. Rebus atendió la llamada. Quizá fuera Patience.

—Inspector Rebus.

—John, ¿podrías venir a mi despacho?

No era Patience, sino el comisario.

—En dos minutos, señor —respondió Rebus, y colgó el teléfono. Luego, les ordenó a Holmes y a Clarke—: En marcha.

—Sí, señor.

—¿Crees que estoy armando demasiado escándalo por esto, Brian?

—Sí, señor.

—Quizá tengas razón. Pero no me gustan los misterios, no importa lo pequeños que sean. Así que en marcha y satisfaced mi curiosidad.

Cuando se levantaron, Holmes hizo un gesto hacia la maleta que Rebus había ocultado detrás de la mesa, supuestamente fuera de la vista.

—¿Algo que deba saber?

—Sí —dijo Rebus—. Es allí donde guardo todos los sobornos. Los

tuyos sin duda todavía te caben en el bolsillo trasero. —Holmes no parecía dispuesto a moverse, aunque Clarke ya se había retirado a su mesa. Rebus aflojó la guardia, soltó el aliento y bajó la voz—. Acabo de unirme a la fila de los desposeídos. —El rostro de Holmes reflejó alivio—. Ni una puta palabra. Esto es entre tú y yo.

—Comprendido. —Holmes pensó en algo—. Ya sabes que la mayoría de las noches ceno en el Heartbreak Cafe...

—Entonces sabré dónde encontrarte si alguna vez necesito oír algo del primer Elvis.

Holmes asintió.

—También del Elvis de Las Vegas. Solo quiero decir que si hay algo que pueda hacer...

—Podrías comenzar por disfrazarte de mí e ir a ver al Granjero Watson.

Holmes sacudió la cabeza.

—Me refería a cualquier cosa dentro de lo razonable.

Dentro de lo razonable. Rebus se preguntó si estaba dentro de lo razonable pedirles a los estudiantes que le permitiesen dormir en el sofá mientras su hermano dormía en el cuarto trastero. Quizá debería ofrecerles una rebaja en el alquiler. Cuando el viernes por la noche se presentó en el apartamento sin avisar, tres de los estudiantes y Michael estaban sentados en el suelo en posición del loto, preparando canutos y escuchando a los Rolling Stones de mitad del período. Rebus miró con horror el papel de cigarrillo en las manos de Michael.

—¡Maldita sea, Mickey! —Al final, Michael Rebus había conseguido provocar una reacción en su hermano mayor. Los estudiantes, al menos, tuvieron el detalle de mostrarse como los delincuentes que eran—. Tenéis suerte —les dijo a todos— de que en este preciso momento me importe una mierda.

—Adelante, John —dijo Michael, y le ofreció un canuto a medio fumar—. No te puede hacer ningún daño.

—A eso me refiero. —Rebus sacó una botella de whisky de la bolsa que llevaba—. Esto sí.

Se dedicó a pasar las últimas horas de la noche tumbado en el sofá,

bebiendo whisky y acompañando las notas de cualquier viejo disco que sonase. A los estudiantes no parecía importarles su presencia, a pesar de que los había invitado a guardar las drogas mientras estuviera allí. Limpiaron el apartamento, ayudados por Michael, y por la noche todos se fueron al bar dejando a Rebus con la televisión y algunas latas de cerveza. No parecía que Michael les hubiese hablado a los estudiantes de sus antecedentes delictivos, y Rebus confiaba en que así seguiría siendo. Michael se había ofrecido a mudarse, o al menos a darle a su hermano el cuarto trastero, pero Rebus se negó. El motivo, no lo tenía claro.

El domingo fue a Oxford Terrace, pero no parecía haber nadie en casa, y su llave seguía sin abrir la puerta. Patience había cambiado la cerradura, o quizá se ocultaba en algún lugar, tratando de curarse el mono a palo seco con las niñas como compañía.

Rebus se hallaba en ese momento delante de la puerta del Granjero Watson y se miraba a sí mismo. Patience le había dejado una maleta con sus cosas delante de la puerta, que Rebus había recogido con tristeza. Sin una nota, solo la maleta. Se había cambiado de traje en el baño de la comisaría. Estaba un poco arrugado, lo que no le suponía un problema. Sin embargo, no tenía corbata a juego: Patience había incluido dos horribles corbatas marrones (¿de verdad eran suyas?) junto con el traje azul oscuro, de forma que las prendas no pegaban en absoluto. Llamó una vez a la puerta antes de abrir.

—Adelante, John, adelante. —A Rebus le pareció que el Granjero también estaba teniendo problemas para acomodar St Leonard's a su gusto. En la habitación reinaba una atmósfera extraña—. Siéntate. —Rebus buscó una silla. Había una junto a la pared, aplastada por una montaña de expedientes. Los quitó e intentó buscarles un espacio en el suelo. Por lo visto, el comisario tenía menos espacio en su despacho que el propio Rebus—. Todavía estoy esperando a que me traigan los malditos archivadores —reconoció Watson.

Rebus acercó la silla a la mesa y se sentó.

—¿Qué pasa, señor?

—¿Cómo van las cosas?

—¿Las… cosas?

—Sí.

—Las cosas están bien, señor.

Rebus se preguntó si el Granjero sabía lo de Patience. Imposible.

—¿La detective Clarke trabaja bien?

—No tengo quejas.

—Bien. Tenemos un trabajo pendiente, una operación conjunta con Trading Standards.

—¡Oh!

—El inspector jefe Lauderdale te dará los detalles, pero primero quiero consultarlo contigo.

—¿Qué clase de operación conjunta?

—Préstamos de dinero —dijo Watson—. No te he ofrecido café, ¿te apetece? —Rebus negó con la cabeza y observó cómo Watson se inclinaba en su silla. Había tan poco espacio en la habitación que había tomado la costumbre de dejar la cafetera en el suelo, detrás de la mesa. Hasta donde Rebus sabía, ya la había volcado sobre la alfombra beis nueva un par de veces. Cuando Watson se irguió de nuevo, sostenía en su manaza una taza del brebaje infernal. El café del comisario era una leyenda en Edimburgo—. Préstamos de dinero acompañados con algo de protección —corrigió Watson—. Pero, sobre todo, préstamos de dinero.

En otras palabras, la misma y vieja historia de siempre. Personas que pedían dinero prestado en el lugar equivocado, a sabiendas del tremendo riesgo que corrían al hacerlo, ya que no tenían ninguna posibilidad con los bancos. El problema era, por supuesto, que los intereses alcanzaban los centenares por ciento y los atrasos, que no tardaban en producirse, llevaban un interés todavía más prohibitivo. Era un círculo vicioso y sanguinario, porque al final estaba la intimidación, las palizas y algo peor.

De pronto, Rebus supo por qué el comisario deseaba esa pequeña charla.

—No se tratará de Big Ger, ¿verdad? —preguntó.

Watson asintió.

—En cierta manera —reconoció.

Rebus se levantó de un salto.

—¡Esta será la cuarta vez en cuatro años! ¡Siempre se libra, usted lo sabe y yo lo sé! —Normalmente hubiese dicho esto en movimiento, pero no había espacio donde moverse, así que se quedó allí como una especie de orador apocalíptico—. Es una pérdida de tiempo intentar pillarlo por temas de préstamos de dinero. Creía que tras hablar de esto más de una docena de veces, habíamos decidido que era inútil ir por él sin intentar otro enfoque.

—Lo sé, John, lo sé, pero los de Trading Standards están preocupados. El problema parece ser más grande de lo que creían.

—Maldito Trading Standards.

—A ver, John...

—Pero —Rebus hizo una pausa—, con todo respeto, señor, es una completa pérdida de tiempo y de recursos humanos. Montaremos una vigilancia, tomaremos unas cuantas fotos, detendremos a un par de desgraciados que actúan como corredores, y nadie testificará. Si el procurador fiscal de verdad quisiera apresar a Big Ger, nos daría los recursos para poder montar una operación decente.

El problema, por supuesto, era que nadie tenía tantas ganas de detener a Morris Gerald Cafferty (conocido por todos como Big Ger) como John Rebus. Suspiraba por una crucifixión en toda regla. Quería empuñar la lanza y dar el último estoque para cerciorarse de que el cabrón estuviese muerto de verdad. Cafferty era escoria, pero una escoria inteligente. Siempre había testaferros a su alrededor que irían a la cárcel en su nombre. Rebus había fracasado tantas veces en sus intentos de encerrarle, que prefería no pensar en él en absoluto. Ahora, el Granjero le decía que habría una operación, lo que significaba largas noches y días de vigilancia, un montón de papeleo y, finalmente, los arrestos de unos pocos aprendices de matones.

—John —dijo Watson, que apeló a su poder de persuasión—, sé cómo te sientes. Pero por lo menos vamos a hacer un último disparo, ¿eh?

—Sé qué clase de disparo le dedicaría a Cafferty si me dieran la oportunidad —y Rebus convirtió su puño en un arma e imitó el retroceso.

Watson sonrió.

—Entonces es una suerte que no vayamos armados, ¿verdad?

Después de un momento, Rebus también sonrió. Se sentó de nuevo.

—Adelante, señor —dijo—. Le escucho.

Esa misma noche a la once, Rebus veía la tele en la soledad de su apartamento. Seguramente los estudiantes estaban en la biblioteca de la universidad o, en su defecto, en el bar. Dado que Michael tampoco estaba, el bar parecía una apuesta segura. Había llamado a Patience tres veces, y siempre había terminado hablando con el contestador automático, repitiendo que sabía que ella estaba allí y tratando de convencerla para que cogiera el teléfono.

Como resultado, el auricular estaba en el suelo junto al sofá, y cuando sonó estiró un brazo para cogerlo y lo sostuvo junto al oído.

—¿Hola?

—¿John?

Rebus se incorporó como un resorte.

—Patience, gracias a Dios...

—Escucha, esto es importante.

—Sé que lo es. Sé que fui un estúpido, pero tienes que creerme...

—¡Escúchame! —Rebus se calló y escuchó. Haría lo que ella le dijese, sin preguntar—. Creyeron que estabas aquí, así que alguien de la comisaría acaba de llamar. Es Brian Holmes.

—¿Qué quiere?

—No, llamaba por él.

—¿Y qué pasa con él?

—No lo sé. En cualquier caso, está herido.

Rebus se levantó sin soltar el teléfono, arrastrando por el suelo todo el aparato.

—¿Dónde está?

—En algún lugar en Haymarket, en un bar...

—¿El Heartbreak Cafe?

—Eso es. Escucha, John...

—¿Sí?

—Ya hablaremos. Pero todavía no. Solo dame tiempo.

—Como quieras, Patience. Adiós.

John Rebus dejó caer el teléfono y cogió la chaqueta.

Rebus estaba aparcando delante del Heartbreak Cafe apenas siete minutos más tarde. Esta era la belleza de Edimburgo cuando se podían evitar los semáforos. El Heartbreak Cafe había sido abierto un año antes por un cocinero que también resultaba ser un fanático de Elvis Presley. Había utilizado parte de su extensa colección de recuerdos para decorar el interior, y sus habilidades culinarias le permitían ofrecer un menú que casi por sí solo justificaba una visita, incluso si, como era el caso de Rebus, nunca te había gustado Elvis. Holmes había estado hablando del lugar desde su apertura, charlando durante horas sobre un postre llamado Blue Suede Choux. El café también funcionaba como bar, con cócteles exóticos, música de los cincuenta y cervezas embotelladas estadounidenses cuyos precios habrían causado convulsiones en el Broadsword. Rebus tenía la sensación de que Holmes se había hecho amigo del propietario; desde luego, pasaba allí mucho tiempo desde su separación de Nell, y como resultado había engordado algunos kilos. Desde el exterior, el lugar no parecía nada del otro mundo: una fachada de cemento con ventanas rectangulares estrechas en el medio llenas de rótulos de neón que anunciaban las cervezas. En la parte superior de la fachada, un cartel luminoso parpadeaba el nombre del restaurante.

Sin embargo, la acción no estaba dentro. Holmes había sido atacado en la parte de atrás del lugar, donde un callejón angosto llevaba hasta el aparcamiento de los clientes. Era un aparcamiento pequeño para lo que es habitual en cualquier restaurante, y servía como depósito para los cubos a rebosar de basura. La mayoría de los clientes, adivinó Rebus, aparcaban en la calle, pero Holmes lo hacía ahí atrás porque pasaba mucho tiempo en el bar, y porque una vez le habían rayado el coche cuando lo había dejado en la calle.

Había dos coches en el aparcamiento. Uno era de Holmes, y el otro, un viejo Ford Capri con un retrato de Elvis en el capó, pertenecía sin atisbo de duda al propietario del Heartbreak Cafe. Brian Holmes yacía entre los dos vehículos. Hasta el momento nadie le había movido; esperaban a que el doctor acabase su examen. Uno de los detectives

presentes reconoció a Rebus y se le acercó.

—Un golpe muy feo en la nuca. Lleva inconsciente unos veinte minutos, desde que lo encontraron. El dueño del café fue quien le encontró y, al reconocerle, nos llamó. Podría tener el cráneo fracturado.

Rebus asintió sin decir nada, con su mirada fija en la figura yaciente de su colega. El otro detective continuaba hablando sobre que la respiración de Holmes era regular; su pulso, correcto...; los consuelos habituales. Rebus se acercó al cuerpo y se detuvo junto al doctor, arrodillado. El médico ni siquiera le miró, pero ordenó al agente que sujetaba una linterna sobre Brian Holmes que la moviese un poquito a la izquierda. Luego comenzó a examinar aquella parte del cráneo de Holmes.

Rebus no veía sangre, pero eso no significaba nada. Las personas morían a todas horas sin perder sangre. Dios, Brian parecía tan tranquilo que era como mirar en un ataúd. Se volvió hacia el detective.

—¿Cuál es el nombre del dueño?

—Eddie Ringan.

—¿Está dentro?

El detective asintió.

—En la barra del bar.

Eso cuadraba.

—Iré a hablar con él —dijo Rebus.

Eddie Ringan tenía lo que eufemísticamente se conoce como un problema con la bebida desde hacía años, mucho antes de que abriese el Heartbreak Cafe. Por esta razón, las personas creían que el bar fracasaría, al igual que sus anteriores negocios. Pero se equivocaron, y la razón era que Eddie había conseguido encontrar a un encargado que no solo era algo así como un gurú financiero, sino que también era correcto y honrado a carta cabal. No le robaba a Eddie, y le mantenía donde este debía permanecer durante las horas de trabajo: en la cocina.

Eddie continuaba bebiendo, pero podía cocinar y beber; eso no era

un problema, sobre todo cuando le acompañaban uno o dos ayudantes de cocina para ocuparse del trabajo que requería una mirada clara o una mano firme. Por lo tanto, como afirmaba Brian Holmes, el Heartbreak Cafe prosperaba. Aún no había conseguido convencer a Rebus para compartir una comida de King Shrimp Creole o Love Me Tenderloin. No había convencido a Rebus para que cruzase la puerta principal... al menos hasta esa noche.

Las luces continuaban encendidas. Era como entrar en el santuario del ídolo de un adolescente. Había carteles de Elvis en las paredes, portadas de discos de Elvis, una figura de Elvis de tamaño natural, incluso un reloj de Elvis, con los brazos del Rey señalando la hora. La televisión estaba encendida y emitía una «noticia» sobre un cheque gigante que se había entregado en la cervecería Gibson.

No había nadie más en el local excepto Eddie Ringan, derrumbado en un taburete, y otro hombre detrás de la barra que servía dos chupitos de Jim Beam. Rebus se presentó y fue invitado a sentarse. El encargado de la barra se presentó a sí mismo como Pat Calder.

—Soy el socio del señor Ringan.

Por la manera en que lo dijo, Rebus se preguntó si los dos jóvenes eran algo más que simples socios. Holmes no había mencionado que Eddie era gay. Volvió su atención al cocinero.

Eddie Ringan probablemente se acercaba a la treintena, pero parecía diez años mayor. El pelo le crecía lacio y ralo sobre una cabeza grande y ovalada que se apoyaba de forma inestable sobre el óvalo más grande que era su cuerpo. Rebus había visto a cocineros gordos y cocineros obesos, pero Ringan sin duda era el anuncio en vivo de la cocina de algún otro. Su rostro pastoso mostraba las señales de la bebida; no solo de las copas de esa noche, sino de semanas, meses, incluso años de consumición copiosa y constante. Rebus le observó mientras se tomaba el fuego ámbar de un solo trago.

—Ponme otra.

—No, si vas a conducir —dijo Pat Calder. Luego, con un tono de voz claro y preciso—: Este hombre es un oficial de policía, Eddie. Ha venido a hablar de Brian.

Eddie Ringan asintió.

—Se cayó y se golpeó la cabeza.

—¿Es lo que cree? —preguntó Rebus.

—En realidad no. —Por primera vez, Ringan apartó la mirada de la barra y miró a Rebus a los ojos—. Quizá fue un asaltante, o algún aviso.

—¿Qué clase de aviso?

—Eddie ha bebido demasiado, inspector —intervino Pat Calder—, y está empezando a imaginar...

—¡No me estoy imaginando nada! —Ringan descargó un manotazo en la barra para recalcar sus palabras. Continuaba mirando a Rebus—. Ya sabe cómo es. Los otros restaurantes se inquietan porque no les gusta que tú hagas negocios y ellos no. Te ganas muchos enemigos en este juego.

Rebus asintió.

—¿Así que tiene alguien en mente, Eddie? ¿Alguien en particular?

Eddie Ringan negó con la cabeza en un movimiento lento.

—En realidad no.

—¿Cree que quizás usted era la víctima que se pretendía?

Ringan hizo un gesto para que le sirvieran otra copa, y Calder se la sirvió. Se la bebió antes de responder.

—Quizás. No lo sé. Podrían estar intentando espantar a los clientes. Son tiempos difíciles.

Rebus se volvió hacia Calder, que miraba a Eddie con expresión de asco.

—¿Qué me dice usted, señor Calder? ¿Alguna idea?

—Creo que solo fue un asalto.

—No parece que se llevasen nada.

—Quizá se vieron interrumpidos.

—¿Por quién? ¿Por alguien que se acercaba por el callejón? Entonces ¿cómo escaparon? El aparcamiento es un callejón sin salida.

—No lo sé. —Rebus continuaba mirando a Pat Calder. Era unos pocos años mayor que Ringan, pero parecía más joven. Llevaba su pelo oscuro recogido en lo que a Rebus le parecía una coleta elegante, y tenía unas patillas largas y rectas que le llegaban por debajo de las orejas. Era alto y delgado. Desde luego, parecía que le podría venir

muy bien una comida. Rebus había visto más carne en el lápiz de un carnicero—. Quizá —decía Calder—, después de todo, se cayó. Ahí fuera está bastante oscuro. Habría que poner algunas luces.

—Muy considerado de su parte, señor. —Rebus se levantó del incómodo taburete—. Mientras tanto, si recordara algo, sobre todo si se le ocurre algún nombre, siempre puede llamarme.

—Sí, por supuesto.

Rebus se detuvo en el umbral.

—Ah, otra cosa, señor Calder.

—¿Sí?

—Si deja que el señor Ringan conduzca esta noche, haré que le detengan antes de que llegue a Haymarket. ¿No puede llevarle usted a casa?

—No conduzco.

—Entonces le sugiero que meta la mano en la caja para pagar un taxi. De lo contrario, la próxima creación del señor Ringan podría ser el Roquefort de la Cárcel.

Cuando Rebus salía del restaurante, oyó cómo Eddie Ringan comenzaba a reírse.

No se rio durante mucho tiempo. La bebida reclamaba su atención.

—Ponme otra —ordenó.

Pat Calder llenó la copa hasta el borde sin decir palabra. Habían comprado las copas en Miami. Gran parte del dinero había salido del bolsillo de Pat Calder, y también de sus padres. Sostuvo la copa acabada de llenar delante de Ringan, y brindó antes de beber. Entonces, Ringan comenzó a quejarse, y Calder le abofeteó.

Ringan no pareció sorprendido ni dolido. Calder lo volvió a abofetear.

—¡Estúpido maricón! —siseó—. ¡Estúpido, jodido maricón!

—No puedo evitarlo —dijo Ringan, y acercó el vaso vacío—. Estoy hecho un flan. Ahora dame esa copa antes de que haga algo estúpido de verdad.

Pat Calder se lo pensó un momento. Luego le sirvió a Eddie Ringan su copa.

La ambulancia se llevó a Brian Holmes al Hospital Royal. A Rebus nunca le había gustado ese hospital; estaba lleno de buenas intenciones y muy poco personal. Permaneció junto a la cama de Brian Holmes, todo lo cerca que le permitieron estar. Se había apoyado en la pared, pero a medida que transcurría la noche se iba deslizando más y más hacia abajo. Estaba agachado con la cabeza apoyada en las rodillas y los brazos en el suelo cuando notó que alguien estaba a su lado. Era Nell Stapleton. Rebus la pudo reconocer por la estatura, incluso antes de haber visto su rostro surcado por las lágrimas.

—Hola, Nell.

—Por amor de Dios, John. —Las lágrimas comenzaron de nuevo. Él se levantó y se apresuró a abrazarla. Ella le hablaba al oído—. Hablamos esta misma noche. Me comporté de una manera horrible. Y ahora ocurre esto...

—Calma, Nell. No es culpa tuya. Esta clase de cosas pueden pasar en cualquier momento.

—Sí, pero no puedo evitar recordar que la última vez que hablamos estuvimos discutiendo. Si yo no hubiese...

—Nell, Nell, cariño. Cálmate.

La sujetó con fuerza. Era muy agradable, tanto que ni quería pensar en ello. De todas formas, era agradable. Su perfume, su figura, la manera como se apoyaba contra él.

—Discutimos, y él fue a aquel bar. Entonces...

—Chsss, Nell, no es culpa tuya.

Era sincero. No sabía quién era el culpable pero, desde luego, no era ella: los mafiosos de la protección, los celosos propietarios del restaurante, unos simples chorizos... Difícil de aclarar.

—¿Puedo verle?

—Por supuesto.

Rebus hizo un gesto con el brazo hacia la cama de Holmes. Se volvió mientras Nell Stapleton se acercaba, para darle a la pareja algo de intimidad. No es que el gesto sirviese de mucho; Holmes continuaba inconsciente, conectado a un monitor y con la cabeza vendada. Nell habló con el paciente en un tono que a Rebus le hizo

pensar en la doctora Patience Aitken, y casi deseó ser él quien estuviera allí tumbado. Era agradable pensar que las personas te dicen cosas bonitas.

Después de cinco minutos, ella volvió con aspecto cansado.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Rebus.

Nell Stapleton asintió.

—¿Sabes? —dijo ella en voz baja—, creo que tengo una idea de por qué ocurrió.

Casi susurraba, aunque la sala estaba en silencio. Después, suspiró sonoramente. Rebus se preguntó si habría estudiado arte dramático.

—El libro negro —añadió.

Rebus asintió como si lo hubiese comprendido; frunció el ceño.

—¿Qué libro?

—Probablemente no debiera decírtelo, pero tú no solo trabajas con él, ¿verdad? Tú eres su amigo. —Ella soltó otra vez el aire—. Era el cuaderno de Brian. Nada oficial, solo cosas que investigaba por su cuenta.

Rebus, preocupado ante la posibilidad de despertar a alguien, la llevó fuera de la sala.

—¿Un diario? —preguntó.

—En realidad no. Es que algunas veces oía rumores, chismorreos en el bar. Los anotaba en el libro negro, por si en algún momento pudiera llevar sus investigaciones más allá. Era algo así como un pasatiempo para él, pero quizá también creía que era una manera de ascender antes, no lo sé. Esa era una de las razones principales por las que solíamos discutir... siempre estaba ocupado.

Rebus escuchaba intrigado. Nunca había oído a Holmes mencionar un libro negro.

—¿Y qué pasa con el libro?

—Fue algo que dijo antes de que nosotros... —Nell se llevó la mano a la boca, como si fuese a llorar—. Antes de separarnos.

—¿Qué, Nell?

—No lo sé a ciencia cierta. —Su mirada se cruzó con la de Rebus—. Solo sé que Brian estaba asustado, y nunca antes le había visto así.

—¿Asustado de qué?

Ella se encogió de hombros.

—Por algo del libro. —Luego meneó la cabeza de nuevo—. Estoy segura de que... No puedo evitar la sensación... la sensación de que, de alguna manera, soy responsable de su desgracia. Si no volvemos a...

Rebus la abrazó una vez más.

—Vamos, vamos, cariño. No es culpa tuya.

—¡Sí lo es! ¡Lo es!

—No, no lo es. —Rebus hizo que su voz sonara decidida—. Ahora dime, ¿dónde guarda Brian ese libro negro?

La respuesta estaba en su persona. Las prendas y posesiones de Brian Holmes habían sido retiradas cuando la ambulancia lo dejó en el hospital, pero la identificación de Rebus fue suficiente para darle acceso al departamento de propiedades del hospital, incluso a esa hora intempestiva. El cuaderno estaba en un sobre tamaño A4 junto con sus otras pertenencias: billetera, agenda, identificación, reloj, llaves, calderilla... Todos esos objetos carecían de personalidad ahora que habían sido separados de su propietario, pero fortalecieron la convicción de Rebus de que no había sido un simple asalto.

Nell se había marchado a casa todavía llorando y sin dejar ningún mensaje que transmitirle a Brian. Lo único que sabía Rebus era que ella sospechaba que el ataque había tenido algo que ver con el cuaderno. Quizás estuviera en lo cierto. Se sentó en el pasillo, frente a la sala de Holmes, y se dedicó a leer el cuaderno entre sorbo y sorbo de agua. Holmes había utilizado un código parecido a la taquigrafía, pero no lo bastante complejo para desconcertar a otro poli. Gran parte de la información provenía de una misma noche: esa en la que un grupo de defensa de los derechos de los animales había irrumpido en los archivos de la jefatura de Fettes. Entre otras cosas, habían descubierto pruebas de un escándalo, que incluía a chicos de alquiler, en el que estaban implicados algunos de los ciudadanos más respetables de Edimburgo. Esto no era una novedad para John Rebus; sin embargo, otras anotaciones eran intrigantes, sobre todo la que se refería al Hotel Central.

El Hotel Central había sido una institución en Edimburgo hasta

hacía cinco años, cuando se había quemado hasta los cimientos. Se especulaba con una estafa a la compañía de seguros, la cual había ofrecido una recompensa de cinco mil libras a quien suministrara pruebas de que se había producido dicha estafa. Pero la recompensa nunca llegó a pagarse.

Antaño, el hotel había sido el paraíso del viajero. Estaba situado en Princes Street, a tiro de piedra de Waverley Station, y funcionaba como hogar esporádico de muchos empresarios viajeros. Pero en sus últimos años, el Central había visto cómo bajaba la clientela irremediablemente. Y mientras los negocios legales disminuían, otras actividades menos legales aparecían. No era ningún secreto que las viejas habitaciones del Central se podían alquilar por horas, con botella de champán y polvos de talco incluidos, cortesía de la casa.

En otras palabras, el Central se había convertido en un *meublé*, y no precisamente uno sutil. También atendía a diversos elementos sombríos de la ciudad, en todas sus formas y tamaños. Se celebraban juergas nocturnas para surtidos de villanos de la ciudad, en las que los menores de edad podían beber en el bar durante horas, seguros, con la certeza de que ningún policía honesto atravesaría las puertas. La familiaridad engendró desprecio, y el bar comenzó a ser un centro neurálgico en la venta de drogas, e incluso para otros trapicheos más sucios, así que el Hotel Central se transformó en algo más que en un *meublé*. Se convirtió en un vertedero.

Un vertedero con la orden de desahucio pendiente.

La policía no podría hacer la vista gorda para siempre, sobre todo cuando las quejas del público crecían cada mes. Y cuanta más basura era introducida en el Central, más basura era producida por el lugar, hasta el punto de que casi ningún bebedor serio lo pisaba. Si uno se aventuraba a ir al Central, es que estaba buscando una mujer, drogas baratas o una pelea. Y que Dios le ayudase si no era así.

Luego, según parece, una noche el Central se incendió. No fue una sorpresa para nadie y ni siquiera los reporteros del periódico local apenas si se preocuparon de cubrir el incendio. La policía, por supuesto, estaba encantada. El incendio le había evitado tener que allanar el tugurio. Pero a la mañana siguiente hubo una sorpresa

solitaria: aunque todos los clientes y el personal del hotel habían salido sanos y salvos, un cuerpo apareció entre los techos y las vigas quemadas. Un cuerpo que se había quemado hasta quedar irreconocible.

Un cuerpo que ya estaba muerto cuando se propagó el incendio.

Rebus estaba al tanto de estos detalles. No hubiese sido un detective de la ciudad de Edimburgo de no haberlos conocido. Sin embargo, ahí estaba el libro negro de Holmes, ofreciendo lo que parecían ser unas pistas tentadoras. Rebus releyó la sección que había marcado como relevante.

> El incendio del Central. ¡El estaba allí! Partida de póquer en el primer piso. Los hermanos R. involucrados (así que ¿quizá también Mork?). Intentar averiguar.

Rebus estudió la caligrafía de Holmes, en un intento por decidir si el cuaderno decía El o E1; la letra l o el número 1. Si era la letra l, ¿quería decir que El correspondía al equivalente fonético de la letra l? ¿Por qué los signos de exclamación? Parecía que la presencia de El (L o E-Uno) era algo así como una revelación para Brian Holmes. Por otra parte, ¿quién demonios eran los hermanos R.? Rebus pensó de inmediato en sí mismo y en Michael, los hermanos Rebus, pero rápidamente apartó la imagen de su mente. En cuanto a Mork, solo le recordaba a una mala serie de televisión.

No, estaba demasiado cansado para eso. Al día siguiente tendría tiempo suficiente. Quizá para el día siguiente Brian estaría consciente. Rebus decidió rezar una oración por él antes de irse a dormir.

3

La oración no fue atendida. Brian aún no había recuperado el conocimiento cuando Rebus llamó al hospital a la mañana siguiente.

—Entonces ¿está en coma o algo así?

La voz al otro lado del teléfono era fría y se limitaba a los hechos.

—Le harán pruebas esta mañana.

—¿Qué clase de pruebas?

—¿Es usted pariente cercano del señor Holmes?

—No, maldita sea. Soy... —¿Un inspector de policía? ¿Su jefe? ¿Un amigo?—. No importa.

Colgó. Una estudiante asomó la cabeza por la sala de estar.

—¿Quiere una tisana?

—No, gracias.

—¿Un tazón de muesli?

Rebus lo rechazó también. La chica le sonrió y desapareció. Una tisana y muesli... por Dios bendito, ¿qué manera era esa de comenzar el día? Se abrió la puerta del cuarto trastero y una chica adolescente vestida solo con una camisa de hombre salió a la luz del día, frotándose los ojos. Rebus no daba crédito. Ella le sonrió al cruzarse con él, y fue hacia la puerta de la sala de estar caminando de puntillas, con la intención de no apoyar todo el pie descalzo en el frío linóleo del piso.

Rebus se quedó mirando la puerta de la sala de estar durante otros diez segundos, luego fue hasta el cuarto trastero. Michael yacía desnudo en la cama que Rebus había comprado el anterior fin de semana. Se rascaba el pecho con una mano, miraba el techo y no parecía importarle el fétido olor que desprendía el cuarto.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó Rebus.

—Tiene dieciocho años, John.

—No me refiero a eso.

—Oh. ¿A qué te referías?

Pero Rebus ya no estaba seguro. Había algo sucio en aquella situación; en su hermano compartiendo un trastero con una estudiante mientras él dormía en un mísero sofá a un poco más de dos metros. Era sucio del principio al final. Michael tendría que marcharse, buscarse un hotel o algo así, el caso era que la situación en el piso no podía continuar de la misma manera. No era correcto con los estudiantes.

—Tendrías que venir al bar más a menudo —opinó Michael—. Eso es lo que te está pasando.

—¿Qué?

—Que no ves la vida, John. Es hora de que comiences a vivir un poco.

Michael todavía sonreía cuando su hermano se marchó dando un portazo.

—Me acabo de enterar de lo de Brian.

La detective Siobhan Clarke parecía un tanto angustiada. Había perdido todo el color del rostro excepto por los dos puntos rojos en las mejillas y el rojo pálido de los labios. Rebus le indicó que se sentase con un gesto y ella acercó una silla a la mesa.

—¿Qué ocurrió?

—Alguien le golpeó en la cabeza.

—¿Con qué?

Era una buena pregunta, la clase de pregunta que un detective debía formular. La pregunta que Rebus se había olvidado de hacer la noche anterior.

—No lo sabemos —respondió—. Ni tampoco tenemos ningún motivo, todavía no.

—¿Sucedió fuera del Heartbreak Cafe?

Rebus asintió.

—En el aparcamiento, en la parte de atrás.

—No dejaba de decirme que me llevaría a comer allí.

—Brian siempre mantiene su palabra. No te preocupes, Siobhan, se pondrá bien.

Ella asintió, con la voluntad de creérselo.

—Iré a verle más tarde.

—Si quieres —dijo Rebus, no del todo seguro de lo que quería decir su tono. Ella le miró de nuevo.

—Sí, quiero —aseveró.

Después de que ella se hubo ido, Rebus leyó un mensaje del inspector jefe Lauderdale. Le detallaba los planes iniciales de vigilancia para la operación de préstamo de dinero. A Rebus se le pedía que formulase preguntas y comentarios útiles. Sonrió ante esta frase, a sabiendas de que Lauderdale la había utilizado con la intención de mandarle un mensaje y advertirle sobre sus habituales críticas contra cualquier cosa que se le pusiese delante. Luego, alguien le entregó un grueso paquete, el paquete que había estado esperando. Levantó las tapas de la caja de cartón y comenzó a sacar montañas de expedientes. Eran notas referentes al Hotel Central, su historia y su triste y lamentable final. Sabía que le esperaba toda una mañana de lectura por delante, así que buscó la carta de Lauderdale, le escribió un OK bien grande, garabateó su firma abajo, y la tiró en la bandeja de salida. Lauderdale no se lo creería. Tardaría en asimilar que Rebus había aceptado la vigilancia sin siquiera un murmullo. Iba a dejar perplejo al inspector jefe.

No era una mala manera de empezar un día de trabajo. Rebus se sentó y comenzó a leer el primer expediente de la caja.

Estaba llenando la segunda página con sus notas cuando sonó el teléfono. Era Nell Stapleton.

—Nell, ¿dónde estás?

Rebus continuó escribiendo para acabar la frase.

—Estoy en el trabajo. Solo llamaba para saber si habías averiguado algo.

Él acabó la frase.

—¿Averiguado qué?

—Lo que le pasó a Brian.

—Todavía no estoy seguro. Quizá nos lo diga cuando se despierte. ¿Has llamado al hospital?

—Es lo primero que he hecho.

—Yo también.

Rebus comenzó a escribir de nuevo. Hubo un silencio nervioso al otro extremo de la línea.

—¿Qué me dices del libro negro?

—Ah, cierto. Sí, le he echado una ojeada.

—¿Has encontrado la razón por la que Brian tenía miedo?

—Quizá sí, quizá no. No te preocupes, Nell, estoy en ello.

—Está bien. —Hubo un alivio en su voz—. Solo que cuando Brian se despierte, no le digas que te lo dije.

—¿Por qué? Creo que demuestra tu preocupación por él.

—¡Por supuesto que me preocupo por él!

—Pero eso no te impidió ponerle de patitas en la calle.

Deseó no haberlo dicho, pero lo había hecho. Oía su angustia, y la imaginó en la biblioteca de la universidad, intentando que nadie del personal viese su rostro.

—John —dijo ella por fin—, no conoces toda la historia. Solo conoces la versión de Brian.

—Es verdad. ¿Quieres contarme la tuya?

Ella se lo pensó.

—No de esta manera, por teléfono. Quizás en algún otro momento.

—Cuando tú quieras, Nell.

—Será mejor que vuelva al trabajo. ¿Irás a ver a Brian hoy?

—Puede que vaya esta noche. Le harán pruebas durante toda la mañana. ¿Qué harás tú?

—Me daré una vuelta. Solo estoy a dos minutos.

Así era. Rebus pensó en Siobhan Clarke. Por alguna razón, no quería que las dos mujeres se encontrasen junto al lecho de Brian.

—¿A qué hora piensas ir?

—A la hora de la comida, supongo.

—Una última cosa, Nell.

—¿Sí?

—¿Brian tenía algún enemigo?

Hubo un breve silencio antes de la respuesta.

—No.

Rebus esperó a ver si ella tenía algo más que añadir.

—Bien, cuídate, Nell.

—Tú también, John. Adiós.

Tras colgar el teléfono, Rebus volvió a tomar notas. Después de media frase se detuvo, se golpeó pensativo el bolígrafo contra los labios y permaneció de esa manera durante un tiempo considerable. Luego hizo unas cuantas llamadas a sus contactos (no le gustaba la palabra soplones), y les dijo que mantuviesen los oídos atentos respecto a un ataque detrás del Heartbreak Cafe.

—Un colega mío, lo que significa que es algo serio, ¿vale?

Dijo colega, pero había querido decir amigo.

A la hora de comer fue hasta la universidad y presentó sus respetos en el Departamento de Patología. Había llamado antes y el doctor Curt estaba en su despacho, ataviado con un impermeable color crema y entonando una melodía de música clásica, que Rebus reconoció pero de la que no recordaba el título.

—Ah, inspector, qué agradable sorpresa.

Rebus parpadeó.

—¿En serio?

—Por supuesto. Por lo general, cuando me está incordiando es porque hay algún caso actual y urgente. Pero hoy... —Curt extendió los brazos en casi toda su magnitud—. ¡No hay caso! Sin embargo, me llama por teléfono y me invita a comer. Puede que no haya mucho que hacer en St Leonard's.

Curt se equivocaba, pero Rebus sabía que St Leonard's estaba en buenas manos. Antes de marcharse le había dejado tanto trabajo a Siobhan Clarke que no tendría tiempo para comer más allá de un sándwich y una bebida en la cafetería. Cuando ella se quejó, la tranquilizó diciéndole que podía tomarse la tarde libre para visitar a Holmes.

—Por cierto, ¿cómo se ha acomodado allí?

Rebus se encogió de hombros.

—A mí no me importa dónde me pongan. ¿Dónde quiere comer?

—Me tomé la libertad de reservar una mesa en el University Staff Club.

—¿En una cantina?

Curt se rio sonoramente. Había hecho salir a Rebus del despacho, y estaba cerrando la puerta.

—No —dijo Curt—. Hay una cantina, por supuesto, pero como el que paga es usted, creí que podríamos optar por algo un poco más refinado.

—Entonces lléveme a la refinería.

El comedor estaba en la planta baja, cerca de la puerta principal del Staff Club en Chambers Street. Habían recorrido a pie la corta distancia, hablando de banalidades las pocas veces que se podían oír el uno al otro por encima del ruido del tráfico. Curt siempre caminaba como si fuese a llegar tarde a una cita. Era un hombre ocupado: tenía que hacer frente a jornadas de clases, además de muchas otras tareas que se le iban acumulando, cortesía de las fuerzas de seguridad de Escocia, y sobre todo de la policía de Edimburgo.

El comedor era pequeño pero había bastante espacio entre las mesas. Rebus se sintió complacido al ver que los precios eran razonables, aunque supo que la cuenta iba a aumentar cuando Curt pidió una botella de vino de reserva.

—Invito yo —dijo él, obteniendo una negativa por parte de Rebus.

—Invita el comisario —le corrigió.

Después de todo, tenía la intención de reclamar la cuenta como un gasto legítimo. Mientras la camarera servía antes el vino que la sopa, Rebus se preguntó cuándo sería el momento correcto para romper el hielo e iniciar la conversación real.

—¡Salud! —dijo Curt, y levantó su copa. Luego—: ¿De qué va todo esto? No es de la clase de personas que come con un amigo, a menos que haya algo que necesite y no pueda obtenerlo invitando a pintas y patatas en algún salón lleno de humo.

Rebus sonrió al oírle.

—¿Recuerda el Hotel Central?

—Un tugurio en Princes Street. Se quemó hará unos seis o siete años.

—En realidad hace cinco.

Curt bebió otro sorbo de vino.

—Había un cadáver calcinado, si no recuerdo mal. «Rebozado crujiente», lo llamamos nosotros.

—Pero cuando usted examinó el cuerpo, no había muerto en el incendio, ¿verdad?

—¿Han aparecido pruebas nuevas del caso?

—No exactamente. Solo quería preguntarle lo que usted recuerda.

—Deje que haga memoria. —Curt se interrumpió cuando llegó la sopa. Tomó tres o cuatro cucharadas, y luego se secó los labios con la servilleta—. El cuerpo nunca fue identificado. Sé que intentamos hacerlo por los dientes, pero no sirvió de nada. No había ninguna evidencia externa, por supuesto, pero la gente cree estúpidamente que un cuerpo quemado no dice nada. Abrí al muerto y encontré, como sabía que ocurriría, que los órganos internos estaban en bastante buen estado. Cocidos por fuera, crudos por dentro, como un buen filete.

Una pareja en una mesa cercana masticaba en silencio su comida, y miraban fijamente la mesa. Curt no lo advirtió, y si lo hizo no pareció importarle.

—El ADN ya llevaba en marcha unos cuatro años, pero aunque conseguimos algo de sangre del corazón, nunca tuvimos nada con que compararlo. Por supuesto, el corazón fue la clave.

—Debido a la herida de bala.

—Dos heridas, inspector, entrada y salida. Fue eso lo que hizo que volvieran a la escena, ¿no?

Rebus asintió. Habían buscado el cadáver alrededor de la vecindad, y luego se amplió el radio de búsqueda hasta que un cadete encontró la bala. Era del calibre 8 milímetros; concordaba con la herida en el corazón, pero no daba más pistas.

—Usted también descubrió —dijo Rebus— que el muerto se había fracturado el brazo en algún momento del pasado.

—¿Lo hice?

—Claro que eso tampoco nos llevó a ninguna conclusión.

—No me extraña, teniendo en cuenta la reputación del Central. Es probable que todos en aquel lugar hubiesen sufrido lesiones como esa debido a las peleas.

Rebus asintió.

—De acuerdo, sin embargo, nunca fue identificado. De haber sido un cliente habitual, o miembro del personal del hotel, sin duda alguien habría mencionado algo. Pero nadie lo hizo.

—Ocurrió hace mucho tiempo. ¿Está dispuesto a quitarles el polvo a algunos fantasmas?

—Quien golpeó a Brian Holmes no tenía nada de fantasma.

—¿El sargento Holmes? ¿Qué le ha pasado?

Rebus confiaba en poder pasar parte de la tarde leyendo las notas del caso; había sido demasiado optimista. En ese momento estaba pensando en términos de media semana, incluidas las lecturas nocturnas en el apartamento. Había tanto material... Largos informes del departamento de bomberos, del consejo de construcción de apartamentos, recortes de periódicos, informes de la policía, declaraciones...

Tuvo que olvidar a Holmes momentáneamente; cuando volvió a St Leonard's, Lauderdale le estaba esperando. Había recibido el apresurado comentario de Rebus acerca de la vigilancia sobre el préstamo de dinero, y ahora quería seguir adelante. Eso significó que Rebus estuvo atrapado en el despacho del inspector jefe durante dos horas, primero los dos a solas, luego con la compañía del inspector Alister Flower, un hombre que trabajaba en St Leonard's desde su apertura en septiembre de 1989 y se vanagloriaba continuamente de que cuando había estrechado la mano del principal mandatario en una ocasión, había descubierto que ambos eran masones, y Flower era de la logia más antigua. A Flower le molestaban los recién llegados de Great London Road. Si había fricciones y facciones dentro de la comisaría, era seguro que Flower estaba detrás de alguna manera. Si algo unía a Lauderdale y Rebus era el desprecio hacia Flower, aunque Lauderdale poco a poco se veía arrastrado al terreno de Flower.

Rebus, sin embargo, sentía asco incluso por la manera ridícula en que el hombre escribía su apellido. Le llamaba «Hierbajo» y pensaba que probablemente Flower tenía algo que ver con las súbitas inspecciones que le había hecho Hacienda.

En la operación contra los prestamistas, Flower iba a dirigir uno de los dos equipos de vigilancia. En un esfuerzo por apaciguar al hombre, Lauderdale le había ofrecido escoger el lugar de vigilancia: uno sería un bar que frecuentaban los prestamistas y donde se decía que recibían los pagos; el otro, en lo que podría ser el cuartel general nominal de la banda, un despacho añadido a una empresa de taxis en Gorgie Road.

—Tengo la aprobación para la vigilancia en Gorgie de la jefatura de la división oeste —informó Lauderdale, eficiente como siempre detrás de una mesa, pero tan útil en la calle como un pulpo en un garaje.

—Bien —dijo Flower—, si el inspector Rebus está de acuerdo, creo que prefiero la vigilancia en el bar. Está un poco más cerca de casa. —Flower sonrió.

—Una elección interesante —opinó Rebus, con los brazos cruzados y las piernas extendidas delante de él.

Lauderdale asentía mientras su mirada pasaba de un hombre a otro.

—Pues entonces, arreglado. Ahora, pasemos a los detalles.

Los mismos detalles, de hecho, que Rebus y él ya habían repasado durante la hora anterior a la llegada de Flower. Rebus intentaba concentrarse pero le era imposible. Estaba desesperado por volver a los expedientes del Hotel Central, pero cuanto más agitado se sentía, más lentas se movían las cosas.

El plan en sí era sencillo. Los prestamistas trabajaban desde el Firth Pub en Tollcross. Allí recibían a los clientes y, por lo general, esperaban a los deudores para que fueran y pagasen la cuota semanal. En algún momento el dinero era trasladado a la oficina en Gorgie. Esa oficina era también utilizada por los deudores como un punto de pago, y en ella se podía encontrar al personaje principal.

Los hombres que trabajaban en el Firth eran vulgares secundarios. Recogían el dinero y utilizaban la persuasión verbal cuando se demoraba un pago. Pero a la hora de la verdad, todo el mundo presentaba sus respetos a Davey Dougary. Davey se presentaba cada mañana en su despacho con la puntualidad de cualquier empresario, y aparcaba su BMW 635CSi junto a los viejos taxis. En el camino del coche a la oficina, si hacía calor se quitaba la chaqueta y se recogía las

mangas de la camisa.

Sí, Trading Standards llevaba vigilando a Davey desde hacía algún tiempo y habría agentes suyos involucrados en ambas vigilancias. La policía en realidad solo estaba allí para cumplir la ley; era una operación exclusiva de Trading Standards. El nombre que habían escogido era Sacas de Dinero. Otra elección interesante, pensó Rebus. Mantener la vigilancia en el bar significaría estar allí sentado leyendo el periódico, marcando nombres de caballos en las hojas de apuestas, jugando al billar, al dominó o en la máquina tocadiscos. Ah, sí, y beber cerveza: después de todo, no querrían destacar entre la multitud.

En la oficina significaba estar sentado junto a la ventana de un primer piso desocupado en el edificio de alquiler al otro lado de la calle. El lugar carecía de todo encanto, ni siquiera disponía de baño o calefacción (los muebles del baño habían sido robados durante un asalto a principios de año, váter incluido). Rebus pensó que si Holmes y Clarke tuvieran que llevar el peso de esa vigilancia, suponiendo que Holmes se recuperase a tiempo, sus dos subalternos pasarían largos días acurrucados dándose calor mutuamente en un saco de dormir doble. Demonios. Gracias a Dios que Dougary no trabajaba por las noches. Y gracias a Dios que también habría por allí alguno de Trading Standards.

Así y todo, pensar en atrapar a Davey Dougary calentaba el corazón de Rebus. Dougary era malo, de la misma manera que lo era una manzana podrida. Era uno de los lugartenientes de Big Ger Cafferty. Cafferty incluso una vez había aparecido en la oficina, había fotografías que lo atestiguaban, pero no servirían de nada en un juicio. Podrían atrapar a Dougary, pero Cafferty aún estaba muy lejos, tanto que parecía como si estuviesen empujando un coche averiado mientras él circulaba en quinta.

—Así que —decía Lauderdale—, ¿podemos comenzar el próximo lunes?

Rebus despertó de su ensoñación. Estaba claro que se habían dicho muchas cosas en su ausencia espiritual. Se preguntó si habría asentido a algo. (Su silencio sin duda había sido recibido como un

consentimiento tácito.)

—No tengo ningún problema —asintió Flower.

Rebus se retorció en su asiento, consciente de que la escapatoria estaba ahora cerca.

—Es probable que necesite a alguien para ocupar el puesto de Holmes.

—Ah, sí, ¿cómo está?

—Todavía no he llamado, señor —admitió Rebus—. Llamaré antes de marcharme.

—Hágamelo saber.

—Estamos haciendo una colecta —dijo Flower.

—¡Por amor de Dios, todavía no está muerto!

Flower aceptó la explosión sin pestañear.

—Bien, de todas maneras...

—Es un bello gesto —dijo Lauderdale.

Flower se encogió de hombros con modestia. Lauderdale abrió su billetera y sacó a regañadientes un billete de cinco, que le entregó a Flower.

«Vaya con el manirroto», pensó Rebus. Incluso Flower pareció sorprendido.

—Cinco libras —dijo, sin necesidad.

Lauderdale no quería que le diesen las gracias, solo que Flower aceptase el dinero. La billetera había desaparecido de nuevo en su cueva. Flower se guardó el billete en el bolsillo de la camisa y se levantó de la silla. Rebus hizo lo mismo, aunque no le hacía ninguna ilusión estar en el pasillo a solas con Flower. Cuando se disponía a salir, Lauderdale le detuvo.

—Una cosa, John.

Flower olisqueó bajo el dintel de la puerta, sin duda creyendo que Rebus estaba a punto de recibir una reprimenda por su estallido. Pero no era eso lo que Lauderdale tenía en mente.

—Antes pasé por tu mesa y vi que tienes los expedientes del Hotel Central. Un caso antiguo, ¿verdad? —Rebus no dijo nada—. ¿Alguna cosa que deba saber?

—No, señor —respondió Rebus antes de levantarse e ir hacia la

puerta—. Nada que deba saber. Solo es una lectura, lo que se podría llamar un proyecto histórico.

—Mejor dicho, arqueológico.

Muy cierto: huesos viejos, jeroglíficos e intentos por devolver los muertos a la vida.

—El pasado es importante, señor —dijo Rebus, y se marchó.

4

Desde luego que el pasado era importante en Edimburgo. La ciudad se alimentaba de su pasado como una serpiente con la cola en la boca. El pasado de Rebus también parecía estar volviendo de nuevo.

Había un mensaje en su mesa escrito por Clarke. Era obvio que había ido a visitar a Holmes, no sin antes atender una llamada telefónica destinada a su superior.

> El inspector Morton llamó desde Falkirk. Volverá a llamar más tarde. No quiso decir de qué se trataba. Muy cauteloso. Volveré dentro de dos horas.

Ella era del tipo de persona que compensaría las dos horas perdidas quedándose hasta tarde unas cuantas noches, pese a que Rebus le había privado de una pausa razonable para el almuerzo. A pesar de ser inglesa, había algo de protestante escocés en Siobhan Clarke. Tampoco era culpa suya llamarse Siobhan: sus padres habían sido profesores de literatura inglesa en la Universidad de Edimburgo allá por los sesenta. La cargaron con el nombre gaélico, y luego se trasladaron de nuevo al sur, para que fuese a la escuela en Nottingham y Londres. Pero años más tarde, Clarke había regresado a Edimburgo para ir a la universidad, y se había enamorado (según decía) de la ciudad. Luego había decidido entrar en la policía, cabreando a sus amigos y, según las sospechas de Rebus, a sus liberales padres. Sin embargo, los padres le compraron un apartamento en la Ciudad Nueva, así que tampoco podían ser todo broncas.

Rebus sospechaba que le iría bien en el cuerpo a pesar de personas como él. Las mujeres tenían que trabajar más duro para progresar al mismo paso que sus colegas masculinos, todos lo sabían. Pero Siobhan trabajaba duro, y por Dios que tenía memoria. Dentro de un mes, él podría preguntarle por esa nota sobre su mesa, y ella recordaría la conversación telefónica palabra por palabra. Era espeluznante.

También resultaba extraño que el nombre de Jack Morton, otro

fantasma del pasado de Rebus, hubiese surgido en ese momento en particular. Cuando habían trabajado juntos hacía seis años, Rebus no le hubiese dado al joven Morton más de cuatro o cinco años de vida, tal era su consumo de alcohol y cigarrillos.

No había ningún número de teléfono de contacto. Llevaría unos pocos minutos encontrar el número de Morton, pero Rebus no estaba por la labor. Prefería volver a los expedientes de su mesa, pero primero llamó al hospital para preguntar por el progreso de Brian Holmes, donde solo le dijeron que no existía tal cosa, aunque tampoco había habido un empeoramiento.

—Suena optimista.

—No es más que una expresión —dijo la persona al teléfono.

Los resultados de las pruebas no se sabrían hasta la mañana siguiente. Colgó el teléfono, pensó un momento e hizo otra llamada, esta vez a la consulta de Patience Aitken. Desgraciadamente, Patience había ido a atender una visita domiciliaria, así que Rebus dejó un mensaje. Le pidió a la recepcionista que se lo leyera para asegurarse de que sonaba correcto.

«Pensé en llamarte para hacerte saber cómo está Brian. Lamento no haberte encontrado. Puedes llamarme a Arden Street si te apetece. John».

Sí, serviría. Ella tendría que llamarle, solo para demostrar que se preocupaba por el estado de Brian. Con una chispa de esperanza en el corazón, Rebus volvió al trabajo.

Regresó a su apartamento a las seis, después de haber hecho algunas compras por el camino. Aunque se había propuesto llevar los expedientes a casa, en realidad esa noche no quería trabajar en ellos. Estaba cansado, le dolía la cabeza y le picaba la nariz con el polvo que levantaban las páginas. Subió la escalera, abrió la puerta y dejó las bolsas de la compra en la cocina, donde uno de los estudiantes estaba untando mantequilla de cacahuete en una gruesa rebanada de pan integral.

—Hola, señor Rebus. Tuvo una llamada.

—¿Eh?

—Una doctora.

—¿Cuándo?

—Hará unos diez minutos, algo así.

—¿Qué dijo?

—Dijo que si quería saber el estado de...

—¿Brian? ¿Brian Holmes?

—Sí, eso es. Que si quería averiguar cómo estaba Brian Holmes, ella misma podía llamar al hospital, y es lo que ha hecho dos veces en el día de hoy.

El estudiante sonrió, complacido por haber recordado todo el mensaje.

Así que Patience había descubierto la estratagema. Debía haberlo imaginado. Rebus tendría que haberlo aprendido mucho tiempo atrás: nunca intentes colarle un gol a alguien que sabe cómo funciona tu mente.

Sacó la caja de huevos, el bote de judías blancas y un paquete de beicon de la bolsa.

—Oh, Dios mío —exclamó el estudiante con asco—. ¿Sabe usted lo inteligentes que son los cerdos, señor Rebus?

Rebus miró el sándwich del estudiante.

—Mucho más inteligentes que los cacahuetes —respondió. Luego añadió—: ¿Dónde está la sartén?

Más tarde, Rebus se sentó a ver la tele. Había decidido ir caminando hasta el hospital a visitar a Brian Holmes para despejar la mente. Pero la visita en sí había sido deprimente. Ni pizca de progreso.

—¿Cuánto tiempo puede permanecer inconsciente?

—Puede llevar un tiempo —le había consolado la enfermera.

—Ya ha pasado tiempo.

Ella le tocó el brazo.

—Paciencia, paciencia.

¡Patience! Estuvo a punto de tomar un taxi para ir a su apartamento, pero finalmente desestimó la idea. En cambio, fue caminando de vuelta a Arden Street, subió los mismos viejos y gastados escalones, y se dejó caer en el sofá. Había pasado muchas

noches en soledad en esa misma habitación, sumido en sus pensamientos, cuando el apartamento era suyo y solo suyo.

Michael entró en la sala de estar, recién duchado y afeitado. Llevaba una toalla bien apretada alrededor de su vientre plano. Estaba en buena forma; Rebus no se había fijado antes, pero Michael vio que ahora sí lo hacía, y se palmeó el estómago.

—Un recuerdo de Peterhead, mucho ejercicio.

—Supongo que allí tienes que mantenerte en forma —dijo Rebus arrastrando las palabras— para poder defenderte si alguien te quiere romper el culo.

Michael descartó el comentario con un gesto.

—Oh, había mucho de eso, pero nunca me interesó.

Se fue al cuarto trastero silbando y comenzó a vestirse.

—¿Vas a salir? —gritó Rebus.

—¿Para qué quedarse?

—¿Vas a ir a ver a esa adolescente de nuevo?

Michael asomó la cabeza por la puerta.

—Es una adulta que consiente.

Rebus se levantó.

—Es una adolescente.

Fue hasta el cuarto trastero y observó a Michael hasta obligarle a dejar lo que estaba haciendo.

—¿Qué, John? ¿Quieres que deje de salir con mujeres? Si no te gusta, lo lamento.

Rebus pensó en todos los comentarios que podía hacer: «Este es mi apartamento»... «Soy tu hermano mayor»... «Tendrías que tener más cabeza»... Sabía que Mickey se reiría —con razón— de todos y cada uno de ellos. Así que pensó en algo más.

—Que te follen, Mickey.

Michael comenzó a vestirse de nuevo.

—Lamento provocarte semejante desilusión, pero ¿cuál es la alternativa? ¿Sentarme aquí toda la noche y mirar cómo te cabreas con el mundo? Gracias, pero no.

—Creía que estabas buscando trabajo.

Michael Rebus cogió un libro de la cama y se lo arrojó a su

hermano.

—¡Estoy buscando un puto trabajo! ¿Qué crees que hago todo el día? ¡Dame un respiro, por favor! —Recogió la chaqueta y pasó junto a Rebus—. No me esperes levantado.

Rebus se quedó sumido, antes de las noticias de las diez, en un sueño poco profundo. Era un dormir lleno de sueños, un dormir sin descansar. Perseguía a Patience por un edificio de oficinas, siempre perdiéndola. Comía con una chica adolescente en un restaurante, mientras los Rolling Stones actuaban en un pequeño rincón del local, sin que nadie se fijase en ellos. Miraba cómo un hotel se quemaba hasta los cimientos, preguntándose si Brian Holmes aún continuaba desaparecido, si habría salido con vida...

Luego se despertó temblando. La habitación estaba iluminada únicamente por la farola de la calle, cuya luz se filtraba entre las cortinas. Había estado leyendo el libro que Michael le había lanzado. Era sobre hipnoterapia y yacía sobre su regazo, debajo de la manta que alguien le había echado encima. Había ruidos en la noche, ruidos cercanos, ruidos de placer. Venían del cuarto trastero. Alguna terapia, sin duda. Rebus los siguió escuchando durante lo que le parecieron horas, hasta que la luz en el exterior se volvió pálida.

5

Andrew McPhail se sentó junto a la ventana del dormitorio. Al otro lado de la calle, los escolares formaban de dos en dos delante de las puertas de la escuela. Los niños tenían que dar la mano a las niñas, en una especie de ritual supervisado por dos maestras que apenas parecían tener la edad suficiente para ser madres, y no digamos ya maestras. McPhail bebió un sorbo de té frío de su taza y miró. Prestaba mucha atención a las niñas. Cualquiera de ellas podría ser Melanie, excepto por el hecho de que Melanie sería mayor. No mucho mayor, pero mayor.

Trataba de no engañarse, conocía las probabilidades de que Melanie no estuviese en esa escuela; lo más probable era que ya ni siquiera estuviese en Edimburgo. Pero miró de todas maneras, y se la imaginó allí abajo, con su mano enganchada a la mano fría y húmeda de uno de los chicos. Una de las niñas era muy parecida: tenía un pelo lacio y corto que se curvaba hacia las orejas y la nuca. Su estatura era familiar, también, pero el rostro, lo que podía ver del rostro, no se parecía en nada a Melanie. En realidad, no era en absoluto como ella. Además, ¿qué le importaba a McPhail?

Los niños entraron en el edificio, dejándole atrás con su té frío y sus recuerdos. Oía a la señora MacKenzie en la planta baja, lavando los platos de tal manera que parecía que rompía tantos como limpiaba. No era culpa suya, le fallaba la vista. Todo en la vieja mujer estaba fallando, pero al menos tenía casa, una casa que valdría unas cuarenta mil libras. ¿Qué tenía él? Solo los recuerdos de cómo habían sido las cosas en Canadá y antes de Canadá.

Otro plato se estrelló contra el suelo de la cocina. Todo en la casa estaba en peligro. No quería pensar en el periquito de la sala de estar...

McPhail se acabó el té fuerte. La teína le produjo un leve mareo, el sudor perló su frente. El patio estaba vacío; las puertas de la escuela,

cerradas. No veía nada a través de las ventanas del edificio. Podía ser que llegase alguna niña tarde, pero no tenía tiempo que perder: había trabajo que hacer. Era bueno mantenerse ocupado. Estar ocupado te mantenía cuerdo.

—Big Ger —dijo Rebus—. Su nombre completo es Morris Gerald Cafferty.

Obediente, y a pesar de su buena memoria, la detective Siobhan Clarke escribió estas palabras en su libreta. A Rebus no le importó que tomase notas. Cuando bajaba la cabeza para escribir, tenía una vista de su coronilla, con el pelo castaño claro cayendo hacia delante. Era atractiva, aunque poco agraciada. Por cierto, le recordaba vagamente a Nell Stapleton.

—Es el pez gordo, y si nos los ofrecen le cogeremos. Pero la Operación Sacas de Dinero se centrará en David Charles Dougary, conocido como Davey. —De nuevo las palabras acabaron en el papel —. Dougary alquila un despacho a un servicio de taxis en Gorgie Road.

—No está lejos del Heartbreak Cafe, ¿verdad?

La pregunta le sorprendió.

—No —contestó él—, no está lejos.

—¿El propietario del restaurante insinuó un pago por protección?

Rebus movió la cabeza.

—No te entusiasmes, Clarke.

—Esos hombres también están involucrados en los pagos por protección, ¿no?

—No hay mucho en lo que no esté involucrado Big Ger Cafferty: blanqueo de dinero, prostitución... Es un condenado cabrón, pero ese no es el tema. El tema es que esta operación se centrará en los préstamos con usura, y punto.

—Todo lo que digo es que quizás el sargento Holmes fue atacado por error, en lugar del propietario del café.

—Es una posibilidad —admitió Rebus.

Si Clarke estaba en lo cierto, estaba desperdiciando un montón de tiempo y esfuerzo en un caso antiguo. Pero como Nell dijo, Brian

estaba asustado por algo anotado en su libro negro, y todo porque había comenzado a investigar quiénes eran los misteriosos hermanos R.

—Volvamos a lo nuestro. Estableceremos el puesto de vigilancia al otro lado de la calle de la empresa de taxis, frente a sus oficinas.

—¿Las veinticuatro horas?

—Comenzaremos con las horas laborables. Según todos los informes, Dougary mantiene una rutina bastante fija.

—¿Qué se supone que hace en aquella oficina?

—Según dice él, desde cursos para inmigrantes hasta envíos de paquetes de comida al Tercer Mundo. No me malinterpretes, Dougary es un tío listo. Ha durado más que la mayoría de los «socios» de Big Ger. También es un maníaco, algo que vale la pena tener en cuenta para sus negocios sucios. Una vez le detuvimos después de una pelea en un bar. Le había arrancado la oreja a otro hombre de un mordisco. Cuando llegamos allí, Dougary la estaba masticando. La oreja nunca se recuperó.

Rebus siempre esperaba alguna reacción a sus historias preferidas, pero todo lo que hizo Siobhan Clarke fue sonreír y decir:

—Me encanta esta ciudad. —Luego añadió—: ¿Hay expedientes del señor Cafferty?

—Oh, sí, hay expedientes. Puedes leerlos. Te darán una idea de a quién te enfrentas.

Ella asintió.

—Lo haré. ¿Cuándo comenzamos la vigilancia, señor?

—A primera hora del lunes. El domingo todo estará montado, solo espero que nos den una cámara decente. —Vio que Clarke parecía aliviada. Entonces cayó en la cuenta—. No te preocupes, no te perderás el partido de los Hibs.

Ella sonrió.

—Juegan en Aberdeen.

—¿Irás?

—Por supuesto.

Ella intentaba no perderse ningún partido.

Rebus aún se sorprendía por el fanatismo de Clarke. No conocía a

tantos seguidores de los Hibs.

—Yo no viajaría tan lejos ni para el Segundo Advenimiento.

—Sí que lo haría.

Ahora Rebus sonrió.

—Vale, ¿y qué tenemos en la agenda para hoy?

—Hablé con el carnicero, pero no fue de ninguna ayuda. Creo que tendría más oportunidades de conseguir una frase completa de la carne que guarda en la cámara frigorífica. Pero conduce un Mercedes, un coche caro. Los carniceros no son muy conocidos por sus grandes salarios, ¿verdad?

Rebus se encogió de hombros.

—Si nos atenemos a los precios que cobran, no estaría tan seguro.

—En cualquier caso, pienso pasarme esta mañana por su casa para aclarar un par de puntos.

—Pero estará en el trabajo.

—Por desgracia sí.

Rebus lo pilló.

—¿La esposa estará en casa?

—Eso espero; la invitación a una taza de té, un poco de charla en la sala de estar... Esa clase de cosas.

—Así podrás ver cómo es su vida doméstica, y quizá conseguir que se le escape algo a una esposa charlatana. —Rebus asentía lentamente. Era tan retorcido que tendría que haberlo pensado él mismo—. Pues en marcha, chica —dijo, y en cuanto ella salió, se agachó para recoger uno de los expedientes del Hotel Central.

Comenzó a leerlo, y pronto se detuvo en una página; era la lista de clientes del hotel la noche en que se quemó. Un nombre casi voló de la página. No podía dar crédito. Rebus se levantó y se puso la chaqueta. Otro fantasma. Y otra excusa para marcharse del despacho.

El fantasma era Matthew Vanderhyde.

6

La casa colindante a la de Vanderhyde tenía el desquiciado aspecto de siempre. Propiedad de un viejo nacionalista, tenía la bandera de Escocia en la entrada, y lo que parecían panfletos de hacía treinta años pegados a las ventanas. El propietario no podía disfrutar de mucha luz, al igual que el de la casa a la que se acercaba Rebus, que tenía las cortinas echadas.

Tocó el timbre y esperó. Se le ocurrió que Vanderhyde podía estar muerto. Debía rondar los setenta o setenta y cinco años, y aunque la última vez que se habían visto aparentaba ser un hombre saludable, de eso hacía más de dos años.

Había consultado a Vanderhyde en un caso anterior. Después de cerrado el caso, Rebus siguió yendo a ver a Vanderhyde de cuando en cuando, de una forma informal. Solo vivían separados por seis calles, después de todo. Luego había comenzado a salir en serio con la doctora Patience Aitken, y ya no tuvo tiempo para más visitas.

Se abrió la puerta y allí estaba Matthew Vanderhyde, con el mismo aspecto de siempre. Sus ojos ciegos estaban ocultos tras unas gafas verde oscuro, y encima, su pelo rubio, largo, peinado hacia atrás, se alzaba sobre una frente brillante. Vestía una chaqueta de pana beis con un chaleco marrón, de cuyo bolsillo colgaba la cadena de un reloj. Se inclinó un poco hacia delante, apoyándose en su bastón con puño de plata, esperando las palabras de su visitante.

—Hola, señor Vanderhyde.

—Ah, inspector Rebus. Me preguntaba cuándo le volvería a ver. Pase, pase.

El tono de Vanderhyde sonó como si se hubiesen visto por última vez hacía dos semanas. Llevó a Rebus por el pasillo a oscuras a una sala de estar todavía más oscura. Rebus se fijó en las siluetas de las estanterías, las pinturas, la gran repisa de la chimenea cubierta con recuerdos de los viajes al extranjero...

—Como puede comprobar, inspector, nada ha cambiado en su ausencia.

—Me alegra verle tan bien, señor.

Vanderhyde recibió el comentario con un encogimiento de hombros.

—¿Té?

—No, gracias.

—Estoy realmente entusiasmado de que haya venido. Debe de significar que hay algo que puedo hacer por usted.

Rebus sonrió.

—Siento haber interrumpido las visitas.

—Es un país libre. No languidecía de añoranza.

—Ya veo.

—¿De qué se trata? ¿Brujería? ¿Demonios sueltos por la ciudad?

Rebus continuaba sonriendo. En sus tiempos, Matthew Vanderhyde había sido un activo brujo blanco. Al menos, Rebus consideraba, o suponía, que era blanco. Era algo que nunca habían discutido entre ellos.

—No creo que esto tenga nada que ver con la magia —respondió Rebus—. Es por el Hotel Central.

—¿El Central? Ah, felices recuerdos, inspector. Solía ir allí en la juventud. Los bailes por la tarde, una comida muy aceptable (en aquel entonces tenían una cocina excelente, ya sabe)... Incluso una o dos veces acudí a bailes nocturnos.

—Pienso en tiempos más recientes. Usted estaba en el hotel la noche en que lo incendiaron.

—No recuerdo que se demostrase que el incendio fuese intencionado.

Como siempre, la memoria de Vanderhyde era muy precisa cuando le convenía.

—Es verdad. De todas maneras, usted estaba allí.

—Sí, estaba. Pero me marché horas antes de que comenzase el incendio. Inocente, Su Señoría.

—¿Por qué estaba allí?

—Fui a reunirme con un amigo para tomar una copa.

—Un lugar bastante sórdido para una copa.

—¿Lo era? Tendrá que recordar, inspector, que no podía ver nada. Desde luego, mis sentidos no me lo describían como algo de mala reputación.

—Entendido.

—Tenía mis recuerdos. Para mí, era el mismo viejo Hotel Central donde comía y bailaba. Disfruté mucho de la velada.

—Entonces ¿el Central lo eligió usted?

—No, mi amigo.

—¿Su amigo es...?

Vanderhyde lo pensó.

—Supongo que no es ningún secreto. Aengus Gibson.

Rebus le dio vueltas al nombre.

—¿No se referirá a Black Aengus?

Vanderhyde sonrió, y dejó a la vista sus pequeños dientes ennegrecidos.

—Más le vale que no le oiga llamarle así estos días.

Sí, Aengus Gibson era un personaje reformado, eso era de dominio público. También era, hasta donde Rebus sabía, uno de los jóvenes solteros más deseados de Escocia, si es que alguien de treinta y dos años se podía considerar joven en estos tiempos. Black Aengus, después de todo, era el único heredero de la famosa cervecería Gibson.

—Aengus Gibson —dijo Rebus.

—El mismo.

—Esto ocurrió hace cinco años, cuando él todavía era...

—¿Fogoso? —Vanderhyde se rio por lo bajo—. Oh, en aquel entonces se merecía el nombre de Black Aengus, sí señor. Los periódicos acertaron cuando se les ocurrió el apodo.

Rebus estaba pensando.

—No le he visto en los expedientes. Su nombre está, pero él no aparece.

—Estoy seguro de que su familia se ocupó de que su nombre nunca apareciese en ningún expediente, inspector. Eso les habría dado a los periódicos más combustible del que necesitaban para la ocasión.

Sí, era cierto, Black Aengus había sido un tipo alocado, tanto que incluso los periódicos de Londres se interesaron por sus andanzas.

Parecía estar metido en una carrera sin control a través de toda clase de excesos; pero de pronto todo se había detenido. Se había rehabilitado y convertido en un hombre respetable, involucrado en sus negocios cerveceros y en varias entidades benéficas destacadas.

—El leopardo varía sus manchas, inspector. Sé que los polis dudan de semejantes cambios, que creen que todo malhechor es en potencia un reincidente. Supongo que en su trabajo tiene que ser así, pero en el caso del joven Aengus, el leopardo cambió de verdad.

—¿Sabe usted por qué?

Vanderhyde se encogió de hombros.

—Quizá fue debido a nuestra charla.

—¿Aquella noche en el Hotel Central?

—Su padre me había pedido que hablase con él.

—Entonces ¿le conoce bien?

—Oh, sí, desde hace mucho tiempo. Me consideraba prácticamente como un tío suyo. Cuando oí que el Central se había quemado hasta los cimientos, lo vi como algo simbólico. Quizás él también. Por supuesto, sabía la reputación que tenía Aengus, una reputación del todo pésima. Cuando el Central se quemó aquella noche, bueno, pensé que Aengus, como el ave fénix, resucitaría purificado de las cenizas. Resultó ser verdad. —Hizo una pausa—. Sin embargo, ahora está usted aquí, inspector, para preguntar por acontecimientos olvidados hace tiempo.

—Había un cadáver.

—Ah, sí, nunca identificado.

—Un cuerpo asesinado.

—¿Ha reabierto usted esta investigación por alguna razón en particular?

—Quería hablar con usted sobre lo que recordaba de aquella noche. Cualquier cosa, algo que en aquel momento le pudo parecer sospechoso.

Vanderhyde inclinó la cabeza hacia un lado.

—Aquella noche había muchas personas en el hotel, inspector. Usted tiene la lista, y, sin embargo, ¿escoge acudir a un ciego?

—Así es —admitió Rebus—. Un ciego con una memoria fotográfica.

Vanderhyde se rio.

—Desde luego, le puedo dar a usted... impresiones. —Pensó un momento—. Muy bien, inspector. Lo haré por usted, solo le pido una cosa.

—¿Qué?

—Llevo encerrado aquí demasiado tiempo. Lléveme a dar un paseo.

—¿Quiere ir a algún lugar en particular?

Vanderhyde pareció sorprendido de que lo necesitase preguntar.

—Vaya, inspector, al Hotel Central, por supuesto.

—Bien —dijo Rebus—, ahora está usted de cara.

Notaba las miradas de los transeúntes. Empleados de oficina que iban a comer, recorrían apresurados la calle, intentando aprovechar al máximo su tiempo. Algunos incluso parecían enfadados de verdad al tener que maniobrar para esquivar a dos hombres que se atrevían a quedarse quietos en la acera. Pero la mayoría veía que uno de ellos era ciego, y que el otro de alguna manera era su lazarillo, así que encontraron la caridad en sus almas y no protestaron.

—¿En qué se ha convertido, inspector?

—En una hamburguesería.

Vanderhyde asintió.

—Me pareció oler a carne. Sin duda, una franquicia de alguna corporación estadounidense. Princes Street ha conocido tiempos mejores, inspector. ¿Sabe usted que cuando se comenzó con Scottish Sword and Shield se reunían en la sala de baile del Central? Docenas y docenas de personas jurando al unísono devolver a Dalriada a su antigua gloria.

Rebus permaneció en silencio.

—¿No recuerda al Sword and Shield?

—Tuvo que ser antes de mis tiempos.

—Ahora que lo pienso, es probable. Eran los cincuenta, una rama del partido nacional. Yo mismo asistí a un par de reuniones. Había algunas furiosas llamadas a las armas, seguidas de té y galletas. No duró mucho. Broderick Gibson fue presidente un año.

—¿El padre de Aengus?

—Sí. —Vanderhyde estaba recordando—. Había un bar cerca de allí famoso por las tertulias sobre política y poesía, al que algunos de nosotros íbamos después de las reuniones.

—Creí que había dicho que solo había ido a dos.

—Quizás a más de dos.

Rebus sonrió. Si lo investigaba, sabía que con toda probabilidad descubriría que un tal señor Vanderhyde había sido presidente del Sword and Shield en algún momento.

—Era un buen bar —recordó Vanderhyde.

—En sus días —dijo Rebus.

Vanderhyde suspiró.

—Edimburgo, inspector. Le das la espalda un segundo y cambian el nombre de un bar o el ramo de una tienda. —Señaló detrás con el bastón y casi hizo caer a alguien en el proceso—. Sin embargo, no pueden cambiar eso. También es Edimburgo.

El bastón se movió en dirección a Castle Rock, impactando en las piernas de una mujer. Rebus intentó disculparse con una sonrisa.

—Quizá deberíamos irnos a sentar al otro lado de la calle —sugirió.

Vanderhyde asintió, así que cruzaron por el semáforo hasta el otro lado, más tranquilo, de la calle. Los bancos orientaban sus respaldos hacia los jardines, cada uno con una placa dedicada a la memoria de alguien. Vanderhyde hizo que Rebus le leyera la del suyo.

—No —dijo moviendo la cabeza—. No reconozco ninguno de estos nombres.

—Señor Vanderhyde —señaló Rebus—, comienzo a sospechar que no me ha traído hasta aquí solo para dar un paseo. —Vanderhyde sonrió pero guardó silencio—. ¿A qué hora llegó al bar aquella noche?

—A las siete en punto, era lo acordado. Por supuesto, Aengus, siendo como era, llegó tarde. Creo que se presentó a las siete y media, cuando yo ya estaba sentado en un rincón bebiendo un whisky con agua. Creo que era J&B. —Pareció complacido por esta pequeña hazaña memorística.

—¿Alguien conocido en el bar?

—Oigo gaitas —dijo Vanderhyde.

—Tocan para los turistas —explicó Rebus—. Es algo que da bastante

dinero en verano.

—No es muy bueno. Imagino que debe de llevar una falda, pero el tartán no es correcto.

—¿Había en el bar alguien a quien conociera? —insistió Rebus.

—Oh, déjeme pensar...

—Con todo respeto, señor, no necesita pensar. Lo sabe o no lo sabe.

—Bien, creo que Tom Hendry estaba allí aquella noche, y que se detuvo en nuestra mesa para saludar. Solía trabajar para los periódicos.

Sí, Rebus había visto su nombre en la lista.

—Había alguien más... no lo conocía, y no habló mientras estuvo con nosotros. Pero recuerdo el olor a limón, un olor muy fuerte. Creí que podía ser un perfume, pero cuando se lo mencioné a Aengus, se echó a reír y dijo que no pertenecía a una mujer. No añadió nada más, pero tuve la sensación de que le hacía mucha gracia que yo hubiese mencionado el tema. Estoy seguro de que nada de esto es relevante.

El estómago de Rebus gruñía. Hubo una explosión súbita muy por encima de sus cabezas. Vanderhyde sacó el reloj del bolsillo del chaleco, abrió la tapa y pasó los dedos por la esfera.

—La una en punto —dijo—. Como dije, inspector, algunas cosas en nuestra ciudad permanecen inmutables.

Rebus asintió.

—Por ejemplo, la lluvia. —Comenzaban a caer solitarias gotas y el sol de la mañana había desaparecido como por arte de magia—. ¿Alguna cosa más que pueda decirme?

—Aengus y yo hablamos. Intenté convencerle de que transitaba por un camino muy peligroso. Su salud se deterioraba y estaba dilapidando la riqueza familiar. Digamos que el último argumento fue el más persuasivo.

—¿Así que renunció a la vida libertina tras hablar con usted?

—Yo no diría tanto. La clase dirigente de Edimburgo nunca se ha apartado demasiado de la juerga, al menos no del todo. Sin ir más lejos, cuando nos separamos fue a verse con una mujer. —Vanderhyde se mostró pensativo—. Pero si me permite decirlo, mis palabras tuvieron un efecto en él. —Asintió—. Aquella noche cené solo en The

Eyrie.

—Yo también he ido allí alguna vez —dijo Rebus. Su estómago volvió a gruñir—. ¿Le apetece una hamburguesa?

Después de dejar a Vanderhyde en casa regresó a St Leonard's. Siobhan se levantó de su mesa en cuanto le vio. Parecía complacida consigo misma.

—Por lo que veo, la esposa del carnicero era habladora —comentó Rebus, y se dejó caer en la silla. Había otra nota en su mesa avisándole de que Jack Morton había llamado, y esta vez también había un número a donde Rebus le podía llamar.

—Una cotilla en toda regla, señor. Tuve problemas para marcharme.

—¿Y?

—Algo y nada.

—Pues dame algo.

Rebus se acarició el estómago. Había disfrutado de la hamburguesa, pero no estaba del todo lleno. Siempre quedaba la cantina, pero le preocupaba terminar como los barrigudos policías que la frecuentaban.

—El algo es lo siguiente. —Siobhan Clarke se sentó—. Bone ganó el Mercedes en una apuesta.

—¿Una apuesta?

Clarke asintió.

—Se jugó su parte de la carnicería contra el Mercedes. Y ganó la apuesta.

—Caray.

—Su esposa parecía muy orgullosa, dice que es un gran jugador. Quizá lo sea, pero no parece que tenga la fórmula ganadora.

—¿A qué te refieres?

Clarke se entusiasmaba con el tema y a Rebus le gustaba ver ese brillo en sus ojos, fruto de una investigación exitosa.

—Había unas cuantas cosas que no estaban del todo bien en la sala de estar. Por ejemplo, tienen cintas de vídeo pero no tienen vídeo, aunque hay una silueta de polvo donde debió de estar el aparato. También tienen uno de esos muebles grandes para poner el televisor y

el vídeo, pero el televisor es de esos portátiles.

—O sea, que se desprendieron del vídeo y del televisor.

—Supongo que para pagar alguna deuda.

—¿Apostarías por deudas de juego?

—Lo haría si fuese una apostadora, cosa que no soy.

Rebus sonrió.

—Quizá compraron las cosas a crédito y no pudieron pagar las cuotas.

Siobhan pareció dudar.

—Quizá —concedió.

—Vale, bueno, es interesante, pero no va muy lejos, todavía no. Tampoco nos dice nada de Rory Kintoul, ¿verdad? —Ella fruncía el entrecejo—. ¿Le recuerdas, Clarke? El hombre al que apuñalaron en la calle. Es él quien nos interesa.

—Entonces ¿qué sugiere, señor? —Había un deje de acritud en aquel «señor»; no le gustaba que su buen trabajo no fuese recompensado—. Ya hemos hablado con él.

—Y volverás a hablar con él de nuevo. —Ella pareció dispuesta a protestar—. Solo que esta vez —añadió Rebus— vas a preguntarle por su primo, el señor Bone, el carnicero. No sé muy bien qué estamos buscando, así que tendrás que ir a tientas. Solo prueba a ver si algo toca el nervio.

—Sí, señor. —Ella se levantó—. Oh, por cierto, recibí los expedientes de Cafferty.

—Hay mucho que leer allí, la mayoría de calificación X.

—Lo sé. Ya he comenzado. Y ya no se dice calificación X, se dice para mayores de dieciocho años.

Rebus parpadeó.

—Solo es una expresión. —En el momento en que ella se giró, él la retuvo—. Siobham, toma algunas notas, ¿quieres? Me refiero a Cafferty y su banda. Así, cuando acabes, podrás refrescarme la memoria. He pasado mucho tiempo apartando a ese monstruo de mis pensamientos y ha llegado la hora de que abra de nuevo la puerta al infierno.

—Ningún problema.

Dicho esto se marchó. Rebus se preguntó si tendría que haberle dicho que había hecho un buen trabajo en casa de Bone. Ahora era demasiado tarde. Además, si ella veía que él estaba complacido, quizá dejaría de trabajar tan duro. Cogió el teléfono y llamó a Jack Morton.

—¿Jack? Hace tiempo que no hablamos. Soy John Rebus.

—John, ¿cómo estás?

—No estoy mal. ¿Y tú?

—Bien. Me hicieron inspector.

—Sí, a mí también.

—Eso he oído. —Las palabras de Jack Morton se ahogaron cuando comenzó a toser.

—¿Todavía dándole al pitillo, Jack?

—Estoy reduciendo la cantidad.

—Recuérdame que venda mis acciones de las tabacaleras. A ver, dime: ¿cuál es el problema?

—Es tu problema, no el mío. Vi algo de Scotland Yard referente a Andrew McPhail.

Rebus buscó el nombre en su memoria.

—No —admitió—, ahí me has pillado.

—Lo tenemos registrado como agresor sexual. Intentó abusar de la hija de la mujer con la que estaba viviendo. Esto ocurrió hace unos ocho años, pero nunca conseguimos probar la acusación.

Rebus comenzaba a recordar.

—¿Lo interrogamos cuando aquellas niñas comenzaron a desaparecer? —Rebus se estremeció al recordarlo: su propia hija había sido una de esas pequeñas.

—Solo por rutina. Comenzamos con los pedófilos convictos y los sospechosos habituales, y seguimos a partir de ahí.

—¿Un tío regordete con el pelo como de alambre?

—El mismo.

—¿Cuál es el problema, Jack?

—El problema es que lo tenéis allí. Está en Edimburgo.

—¿Y?

—Joder, John, creía que lo sabías. Se largó a Canadá después de nuestro último interrogatorio. Se instaló como fotógrafo y hacía fotos

para catálogos de moda. Abordaba a los padres de las niñas que le gustaban. Tenía tarjetas comerciales, cámaras fotográficas... Todo lo necesario. Incluso alquiló un estudio, donde tomaba fotos de las niñas, prometiéndoles que aparecerían en un catálogo u otro. Tenían que vestirse con vestidos de fiesta o, algunas veces, solo con ropa interior.

—Me hago una idea, Jack.

—Bueno, le pillaron. Había estado toqueteando a las niñas. A un montón de niñas, así que lo encerraron.

—¿Y?

—Ahora le han dejado salir, y le han deportado.

—¿Está en Edimburgo?

—Quise comprobarlo. Quería averiguar dónde había acabado, porque si estaba en algún lugar cercano a mi terreno le haría una visita alguna noche oscura. Pero, en cambio, está en tu terreno. Tengo una dirección.

—Espera un segundo. —Rebus encontró un bolígrafo y apuntó—. ¿Dónde conseguiste la dirección? ¿En el Departamento de Servicios Sociales?

—No; busqué en los archivos y descubrí que tenía una hermana en Ayr. La llamé y me dijo que había buscado un número de teléfono para él, en una pensión. ¿Sabes qué más dijo? Dijo que tendríamos que encerrarlo en un sótano y tirar la llave.

—Suena como una muchacha encantadora.

—Sí, señor, es mi tipo de mujer. Por supuesto, es posible que se haya rehabilitado.

Aquella palabra: rehabilitado. Una palabra que Vanderhyde había utilizado con Aengus Gibson.

—Es probable —asintió Rebus, que se lo creía tanto como el propio Morton, es decir, nada. Después de todo, eran incrédulos profesionales. Ese era el trabajo de la poli—. Así y todo, es bueno saberlo. Gracias, Jack.

—De nada. ¿Alguna probabilidad de que te veamos por Falkirk algún día? Sería estupendo poder tomarnos una copa.

—Sí, lo sería. Quizá me veas por allí muy pronto.

—Ah, ¿sí?

—Dejando a McPhail cerca del centro.

Morton se rio.

—Sí, mierda, sí. —Dicho esto colgó el teléfono.

Jack Morton se quedó mirando el teléfono durante casi un minuto, todavía sonriendo. Luego la sonrisa se desvaneció. Quitó el envoltorio de un chicle y comenzó a mascarlo. «Es mejor que un cigarrillo», se repetía a sí mismo. Miró las notas garabateadas que tenía sobre la mesa. La chica que McPhail había atacado ocho años atrás se llamaba Melanie Maclean. Su madre se había casado, y Melanie vivía con la pareja en Haddington, bastante lejos de Edimburgo, por lo tanto era poco probable que se cruzara con McPhail o que este pudiese encontrarla. Tendría que saber el nombre del padrastro, y no sería fácil para él conseguir esa información. Tampoco lo había sido para Jack Morton, pero el nombre estaba allí: Alex Maclean. Morton tenía la dirección de la casa, el número de teléfono privado y el teléfono del trabajo.

Sabía también que Alex Maclean era carpintero, y la policía de Haddington le había informado de que Maclean era un tipo con temperamento, y que un par de veces (mucho antes de casarse) había sido arrestado por diversas peleas. Rebus titubeó, pero finalmente cogió el teléfono y marcó los números. Luego esperó.

—Hola, ¿puedo hablar con el señor Maclean, por favor? ¿Señor Maclean? Usted no me conoce, pero tengo cierta información que me gustaría compartir con usted. Es sobre un hombre llamado Andrew McPhail...

Tras mucho pensar sentado en su sillón preferido, Matthew Vanderhyde también decidió hacer una llamada telefónica aquella tarde. Golpeaba el inalámbrico con una uña larga; oía a un perro que ladraba con aullidos marcadamente nasales; el tictac del reloj en la repisa de la chimenea parecía demorarse si se concentraba en él. El latir del tiempo. Por fin, sin más preámbulos, hizo la llamada.

—Acabo de tener a un poli por aquí —dijo—. Preguntaba por la

noche que se incendió el Hotel Central. —Titubeó un momento—. Le mencioné lo de Aengus. —Entonces hizo una pausa, y aguantó con una sonrisa cansada la furia al otro extremo de la línea, una furia que conocía muy bien—. Broderick —le interrumpió—, si sacan algún esqueleto del armario, no quiero ser el único que esté temblando.

Cuando la furia comenzó de nuevo, Matthew Vanderhyde dio la llamada por terminada.

7

Rebus se fijó en el hombre por primera vez aquel anochecer. Le pareció haberle visto rondando St Leonard's por la tarde. Un hombre joven, alto y de hombros anchos. Estaba de pie delante de la entrada de la escalera comunal de Rebus en Arden Street. Rebus aparcó su coche al otro lado de la calle, para poder vigilar por el espejo retrovisor. El hombre parecía agitado, excitado por algo; quizá solo estaba esperando a su novia. Quizá.

Rebus no estaba asustado; sin embargo volvió a poner el coche en marcha y se alejó. En una hora volvería a ver si el hombre continuaba allí. Si estaba, entonces no era porque esperaba a una chica, no importa lo bonita que fuese. Condujo por The Meadows hasta Tollcross, y luego giró a la derecha por Lothian Road, a marcha lenta. La cantidad de vehículos que necesitaban atravesar la ciudad al anochecer parecía ir en aumento semana tras semana. Edimburgo, en el crepúsculo, se parecía a cualquier otra ciudad: las tiendas, las oficinas y las aceras abarrotadas. Y nadie parecía muy contento.

Cruzó Princes Street, se metió por Charlotte Square, y comenzó a avanzar a paso de tortuga por Queensferry Street y Queensferry Road, hasta que pudo hacer un bendito (aunque torpe) giro a la derecha por Oxford Terrace. Pero Patience no estaba en casa. Sabía que la hermana de Patience iba a quedarse unos pocos días antes de llevarse a las niñas a casa. El gato de Patience, Lucky, estaba sentado fuera reclamando entrar, y Rebus, por una vez, se mostró casi compasivo.

—No hay suerte —le dijo, antes de dar media vuelta.

Cuando llegó de nuevo a Arden Street no había señal alguna de aquel gigantón que intentaba pasar desapercibido. Pero Rebus lo reconocería si lo volvía a ver. Oh, sí, lo reconocería, desde luego.

En el apartamento tuvo otra discusión con Michael; los dos en la sala de estar, todos los demás en la cocina. Esa era otra cuestión: ¿cuántos inquilinos tenía? Parecía haber una docena de personas

vagando por la casa, cuando se lo había alquilado a tres, con un posible cuarto. Podía jurar que veía rostros diferentes cada mañana, y, como resultado, nunca recordaba el nombre de nadie. Así que hubo otra pelea al respecto, esta vez con los estudiantes en la cocina, mientras Michael seguía sentado en el cuarto trastero. Al final, Rebus sentenció: «Al demonio», y procedió a seguir sus propias instrucciones: regresó a su coche y se fue a uno de los barrios menos respetables de la ciudad, para cenar allí a base de pastel de carne y jarras de cerveza mientras miraba una televisión sin sonido.

Así que fue otra de esas noches.

Volvió tarde a posta, con la ilusión de que todos se hubiesen ido a la cama. Abrió la puerta del edificio y dejó que se cerrase de un portazo. Buscaba en los bolsillos, con la vista en el suelo, las llaves de su apartamento, por lo tanto no pudo ver que había un hombre sentado en la escalera.

—Hola.

Rebus le miró sorprendido y, reconociendo su figura, soltó la calderilla y las llaves mientras lanzaba un puñetazo. Tampoco había bebido tanto, pero su blanco estaba sobrio y era veinte años más joven. El hombre detuvo el puñetazo sin problema. Pareció sorprendido por el ataque, pero también un tanto excitado por ello. Rebus acabó con su entusiasmo dándole un rodillazo en la entrepierna, desprotegida. El hombre soltó el aire ruidosamente y comenzó a doblarse, dándole a Rebus la oportunidad de golpearle en la nuca. Sintió cómo le crujían los nudillos con la fuerza del golpe.

—¡Jesús! —jadeó el hombre—. ¡Basta!

Rebus se detuvo y sacudió su mano dolorida, pero no estaba dispuesto a bajar la guardia. Mantuvo la distancia y preguntó:

—¿Quién eres?

El hombre consiguió dejar de jadear por un momento.

—Andy Steele.

—Un placer conocerte, Andy. ¿Qué coño quieres?

El hombre miró a Rebus con lágrimas en los ojos. Le costó un rato recuperar el aliento. Cuando por fin habló, o Rebus no podía entender su acento, o simplemente no creía lo que le decía. Le pidió a Steele

que lo repitiera.

—Me envía su tía —dijo Steele—. Tiene un mensaje para usted.

Rebus sentó a Andy Steele en el sofá y le dio la taza de té con cuatro terrones de azúcar que Steele había pedido.

—No puede ser bueno para tus dientes.

—No son míos —contestó Steele, acurrucado sobre la taza caliente.

—Entonces ¿de quién son? —preguntó Rebus. Steele esbozó una sonrisa—. Me has estado siguiendo todo el día.

—No es verdad. Quizá de haber tenido un coche... Pero no lo tengo.

—¿No tienes coche? —Steele meneó la cabeza—. ¡Vaya detective privado!

—No dije que fuera detective privado. Dije que quería serlo.

—O sea, eres algo así como un aprendiz.

—Sí, así es. Como se dice, probando el agua.

—¿Y qué tal está el agua, Andy?

Otra sonrisa, un sorbo de té.

—Algo caliente. Pero la próxima vez iré con más cuidado.

—Ni siquiera sabía que tenía una tía. No tan al norte.

El acento de Steele le delataba.

Andy Steele asintió.

—Vive enfrente de mis padres, al otro lado de la carretera de Pittodrie.

—¿Aberdeen? —Rebus asintió—. Tengo una vaga idea. Sí, un tío y una tía en Aberdeen.

—Su papá y Jimmy (su tío) se distanciaron hace años. Es probable que sea demasiado joven para recordarlo.

—Gracias por el cumplido.

—Es solo lo que me dijo Ena.

—¿Y ahora el tío Jimmy está muerto?

—Sí, falleció hace tres semanas.

—¿Y la tía Ena quiere verme? —Steele asintió—. ¿Para qué?

—No lo sé. Solo hablaba de cuánto le gustaría verle a usted de nuevo.

—¿Solo a mí? ¿No mencionó a mi hermano?

Steele negó con la cabeza. Rebus había mirado en el cuarto trastero para ver si había rastro de su hermano. No estaba, pero los otros dormitorios parecían estar ocupados.

—Si discutieron cuando yo era pequeño, quizá fue antes de que Michael naciese.

—Quizás ellos ni siquiera sabían de él —admitió Steele. Qué se podía hacer, así eran las familias—. Sea como fuere, Ena continuó insistiendo con usted, y le dije que vendría al sur para intentar encontrarle. Me despidieron de la flota pesquera hace seis meses, y desde entonces no tengo oficio ni beneficio. Además, como le he dicho, siempre me ha hecho ilusión ser un detective privado. Me encantan las películas de espías.

—Las películas no te dan un rodillazo en los huevos.

—Muy cierto.

—Entonces ¿cómo me encontraste?

El rostro de Steele se iluminó.

—Fui a la dirección que Ena me dio, donde usted vivía con su padre. Todos los vecinos sabían que usted era policía en Edimburgo, así que cogí la guía y llamé a todas las comisarías que pude encontrar, preguntando por John Rebus.

Se encogió de hombros y bebió más té.

—¿Y cómo conseguiste la dirección de mi casa?

—Alguien en el DIC me la dio.

—No me lo digas: el inspector Flower.

—Sí, un nombre así.

Sentado en el sofá, Andy Steele parecía tener unos veintitantos. Tenía un físico que solo se podía mantener en forma con un trabajo duro, como tripulante de un barco pesquero en el mar del Norte. Pero privado de actividad física durante seis meses, aquel esqueleto se estaba rellenando por momentos. Rebus sintió lástima por Andy Steele y su sueño de convertirse en detective privado. Por la manera en que miraba al vacío mientras sorbía el té, parecía perdido, sin un plan para afrontar la vida.

—Entonces ¿irá a verla?

—Quizás el fin de semana —dijo Rebus.

—A ella le gustará.

—Si quieres te puedo llevar.

El joven rechazó la invitación.

—No, me gustaría quedarme en Edimburgo por un tiempo.

—Tú mismo —dijo Rebus—. Solo ten cuidado.

—¿Cuidado? Podría contarle historias de Aberdeen que le pondrían los pelos de punta.

—Y… ¿podrían aumentar un poco en las sienes mientras lo hacen?

Andy Steele tardó un minuto en captar el chiste.

Al día siguiente, Rebus le hizo una visita a Andrew McPhail, pero este no estaba en casa, y su casera no le había visto desde la noche anterior.

—Por lo general, baja a las siete en punto para el desayuno. Así que subí y vi que no estaba en su habitación. ¿Tiene algún problema, inspector?

—No, en absoluto, señora MacKenzie. Por cierto, un pastel delicioso.

—Ay, hace unos días que lo preparé, y se habrá quedado un poco seco.

Rebus meneó la cabeza y bebió un sorbo de té con la ilusión de que arrastraría las migas por la garganta. Pero lo único que consiguió fue formar una gran bola de masa dura que tuvo que tragar poco a poco, y sin dar ninguna muestra de que se ahogaba.

Había una jaula en una esquina de la habitación, con espejos, huesos de sepia y mijo. Pero sin señal de que hubiera algún pájaro. Quizá se había escapado.

Le dejó una tarjeta a la señora MacKenzie, con la petición de que se la entregase al señor McPhail en cuanto le viese. No dudaba de que ella lo haría. Cayó en la cuenta de que no debería haberse presentado a la señora como policía. Era probable que sospechase, e incluso que le diese a McPhail un ultimátum debido a la fuerza de la sospecha. Y eso sería una lástima.

Aunque pensándolo mejor, a Rebus no le parecía que la señora MacKenzie fuera a darse cuenta. Y seguro que a McPhail se le

ocurriría alguna razón para la visita de Rebus. Quizá la policía de la ciudad de Edimburgo le quería recompensar por haber salvado unos cacharros de las torronteras de Water of Leith. Después de todo, McPhail era muy bueno inventando historias. A los niños les encantaba oír historias.

Rebus se detuvo delante de la casa de la señora McKenzie y miró al otro lado de la calle. No podía ser una coincidencia que McPhail hubiese escogido una pensión a tiro de piedra de una escuela primaria. Al fin y al cabo, no creía en las coincidencias.

Si no podía persuadir a McPhail de que se marchara, bueno, quizá los vecinos acabarían por saber la verdadera historia del inquilino de la señora MacKenzie. Rebus subió a su coche. No siempre estaba a gusto consigo mismo o con su trabajo, pero algunas cosas sí que merecían la pena.

Siobhan Clarke no tenía nada nuevo acerca del hombre apuñalado. Rory Kintoul se mostraba muy reacio a acudir a una segunda entrevista. Había cancelado la cita acordada y, desde entonces, Clarke no había podido volver a ponerse en contacto con él.

—Su hijo tiene diecisiete años y está desempleado. Pasa la mayor parte del día en casa, podría intentar hablar con él.

—Podría... Tú haz lo que puedas; habla con Kintoul y si no avanzamos abandonaremos todo el asunto. Si Kintoul quiere que le apuñalen, allá él.

Clarke asintió y se volvió para marcharse.

—¿Alguna noticia de Brian?

Ella se volvió.

—Ha estado hablando.

—¿Hablando?

—En sueños. Creía que lo sabía.

—¿Qué ha dicho?

—Nada que hayan podido entender, pero significa que poco a poco recupera el conocimiento.

—Bien.

Ella comenzó a volverse de nuevo, pero Rebus pensó en otra cosa.

—¿Cómo irás a Aberdeen el sábado?

—En coche, ¿por qué?

—¿Tienes sitio en el coche?

—Viajo sola.

—Entonces no te importará llevarme.

Ella le miró sorprendida.

—En absoluto. ¿Adónde?

—A Pittodrie.

Ella parecía aún más sorprendida.

—Nunca le hubiese tomado por un seguidor de los Hibs, señor.

Rebus hizo una mueca.

—No, en esa categoría estás sola. Solo necesito que me lleves, nada más.

—No hay problema.

—Por el camino podrás contarme lo que has averiguado de los expedientes de Big Ger.

8

Para el sábado, Rebus había discutido tres veces con Michael (quien, de todas maneras, ya hablaba de marcharse), una vez con los estudiantes (que también parecían querer irse), y otra vez más con la recepcionista de la consulta de Patience (no iría a ningún lado, pero no quiso pasarle la llamada). Brian Holmes había abierto los ojos por unos momentos, y según los médicos su recuperación iba por buen camino. Ninguno de ellos, sin embargo, se arriesgó decir las palabras «recuperación total». Así y todo, la noticia había alegrado a Siobhan Clarke, que estaba de muy buen humor cuando llegó, conduciendo su Renault 5 rojo cereza, al apartamento de Rebus en Arden Street. El inspector la estaba esperando en la calle. Parecía joven y lleno de vida, mientras que su coche (aparcado a su lado) parecía estar en estado terminal. A decir verdad, el coche de Rebus tenía ese aspecto destartalado desde hacía tres o cuatro años, pero cuando él se decidía a enviarlo a la chatarra, siempre parecía recuperarse milagrosamente. Rebus tenía la sensación de que el coche le leía el pensamiento.

—Buenos días, señor —saludó Siobhan Clarke. La música pop sonaba en el estéreo. Rebus se encogió en el asiento del pasajero y bajó el volumen—. ¿Una mala noche?

—Tengo la sensación de que todas las personas siempre me preguntan lo mismo.

—Vaya, ¿por qué será?

Se detuvieron en una panadería para que Rebus pudiese comprar el desayuno, ya que no había nada en su piso que mereciese el calificativo de comida. En realidad no se podía quejar; su contribución a la despensa hasta el momento solo daba para llenar una cesta de la compra, en su mayor parte de carne, algo que los estudiantes no probaban. Había advertido que también Michael se había hecho vegetariano, al menos en público.

—Es mucho más sano, John —le había dicho mientras se daba una

palmada en el estómago.

—¿Qué se supone que significa eso? —había replicado Rebus.

Michael se había limitado a menear la cabeza con condescendencia.

—Demasiada cafeína.

Esa era otra cosa: los armarios de la cocina estaban llenos de tarros de lo que parecía ser café, pero resultaban ser infusiones de corteza de árbol molida y achicoria. En la panadería, Rebus compró un café y dos salchichas envueltas en hojaldre. Los rollos de salchicha resultaron ser un error tremendo. Los trocitos de hojaldre se deshacían y se desperdigaban por el interior impoluto del coche, a pesar de los intentos de Rebus de recogerlos al vuelo con la bolsa de papel.

—Lamento mucho el desorden —le dijo a Siobhan, que conducía con la ventanilla bajada del todo—. No eres vegetariana, ¿verdad?

Ella se rio.

—¿Quiere decir que no se ha dado cuenta?

—No puedo decir que sí.

Clarke hizo un gesto hacia el rollo de salchicha.

—¿Ha oído hablar de la carne recuperada mecánicamente?

—No lo hagas —le advirtió Rebus. Se acabó los rollos de salchicha en un par de bocados y se aclaró la garganta—. ¿Algo que deba saber acerca de lo que podría haber entre tú y Brian?

La expresión en el rostro de la joven le dejó claro que esa no era la mejor manera de iniciar una conversación.

—No, que yo sepa.

—Es solo que él y Nell estaban...

—No soy un monstruo, señor —interrumpió Clarke—. Sé cuál es la situación entre Brian y Nell. Brian solo es un buen tipo. Nos llevamos bien. —Apartó la mirada del parabrisas—. Eso es todo lo que hay. —Rebus estaba a punto de decir algo—. Pero si hubiese algo más que eso —añadió ella—, con todo respeto, no creo que sea asunto suyo, señor, a menos que interfiera en nuestro trabajo, algo que jamás permitiría que ocurriese. Y Brian tampoco.

Rebus permaneció en silencio.

—Lo siento —se disculpó Siobhan—. No debería haberle hablado así.

—El problema no está en lo que has dicho, sino en cómo lo has dicho. Un policía nunca está fuera de servicio, y soy tu jefe, incluso cuando vamos de excursión como ahora. No lo olvides.

Hubo más silencio, hasta que Siobhan lo rompió.

—Marchmont es una parte bonita de la ciudad.

—Casi tan bonita como la Ciudad Nueva.

Ella le miró furiosa, con las manos aferradas al volante con tanta decisión como un estrangulador.

—Creía —dijo Siobhan con astucia— que en estos días vivía en Oxford Terrace, señor.

—Creías mal. ¿Qué te parece si apagamos esa maldita música? Después de todo, tenemos mucho de que hablar.

Se refería, por supuesto, a Morris Gerald Cafferty.

Siobhan Clarke no había traído las notas consigo. No las necesitaba. Podía recitar los detalles principales de seguido, junto con un montón de detalles que quizá no fueran sobresalientes, pero sí interesantes. Desde luego, había hecho los deberes.

Rebus pensaba en lo frustrante que podía llegar a ser su trabajo. Se había empollado toda la documentación referente a Big Ger como preludio y preparación para la Operación Sacas de Dinero, pero la Operación Sacas de Dinero difícilmente atraparía a Cafferty. Aparte de esto, había dedicado un montón de horas al apuñalamiento de Kintoul, otro asunto que podía acabar en nada.

—Otra cosa —dijo Clarke—. Al parecer, Cafferty tiene algo así como un diario, escrito en una especie de código secreto. Nunca hemos podido descifrarlo, y eso solo puede significar que debe de ser algo muy importante.

Rebus lo recordaba. Cada vez que detenían a Big Ger, el diario aparecía junto con sus otras posesiones. Ellos fotocopiaban las páginas del diario e intentaban descifrarlo, siempre sin éxito.

—El rumor es —continuó Siobhan— que el diario es un registro de deudas impagadas, deudas de las que Cafferty se ocupa en persona.

—Un hombre como él vive rodeado de rumores sobre su persona, pero en la vida real no es más que otro gánster descerebrado.

—Para hacer un código se necesita cerebro.

—Quizás.

—En el expediente hay un recorte reciente del *Sun* sobre los cadáveres que continúan apareciendo en la costa.

Rebus asintió.

—En la costa de Solway, no muy lejos de Stranraer.

—¿Cree que es obra de Cafferty?

Rebus se encogió de hombros.

—Los cadáveres nunca han sido identificados. Podrían ser personas arrojadas desde el transbordador de Larne, o podría haber alguna conexión con el Ulster... Hay unas corrientes muy extrañas entre Larne y Stranraer. —Hizo una pausa—. Podría ser cualquier cosa.

—En otras palabras, podría ser Cafferty.

—Podría ser.

—Recorre un largo trecho para deshacerse de los cadáveres.

—Bueno, no va a cagar donde come, ¿verdad?

Clarke lo pensó.

—Uno de los periódicos mencionaba algo sobre que una furgoneta fue vista en aquella costa, a una hora demasiada temprana para estar realizando algún reparto.

Rebus asintió.

—Y no había ningún lugar en la carretera donde hacer una entrega. De vez en cuando leo los periódicos, Clarke. Las divisiones de Dumfries y Galloway tienen patrullas en aquel lugar ahora mismo.

Siobhan condujo en silencio durante un rato mientras ponía en orden los pensamientos.

—Ha tenido mucha suerte hasta ahora, ¿no es así, señor? Puedo entender que es un villano inteligente, y los villanos inteligentes son difíciles de pillar. Pero tiene que delegar, y, por lo general, incluso un villano inteligente tiene subalternos estúpidos o perezosos que cagan donde comen.

—El lenguaje, Clarke, el lenguaje. —Consiguió que ella sonriese—. Así y todo, mensaje recibido.

—Al leer acerca de los socios de Cafferty no tuve la impresión de que fuesen los típicos alumnos de sobresalientes. Todos tienen nombres como Slink, Codge o Radiador.

Rebus sonrió.

—Radiador McCallum. Le recuerdo. Decía ser descendiente de una familia de caníbales de las Highlands. Estaba muy orgulloso de sus antepasados.

—Sin embargo, se lo tragó la tierra.

—Sí, hará tres o cuatro años.

—Cuatro y medio, según los expedientes. Me pregunto qué le habrá pasado.

Rebus se encogió de hombros.

—Intentó traicionar a Big Ger, se asustó y salió huyendo.

—O no tuvo la ocasión de escapar.

—Eso también, por supuesto. O puede que se hartase de él y decidiese aceptar otro trabajo. Ser matón es una profesión muy versátil.

—Cafferty, desde luego, acaba con el personal. Los primos de McCallum desaparecieron del mapa poco antes de que lo hiciera el propio McCallum.

Rebus se extrañó.

—No sabía que tuviese primos.

—Conocidos coloquialmente como los hermanos Bru-head, por su afición a los refrescos Irn-Bru.

—Algo muy comprensible pero ¿cuáles eran sus nombres verdaderos?

Clarke lo pensó un momento.

—Tam y Eck Robertson.

Rebus asintió.

—Sí, Eck Robertson. No sabía nada del otro primo. Espera un momento...

Tam y Eck Robertson. Los hermanos R. Eso significaba que Mork era...

—¡Morris Cafferty!

Rebus dio un manotazo al salpicadero. Brian había acortado el nombre y utilizado una «k» en lugar de la «c». Joder... Si Brian Holmes estaba investigando algo que involucraba a Cafferty y sus secuaces, no era de extrañar que estuviese asustado. Tenía que ser algo relacionado

con la noche del incendio del Hotel Central. Quizás habían iniciado el incendio porque el hotel no estaba pagando la protección. Pero ¿quién era el cadáver? ¿Por qué McCallum y sus primos habían desaparecido sin dejar rastro? Maldita sea.

—Si va a sufrir un ataque —dijo Siobhan—, estoy entrenada en maniobras de reanimación.

Rebus no la escuchaba. Miraba fijamente la carretera, apretando la taza de café con un puño, golpeándose la rodilla con el otro. Pensaba en la nota de Brian. No aseguraba a ciencia cierta que Cafferty estuviera allí aquella noche, solo que estaban los hermanos. Y mencionaba algo acerca de una partida de póquer. La nota terminaba resaltando la necesidad de encontrar a los hermanos R. Después, alguien le había pegado a Holmes en la cabeza. Quizá comenzaba a tener sentido.

—Sin embargo, no estoy segura de saber cómo atender la catatonia.

—¿Qué?

—¿Tiene algo que ver con lo que dije?

—Sí, así es.

—¿Los hermanos Bru-head?

—Los mismos. ¿Qué más puedes decirme de ellos?

—Nacidos en Niddrie, ladrones de poca monta desde que dejaron la cuna...

—Es probable que también robasen la cuna. ¿Algo más?

Siobhan sabía que había pinchado un nervio.

—Mucho. Ambos tienen unos antecedentes larguísimos. A Eck le gustaban las ropas llamativas; Tam, en cambio, siempre vestía vaqueros y una camiseta. Lo curioso de esto es que Tam era escrupulosamente limpio, incluso llevaba su propio jabón a todas partes. Me pareció extraño.

—Si fuese de los que apuestan —dijo Rebus—, apostaría a que el jabón tenía olor a limón.

—¿Cómo lo sabe?

—Instinto. No el mío, el de otro. —Rebus frunció el ceño—. ¿Cómo es que nunca he oído hablar de Tam?

—Se marchó a Dundee cuando abandonó la escuela o, mejor dicho,

cuando le pidieron que abandonase la escuela. Solo volvió a Edimburgo años más tarde. Los expedientes dicen que estuvo trabajando para la banda durante unos seis meses, puede que incluso menos. —Ella esperó—. ¿Va a decirme de qué va todo esto?

—Todo está relacionado con el incendio de un hotel.

—¿Se refiere a aquellos expedientes en el suelo detrás de su mesa?

—Me refiero a aquellos expedientes en el suelo detrás de mi mesa.

—No pude evitar echar una mirada.

—Pueden estar vinculados con el ataque a Brian. —Ella se volvió hacia él—. Tú concéntrate en conducir. Mantén la vista en la carretera y yo te contaré una historia. Puede que nos tenga ocupados hasta que lleguemos a Aberdeen.

Así fue.

—Pasa, Jock. Vaya, vaya, nunca te hubiese reconocido.

—Usaba pantalón corto la última vez que me viste, tía Ena.

La vieja se rio. Luego se aferró a su andador para caminar por el angosto pasillo. Un intenso olor a moho impregnaba las estancias. La tía Ena dirigió a paso lento a Rebus hasta un pequeño salón trastero lleno de muebles viejos. Lo cierto es que había una habitación principal delantera mucho más amplia, una habitación que se reservaba para las ocasiones muy especiales, pero Rebus era familia, y a la familia se la recibía en la habitación trasera.

Ella tenía un aspecto frágil. Caminaba muy encorvada y se cubría sus huesudos hombros con un chal. Llevaba el pelo canoso peinado hacia atrás y bien sujeto contra el cráneo, y sus ojos eran puntos hundidos en un rostro apergaminado. Rebus no la recordaba en absoluto.

—Debías de tener unos trece años cuando estuvimos por última vez en Fife. Hablabas por los codos, pero con un acento tan cerrado que yo apenas podía entender una palabra. Siempre estabas contando chistes o cantando.

—He cambiado —dijo Rebus.

—¿Eh? —Ella se había dejado caer en una silla junto a la chimenea, e inclinaba la cabeza hacia delante—. Mis oídos ya no son lo que eran,

Jock.

—¡Digo que nadie me llama Jock! —gritó Rebus—. Soy John.

—Ah, sí, John. Tienes razón.

Se puso una manta sobre las piernas. El fuego eléctrico que calentaba el hogar proporcionaba una falsa sensación de calor. Había una resistencia color naranja pálido encendida, pero su efecto apenas se notaba.

—Entonces, Danny te encontró.

—¿Te refieres a Andy?

—Es un buen chico. Es una pena que le despidiesen. ¿Volvió contigo?

—No, todavía está en Edimburgo.

Ella apoyaba la cabeza en el respaldo de la silla. Rebus tenía la impresión de que estaba a punto de quedarse dormida. La caminata de ida y vuelta a la puerta principal probablemente la había agotado.

—Sus padres son buena gente, siempre amables conmigo.

—¿Querías verme por algo, tía Ena?

—¿Eh?

Rebus se puso en cuclillas delante de ella, con las manos apoyadas en el costado de la silla.

—Querías verme.

Quería pero no podía, porque sus ojos se cubrieron con un velo y, con la boca bien abierta, comenzó a roncar.

Rebus se levantó y soltó un sonoro suspiro. Miró a su alrededor, buscando sin éxito un reloj que funcionase. No importaba, pues sabía que aún le quedaban unas dos horas que matar. Hablar del caso del Hotel Central con Siobhan le había agitado. Quería volver al trabajo lo más pronto posible y, en cambio, ahí estaba, atrapado en ese museo en miniatura. Volvió a echar un vistazo a la estancia y frunció la nariz al ver una estantería cromada en un rincón oscuro. Se acercó a ella y vio numerosas fotos, fotos de sus abuelos paternos. En cambio, de su padre, ni rastro. La vieja rencilla, o lo que quiera que fuese, se había encargado de hacerle desaparecer. Los escoceses no olvidan. Era una carga y un don.

La sala de estar comunicaba directamente con una pequeña cocina.

Rebus miró en la vieja nevera y encontró un trozo de carne cocida. Había pan en una panera en la despensa y mantequilla en un plato junto al fregadero. Le llevó diez minutos preparar los sándwiches y cinco minutos más descubrir cuál de las muchas latas contenía el té.

Encontró una radio junto al fregadero e intentó buscar las retransmisiones de los partidos de fútbol, pero en vista de que las pilas estaban tan débiles como su té, decidió volver de puntillas hasta donde estaba la tía Ena. La vieja continuaba durmiendo y Rebus se sentó en una silla frente a la anciana. No había ido hasta Aberdeen esperando una herencia, pero sí algo más que esto. Un ronquido excepcionalmente sonoro hizo que la tía Ena recuperase la conciencia.

—¿Eh? ¿Eres tú, Jimmy?

—Soy John, tu sobrino.

—Dios bendito, John, ¿me he quedado dormida?

—Solo un par de minutos.

—Qué desconsiderado por mi parte dormirme cuando tengo una visita.

—No soy un visitante, tía Ena, soy familia.

—Sí, hijo, tienes razón. Ahora, escucha. Hay algo de carne en la nevera. ¿Quieres que vaya y...?

—Ya están hechos.

—¿Eh?

—Los sándwiches. Ya los preparé.

—¿Lo has hecho? Siempre has sido muy listo. ¿Qué tal un poco de té?

—No te molestes, tía Ena. Ahora mismo lo preparo.

Trajo los sándwiches en un plato, y los dejó delante de ella en un taburete.

—Ya está.

Iba a servirle uno, cuando ella le cogió de las muñecas y casi hizo caer el plato. Vio que había cerrado los ojos, y aunque parecía frágil su apretón era fuerte. Ella comenzó a hablar antes de que Rebus comprendiese que estaba dando las gracias por la comida.

—Algunos tienen carne y no pueden comer; algunos no tienen nada y la quieren. Pero tenemos carne y podemos comer, así que gracias,

Señor.

Rebus casi se echó a reír. Casi. En su interior, se sentía conmovido. Le entregó el sándwich con una sonrisa y luego fue a buscar el té.

La comida le dio a Ena nuevos ánimos y pareció recordar por qué había querido verle.

—Tu padre y mi marido se distanciaron hace muchos años, cuarenta o incluso más. Nunca más se escribieron, ni se enviaron una tarjeta de Navidad, ni se dirigieron la palabra. Ahora, ¿no crees que fue estúpido? ¿Y sabes por qué fue? Porque, aunque habíamos invitado a tu madre y tu padre a la boda de nuestra Ishbel, no te invitamos a ti. Verás. Habíamos decidido no invitar a los niños, pero luego una amiga mía, Peggy Callaghan, trajo a su hijo sin ser invitado, y no podíamos obligarlos a marcharse. Cuando tu padre lo vio, discutió con Jimmy. Una pelea tremenda. Y entonces tu padre se marchó, y dejó allí a tu madre, esperando que ella le siguiese en su espantada. Una mujer encantadora. Y ya está.

Ella se echó atrás en su silla, con las migas de pan en el labio inferior.

—¿Eso fue todo?

Ella asintió.

—No parece gran cosa, ¿verdad? No, visto ahora. Pero fue suficiente. Ambos estaban demasiado obcecados para hacer las paces.

—¿Querías verme solo para decirme esto?

—En parte. También quería darte algo. —Se levantó despacio de la silla, apoyada en el andador, y se inclinó sobre la repisa de la chimenea. Rebus medio se levantó para ayudarla, pero ella no le necesitaba. Encontró la foto y se la dio. Él la miró. En un blanco y negro desteñido, mostraba a dos escolares sonrientes, no muy bien vestidos. Tenían los brazos alrededor del cuello del otro y los rostros se tocaban. Los mejores amigos, pero más que eso: hermanos—. La guardaba. Una vez me dijo que había tirado todas las fotos de tu padre, pero cuando estábamos ordenando sus cosas, la encontramos en el fondo de una caja de zapatos. Quiero que te la quedes, Jock.

—No es Jock, es John —dijo Rebus, con los ojos no muy secos.

—Por supuesto que lo es —afirmó su tía Ena—. Por supuesto que lo

es.

A primera hora de aquella tarde, Michael Rebus se había quedado dormido en el sofá, sin darse cuenta de que se estaba perdiendo una de sus series favoritas, *Perdición*, en BBC2. Había ido al bar al mediodía en busca de juerga, pero los estudiantes no estaban allí. Habrían ido de compras, a la lavandería, o a pasar el fin de semana con sus padres y amigos. Así que Michael se bebió dos jarras de clara en soledad y volvió al apartamento, donde se quedó dormido de inmediato, delante del televisor.

Llevaba tiempo pensando en John. Sabía que estaba siendo una carga para su hermano mayor, pero no pensaba seguir siéndolo por mucho más tiempo. Había hablado por teléfono con Chrissie. Ella continuaba en Kirkcaldy con los chicos. No había querido saber nada de él después del arresto, y estaba muy disgustada por el hecho de que su propio hermano hubiese declarado en su contra. Pero Michael no culpaba a John por aquello. John tenía principios. Además, algunas de las pruebas habían funcionado —estaba seguro, con toda intención— a favor de Michael.

Ahora, Chrissie volvía a hablarle. Michael le había escrito durante todo su encarcelamiento, y también luego, desde Londres, sin saber si ella había recibido alguna de las cartas. Pero las había recibido, se lo dijo en esa conversación que llevaba tanto tiempo buscando. También le dijo que no tenía novio, que los chicos estaban bien y si querría ir a verlos alguna vez

—Quiero verte a ti —le había dicho él. Y eso había sonado bien.

Estaba soñando con ella cuando sonó el timbre. Él y Gail la estudiante, si había que decir la verdad. Se levantó tambaleante. La campanilla era insistente.

Tardó un segundo en abrir la puerta. Después, el mundo de Michael estalló en pedazos.

Con otra derrota del Hibernian en el coleto, Siobhan Clarke guardó silencio en el camino de vuelta a casa, algo que le vino bien a Rebus.

Tenía que pensar y, por una vez, no sobre el trabajo. Era un alivio teniendo en cuenta que se entregaba a él de una manera como nunca lo había hecho a ninguna persona en su vida. Ni a su exesposa, ni a su hija, ni a Patience, ni a Michael.

Había entrado en la policía prematuramente, desconfiado y cínico. Pronto comprobó que sus mejores intenciones eran aplastadas por el sistema y la actitud del público. Hubo momentos en los que uno creía que le recibirían mejor si hubiese estado pintando carteles en las puertas de sus casas.

—Un penique por ellos —dijo Siobhan Clarke.

—No malgastes tu dinero.

—¿Por qué no? Mire todo lo que he gastado hoy.

Rebus sonrió.

—Sí, siempre me olvido de que hay alguien en el mundo que está peor que uno mismo... A menos que seas un seguidor de los Hibs.

—Ja, ja, ja.

Siobhan Clarke acercó la mano al estéreo e intentó encontrar una emisora que no diese los resultados del fútbol.

9

Lleno de buenas intenciones, Rebus abrió la puerta del apartamento, y de inmediato intuyó que no había nadie en casa. Después de todo, era sábado por la noche, pero al menos podían haber apagado la televisión.

Fue al cuarto trastero y dejó la vieja fotografía sobre la cama deshecha de Michael. La habitación olía un poco a perfume y a Rebus le sobrevino el recuerdo de Patience. La echaba de menos más de lo que quería admitir. Cuando comenzaron a salir, habían acordado que ambos eran demasiado mayores para eso que se llama «amor». También habían acordado que estaban más que dispuestos para entregarse al sexo. Luego, cuando Rebus se fue a vivir al apartamento de Patience, hablaron de nuevo. En realidad, estuvieron de acuerdo, no se comprometían a nada; era lo más cómodo por el momento. Pero cuando Rebus decidió alquilar su propio apartamento... aquello sí había significado un compromiso: el de dormir en el sofá si algún día Patience le ponía de patitas en la calle.

Tumbado solo en el sofá, admitió que se había apropiado de la práctica totalidad de lo que había sido el principal espacio comunal del apartamento. Los estudiantes ahora tendían a sentarse en la cocina, y hablaban en voz baja con la puerta cerrada. Rebus no los culpaba. El piso estaba en completo desorden, y era su desorden. Su maleta estaba abierta en el suelo junto a la ventana, con las corbatas y los calcetines colgando por los costados; la bolsa de deporte yacía abandonada detrás del sofá; sus dos trajes colgaban arrugados de una moldura para cuadros junto al cuarto trastero, y tapaban en parte un póster psicodélico que a Rebus le hacía daño a los ojos. Además, la falta de aire fresco le daba al lugar un olor asilvestrado. Pero nada de eso le molestaba, después de todo, ¿no era aquella la guarida de Rebus?

Cogió el teléfono y llamó a Patience. Le habló una voz grabada: el

mensaje era nuevo.

«Me llevo a Susan y a Jenny de vuelta con su madre. Cualquier mensaje, después de la señal».

El primer pensamiento de Rebus fue que Patience había sido una estúpida. El mensaje permitía que cualquiera que llamase —cualquiera— supiese que no estaba en casa. Los ladrones a menudo llamaban antes de actuar, incluso podían ir llamando a todos los abonados de la guía telefónica para dar con teléfonos que siempre sonaban, o contestadores automáticos. Lo más seguro era dejar un mensaje que no diese esa clase de pistas.

Supuso que si había ido a casa de su hermana, no volvería por lo menos hasta la noche del dia siguiente, e incluso podía quedarse allí hasta el lunes.

—Hola, Patience —le dijo a la máquina—. Soy yo. Estoy dispuesto a hablar cuando tú quieras. Yo... te echo de menos. Adiós.

Así que las chicas se habían marchado. Quizás ahora las cosas podrían volver a la normalidad. Basta de la ardiente Susan, basta de la gentil Jenny. No eran las culpables de la riña entre Rebus y Patience, pero quizás habían ayudado. Desde luego que habían ayudado.

Se preparó una taza de sucedáneo de café, sin dejar de pensar en ir hasta el colmado de la esquina de Marchmont Road, donde el café era delicioso, instantáneo y caro. Decidió que quizá su sucedáneo tendría buen sabor y terminó bebiendo un brebaje que sabía fatal, y que no tenía absolutamente nada de cafeína. Probablemente fue por eso por lo que se quedó dormido durante una aburrida proyección de media tarde en la tele.

Cuando sonó el teléfono, se despertó. Alguien había apagado la televisión, y quizás aquella misma persona le había tapado con una manta. Se estaba convirtiendo en algo habitual. Se notó entumecido al incorporarse para coger el teléfono. El reloj le indicó que era la una y cuarto de la madrugada.

—¿Hola?

—¿Es el inspector Rebus?

—Al habla. —Rebus se acomodó el pelo.

—Inspector Rebus, soy el agente Hart. Estoy en South Queensferry.

—¿Sí?

—Aquí hay alguien que afirma ser su hermano.

—¿Michael?

—Es el nombre que dio.

—¿Qué pasa? ¿Está borracho?

—En absoluto, señor.

—¿Qué pasa entonces?

—Bueno, señor, acabamos de encontrarle...

Rebus ahora estaba muy despierto.

—¿Encontrarle dónde?

—Colgado del Forth Rail Bridge.

—¿Qué? —Rebus sintió que su mano aplastaba el auricular hasta casi romperlo—. ¿Colgado?

—No me refiero de esa manera, señor. Lamento si yo... —Rebus aflojó la mano—. Me refiero a que colgaba de los pies, como suspendido. Colgado en mitad del aire.

—Al principio creíamos que había sido una broma que había salido mal. Ya sabe, el *puenting*, esa clase de cosas. —El agente Hart dirigía a Rebus hacia una casilla del muelle en South Queensferry. El Firth of Forth estaba oscuro y silencioso; aun así, Rebus alcanzaba a ver el puente del ferrocarril, muy por encima de ellos—. Pero esa no fue la historia que nos relató. Además, está claro que no saltó por propia voluntad.

—¿Cómo de claro?

—Tenía las manos atadas, señor. Y le habían amordazado con cinta adhesiva.

—Jesús.

—El doctor dice que se pondrá bien. Si le hubiesen arrojado por encima del borde, las piernas se habrían descoyuntado, pero el médico dice que lo tuvieron que bajar poco a poco.

—¿Cómo subieron al puente?

—Es bastante fácil, si no se tiene vértigo.

Rebus, que sí tenía vértigo, había declinado la oferta de visitar el lugar donde habían encontrado a Michael, en lo alto de la estructura

de hierro color ocre.

—Al parecer esperaron a que pasase el último tren, pero el patrón de una embarcación que pasaba por debajo del puente vio algo sospechoso, así que llamó. De lo contrario, bueno, se habría quedado allí colgado toda la noche. —Hart movió la cabeza—. Una noche fría, no quisiera estar en esa situación.

En ese momento estaban en la caseta. Era lo bastante grande para que cupiesen dos hombres. Uno de ellos, sentado con una manta sobre los hombros, era Michael. El otro era un médico local, a juzgar por su aspecto como de recién salido de la cama. Había más gente fuera: policías, el propietario de un hotel en el muelle, y el patrón que había salvado la vida de Michael, o al menos su cordura.

—John, gracias a Dios.

Michael estaba pálido y temblaba. El doctor sujetaba una taza con un líquido caliente, y estaba tratando de convencer a Michael de que bebiese.

—Bébetelo, Mickey —dijo Rebus.

Michael tenía un aspecto lamentable, parecía la víctima de alguna terrible tragedia. Rebus sintió que le dominaba una tristeza tremenda. Michael había pasado años en la cárcel, donde solo Dios sabe qué le había sucedido. Luego, al salir, no había tenido suerte en su vuelta a Edimburgo. Las bravatas, las noches con los estudiantes... Rebus de pronto comprendió que no eran más que una fachada, un intento de dejar atrás todo aquello que Michael había temido esos últimos años. Y ahora esto, que le reducía a un animal tembloroso y acurrucado en la caseta.

—Volveré en un segundo, Mickey. —Rebus se llevó a Hart fuera de la caseta—. ¿Qué le ha dicho? —intentaba controlar un palpitante ataque de furia.

—Dijo que estaba en su apartamento, señor, solo.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, sobre las cuatro. Llamaron a la puerta, así que atendió, y tres hombres entraron por la fuerza. Lo primero que hicieron fue taparle la cabeza con una bolsa. Luego le tumbaron, le ataron, le quitaron la bolsa y le amordazaron; después, volvieron a taparle la

cabeza.

—¿Él no los vio?

—Le mantuvieron el rostro contra la alfombra del pasillo. Solo consiguió atisbarlos cuando abrió la puerta.

—Continúe.

—Al parecer, le envolvieron con una alfombra, le bajaron y le metieron en una furgoneta. Según ha dicho, había muy poco espacio y estaba rodeado de cajas. —Hizo una pausa. No le gustaba la concentración del rostro del inspector.

—¿Qué más? —dijo Rebus, tajante.

—Dice que condujeron durante horas, sin decir palabra. A continuación le sacaron de la furgoneta y le metieron en algo que podría ser un sótano o un almacén. Nunca le quitaron la bolsa de la cabeza, así que no puede estar seguro. —Hart hizo una pausa—. No quise interrogarle demasiado a fondo en su actual estado, señor.

Rebus asintió.

—En cualquier caso, por fin lo trajeron aquí. Le ataron al costado del puente, y luego le bajaron. Continuaron sin decir nada. Pero cuando comenzaron a bajarle, le quitaron la bolsa de la cabeza.

—Joder.

Rebus cerró los ojos. Su mente le brindó los peores recuerdos de su propio entrenamiento con los SAS. Le habían subido a un helicóptero con una bolsa en la cabeza, le habían amenazado con arrojarle al vacío y habían cumplido con la amenaza... pero solo a dos metros cuarenta del suelo, incomparable a la altura del puente. Horrible, de principio a fin. Apartó a Hart y al doctor de su camino, se agachó para abrazar a Michael, y le mantuvo contra su pecho mientras oía cómo Michael comenzaba a llorar. El llanto duró largo rato, pero Rebus no estaba dispuesto a soltarle.

Luego, por fin se acabó. Unas toses secas, la respiración más lenta, y una especie de calma interior. El rostro de Michael era un galimatías de lágrimas y mocos. Rebus le dio un pañuelo.

—La ambulancia espera —dijo el doctor en voz baja.

Rebus asintió. Michael estaba en estado de shock; le tendrían en observación en el hospital durante la noche.

«Dos pacientes para visitar», pensó Rebus. Es más, sospechaba que detrás de ambos ataques estaban los mismos motivos. La rabia comenzó a dominarle de nuevo, y la nuca le ardía como el infierno. Se calmó un instante al ayudar a Michael a ir hacia la ambulancia.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó.

—De ninguna manera —contestó Michael—. Vete a casa, ¿vale?

Las piernas de Michael cedieron a medio camino, así que lo cargaron de la misma manera que sacan a un jugador lesionado del campo, cerraron la puerta y se lo llevaron. Rebus dio las gracias al doctor, al patrón y a Hart.

—Una cosa infernal, para que le suceda a uno —comentó Hart—. ¿Alguna idea del porqué?

—Unas cuantas —respondió Rebus. Fue a su casa y se sentó en la sala de estar, a oscuras. Toda su vida parecía haberse ido al demonio. Esa noche alguien le había enviado un mensaje vía Michael o, si no, simplemente habían confundido a Michael con él. Después de todo, la gente decía que se parecían.

Dado que los hombres habían ido a Arden Street, había dos posibilidades: que manejaban una información muy antigua sobre él o que, de lo contrario, lo sabían todo de su separación de Patience, lo que significaba que estaban muy bien informados. Rebus se decantaba por la primera opción. El nombre junto al timbre todavía era el de Rebus, aunque en ese momento compartía un trozo de papel con otros cuatro nombres. Eso tuvo que haberlos confundido por un momento, pero, a pesar de eso, decidieron atacar de todas maneras. ¿Por qué? ¿Significaba que estaban desesperados? ¿O es que cualquier rehén les hubiese servido para transmitir el mensaje? Mensaje recibido.

Y casi comprendido. Casi. Eso era muy grave, gravísimo. Primero Brian, ahora Michael. Tenía muy pocas dudas sobre que los dos ataques estaban, de alguna manera, relacionados. Le pareció que era el momento de hacer algo, de actuar, y no limitarse a esperar a la siguiente jugada. Sabía también qué quería hacer. Una parte de él quería empuñar un arma. Eso sin duda igualaría las oportunidades. Incluso sabía dónde podía conseguir una, ¿no? Cualquier cosa, desde un polvo a una pipa. Descubrió que había estado caminando en

círculos por el salón. Se sentía enjaulado, poco dispuesto a dormir e incapaz de actuar contra un enemigo invisible. Pero no podía quedarse de brazos cruzados... así que fue a dar una vuelta.

Condujo hasta Perth. No tardó mucho por la autopista en plena noche. Ya en la ciudad, se perdió un par de veces (no había nadie a quien preguntarle las indicaciones, ni siquiera un policía) antes de encontrar la calle que buscaba. Estaba en una cresta y solo tenía casas a un lado. Era la calle donde vivía la hermana de Patience. Rebus vio el coche de Patience y aparcó solo dos plazas más allá. Apagó los faros y el motor y buscó en el asiento trasero la manta que había llevado. Se cubrió con ella lo mejor que pudo y permaneció sentado durante un rato, con la sensación de no haber estado más relajado en años. Había pensado en llevar una botella de whisky, pero sabía que por la mañana tendría una resaca tremenda, y quería tener la mente despejada.

Imaginó a Patience durmiendo en el cuarto de invitados, separada de Susan por la pared. En sus pensamientos la vio dormir profundamente, con la luna iluminando su frente y sus mejillas. A Rebus le pareció estar a años luz de Edimburgo, muy lejos de la sombra del Forth Rail Bridge. Cerró los ojos, y por una vez durmió bien.

Cuando se despertó, eran las seis y media de la mañana del domingo. Apartó la manta, arrancó el coche y puso la calefacción al máximo. Tenía frío, pero había descansado. La calle estaba desierta, excepto por un hombre que paseaba un perro blanco. El hombre pareció encontrar curioso verle allí. Rebus le dedicó una sonrisa, metió la primera y salió disparado.

10

Fue directo al hospital, donde a pesar de la hora temprana estaban sirviendo el té de antes del desayuno. Michael parecía una estatua; tenía la mirada fija en la taza de té que tenía ante él; el rostro en blanco. Rebus se acercó, cogió una silla de una pila junto a la pared, y se sentó. Michael ni se inmutó.

—Hola, Mickey.

—Hola, John.

Michael seguía con la mirada fija. Rebus todavía no le había visto parpadear.

—Repasándolo todavía una y otra vez, ¿eh? —Michael no respondió—. Yo también lo he vivido, Mickey. Sé que es duro, que ahora se repite una y otra vez en tu mente. Pero aunque no lo creas, al final desaparece.

—Estoy intentando comprender quién y por qué lo hizo.

—Querían asustarte, Mickey. Creo que era un mensaje para mí.

—¿No podían haberlo escrito? Me asustaron, joder que sí. Podría haber cagado por el ojo de una cerradura.

Rebus se rio a carcajadas. Si Michael volvía a tener su sentido del humor, significaba que su recuperación iba por buen camino.

—Te he traído esto —dijo.

Era la fotografía de Aberdeen. Rebus la dejó en la bandeja junto al té sin tocar.

—¿Quiénes son?

—Papá y el tío Jimmy.

—¿El tío Jimmy? No recuerdo a ningún tío Jimmy.

—Se distanciaron hace mucho tiempo; nunca se volvieron a hablar.

—Es una pena.

—El tío Jimmy murió hace unas semanas. Su viuda (la tía Ena) quería que tuviésemos esta foto.

—¿Por qué?

—Quizá porque tenemos la misma sangre —respondió Rebus.

Michael sonrió.

—Muchas veces no lo parece.

Miró a Rebus con los ojos brillantes y húmedos.

—Lo será de ahora en adelante —prometió Rebus. Señaló la taza—. ¿Puedo tomarme el té si no lo vas a beber? Tengo la lengua áspera como un felpudo.

—Tú mismo.

Rebus se bebió el té en dos sorbos.

—Jesús —dijo—, te acabo de hacer un favor, créeme.

—Sé qué tipo de té sirven en estas instituciones.

—Entonces no eres tan tonto como pareces. —Rebus hizo una pausa—. No viste gran cosa de ellos, ¿verdad?

—¿De quiénes?

—De los hombres que te secuestraron.

—Vi cuerpos que entraban por la puerta. El primero era más o menos de mi estatura, pero mucho más fornido. Respecto a los otros, ni siquiera vi sus rostros. Lo siento.

—Ningún problema. ¿Puedes decirme algo?

—No más de lo que le dije anoche al agente. ¿Cómo se llamaba?

—Hart.

—Eso es. Creyó que había estado haciendo *puenting*. —Michael se rio por lo bajo—. Le dije que no, que me habían colgado allí.

Rebus sonrió.

—Pero, a Dios gracias, no de un cabo suelto.

Michael dejó de reír.

—Tuve una pesadilla. Me dieron algo para que pudiera dormirme; no sé qué era, pero todavía me siento drogado.

—Que te den una receta, y podrás venderles pastillas a los estudiantes.

—Son unos buenos chicos, John.

—Lo sé.

—Sería una lástima que se marchasen.

—También lo sé.

—¿Recuerdas a Gail?

—¿La chica que has estado viendo?

—Hasta el último centímetro. Ya es agua pasada, pero tiene un novio en Auchterarder que... ¿Crees que será celoso?

—No creo que esté detrás de lo sucedido anoche.

—¿No? No llevo en Edimburgo el tiempo suficiente para tener enemigos.

—No te preocupes —dijo Rebus—, yo tengo enemigos por los dos.

—Muy tranquilizador, John. Mientras tanto...

—¿Sí?

—¿Qué te parece si le pones una mirilla a tu puerta? Piensa lo que habría ocurrido si una de las chicas hubiese abierto la puerta.

Oh, Rebus lo había pensado.

—Y una cadena —contestó—. Compraré todo esta tarde. —Hizo una pausa—. Hart dijo algo de una furgoneta.

—Cuando me llevaron dentro, me sentí como si me metiesen en un espacio angosto. Sin embargo, tuve la sensación de que la furgoneta era grande.

—Entonces ¿tenían cosas allí adentro?

—Sí. Fuera lo que fuese, era algo muy sólido. Me golpeé las rodillas. —Michael se encogió de hombros—. Eso es todo. —Luego pensó en algo—. Oh, sí, y olía muy mal, aunque quizá fuese algo que había muerto en la alfombra con la que me envolvieron...

Conversaron durante un cuarto de hora o un poco más, hasta que Michael cerró los ojos y se quedó dormido. No le dejarían descansar mucho más: comenzaban a servir el desayuno. Rebus se levantó y dejó la silla en la pila, luego colocó la fotografía en la mesa de noche de Michael. Aún tenía que hacer otra visita en el hospital.

Resultó que los doctores estaban con Brian Holmes, y la enfermera no sabía cuánto tardarían. Lo que podía decirle era que Brian se había despertado de nuevo por la noche, durante casi un minuto. Rebus deseó haber estado allí: un minuto hubiese sido tiempo suficiente para la pregunta que quería formularle. Por lo visto, Brian también había estado hablando en sueños, pero sus palabras habían sido ininteligibles, y nadie tenía ningún registro de lo que había dicho. Así que Rebus renunció y fue a hacer unas compras. Antes de irse le

informaron de que si llamaba sobre el mediodía le dirían cuándo le darían el alta a Michael.

Camino del apartamento pasó por el colmado de la esquina, donde compró comida para una semana. Ya estaba terminando de desayunar cuando el primer estudiante entró en la cocina y se bebió tres vasos de agua.

—Se supone que tienes que hacerlo antes de irte a la cama —le aconsejó Rebus.

—Gracias, Sherlock. —El joven gruñó—. ¿Tiene paracetamol? —Rebus negó con la cabeza—. El barril de cerveza de anoche estaba picado. Me pareció que la primera pinta tenía mal gusto.

—Sí, pero apuesto a que la segunda tenía mejor sabor, y la sexta era fabulosa.

El estudiante se rio.

—¿Qué come?

—Tostadas y mermelada.

—¿No come beicon o salchichas?

Rebus negó con la cabeza.

—He decidido dejar de comer carne por un tiempo.

El estudiante pareció complacido hasta un extremo insólito.

—Hay zumo de naranja en la nevera —continuó Rebus.

El estudiante abrió la puerta del frigorífico y soltó una exclamación.

—¡Aquí hay comida suficiente para alimentar a toda una clase!

—Por esa razón creo que nos durará por lo menos uno o dos días.

El estudiante cogió una carta que estaba sobre la nevera.

—Llegó para usted ayer.

Era de Hacienda. Tenían la intención de visitar el apartamento.

—Recuerda —le dijo Rebus al estudiante—, para cualquiera que pregunte, sois mis sobrinos y sobrinas.

—Sí, tío. —El estudiante volvió a rebuscar en la nevera—. ¿Dónde estuvieron usted y Mickey anoche? —preguntó—. Volví a las dos y no había señales de vida.

—Oh, solo estábamos…

Pero Rebus no podía dar con las palabras. Así que el estudiante las encontró por él.

—¿Tomando el fresco?

—Tomando el fresco —asintió Rebus.

Fue hasta una ferretería en las afueras de la ciudad y compró una cadena para la puerta, una mirilla y las herramientas que un empleado muy amable le sugirió que necesitaría para su propósito. (Al final resultaron ser muchas más de las que utilizó Rebus.) Aprovechó para comprar unas cuantas cosas más en un supermercado cercano y tras ello visitó unos cuantos bares de la zona. No encontró a quien buscaba; de todas maneras, habló con un par de camareros que le prometieron pasar el mensaje.

De nuevo en el apartamento, llamó al hospital, donde le informaron de que Michael recibiría el alta esa misma tarde. Rebus acordó irle a recoger a las cuatro. Confirmado esto, se puso manos a la obra. Hizo el agujero para la mirilla, pero acabó por darse cuenta de que lo había hecho tan alto que la estudiante tendría que ponerse de puntillas para llegar a ver algo. Así que perforó otro agujero un poco más abajo, rellenó el primero con masilla de madera, y luego encajó la mirilla. Estaba un poco torcida pero funcionaría. Colocar la cadena fue aún más fácil, y le dejó con dos herramientas y una broca sin usar. Se preguntó si la ferretería aceptaría la devolución.

Ordenó el cuarto trastero y metió en la lavadora la ropa sucia de Michael. Tras ello repartió los macarrones que los estudiantes habían preparado para la comida. No se disculpó del todo por su comportamiento de la semana anterior, pero insistió en que podían utilizar la sala de estar cuando quisiesen; y también les dijo que les bajaba el alquiler, noticia que acogieron con gran júbilo. No le pareció oportuno decirles nada de Michael y, respecto a la necesidad de añadir seguridad en la puerta, los convenció fácilmente citando los últimos robos en el barrio.

Llevó a Michael de vuelta del hospital, después de haber sobornado a los estudiantes para que estuvieran fuera del apartamento durante el resto de la tarde y parte de la noche. Si Michael necesitaba llorar de

nuevo, no querría público.

—Mira, nuestra nueva mirilla —dijo Rebus en la puerta del apartamento.

—Sí que has ido rápido.

—La ética del trabajo protestante. ¿O es la culpa calvinista? Nunca lo recuerdo. —Rebus abrió la puerta—. Por favor, toma nota de la cadena de seguridad que he instalado en el interior.

—Salta a la vista que ha sido un trabajo apresurado, mira cómo se ha saltado toda la pintura.

—No abuses de tu suerte, hermano.

Michael se sentó en la sala de estar mientras Rebus preparaba dos tazas de té. La escalera de la entrada ya les había parecido llena de amenazas a los dos hermanos, cada uno intuyendo la inquietud del otro. Incluso ahora que ya estaban dentro, Rebus no se sentía del todo seguro, pero no era una sensación que estuviese dispuesto a compartir con Michael.

—Tal como te gusta —dijo cuando entró con el té.

Vio que Michael había llorado de nuevo, aunque intentaba ocultarlo.

—Gracias, John.

El teléfono sonó antes de que Rebus pudiese decir nada. Era Siobhan Clarke, para verificar los detalles de la operación de vigilancia de la mañana siguiente.

Rebus le aseguró que todo estaba controlado: todo lo que tenía que hacer era presentarse allí y enfriarse el culo durante unas horas.

—Es usted fantástico para la motivación, señor —dijo ella antes de colgar.

—A ver —le preguntó Rebus a Michael—, ¿qué quieres hacer?

Michael estaba sacando del frasco una pastilla de las que le habían recetado en el hospital. Se la puso en la lengua con mano temblorosa, y se la bebió con el té.

—Una noche tranquila me vendría estupendo.

—Pues marchando una noche tranquila —concedió Rebus.

11

La Operación Sacas de Dinero comenzó a las ocho y media de la mañana del lunes, treinta minutos antes de que el BMW de Davey Dougary entrase en el aparcamiento lleno de baches de la empresa de taxis. Alister Flower y su equipo, por supuesto, no comenzarían a trabajar hasta las once, o incluso más tarde; era mejor no pensar en ello, sobre todo para Siobhan Clarke, quien ya estaba helada y rígida para la hora de apertura, y temía su próxima visita al lavabo químico que habían instalado, como única comodidad, en el armario de las escobas.

También estaba aburrida. El detective Peter Petrie (de St Leonard's) y Elsa-Beth Jardine (de Trading Standards) parecían estar sufriendo la resaca del fin de semana, con el consiguiente mal humor. Tenía la sensación de que Jardine y ella podrían tener mucho de que hablar: ambas eran mujeres luchando por obtener reconocimiento en una profesión masculina. Pero la presencia de Petrie anulaba ese tema.

Peter Petrie era uno de aquellos detectives inteligentes pero sin habilidades perceptivas, que prosperaban aprobando los exámenes (aunque nunca con notas brillantes) y sin meterse en el camino de nadie. Petrie callado y metódico, y Clarke no dudaba de su competencia: solo que carecía de cualquier chispa de inspiración o instinto. Lo más probable, pensó, era que él estuviese allí sentado con su termo catalogándola como una charlatana universitaria. Bueno, fuera lo que fuese él, no era John Rebus.

Había acusado a su superior de no motivar a aquellos que trabajaban para él, pero no iba en serio. Él podía meterte de lleno en un caso solo con su forma obstinada de abordar la investigación. Era reservado, y eso enganchaba a uno. Era tenaz, y eso enganchaba a uno. Sin embargo, por encima de todo, tenía el aire de saber siempre exactamente lo que buscaba. Tampoco era mal parecido. Había aprendido mucho de él gracias a mantenerse junto a Brian Holmes,

quien siempre estuvo muy dispuesto a hablar de los casos pasados y de lo que sabía acerca de la historia de su jefe.

Pobre Brian. Confiaba en que se recuperase del todo. La noche anterior había pensado mucho en él, pero si tenía que ser sincera, no tanto como en Cafferty y su banda. Confiaba serle de ayuda al inspector John Rebus. Ya se le habían ocurrido algunas ideas sobre el incendio en el Hotel Central...

—Llega alguien —dijo Petrie. Estaba en cuclillas detrás del trípode y ajustaba el foco de la cámara. Tomó media docena de fotos—. Varón no identificado. Chaqueta vaquera y pantalones de color claro. Se acerca a la oficina a pie.

Siobhan cogió su libreta y anotó la hora y la descripción de Petrie.

—Ahora entra en la oficina. —Petrie se apartó de la cámara y sonrió—. Por esto me uní a la policía: una vida llena de aventuras. —Y se sirvió más chocolate caliente de su termo en una taza.

—No puedo usar ese retrete —anunció Elsa-Beth Jardine—. Tendré que salir.

—Imposible —dijo Petrie—. Llamaría demasiado la atención que entres y salgas cada vez que necesites mear.

Jardine se volvió hacia Siobhan.

—Tu colega tiene una gran habilidad con las palabras.

—Oh, es un viejo romántico. Pero tiene razón en lo de ir al lavabo.

El baño se había inundado durante el robo del año anterior, y el suelo no era seguro. La consecuencia: el armario de las escobas.

Jardine pasó una página de su revista.

—Burt Reynolds tiene siete baños en su casa —comentó.

—Uno para cada enanito —murmuró Petrie.

Según Siobhan, Rebus tenía un aire de saber siempre exactamente adónde iba; ahora se sentía como si estuviese caminando en círculos. Visitó unos cuantos bares que abrían temprano, clubes sociales y salas de apuestas. Había hecho su pregunta y dejado su mensaje en todos ellos. Nadie parecía saber nada de Deek Torrance: o estaba manteniéndose alejado de los problemas, o había dejado la ciudad. Si todavía andaba por ahí, era poco creíble que no hubiese entrado en un

bar en algún momento presentándose sonoramente. Pocas personas olvidaban a Deek Torrance una vez que lo habían conocido.

También había abierto comunicaciones con los hospitales de Edimburgo y Dundee, para ver si alguno de los hermanos Robertson había sido atendido de una fractura en el brazo derecho, la pista encontrada en el cadáver del Hotel Central.

Pero ahora era el momento de dejarlo e ir a supervisar la Operación Sacas de Dinero. Esa mañana había dejado a Michael todavía durmiendo, y si aquellas píldoras funcionaban, lo más probable era que siguiera así durante horas. Los estudiantes habían llegado de puntillas un minuto después de la medianoche, borrachos después de haberse gastado las treinta libras, cortesía de Rebus, bebiendo en un local. Ellos también dormían cuando Rebus salió del apartamento.

Todo el fin de semana le parecía ahora una extraña pesadilla: el viaje a Aberdeen, la tía Ena, Michael... Y después el viaje a Perth y demasiado tiempo libre para pensar. Se preguntó cómo le habría ido el fin de semana a Patience. Sin duda regresaría ese mismo día, y la volvería a llamar.

Aparcó en una de las muchas calles perpendiculares a Gorgie Road y cerró el coche. Confiaba en que Siobhan no hubiese llevado un pañuelo verde y blanco al trabajo esa mañana, aquella no era una de las zonas más seguras de la ciudad. Caminó por Gorgie Road, donde los autobuses salpicaban las aceras con parte de la lluvia de la mañana, y tuvo la precaución de no detenerse delante de la puerta, ni de mirar al interior de las oficinas de la compañía de taxis. Se limitó a abrir la puerta de su escondrijo, subir la escalera, y luego llamar a otra puerta.

Siobhan Clarke la abrió.

—Buenos días, señor. —Parecía tener frío aunque iba bien abrigada —. ¿Café?

Le ofreció su termo y Rebus lo descartó. Por lo general, se podía llevar comida y bebida a las vigilancias, pero no a esa. Se suponía que no había ninguna actividad en el edificio, por lo que hubiese sido más que sospechoso que alguien apareciera de pronto en la puerta con tres vasos de té y una pizza. Ni siquiera había una entrada trasera a la casa

que facilitara una alternativa.

—¿Cómo va?

—Lento —dijo Elsa-Beth Jardine, quien apoyaba sobre su falda una revista abierta y no parecía estar muy cómoda—. Gracias a Dios, me relevan a la una.

—Entonces considérate afortunada —comentó el detective Petrie.

Ah, cuánto le gustaba a Rebus ver a un equipo feliz.

—No se supone que sea divertido —les dijo—. Se supone que es trabajo. Cuando pillemos a Dougary y compañía, entonces será cuando comience la fiesta.

No tuvieron nada que añadir a eso, y tampoco Rebus. Se acercó a la ventana y miró al exterior. La ventana estaba tan sucia que era difícil que alguien pudiera verle a través de ella, y mucho menos desde el otro lado de la calle. Solo habían limpiado un pequeño cuadrado, lo suficiente como para que las fotografías resultasen reconocibles.

—¿La cámara funciona correctamente?

—Hasta ahora sí —dijo Petrie—. En realidad, no confío mucho en estas máquinas con motor. Si el motor falla, estás jodido. No puedes pasar el carrete a mano.

—¿Tiene pilas suficientes?

—Dos juegos. Ese no será un problema.

Rebus asintió. Conocía la reputación de Petrie: un detective serio y responsable que seguramente treparía un poco más en el escalafón.

—¿Y qué pasa con el teléfono?

—Está conectado, señor —respondió Siobhan Clarke.

Por lo general, hubiesen mantenido contacto por radio con la jefatura, pero no para la Operación Sacas de Dinero. El problema era que los taxis de la compañía y su base estaban equipados con radio, y era posible que desde el otro lado de la calle pudieran detectar las comunicaciones entre la vigilancia y la jefatura. También había otra complicación, y era que la radio de los taxis podía interferir en las transmisiones entre los policías.

Para evitar estos desastres potenciales, habían instalado un teléfono a primera hora del domingo. El teléfono estaba en el suelo, junto a la puerta. Hasta ese momento había sido utilizado dos veces: una por

Jardine, para pedir hora con la peluquera; otra por Petrie, para hacer una apuesta después de haber mirado las páginas de hípica en su periódico. Siobhan iba a utilizarlo esa tarde para preguntar por el estado de Brian pero debería esperar a otro momento, ya que Rebus estaba llamando a St Leonard's.

—¿Algún mensaje para mí? —preguntó—. ¿Seguro? Eso es interesante. ¿Algo más? ¿Qué? ¿Por qué no se me ha informado antes? —Golpeó el teléfono en la horquilla—. Brian está despierto —dijo—. Está sentado en la cama, tomando sopa de pollo y viendo la televisión.

—Cualquiera de las dos cosas podría provocarle una recaída —opinó Siobhan, que también se preguntaba cuál podía haber sido el otro mensaje que había para Rebus.

—Hola, Brian.

—Hola, señor. —Holmes había estado escuchando música en su reproductor de casetes. Lo apagó y se colgó los auriculares alrededor del cuello—. Patsy Cline —dijo—. La he estado escuchando mucho desde que Nell me echó de casa.

—¿Dónde conseguiste la cinta?

—Me la trajo mi tía, Dios la bendiga. Me estaba esperando cuando me desperté.

Rebus tuvo una ocurrencia súbita. Si ponían música a las víctimas en coma, es probable que a Holmes le hubieran dejado oír a Patsy Cline durante su convalecencia. De ahí que hubiese tardado tanto en despertar.

—De todas maneras, me resulta difícil comprenderlo —añadió Holmes—. Me refiero a los días enteros de mi vida que han desaparecido como si nada.

Rebus se sentó en la silla que estaba junto a la cama.

—¿Has tenido visitas?

—Solo una. Vino Nell.

—Eso es bonito.

—Se pasó todo el tiempo llorando. Mi rostro no estará terriblemente desfigurado y nadie me lo dice, ¿verdad?

—Eres tan feo como siempre. ¿Qué me dices de la amnesia?

Holmes sonrió.

—Oh, no; lo recuerdo todo, aunque no creo que ayude.

Holmes tenía buen aspecto. Era como los doctores decían: el cerebro cierra todos los sistemas, piensa cuál es el daño recibido, efectúa las reparaciones, y luego te despiertas. Ojalá la policía de Edimburgo trabajase con esa efectividad.

—¿Y?

—Me quedé hasta muy tarde en el Heartbreak Cafe. Incluso recuerdo lo que comí.

—Sea lo que sea, apuesto a que acabaste con el Blue Suede Choux.

—No les quedaba. Como Eddie dijo, es lo que se mueve más rápido, después del propio Rey.

—¿Qué pasó después de comer?

—Lo habitual. Me quedé sentado a la barra bebiendo y charlando, deseando que alguna de las preciosas jóvenes que había allí viniera a sentarse a mi lado. También hablé con Pat durante un rato. Aquella noche atendía a la barra. —Holmes hizo una pausa—. Debería explicarlo, Pat es...

—El socio comercial de Eddie, y también quizá su compañero de cama.

—Eh, eh, nada de homofobia.

—Algunos de mis mejores amigos conocen a gays —argumentó Rebus—. Mencionaste a Calder en el pasado. También te puedo decir que no conduce.

—Así es, Eddie sí.

—Incluso cuando está borracho.

Holmes se encogió de hombros.

—Nunca ha sido asunto mío.

—Lo será cuando atropelle a alguna pobre vieja.

Holmes sonrió.

—Ese coche suyo puede parecer un bólido, pero está en un estado lamentable, apenas alcanza los sesenta. Además, Eddie es el más parsimonioso de los conductores. Es tan lento que una vez le adelantó un patinete, y eso que su dueño lo llevaba bajo el brazo.

—¿Así que solo estabais tú y Calder en el bar?

—Bueno, Eddie se unió a nosotros más tarde, cuando terminó en la cocina. Había otras personas en el lugar, pero ningún delincuente conocido.

—Por favor, continúa.

—Alguien debía de estar esperando detrás de los cubos de basura. Lo siguiente que recuerdo es que sentí una corriente de aire debajo de mi camisón. Abrí los ojos y vi a dos enfermeras lavándome la polla.

—¿Qué?

—Es lo que me despertó, lo juro.

—Es un milagro médico.

—La esponja mágica —afirmó Holmes.

—¿Tienes alguna idea de quién te golpeó?

—Lo he estado pensando. Quizás iban detrás de Eddie o de Pat.

—¿Por qué iban a hacerlo?

Holmes se encogió de hombros.

—No le ocultes secretos al viejo tío Rebus, Brian. No te olvides de que puedo leer tus pensamientos.

—En ese caso, dígamelo.

—Podría ser que no estuviesen pagando sus cuotas.

—¿Se refiere a su protección?

—La póliza de seguro, como le gusta decir a la gente.

—Bueno, quizás.

—El dúo dinámico de Heartbreak Cafe puede creer que es una infame alianza de propietarios de restaurante, disgustados por la pérdida de clientes.

—Eso no me lo creo.

—Yo tampoco. Quizá nadie iba detrás de Eddie y Pat. Quizá te buscaban a ti. ¿Por qué crees que sería?

El sonrojo en las mejillas de Holmes se hizo un poco más intenso.

—¿Ha visto el libro negro?

—Por supuesto. Necesitaba pistas, así que tuve que buscar entre tus cosas. Y allí estaba el libro negro, escrito en código, para que nadie supiese en qué andabas metido. Pero, Brian, soy poli y conozco el código. Solo un caso llamó mi atención.

—El Hotel Central.

—Un puro para el caballero. Sí, el Central. Hubo una partida de póquer en la que estaban presentes Tam y Eck Robertson, ninguno de los cuales aparecía en la lista de clientes del Central aquella noche. Has estado buscándolos. ¿Has tenido suerte? —Holmes negó con la cabeza—. Pero alguien te dijo todo esto, ¿no? Lo sé porque en los archivos no hay ninguna mención acerca de una partida de póquer. ¿Estaría en lo cierto si pienso que la persona que te lo dijo es el misterioso El? —preguntó Rebus inclinado sobre su colega—. Es todo lo que tienes que decirme, Brian. ¿Quién demonios es El?

En ese momento, una enfermera abrió la puerta y entró con los medicamentos y una bandeja de comida para Holmes.

—Estoy hambriento —le explicó a Rebus—. Esta es mi segunda comida desde que me he despertado. —Levantó la tapa metálica del plato: un filete de color rosa pálido, unas judías verdes troceadas y un puré de patatas aguado. Cogió un poco de puré y judías, se lo metió en la boca y se lo tragó—. Yo hubiera creído que —comentó sin dejar de comer—, dado que descubrió la parte difícil, no tendría ningún problema con El.

—Lamento desilusionarte. ¿Quién es El?

—Elvis —contestó Brian Holmes—. El mismísimo Elvis me lo dijo.

12

Rebus leyó el menú. Lo encontró muy poco de su agrado, incluidos los penosos juegos de palabras para las comidas. El Heartbreak Cafe estaba abierto todo el día, pero llegó justo a la hora del menú especial: una salchicha de treinta centímetros de largo envuelta en hojaldre. Se llamaba «Hound Dog», y Rebus confiaba en que la la referenciaal perro no fuera literal. Terminó por decidir que no tenía tanta hambre, así que se tomó su cerveza «Teddy» en la barra y le devolvió el menú al barman adolescente.

—¿Pat no está? —preguntó con toda naturalidad.

—Salió a hacer unas compras. Vendrá más tarde.

Rebus asintió.

—¿Eddie está?

—Sí, en la cocina. —El barman miró hacia la zona del restaurante. Llevaba tres pendientes de oro en la oreja izquierda—. No tardará en irse, a menos que esté preparando algo especial para la noche.

—Bien —dijo Rebus.

Unos pocos minutos más tarde, cogió su cerveza y fue hasta el tocadiscos. Al acercarse vio que era de adorno; miró algunos de los recuerdos de Presley en las paredes, que incluía una foto firmada por Elvis en Las Vegas y lo que parecía un disco de Sun Records. Ambos estaban enmarcados con un cristal muy grueso y la luz de los focos les hacía destacar entre la penumbra general. Como por casualidad se encontró junto a la puerta batiente de la cocina. Rebus la abrió con el hombro y dejó que se cerrase detrás de él.

Eddie Ringan estaba creando. Tenía un mechón de pelo pegado en la frente, producto del sudor, y agitaba una sartén pequeña sobre una llama de gas. El lugar era impresionante, sin duda, mucho más limpio de lo que Rebus había esperado. Se notaba que allí había mucho dinero invertido: el café no solo era una fachada de diseño. A Rebus le resultó divertido descubrir que en la cocina no sonaba la música de

Elvis Presley que ponían en el bar, sino que Eddie Ringan estaba escuchando a Miles Davis.

El cocinero aún no había advertido la presencia de Rebus, y el inspector tampoco se había percatado de la presencia de un ayudante de cocina que buscaba algo en una de las neveras que estaban al fondo de la cocina.

Rebus vio cómo Eddie hacía una pausa en su trabajo, cogía una botella de Jim Beam por el gollete y se la llevaba a la boca, apartándola luego con una exhalación de placer.

—Eh —dijo el ayudante de cocina—, aquí no se permite la entrada.

Eddie apartó la mirada de la sartén y pegó un grito.

—¡Usted es el hombre! ¡El hombre en persona! Venga.

Parecía aún más borracho que en su primer encuentro. Cierto es que, en aquella ocasión, había la presencia civilizadora (o al menos restrictiva) de Pat Calder, además del hecho aleccionador del ataque a Brian Holmes.

Rebus se acercó a los fogones y también comenzó a sudar por culpa del calor.

—Esta —explicó Eddie Ringan, con un gesto hacia la sartén— es mi última creación. Trozos de roquefort frito, rebozados en pan rallado y especias. Ahora estoy decidiendo si los hago con mucho o poco aceite.

—El Roquefort de la Cárcel —adivinó Rebus.

Ringan soltó otro grito, resbaló y perdió un poco el equilibrio.

—Su idea, inspector Rabies.

—Me siento halagado, pero mi nombre es Rebus.

—Sí, bueno, debería sentirse halagado. Quizás haya una mención para usted en el menú, ¿qué le parece? —Observó los trozos dorados, dándoles la vuelta con un tenedor con mano experta—. Estoy cocinando esto seis minutos. ¡Willie!

—Estoy aquí.

—¿Cuánto tiempo llevan?

El alumno consultó su reloj.

—Tres minutos y medio. He dejado la mantequilla allí, junto a los huevos.

—Willie es mi ayudante, inspector.

La exasperación en la voz de Willie y las expresiones de su rostro hicieron que Rebus dudase de que fuera a ser su ayudante durante mucho más tiempo. Aunque más joven que Ringan, Willie era más o menos del mismo tamaño; no se le podía llamar delgado. A Rebus no le sorprendió, ya que sabía que los cocineros eran muy aficionados a la investigación y el desarrollo.

—¿Podemos hablar un minuto?

—Dos minutos y medio y estoy con usted.

—Me gustaría hablar del Hotel Central. —Ringan no pareció oírle, su atención estaba puesta en el contenido de la sartén—. Estuvo allí la noche que se incendió.

El era la abreviatura de Elvis, y Elvis era el nombre en código de Eddie Ringan. Holmes no quería que el libro negro cayese en manos equivocadas y pudiese identificar a la persona con la que había estado hablando. Por eso había dado un paso más para disfrazar la identidad de Ringan. También había hecho prometer a Rebus que no le diría al cocinero que Holmes había compartido su secreto.

—¿Me ha oído, Eddie?

—Queda un minuto, inspector.

—Nunca apareció en la lista de personal porque estaba haciendo un segundo trabajo, es decir, trabajaba allí algunas noches sin que en el otro empleo supiesen nada al respecto. Por lo tanto, dio un nombre falso, y por eso no se descubrió que estuvo allí aquella noche, la noche de la partida de póquer.

—Ya casi está.

Ahora había más sudor en el rostro de Eddie Ringan, y su boca parecía rígida por la ira contenida.

—Yo también casi he acabado, Eddie. ¿Cuándo comenzó a darle a la botella? Solo después de aquella noche, ¿verdad? Porque algo ocurrió en aquel hotel y fuera lo que fuese, usted lo vio; y si no quiere hablarme al respecto, lo descubriré de todas maneras, y entonces volveré a buscarlo.

Para enfatizar la amenaza, Rebus hundió su dedo en el pecho del cocinero.

Ringan cogió la sartén y la dirigió hacia Rebus con tal violencia que

los trozos de Roquefort de la Cárcel salieron volando.

—¡Apártese de mí!

Rebus esquivó la sartén, pero Ringan todavía continuaba sujetándola delante de él, a modo de espadachín, dispuesto a lanzarse.

—¡Lárguese de aquí de una puta vez! De todas maneras, ¿quién se lo dijo?

—Nadie tuvo que decírmelo, Eddie. Lo he deducido por mi cuenta.

Willie, mientras tanto, chillaba con una rodilla en tierra. Una bola de queso caliente había hecho diana en uno de sus ojos.

—¡Me estoy muriendo! —gritó—. ¡Que venga una ambulancia, que venga un abogado! ¡Esta es una lesión laboral!

Eddie Ringan miró al ayudante de cocina, a la sartén en su mano, y a Rebus respectivamente, y comenzó a reírse. La risa se fue convirtiendo en muy sonora, histérica, pero al menos dejó la sartén. Incluso recogió uno de los dados de queso y lo mordisqueó.

—Sabe a mierda —dijo, todavía riéndose y escupiendo trocitos de rebozado a Rebus.

—¿Va a decírmelo, Eddie? —preguntó Rebus con calma.

—Lo único que voy a decirte es: largo de aquí de una puta vez.

Rebus permaneció firme, aunque Eddie ya le había dado la espalda.

—Dígame dónde puedo encontrar a los hermanos Bru-Head.

Esto provocó más risas.

—Venga, écheme una mano, Eddie. Así se lo descargará de la conciencia.

—Perdí mi conciencia hace mucho tiempo, inspector. Willie, comienza a preparar el otro lote.

El joven inspeccionaba el daño ocular. Se tapaba el ojo bueno usando su mano a modo de parche.

—¡No puedo ver nada! —se quejó—. Creo que tengo rajada la retina.

—Y la córnea fundida —añadió Ringan—. Menos cuentos, espero tener esto listo para el menú de la noche. —Se volvió hacia Rebus, e hizo ver que estaba sorprendido—. ¿Aún sigue ahí?

Rebus lo observó con una mirada firme y triste.

—Algo para empezar, Eddie.

—A la mierda.

Rebus se giró sin prisas y abrió la puerta.

—¡Inspector! —Volvió la cabeza hacia el cocinero—. Hay un bar en Cowdenbeath llamado The Midtown. Los lugareños le llaman el Midden. No comería allí por nada del mundo.

Rebus asintió lentamente.

—Gracias por la propina.

—¡Se supone que es usted quien debe darme la propina! —oyó rugir a Ringan mientras salía de la cocina. Dejó la copa vacía en la barra.

—La cocina está fuera de los límites —le informó el barman.

—Mucho más allá de los malditos límites exteriores.

No había elección: tendría que volver a los antros de su juventud.

13

Solo había pasado por St Leonard's para recoger algunas cosas de su mesa, pero el sargento que estaba de guardia le retuvo.

—Hay un caballero aquí que ha estado esperándole. Parece un tanto ansioso.

El «caballero» en cuestión estaba delante mismo de Rebus.

—¿No me reconoce?

Rebus observó al hombre y luego sintió un viejo desprecio.

—Oh, sí, le reconozco muy bien.

—¿No recibió mi mensaje?

Había sido el otro mensaje que le habían transmitido cuando llamó desde Gorgie Road. Asintió.

—Bien, ¿qué va a hacer?

—¿Qué quiere que haga, señor McPhail?

—¡Tiene que detenerle!

—¿Detener a quién? ¿Y por qué?

—Usted dijo que recibió mi mensaje.

—Solo me dijeron que alguien llamado Andrew McPhail había llamado para hablar conmigo.

—¡Lo que quiero es la maldita protección!

—Cálmese. —Rebus vio que el sargento comenzaba a prepararse para entrar en acción, por si fuera necesario.

—¿Qué tengo que hacer? —decía McPhail—. ¿Quiere que le pegue? Eso significaría pasar la noche en los calabozos, ¿no? Allí estaría seguro.

Rebus asintió.

—Estaría seguro, a menos que le hablemos a sus compañeros de celda de sus viejas escapadas.

La frase cayó sobre McPhail como un cubo de agua helada. Quizá le hizo recordar incidentes particulares durante su temporada en la cárcel canadiense. Sea como fuere, funcionó. Su tono se volvió casi

suplicante.

—Pero me matará.

—¿Quién?

—¡Deje de fingir! Sé que usted me lo ha echado encima. Tuvo que ser usted.

—Le ruego que se explique —dijo Rebus.

—Maclean —contestó McPhail—. Alex Maclean.

—¿Quién es Alex Maclean?

McPhail pareció disgustado. Habló muy bajo.

—El padrastro de la pequeña. El padrastro de Melanie.

—Ah —dijo Rebus y asintió.

De inmediato supo lo que Jack Morton había hecho, el muy cabrón. No era de extrañar que McPhail le llamase: como Rebus había ido a ver a la señora MacKenzie, McPhail creía que estaba detrás de toda la tramoya.

—¿Le ha amenazado?

McPhail asintió.

—¿De qué manera?

—Vino a la casa. Yo no estaba, pero le dijo a la señora MacKenzie que volvería para pillarme. La pobre mujer está hecha un guiñapo.

—Siempre se podría mudar, dejar Edimburgo.

—Jesús, ¿es eso lo que quiere? ¿Por eso me ha echado a Maclean encima? Pues me quedaré.

—Muy heroico por su parte, señor McPhail.

—Mire, sé lo que hice, pero eso pertenece al pasado.

Rebus asintió.

—Ya, y desde su dormitorio se divisa un paisaje bucólico.

—¡No sabía que la señora MacKenzie vivía delante de una escuela primaria!

—Así y todo, podría mudarse. Una ubicación como esa puede enfadar todavía más a Maclean.

McPhail miró a Rebus.

—Da usted asco —dijo—. He hecho cosas malas en mi vida, pero estoy dispuesto a apostar a que usted ha hecho cosas peores. No se preocupe por mí, cuidaré de mí mismo.

McPhail hizo un aspaviento al pasar junto a Rebus, camino de la puerta.

—Vaya tranquilo, señor McPhail —le gritó Rebus.

—Jesús, ¿quién era ese? —preguntó el sargento.

—Alguien que está descubriendo lo que se siente al ser una víctima —contestó Rebus.

De todas maneras, se sentía un poco culpable. Puede que McPhail estuviera rehabilitado y que, asustado como estaba, incluso podría decidir que atacar primero era su única forma de defensa. Bueno, de todas formas Rebus tenía problemas más urgentes que resolver.

En la sala del DIC miró las fotos de Tam y Eck Robertson, tomadas cinco años atrás; eran las únicas que tenían. Le pidió a un detective que hiciese unas cuantas fotocopias, pero luego tuvo una idea mejor. No había ningún dibujante de la policía cerca, pero Rebus siempre sabía dónde podía encontrar un artista.

Eran las cinco de la tarde cuando llegó al McShane's Bar, cerca del final de la Royal Mile. McShane's era un paraíso para los barbudos aficionados al folk y sus gruesos jerséis. Allí siempre había música, ya fuese por parte de profesionales o de algún aficionado que ocupaba el escenario para berrear «Will Ye Go Lassie Go» o «Both Sides O' The Tweed».

Midgie McNair hacía un buen negocio en McShane's dibujando retratos muy halagadores de los clientes, que pagaban por el privilegio y a menudo también invitaban a una ronda.

A esa hora tan temprana, Midgie se encontraba en la planta baja, leyendo el periódico en un rincón. Su bloc de dibujo estaba en la mesa a su lado, junto con media docena de lápices. Rebus dejó dos pintas en la mesa, se sentó y sacó las fotos de los hermanos Bru-Head.

—No son precisamente Butch Cassidy y Sundance Kid, ¿verdad? —comentó Midgie McNair.

—Pues diría que no —confirmó Rebus.

14

John Rebus conocía bien Cowdenbeath, porque había ido a la escuela de allí. Era una de aquellas comunidades mineras de Fife que, gracias a la demanda de carbón de finales del siglo XIX y principios del XX, había evolucionado de ser una pequeña aldea a una destacada localidad industrial. Pero los yacimientos de carbón de Fife no duraron mucho. Aún había mucho carbón bajo tierra, pero el estrato alabeado era difícil y costoso de excavar. Suponía que aún quedaban algunas minas a cielo abierto (en un tiempo, el oeste central de Fife se había vanagloriado de tener el agujero en el suelo más grande de Europa), pero todos los pozos profundos habían sido rellenados. En los años mozos de Rebus en Cowdenbeath, había tres opciones de hacer carrera para un chico de quince años: las minas, el astillero Rosyth, o el ejército. Rebus había escogido la última de las tres. En la actualidad, era la única opción que seguía en oferta.

Como las ciudades y pueblos a su alrededor, Cowdenbeath parecía deprimido, pero Rebus sabía que sus habitantes eran más fuertes de lo que podía sugerir la apariencia del lugar. Las privaciones engendraban un humor amargo e ingenioso y una resistencia a todo, excepto a las tragedias terminales de la vida. No quería pensar en eso muy a fondo, pero en su interior sentía que estaba «volviendo a casa». Edimburgo había sido su base durante veinte años, pero él era un «fifer». Algunas personas los llamaban «fifer volantes».

El lunes por la noche era el día más tranquilo de la semana para los bares de la zona. La paga semanal o el dinero del paro habían desaparecido durante el transcurso del fin de semana y el lunes era el día perfecto para quedarse en casa. Sin embargo, el Midden estaba abarrotado. Su nombre lo desacreditaba: por dentro no era peor que muchos bares de Edimburgo ni de cualquier otra parte. Básico sí, con un suelo de linóleo rojo manchado de negro por centenares de colillas. Las mesas y las sillas eran funcionales y, aunque el bar no era grande,

habían encontrado sitio para una mesa de billar y una diana de dardos. Precisamente había una partida de dardos en marcha cuando entró Rebus, y un joven caminaba alrededor de la mesa de billar embocando una bola tras otra mientras entrecerraba los ojos protegiéndolos del humo del cigarrillo que fumaba. En una mesa en un rincón, tres hombres mayores, todos con boinas, jugaban una tensa partida de dominó; grupos de bebedores terminaban por ocupar el resto de las mesas.

Rebus tuvo que ir a la barra, donde había el espacio justo para uno más, y saludó con un gesto a los bebedores de cerveza a cada lado. Un saludo que nadie se molestó en devolver.

—Una pinta de especial, por favor —le pidió al barman con el pelo adornado con canas.

—Una especial, hijo, ahora mismo.

Rebus tuvo la sensación de que ese barman cincuentón llamaría «hijo» incluso a los viejos que jugaban al dominó. Le sirvió la cerveza con el adecuado cuidado, como es tradición en esa parte del mundo.

—Aquí tiene su especial, hijo.

Rebus pagó la cerveza, posiblemente la pinta más barata que había tomado en meses. Comenzó a pensar en lo fácil que sería ir y volver del trabajo desde Fife...

—Una pinta de especial, Dod.

—Una especial, hijo, ahora mismo.

El jugador de billar estaba justo detrás de Rebus; no parecía amenazador. Dejó su copa vacía en la barra y esperó a que se la volviesen a llenar. Rebus sabía que el joven estaba esperando algo, quizá que él hablase. Pero Rebus no dijo nada. Lo que hizo fue sacar dos fotocopias de los retratos del bolsillo de la chaqueta y desplegarlas. Había hecho diez fotocopias de cada uno en un quiosco de periódicos en la Royal Mile. Los originales estaban a buen recaudo en la guantera de su coche: aunque lo seguro que estuviera su coche, aparcado en una calle mal iluminada, era otra cuestión.

Notaba cómo los bebedores a cada lado miraban los dibujos y estaba seguro de que el joven a su espalda también lo hacía. Sin embargo, nadie dijo nada.

—La especial, hijo, aquí la tienes.

El jugador de billar cogió la copa y derramó algo de cerveza sobre las hojas de papel. Rebus volvió la cabeza hacia él.

—Lo siento.

Rebus pocas veces había oído un tono de voz menos sincero.

—No pasa nada —contestó, en el mismo tono—. Tengo muchas copias más.

—Ah, ¿sí?

El joven recogió el cambio, volvió a la mesa de billar y se agachó para introducir las monedas en la ranura. Las bolas cayeron con un ruido sordo y comenzó a colocarlas, mirando a Rebus.

—Es dibujante, ¿eh?

Rebus, que había estado secando los dibujos con la mano, se volvió hacia el barman.

—Yo no. Son buenos, ¿verdad?

Volvió los dibujos hacia Dod para que pudiera verlos mejor.

—Oh, sí, no están mal, claro que no soy ningún experto. Lo único que podrían dibujarle aquí son las pensiones o el paro.

Hubo risas y un par más de sugerencias. El barman hizo un gesto hacia los dibujos.

—¿Alguien en particular?

Rebus se encogió de hombros.

—Podrían ser hermanos, ¿eh?

Rebus se volvió hacia el bebedor de su izquierda, que intervino en la conversación.

—¿Qué le hace decir eso?

El hombre se retorció en la silla y se quedó mirando la hilera de botellas que había tras la barra.

—Se parecen.

Rebus miró los dos dibujos. Como le había pedido, Midgie había envejecido a los hermanos cinco o seis años.

—Puede que tenga razón.

—Quizá son primos —opinó el bebedor de su derecha.

—Parientes —murmuró Rebus.

—Yo no acabo de verlo —dijo Dod, el barman.

—Mírelos bien —le aconsejó Rebus. Pasó el dedo sobre las hojas de papel—. Las mismas barbillas, ojos parecidos... Quizá son hermanos.

—Entonces ¿quiénes son? —preguntó el parroquiano de su derecha, un hombre de mediana edad, con la barbilla cuadrada sin afeitar y unos vivaces ojos azules.

Rebus volvió a encogerse de hombros. Uno de los jugadores de dominó se acercó a la barra para pedir una ronda. Tenía pinta de acabar de ganar una partida, y dio una palmada.

—¿Cómo va, James? —le preguntó el bebedor de la derecha de Rebus.

—No me va mal, Matt. ¿Y a ti?

—Bah, como siempre. —Le sonrió a Rebus—. No le había visto antes por aquí, hijo.

—He estado ausente —respondió Rebus con gesto cómplice.

—Ah, ¿sí?

Tres pintas aparecieron sobre una bandeja de metal.

—Aquí tienes, Matt.

—Gracias, Dod. —Matt le dio un billete de diez libras. Mientras esperaba el cambio, vio los dibujos—. Butch Cassidy y Sundance Kid, ¿eh? —Se rio. Rebus sonrió con calidez—. O mejor dicho los protagonistas de *Steptoe and Son*.

—Más bien hermanos que padre e hijo —precisó Rebus.

—¿Hermanos? —Matt observo los dibujos. Continuaba mirándolos cuando preguntó—: Entonces ¿eres de la poli, hijo?

—¿Tengo pinta de poli?

—No exactamente.

—No está lo bastante gordo —dijo Dod—, ¿eh, hijo?

—También hay polis flacos —afirmó James—. ¿Qué me dices de Stecky Jamieson?

—Tienes razón —admitió Dod—. Ese tipo podría ocultarse detrás de una farola.

Matt recogió la bandeja con las cervezas, ante los gritos de los otros jugadores de dominó, que desde la mesa le apremiaban a que agilizase la marcha. Matt hizo un gesto hacia los dibujos.

—He visto a esos tíos antes —dijo, antes de moverse.

Rebus se bebió su copa y pidió otra. El hombre a su izquierda terminó la suya casi al mismo tiempo y, poniéndose una gorra sobre su cabeza, comenzó a despedirse.

—Adiós, Dod.

—Adiós.

—Adiós, James.

El intercambio continuó durante unos minutos.

Rebus dobló los dibujos y se los guardó en el bolsillo. Se tomó su tiempo con la segunda pinta, y en cuanto la terminó fue a visitar los lavabos. El lugar apestaba, pero a pesar de todo se quedó allí un poco más de lo necesario, por si a alguien le parecía que era un buen momento y un buen lugar para tener una conversación privada. En su camino de vuelta al bar se detuvo junto a la mesa de la partida de dominó.

—¿Matt? —preguntó—. Lamento interrumpir. No ha dicho dónde creía haber visto a Butch Cassidy y a Sundance Kid.

—Puede que solo a uno de ellos —respondió Matt. Habían mezclado las fichas y él recogió siete, tres en una mano y cuatro en otra—. Pero no fue aquí. Creo que fue en Lochgelly. Sí, eso es.

Puso las fichas boca abajo sobre la mesa y cogió la que quería jugar.

—En la primera mano esa es una mala señal, Tam.

Desde luego que lo era. Rebus tendría que ir a Lochgelly. Volvió a la barra y dijo su propia y breve despedida.

—O podría dibujar un fuego —dijo alguien en el bar, removiendo las brasas de un chiste muerto hacía tiempo.

El viaje desde Cowdenbeath a Lochgelly llevó a Rebus a través de Lumphinnans. Su padre siempre había hecho chistes sobre Lumphinnans; Rebus no estaba seguro del motivo, ni tampoco recordaba ninguno de ellos. Cuando era joven, el carbón calentaba cada casa de la localidad, y el humo de las chimeneas llenaba el cielo de nubes de humo grises. Ahora, la calefacción central y el gas habían desplazado al viejo rey carbón.

A Rebus le entristecía ese silencio.

También le entristecía tener que repetir su actuación con los

dibujos. Había confiado en que Midden sería el principio y el final de su búsqueda, pero no había sido así; y tampoco descartaba que Eddie le hubiese enviado tras una pista falsa. Si era así, Rebus se ocuparía de que recibiese la recompensa adecuada, y no sería el postre Blue Suede Choux.

Repitió su actuación en tres bares, lo que significó tener que beber tres medias pintas más sin obtener ningún resultado salvo los habituales chistes malos que incluían aquel de «dibujar la pensión». Pero en el cuarto bar, un antro cerca de la estación de ferrocarril, atrajo la atención de un viejo de mirada aguda que había estado gorroneando copas por todo el local. En aquel momento, Rebus estaba mostrando los dibujos a un grupo de pintores y decoradores que previamente le habían ofrecido sus servicios. «Sobre la marcha. Es más barato de esa manera», decían. Rebus declinó su ofrecimiento y les mostró los dibujos.

De pronto, el viejo se abrió paso en el grupo. Miró a todos los rostros a su alrededor.

—¿Todo bien, chicos? Aquí estoy yo, que fui «decorado» en la guerra. —Festejó su propio chiste.

—Es lo que siempre nos dices, Jock.

—Todas las putas noches. Sin fallar ni una puta vez.

—Lo siento, chicos —se disculpó Jock. Apuntó con un dedo corto y grueso a uno de los dibujos—. Me resulta conocido.

—Entonces debe de ser un maldito corredor de apuestas. —El decorador le guiñó el ojo a Rebus—. No bromeo, señor. Jock reconocería a un corredor de apuestas antes que a un ser humano.

—Ah —dijo Jock con desprecio—, al demonio con vosotros. —Y mirando a Rebus—: Seguro que usted me debe una copa desde la semana pasada.

Cinco minutos después de que Rebus abandonase ese último bar, apareció un joven. Había entrado en todos los bares que encontró desde el Midden, preguntando por un hombre con unos dibujos. Estaba enfadado por haber interrumpido su práctica de billar tan temprano. Necesitaba practicar la bola con efecto para el torneo del

domingo; tenía que ganar las cien libras de premio a toda costa, ya que si no lo conseguía se buscaría problemas. Pero, mientras tanto, podía hacerle un favor a alguien, siguiendo a ese hombre que afirmaba no ser un poli. Lo sabía porque había hecho una llamada desde el Midden.

«Me harías un favor», dijo la persona al otro lado de la línea, cuando por fin el jugador de billar consiguió hablar con él, no sin antes relatar su historia a dos intermediarios.

Así que salió del Midden sabiendo que el hombre con los dibujos iba camino de Lochgelly, pero ya había recorrido todos los bares y no había rastro de él. El hombre se había ido. El jugador de billar hizo otra llamada y dio su informe. No era gran cosa, lo sabía, pero de todas maneras le había dedicado tiempo.

«Te debo una, Sharky», dijo la voz.

Sharky se sintió entusiasmado mientras volvía a su viejo Datsun. Con un poco de suerte, aún podría practicar un poco más antes de la hora del cierre.

John Rebus volvió a Edimburgo con la cabeza llena de guindas. Y además estaban Andrew McPhail, Michael con sus tranquilizantes, Patience, la Operación Sacas del Dinero, y muchas otras cosas.

Michael dormía profundamente cuando llegó al apartamento. Los estudiantes estaban preocupados por la posibilidad de que su hermano hubiese tomado algún tipo de droga, pero Rebus los tranquilizó diciéndoles que esas drogas eran recetadas y no proscritas. Luego llamó a Siobhan Clarke a casa.

—¿Cómo ha ido hoy?

—Tendría que haber estado allí, señor, podría haber escrito un libro sobre el aburrimiento. Dougary tuvo cinco visitantes en todo el día. Pidió que le trajesen una pizza. Se fue a casa a las cinco y media.

—¿Alguno de los visitantes resultó de interés?

—Le dejaré ver las fotos. Quizá clientes. Pero salieron con los mismos miembros con los que entraron. ¿Se reunirá con nosotros mañana?

—Es probable.

—Se me ocurrió que quizá podríamos hablar del Hotel Central.

—Ahora que lo mencionas, ¿has visto a Brian?

—Fui después del trabajo. Se le ve estupendo. —Hizo una pausa—. Sin embargo, usted parece cansado. ¿Ha estado trabajando?

—Sí.

—¿El Central?

—Dios lo sabe. Supongo que sí.

Rebus se frotó la nuca. Ya comenzaba la resaca.

—Tuvo que pagar unas cuantas copas, ¿verdad? —adivinó Siobhan.

—Sí.

—¿Y beber unas cuantas?

—De nuevo correcto, Sherlock.

Ella se rio.

—Y después tuvo que conducir de regreso a casa. Yo estaría encantada de servirle de chófer si necesita ayuda. —Sonaba como si lo dijese de verdad.

—Gracias, Clarke. Lo tendré en cuenta. —Hizo una pausa—. ¿Sabes lo que me gustaría para Navidad?

—Falta mucho para Navidad.

—Me gustaría que alguien probase que el cadáver pertenece a uno de los hermanos Bru-Head.

—El cuerpo tenía un brazo...

—Lo sé. Lo comprobé. Los hospitales no sabían nada. —Hizo una pausa—. No es tu problema —dijo—. Te veré mañana.

—Buenas noches, señor.

Rebus guardó silencio un minuto o dos. Algo de su conversación con Siobhan Clarke le hizo desear hablar con Patience. Cogió el teléfono y la llamó.

—¿Hola?

¡Dios bendito, no era el contestador automático!

—Hola, Patience.

—John.

—Me gustaría hablar. ¿Estás preparada?

Un silencio, y luego:

—Sí, creo que sí. Hablemos.

John Rebus se tumbó en el sofá boca arriba y se puso una mano detrás de la cabeza. Nadie más utilizó el teléfono aquella noche.

15

John Rebus estaba de buen humor aquel martes por la mañana; había pasado más de la mitad de la noche anterior al teléfono con Patience. Iban a encontrarse para tomar una copa, pero esta vez Rebus quería hacer las cosas bien, esperar su tiempo y su lugar. Todavía estaba de buen humor cuando abrió la puerta principal y subió la escalera hacia el centro de operaciones de la Operación Sacas de Dinero en Gorgie.

Oyó voces; nada raro. Sin embargo, las voces aumentaron en intensidad a medida que subía, y cuando abrió la puerta, lo hizo justo a tiempo para ver a un hombre abalanzarse sobre el detective Petrie y darle un cabezazo en la nariz. Petrie cayó contra la ventana, tumbando el trípode de la cámara. La sangre manaba a borbotones de su nariz. En un rápido vistazo, Rebus vio a dos niños mirando la escena, junto con Siobhan Clarke y Elsa-Beth Jardine. El hombre trataba de levantar a Petrie cuando Rebus lo abrazó por detrás y le sujetó los brazos a los costados. El agresor sacudió a Rebus a izquierda y derecha, intentando desprenderse del abrazo y gritando tan fuerte que era increíble que en la calle nadie oyese el escándalo. Rebus echó al hombre hacia atrás y ejecutó una llave lateral que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo, y Rebus se le sentó encima. Petrie avanzó, pero el hombre le asestó un golpe con las piernas y envió a Petrie de nuevo contra la ventana y rompió el cristal con el codo. Rebus hizo lo que debía hacer: descargó un puñetazo en la garganta del hombre.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó. El hombre jadeaba pero no dejaba de resistirse—. ¡Basta!

Entonces algo golpeó a Rebus en la nuca. Era el puño de uno de los niños, y le había dado justo en el lado quemado. Cerró los ojos y luchó contra el tremendo dolor del golpe y las náuseas en su estómago, ahí mismo donde estaban el muesli y el té con miel que había tomado.

—¡Deje a mi padre en paz!

Siobhan Clarke cogió al niño y lo apartó.

—Arresta a ese pequeñajo —dijo Rebus. Luego, al padre del chico —: Lo digo de verdad. Si no se calma, le voy a acusar de agresión. ¿Qué le parece?

—Es demasiado pequeño —jadeó el hombre.

—¿Lo es? —dijo Rebus—. ¿Está seguro?

El hombre lo pensó un momento y se calmó.

—Eso está mejor. —Rebus se levantó del pecho del hombre—. Ahora, ¿alguien va a explicarme de qué va todo esto?

Llevaron a Petrie a un médico para que le viese la nariz mientras se aclaraba el incidente. El hombre se llamaba Bill Chilton, y no le gustaban los okupas.

—¿Okupas?

—Es lo que me dijo la pequeña Neilly.

—¿Okupas?

Rebus se volvió hacia Siobhan Clarke, que había bajado para comprobar que ningún transeúnte hubiese resultado herido por los cristales, y, lo más importante, explicar el «accidente».

—Los dos niños entraron como un huracán —le informó Siobhan—. Dijeron que algunas veces juegan aquí.

Rebus la interrumpió y se volvió hacia Chilton.

—¿Por qué Neil no está en la escuela?

—Lo expulsaron por pelearse.

Rebus asintió.

—Tiene un buen puñetazo.

El dolor en su cabeza confirmó su opinión. Miró a Siobhan.

—Nos preguntaron qué estábamos haciendo aquí, y la señorita Jardine —al oírla Elsa-Beth Jardine bajó la cabeza— les dijo que éramos okupas.

—Solo era una broma —consideró necesario añadir Jardine.

Rebus fingió sorpresa, y ella bajó la mirada, avergonzada.

—El detective Petrie se unió a la broma, los chicos se fueron, y todos nos reímos un rato.

—¿Reírse? —dijo Rebus—. ¿Poner en peligro la operación es motivo de risa?

Sonaba tan furioso como parecía, incluso Siobhan apartó la mirada. Él volvió a mirar a Bill Chilton.

—Bueno —continuó Chilton—. Neil vino a casa y me dijo que aquí había okupas. Hemos tenido muchos últimamente. Entran en apartamentos vacíos y los utilizan para toda clase de negocios... venta de drogas y cosas por el estilo. Algunos de nosotros estamos haciendo algo al respecto.

—¿De qué está hablando, señor Chilton? ¿Partidas de vigilantes callejeros? ¿Mangos de hachas al amanecer?

Chilton no se amedrentó.

—¡Ustedes no hacen absolutamente nada!

—¿Así que vino aquí para dar un susto a los okupas?

—Sí, antes de que se instalaran.

—¿Y?

Chilton no dijo nada.

—Entonces —dijo Rebus por él— comenzó a gritarle al detective Petrie, que le respondió diciendo que era un oficial de policía y que usted haría bien en largarse. Solo que para entonces, usted estaba demasiado cabreado para echarse atrás. Parece que Neilly ha heredado su temperamento, ¿eh? ¿Usted también se metía en muchas peleas en la escuela?

—¿Qué demonios tiene eso que ver?

Chilton comenzaba a enfurecerse de nuevo. Rebus levantó una mano pacificadora.

—Es un delito grave atacar a un agente de policía.

—Confusión de identidad.

—¿Incluso después de que él se identificase?

—Él no me ha mostrado ninguna identificación.

Rebus enarcó una ceja.

—Sabe usted mucho del procedimiento. Será que ya ha pasado por este tipo de problemas antes, ¿eh? —Esto cerró la boca de Chilton—. Puede que si voy a la comisaría y le busco en el ordenador... ¿cuál sería esta, la segunda agresión? ¿La tercera? Estaríamos hablando de un pequeño viaje a la cárcel de Saughton. —Chilton esta vez no pudo ocultar su inquietud; el plan de Rebus había funcionado—. Por

supuesto, siempre podríamos olvidarnos de todo este asunto. —Chilton pareció interesado—. Si —le advirtió Rebus— es capaz de mantener la bocaza cerrada y conseguir que Neil y su amigo se olviden de lo que han visto.

Chilton hizo un gesto hacia la cámara.

—Están espiando a alguien, ¿eh? ¿Una vigilancia?

—Es mejor que no lo sepa, señor Chilton. ¿Hacemos un trato?

Chilton se lo pensó y después asintió.

—Bien —dijo Rebus—, ahora lárguese de aquí.

Chilton sabía cuándo le hacían una buena oferta. Salió pitando. Rebus meneó la cabeza.

—Señor…

—Cállate y escucha —le dijo Rebus a Siobhan Clarke—. Esto podría haber echado al traste toda la operación. Puede que ya lo haya hecho, no lo sabremos hasta dentro de un día o dos. Mientras tanto, montad la cámara de nuevo y volved al trabajo. Llamad a la jefatura para que venga alguien a tapiar la ventana, y decidle que haga un agujero lo bastante grande para la cámara. Si no fuera posible, vamos a necesitar otro cristal.

»Y escuchen, las dos. —Levantó un dedo de advertencia—. Nadie debe saber esto. Nadie. Nunca ha ocurrido. ¿De acuerdo?

Comprendieron. Lo que ellas no entendían era por qué Rebus quería mantenerlo en secreto. No es que temiese un fin anticipado de la Operación Sacas de Dinero; en lo que a él concernía, todo el proyecto estaba condenado al fracaso desde el principio. No, era un temor muy distinto: el miedo a que el inspector Alister Flower, seguro y cómodo en el bar Firth con su propio equipo de vigilancia, se enterase. Eso significaría problemas, más de los que Rebus estaba dispuesto a afrontar.

Fue una pena no haber podido decirle nada al detective Peter Petrie, quien había vuelto a St Leonard's para cambiarse de camiseta. La sangre en la camiseta podría haberse confundido con salsa de tomate o té, pero no había ninguna duda acerca de la gasa blanca que tenía sobre la nariz. Cuando le preguntaron, Peter Petrie relató su historia con alegría, embelleciéndola, exagerando el tamaño y la habilidad del

agresor, la velocidad del ataque... Hubo sonrisas cómplices, y más de uno soltó la misma frase:

«Espera a que Flower escuche esto».

Para la hora de la comida, Flower ya conocía toda la historia del gigante que había creado semejante caos con la vigilancia de Gorgie.

—Vaya por Dios —dijo, mientras bebía un sorbo de zumo de naranja con vodka—. Es terrible. Me pregunto si el inspector jefe Lauderdale estará enterado. Imagino que sí. Rebus no intentaría ocultarle algo así, ¿verdad?

Sonrió con tanta calidez al detective sentado a su lado que este se preocupó mucho, pero mucho, por su jefe...

Siobhan cogió el teléfono.

—¿Hola? —Miró a John Rebus, que observaba a través de la ventana rota. Llevaba vigilando media hora el despacho de los taxis, tan sumido en sus pensamientos que ni ella ni Jardine se habían dicho una palabra la una a la otra por encima de un susurro—. Es para usted, señor.

Rebus cogió el teléfono. Era del DIC con un mensaje.

—Adelante.

—Es de alguien llamado Pat Calder. Dice que el señor Ringan ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí, y quería que usted lo supiese. ¿Quiere que hagamos algo desde aquí?

—No, gracias. Iré a hablar con él en persona. Gracias por el aviso.

Rebus colgó el teléfono.

—¿Quién ha desaparecido? —preguntó Siobhan.

—Eddie Ringan.

—¿El del Heartbreak Cafe?

Rebus asintió.

—Ayer mismo estuve hablando con él. Me amenazó con una sartén llena de queso caliente. —Siobhan pareció interesada, pero Rebus cambió de tema—. Tú quédate aquí, al menos hasta que Petrie vuelva.

El Heartbreak Cafe estaba a solo a quince minutos. Rebus se

preguntó si Calder estaría allí. Después de todo, si no había nadie en la cocina, apenas valía la pena abrir el café.

Pero cuando Rebus llegó, el café estaba a tope. Calder, que hacía de jefe de sala, le hizo un gesto a Rebus cuando entró. Rebus, por su parte, le dedicó un guiño al joven barman del día anterior. Calder parecía frenético.

—¿Qué demonios le dijo a Eddie ayer?

—¿A qué se refiere?

—Venga ya, tuvieron una pelea, ¿no? Sabía que algo iba mal. Estuvo de un humor de perros toda la noche y no paró de decir que le dieran por saco a la cocina. Usted tuvo que decirle algo.

—¿Quién le ha dicho eso?

Calder movió la cabeza hacia la cocina.

—Willie.

Rebus asintió, comprensivo.

—Y hoy, Willie tiene una cita con la fama.

—Simplemente está preparando los almuerzos, si es a lo que se refiere.

—Entonces ¿cuándo desapareció Eddie?

—Después de que cerrásemos anoche. Se fue a una de esas fiestas móviles que ocupan un almacén durante una noche a la semana.

—¿A usted no le gustan?

Calder arrugó la nariz en una muestra de desagrado.

—Por casualidad, ¿no será un club para caballeros, señor Calder?

—Sí, es un club gay. No es ningún secreto, inspector. Es del todo legal.

—Estoy seguro de que lo es. ¿El señor Ringan no volvió a casa?

—No.

—Entonces ¿quizás encontró a algún otro con quien irse a casa...?

—Eddie no es de esa clase.

—Entonces ¿de qué clase es?

—De la clase fiel, créame. A menudo sale a beber, pero siempre regresa.

—Hasta ahora.

—Sí.

Rebus se lo pensó.

—Es un poco pronto para denunciar su desaparición. Por lo general esperamos cuarenta y ocho horas, si es que no aparecen otras pruebas.

—¿Qué clase de pruebas?

—Bueno, un cadáver, por ejemplo.

Calder giró la cabeza.

—Por amor de Dios —dijo.

—Oiga, estoy seguro de que no hay nada de que preocuparse.

—Pues yo no —le contradijo Pat Calder.

Una pareja entró en el café y Calder se dispuso a atenderles con la mejor de sus sonrisas. Cogió dos menús y les pidió que le acompañasen a una mesa. Tendrían unos veintitantos y vestían con elegancia: el hombre parecía haber salido de una película de pistoleros de los años treinta; la mujer, como si se hubiese puesto la falda de su hermana pequeña por error.

Cuando Calder volvió, habló en susurros.

—Alguien debería decirle a esa chica que no se puede disimular el acné con maquillaje... Eddie no ha vuelto a ser el mismo desde la noche que atacaron a Brian.

—Por cierto, Brian ya está bien.

—Sí, Eddie llamó al hospital ayer.

—Sin embargo, no lo visitó.

—Odiamos los hospitales. Hay demasiados amigos muriéndose allí últimamente.

—¿Las noticias de Brian no le alegraron?

Calder frunció los labios.

—Supongo que sí, por un rato. —Sacó una libreta y un lápiz del bolsillo—. Debo ir a preguntarles qué quieren beber.

Rebus asintió.

—Iré a hablar un momento con Willie y su barman, a ver qué piensan.

—De acuerdo. La casa invita a comer. —Rebus meneó la cabeza—. No le envenenaremos, inspector.

—No es eso —dijo Rebus—. Es todo esto de Presley en las paredes. Me quita el apetito.

Willie, el aprendiz, parecía estar disfrutando de su día como rey de la cocina. Se afanaba con la comida, agitado, sin nadie que le ayudase, pero dando la impresión de desear que nunca cambiasen las cosas.

—¿Me recuerda, Willie?

Willie le vio.

—¿Roquefort de la Cárcel?

Comenzó a cortar un manojo de perejil. Rebus se maravilló al ver la velocidad y destreza con que movía el cuchillo a unos milímetros de la punta de los dedos.

—¿Está aquí por Eddie? Es un cabrón de cuidado, pero un cocinero brillante.

—Sin embargo, debe de ser divertido estar a cargo de todo esto.

—Lo sería si me reconocieran el mérito; todos esos tíos de ahí fuera creen que el gran Eduardo está preparando cada plato del día. Como dice Pat, si supiesen que no está aquí se largarían a cualquier comedor indio para comer por la mitad de precio.

Rebus sonrió.

—Así y todo, estar a cargo...

Willie dejó de cortar.

—¿Qué? ¿Cree que tengo a Eddie escondido en la carbonera, solo para tener un día la cocina a mi disposición? —Movió el cuchillo hacia la puerta de la cocina—. Pat podría echar una mano, pero no, está ahí fuera untando a la clientela. Lameculos Pat, ese es su nombre real. Si tuviese que cargarme a alguno de los dos, sería al que está al otro lado de la puerta.

—Se está tomando esto muy en serio, Willie. Eddie solo ha estado ausente una noche. Podría estar durmiendo la mona en cualquier callejón.

—No es lo que Pat cree.

—¿Usted qué piensa?

Willie probó el contenido de una cazuela humeante.

—Creo que he puesto demasiada crema en el potaje.

—Elvis lo hubiese querido así —comentó Rebus. El barman, cuyo nombre era Toni, con «i» latina, le sirvió a Rebus media pinta de cerveza Cask Conditioned turbia.

—Esto parece un acondicionador para el pelo.

—Conozco a un buen peluquero si le interesa.

Rebus no hizo caso del comentario, y tras dos tragos decidió no hacer caso tampoco de la cerveza. Esperó mientras Toni atendía y conversaba en el otro extremo de la barra con dos tipos que parecían estudiantes.

—¿Qué aspecto tenía Eddie cuando me marché ayer?

—¿Cómo se llamaba aquella película de Scorsese?

—¿*Taxi Driver*?

El barman recordó súbitamente.

—*Toro salvaje*. Así estaba Eddie.

—¿Estuvo así toda la noche?

—No le vi mucho. Para a la hora en que él sale de la cocina, yo ya me estoy poniendo la americana para irme a casa.

—¿Anoche había alguien… poco habitual en el bar?

—Aquí hay un público variado. ¿A qué se refiere con «poco habitual»?

—Olvídelo.

Al parecer, Toni con «i» latina ya lo había hecho.

16

Parecía que el círculo comenzaba a cerrarse. Primero, Eddie le dijo a Holmes algo sobre el cadáver del Hotel Central. Después, Holmes intentó averiguar más con la búsqueda de los hermanos Bru-Head. Finalmente, Rebus apareció para ofrecer ayuda. Ahora los tres habían sido avisados, de una manera u otra. Al menos, esperaba que lo de Eddie solo fuese un aviso y no algo más drástico. Todo el mundo sabía que el cocinero tenía problemas para mantener la boca cerrada después de una copa, y «después de una copa» parecía ser su estado permanente. Rebus estaba preocupado. Habían intentado asustarle, lo cual solo había reforzado su determinación. ¿Intentarían alguna otra jugada?

El rostro de Rebus estaba tan oscuro como la noche cuando entró en St Leonard's. Un instante después, se le ordenó que se presentase en el despacho de Lauderdale de inmediato. El inspector jefe estaba sirviendo tres copas de whisky cuando entró.

—Ah, ya estás aquí.

Rebus no podía negarlo.

—Llamado por Bell's, señor.

Aceptó la copa y procuró no mirar el rostro sonriente de Alister Flower. Los tres hombres se sentaron.

—Salud —brindó Lauderdale.

—Por nosotros —dijo Flower.

Rebus se limitó a beber.

—¿Has tenido un problemilla, John?

Lauderdale dejó la copa medio vacía en la mesa. Rebus sabía que tenía problemas cuando Lauderdale le llamaba por su nombre de pila.

—No sé nada al respecto, señor. Hubo un pequeño sobresalto esta mañana, pero ya está resuelto.

Lauderdale asintió, todavía amable. Flower había cruzado las piernas, en paz con el mundo. Cuando Lauderdale habló de nuevo,

levantó un dedo para acompañar cada punto.

—Dos escolares irrumpen en el lugar. Luego, el detective Petrie se ve enzarzado en una pelea a puñetazos con un absoluto desconocido, en la que la ventana y la nariz de Petrie acabaron rotas. Entonces, la detective Clarke baja a la calle para barrer los cristales rotos y espantar a los curiosos. —Se miró la mano abierta—. ¿Alguna posibilidad de que la Operación Sacas de Dinero esté en peligro?

—Ni la más mínima, señor. —Rebus levantó un dedo—. El hombre no hablará, porque si lo hace le acusaremos de agresión. —Un segundo dedo—. Los chicos tampoco lo harán porque su padre los advertirá que no lo hagan.

Levantó los dos dedos en el aire, y a continuación bajó la mano.

—Con el debido respeto, señor —intervino Hierbajo—, tenemos una pelea y una ventana rota en lo que se supone que es un edificio vacío. Las personas son curiosas, es parte de la naturaleza humana. Mañana mirarán aquella ventana y se preguntarán qué pasó. Advertirán cualquier movimiento detrás de la ventana.

Lauderdale miró a Rebus.

—¿John?

—Lo que dice el inspector Flower es verdad, señor, hasta donde se sabe. Pero las personas olvidan rápido. Mañana solo verán una ventana nueva y punto. Nadie vio nada desde la empresa de taxis, e incluso si oyeron el ruido de los cristales, pasaría por un hecho común en Gorgie.

—Incluso así, John...

—Incluso así, señor, fue un error. Ya se lo dejé claro a la detective Clarke.

Podría haberles dicho que toda la culpa era de la mujer de Trading Standards, pero ofrecer excusas le hace a uno parecer débil y Rebus podía encajar el golpe. Incluso lo soportaría en la nuca si así conseguía largarse del despacho cuanto antes. El olor a whisky y a sudor comenzaba a marearle.

—¿Alister?

—Usted ya conoce mi opinión sobre el tema, señor.

Lauderdale asintió.

—John —dijo—, se ha invertido mucho en organizar la Operación Sacas de Dinero, y hay mucho en juego. Si vas a permitir que un par de chicos irrumpan en una operación de vigilancia, entonces quizá sea hora de que replantees tus prioridades. Lo digo por aquellos expedientes junto a tu mesa. Son cosas de hace cinco años. Trae tu cerebro de regreso al aquí y ahora, ¿comprendido?

—Sí, señor.

—Todos sabemos que has tenido que sentirte afectado por el ataque al sargento Holmes. Lo que te pregunto es: ¿estás en condiciones de ayudar a dirigir la Operación Sacas de Dinero?

Ah, ya estaba claro. El Hierbajo quería toda la vigilancia para él. Quería ser él quien detuviese a Dougary.

—Por supuesto, señor.

—Entonces, no más problemas, ¿comprendido?

—Comprendido, señor.

Rebus hubiese dicho cualquier cosa para abreviar la reunión, cualquier cosa menos darle nada a Flower y mucho menos un caso como ese, incluso creyendo que era una pérdida de tiempo. Vuelve al aquí y ahora, había dicho Lauderdale. Sin embargo, cuando Rebus salió del despacho, sabía muy bien adónde iría su cerebro: de vuelta al allá y entonces.

A última hora de la tarde, había decidido que solo quedaban dos personas que le podrían ayudar en el caso del Hotel Central. Llamó a una de ellas, y después de mucho insistir consiguió una entrevista inmediata.

—Puede que haya interrupciones —le advirtió la secretaria—. Ahora mismo estamos muy ocupados.

—No me molestan las interrupciones.

Veinte minutos más tarde le hicieron pasar al pequeño despacho de un edificio antiguo muy bien conservado, cuyas ventanas daban a las feas construcciones modernas de chapas onduladas y acero brillante.

Se abrió la puerta y un hombre de unos treinta y tantos entró en la habitación.

—¿Inspector Rebus?

Se dieron la mano.

—Es muy amable de su parte recibirme así, de improviso, señor.

—Su llamada me intrigó; y todavía me gusta la intriga.

De cerca, Rebus vio que Aengus Gibson aún no había cumplido los treinta; eran el sobrio traje que vestía, las gafas y el pelo corto los que le hacía parecer mayor. Gibson se acercó a su mesa, se quitó la chaqueta y la colgó con mucho cuidado en el respaldo de su silla acolchada. Hecho esto, se sentó y procedió a enrollarse las mangas de la camisa.

—Por favor, inspector, siéntese. Dijo usted que tenía cierta relación con el Hotel Central, ¿no?

Gibson hojeaba ciertos papeles de su mesa mientras Rebus hablaba, pero el inspector sabía que el hombre no se estaba perdiendo ni una sola palabra.

—Como usted sabe, señor Gibson, el Central se incendió hace cinco años. La causa del incendio nunca se explicó con claridad, pero más sorprendente todavía fue el hallazgo de un cadáver, un cuerpo con un agujero de bala en el corazón. El cuerpo nunca ha sido identificado.

Rebus hizo una pausa. Gibson se quitó las gafas y las dejó sobre los papeles.

—Conocí muy bien el Central, inspector. Estoy seguro de que ha sido mi reputación lo que le ha traído a este despacho.

—La reputación pasada y presente, señor.

Gibson no dio ninguna muestra de haberle escuchado.

—Fui un tanto alocado en mi juventud; y le costaría encontrar a personas más alocadas que las que frecuentaban el Central en aquellos tiempos.

—Usted ya tenía veinte años, señor, no se puede decir que fuese un «jovencito».

—Algunos tardamos más que otros en madurar.

—¿Por qué acordó reunirse allí con Matthew Vanderhyde?

Gibson se reclinó en su silla.

—Ah, ahora veo por qué está aquí... Creí que al tío Matthew le gustaría la sórdida gloria del Central. Él también fue muy alocado en sus tiempos.

—¿Quizá también creyó que podría escandalizarle?

—Nadie puede escandalizar a Matthew Vanderhyde, créame. —Sonrió—. Aunque si le soy sincero, también hubo algo de eso: yo sabía muy bien que mi padre le había pedido que hablase conmigo, así que decidí reunirme con él en el peor lugar que se me ocurrió.

—Yo podría haberle ayudado a encontrar algunos lugares peores que el Central.

—Yo también. Pero el Central era... bueno, central.

—Entonces ¿ustedes dos hablaron?

—Él habló. Se suponía que yo debía escuchar. Claro que cuando estás con un ciego, inspector, no tienes necesidad de fingir. No hace falta una expresión atenta y todas esas cosas. Creo que leí el periódico, intenté resolver el crucigrama, miré la televisión... A él no pareció importarle. Le estaba haciendo un favor a mi padre, nada más.

—No obstante, poco tiempo después usted dejó atrás sus días de «Black Aengus».

—Sí, es verdad. Puede que, después de todo, las palabras del tío Matthew surtieran efecto.

—¿Qué pasó después de su encuentro?

—Hablamos de ir a cenar juntos; no en el Central, debo añadir. Créame cuando le digo que tenía la cocina más sucia que haya visto. En fin, recuerdo que tenía una cita previa con una joven. O en realidad no tan joven, pues creo que estaba casada... Algunas veces echo de menos aquellos días. Ahora los medios se refieren a mí como un hombre reformado. Es un cliché fácil para ellos, pero cuesta mucho hacerlo realidad para el que lo vive.

—Su nombre nunca apareció en la lista oficial de los clientes del Central de aquella noche.

—Un descuido.

—Uno que podría haber corregido presentándose.

—Para darle todavía más munición a los periódicos, ¿no?

—¿Qué pasaría si se enterasen ahora de que estuvo allí?

—Inspector, no sería munición. —Los ojos de Aengus Gibson eran cálidos y claros—. Eso sería una bomba atómica.

—¿Hay algo que pueda decirme de aquella noche, señor?

—Usted parece saberlo todo. Estaba en el bar con Matthew Vanderhyde. Nos marchamos horas antes de que se iniciase el incendio.

Rebus asintió.

—¿Estuvo alguna vez en el primer piso del hotel, señor?

—Difícil pregunta. Han pasado cinco años.

—Mucho tiempo, desde luego.

—¿Es que han reabierto el caso?

—Sí, señor, en cierto modo. No podemos dar demasiados detalles.

—No pasa nada. Le pediré a mi padre que se lo pregunte al jefe de policía. Son buenos amigos.

Rebus guardó silencio. Se acabó. No tenía nada para convencer a sus superiores de que reabriesen el caso. Estaba metido en esto por voluntad propia y estaba perdiendo demasiado tiempo en sus pesquisas.

Llamaron a la puerta con energía, tras lo cual un hombre mayor entró en el despacho. Su rostro se parecía mucho al de Aengus Gibson, pero su complexión era mucho más delgada. Rebus había visto diáconos como él; sus rostros hacían que recaudaran más dinero en las colectas. Broderick Gibson pocas veces se aflojaría el nudo de la corbata o se desabrocharía el botón del cuello de la camisa.

—Lamento interrumpir —dijo Broderick Gibson—. Hay que repasar estos documentos antes de mañana por la mañana.

Dejó una carpeta encima de la mesa.

—Padre, él es el inspector Rebus. Inspector, Broderick Gibson, mi padre.

Y el hombre que había fundado la cervecería Gibson en el cobertizo de su jardín en los años cincuenta, estrechó con pulso firme la mano de Rebus.

—Espero que no haya ningún problema, inspector.

—Ninguno en absoluto, señor —respondió Rebus.

Broderick Gibson se volvió hacia su hijo.

—No te olvides de la fiesta de esta noche para el SSPCC.

—No, padre. ¿A las ocho?

—Maldita sea si consigo recordarlo.

—Creo que es a las ocho.

—Así es, señor —intervino Rebus.

—¡Oh! —Aengus Gibson pareció sorprendido—. ¿Usted asistirá?

—Leí una nota en el periódico.

Estaba tan por debajo de esas personas en la escala social, que se preguntó si podían verle. A medida que subían en el escalafón, iban serrando los peldaños detrás de ellos. Alzando la vista, Rebus solo podía mirar hacia las nubes y atisbar algo de vez en cuando. Pero a todos les gustaba caer bien a la policía, quizá por eso Broderick Gibson insistió en estrechar la mano de Rebus una vez más antes de marcharse.

Aengus Gibson pareció relajarse en cuanto se hubo marchado su padre.

—Lo siento, tendría que haberle preguntado antes. ¿Quiere té o café? Sé que está de servicio, y, por lo tanto, no le preguntaré si quiere una cerveza.

—En realidad, señor —respondió Rebus, con la mirada puesta en el reloj de pared—, mi jornada ha terminado hace cinco minutos.

Aengus Gibson soltó una carcajada y se acercó a un armario que, al abrirlo, dejó a la vista tres tiradores de cerveza a presión y una hilera de vasos resplandecientes de media y una pinta.

—Hoy la negra está muy buena.

—La negra me va perfecto, pero solo media.

—Media de negra marchando.

Rebus se bebió otra media, esta vez de rubia; pero fue el sabor de la negra el que se quedó con él mientras atravesaba las verjas de hierro forjado de la cervecera Gibson's Dark. Los Gibson, padre e hijo, eran siniestros, de eso no había duda. Tenías que mirar debajo de la superficie para verlo, pero estaba ahí. Aengus Gibson podría ser un hombre reformado para el mundo exterior, pero Rebus había visto cómo el joven apenas conseguía dominarse bajo una mínima presión. Incluso se preguntó si Gibson no estaría sometido a algún tipo de tratamiento para controlar su temperamento. Había pasado un tiempo en una «residencia» privada, ese eufemismo usado para referirse a un

centro psiquiátrico.

Al menos, era la historia que Rebus había oído. Pensó que quizá podría escarbar un poco más para satisfacer su curiosidad sobre un pequeño detalle en particular, una cosa que había dicho Aengus Gibson: no solo sabía que la cocina del Hotel Central estaba sucia; la había visto con sus propios ojos. A John Rebus le parecía muy interesante.

Volvió a St Leonard's y se tranquilizó al no ver ninguna señal de Lauderdale o Hierbajo. Había olvidado visitar a Holmes, así que llamó por teléfono al hospital. Sabía cómo funcionaba el sistema en el hospital: llevaban un teléfono de pago a tu cama.

—¿Brian?

—Hola. Acabo de recibir la visita de Nell.

Sonaba alegre. Rebus deseó que no estuviese recibiendo tan solo su voto de simpatía.

—¿Cómo está Nell?

—Está bien. ¿Algún progreso?

Rebus pensó en las últimas veinticuatro horas. Mucho trabajo.

—No —respondió—, ningún progreso.

Decidió no decirle a Holmes que Eddie Ringan había desaparecido: quizá podría preocuparse hasta el extremo de sufrir una recaída.

—¿Está pensando en dejarlo correr?

—Hay mucho en la olla, Brian, o sea que no. No pienso dejarlo correr.

—Gracias.

Rebus casi le soltó: «Ahora no es solo por ti, también por mi hermano». En cambio le dijo a Holmes que se cuidase y le prometió visitarle pronto.

—Será mejor que sea muy pronto. Me darán el alta mañana o pasado.

—Eso es fantástico.

—No lo sé... hay una enfermera...

—¡Bah, vete al demonio! —Sin embargo, Rebus recordó a la enfermera que le había tratado el cuero cabelludo. Una enfermera con la cual se había mostrado demasiado atento. Ese había sido el

principio del problema con Patience—. Ve con cuidado —le ordenó, y colgó el teléfono.

Su siguiente llamada fue al periódico local. Habló con alguien durante unos minutos y después intentó llamar a Siobhan Clarke, pero no obtuvo respuesta. Sin duda, Dougary ya habría acabado su jornada, y por consiguiente, ella la vigilancia. Rebus decidió que también era suficiente para él. Camino de la salida, oyó cómo se le acercaba la inconfundible voz de Alister Flower. Rebus entró en otro despacho y esperó a que pasasen Flower y sus subalternos. No hablaban de él, algo que ya era una tranquilidad. Solo se sintió un poco avergonzado por su reacción; aunque todo buen soldado sabe cuándo esconderse.

17

Aquella tarde Michael se encontraba en el salón haciendo una muy buena imitación del teleadicto. Sujetaba el mando a distancia como si fuese un marcapasos, y miraba con atención cualquier cosa que apareciese en la pantalla. Rebus comenzó a preguntarse sobre las dosis que había tomado, pero al comprobar el frasco le pareció que aún quedaba una buena cantidad de pastillas.

Salió y compró pescado frito para los dos en una freiduría del barrio. No era la mejor de las comidas, pero Rebus no se sentía con ánimos de coger el coche para ir a buscar algo mejor. Recordó la freiduría de su ciudad natal, donde el cocinero escupía en la manteca para comprobar la temperatura. Michael sonrió al escuchar el relato, aunque su mirada nunca se apartó de la pantalla de la televisión. Se metía las patatas chip en la boca, las masticaba sin prisas, cogía el rebozado del pescado y se lo comía antes de comenzar con la carne blanca aceitosa.

—Las patatas no están mal —comentó Rebus mientras servía sendos basos de Irn-Bru.

Esperaba la llamada de Patience para saber el lugar y la hora de su encuentro, pero cada vez que sonaba el teléfono era para los estudiantes.

Sonó una quinta o sexta vez. Y Rebus atendió la llamada.

—Servicio de Atención de la Universidad de Edimburgo, ¿dígame?

—Soy yo —dijo Siobhan Clarke.

—Ah, hola.

—No parece muy entusiasmado.

—¿Qué puedo hacer por ti, Clarke?

—Quería disculparme por lo de esta mañana.

—No fue del todo culpa tuya.

—Tendría que haberles dicho a aquellos chicos quiénes éramos de verdad. Le he estado dando vueltas y más vueltas a lo que debería

haber hecho.

—No lo volverás a hacer.

—No, señor. —Clarke hizo una pausa—. Oí que le echaron una bronca.

—¿Te refieres a mi charla con el inspector jefe? —Rebus sonrió—. Digamos que como mucho fue un tirón de orejas. ¿Qué pasa con la ventana?

—La tapiaron. Colocarán el cristal esta noche.

—¿Algo que deba saber?

—Usted estuvo allí, señor. Petrie volvió por la tarde.

—Ah, sí. ¿Cómo está?

—Vendado. Parece el hombre elefante.

Rebus sabía que si alguien había hablado del incidente de la mañana —y alguien lo había hecho— tenía que ser Petrie. No sintió la menor compasión.

—Te veré por la mañana.

—Sí, señor. Buenas noches.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Michael.

—No tiene importancia.

—Sabía que dirías eso. ¿Queda más Irn-Bru?

Rebus le pasó la botella.

Cuando a las diez aún no había recibido la llamada de Patience, desistió y comenzó a concentrarse en la tele. Estaba casi decidido a descolgar el teléfono. La siguiente llamada llegó diez minutos más tarde. Sonaba un tremendo ruido de fondo, una fiesta o algo parecido, en la que alguien cantaba una canción horrible.

—Baja un poco el volumen, Mickey. —Michael silenció a un político que hablaba en el informativo—. ¿Hola?

—¿Es usted, señor Rebus?

—Soy yo.

—Chick Muir. —Chick era uno de los contactos de Rebus.

—¿Qué pasa, Chick?

Acabó la canción y Rebus oyó aplausos, risas y silbidos.

—El tipo que quería ver está a unos seis metros de mí con un whisky triple en la mano.

—Gracias, Chick. Ahora mismo voy.

—Espere un momento. ¿No quiere saber dónde estoy?

—No seas estúpido, Chick. Sé dónde estás.

Rebus colgó el teléfono y miró a Mickey, que parecía haberse quedado dormido. Apagó la televisión y fue a buscar su chaqueta.

Era obvio que Chick Muir había llamado desde el Bowery, un tugurio cerca del final de Easter Road. El bar se había llamado Finnegan's hasta hacía un año, cuando al nuevo propietario se le había ocurrido la «inspirada» idea de cambiarle el nombre porque, como explicó, quería ver a muchísimos vagos en las sillas.

Por supuesto, lo había conseguido y muchos no hubiesen llamado la atención en el Bowery original. También lo frecuentaban estudiantes y bebedores empedernidos, en parte por la ubicación del bar, pero sobre todo porque cerraba tarde. Sin embargo, nunca había sido un lugar donde se produjeran follones, al menos ninguno digno de mención. La mitad de los bebedores del Bowery le temían a la otra mitad, que a su vez estaban muy ocupados temiéndoles a ellos. Además, se rumoreaba que a cambio de un precio, Big Ger garantizaba un seguro de veinticuatro horas.

Chick Muir era uno de los clientes habituales, si bien se las apañaba para no participar en uno de los peores karaokes de Edimburgo. A Eddie Ringan le hubiese dado un soponcio instantáneo al oír los asesinatos cometidos con «Hound Dog» y «Wooden Heart». Desafinados y en baja forma, los cantantes podían transformar una palabra simple como «llorar» en un vocablo polisílabo irreconocible. Algo así fue lo que oyó Rebus cuando abrió las puertas del bar y entrecerró los ojos para protegerse de la densa humareda.

En el momento en que «Crying in the Chapel» llegaba a su lacrimógeno final, Rebus sintió que una mano le agarraba el brazo.

—Ha conseguido llegar.

—Hola, Chick. ¿Qué bebes?

—Un Grouse doble no estaría nada mal, aunque no creo que el que tienen en las botellas sea de verdad. —La sonrisa de Chick Muir dejó a la vista dos hileras de dientes de oro opacos. Medía unos cuarenta y

cinco centímetros menos que Rebus, y en entre la multitud parecía un niño pequeño perdido en medio del bosque—. Así y todo —añadió—, puede que no sea *Grouse*,* pero podría ser una becada.

Había una lógica en alguna parte del comentario. Rebus se abrió paso hasta la barra y gritó su pedido. Se oyeron aplausos por toda la sala cuando uno de los favoritos del público ocupó el escenario. Rebus miró a lo largo de la barra y vio a Deek Torrance, que estaba igual de sobrio (y borracho) que la última vez que se habían encontrado. Mientras Rebus pagaba las bebidas, Torrance le hizo un gesto con la mano. Rebus le indicó que debía llevar las bebidas pero que volvería, a lo que Torrance asintió.

La música comenzó a sonar una vez más. «Oh, no —pensó Rebus—, "Little Red Rooster", no». En la pantalla de vídeo, un gallito parecía mostrarse interesado en la granjera rubia que había venido a recoger los huevos de la mañana.

—Aquí tienes, Chick. Salud.

—Salud. —Chick probó un sorbo, lo saboreó y arrugó las facciones de la cara—. Estoy seguro de que no es Grouse. ¿Le ha visto?

—Le vi.

—¿Es el tipo correcto?

Rebus le pasó un billete de diez libras plegado y Chick se lo embolsó.

—Sí, es él.

En aquel momento, Deek Torrance se estaba abriendo paso como podía entre la muchedumbre en dirección hacia ellos. Pero se detuvo, y se inclinó por encima de otro bebedor para tocar el hombro de Rebus.

—John, solo voy... —Movió la cabeza en dirección a los lavabos que estaban a un lado del escenario—. Vuelvo en un minuto.

Rebus asintió y Torrance se alejó luchando contra la marea. Chick Muir se acabó el whisky.

—Yo me largo —dijo.

—Sí, ya nos veremos, Chick.

Rebus intentó no escuchar «Little Red Rooster», y cuando le resultó imposible, siguió a Torrance a los lavabos. Vio que Deek hablaba con

el DJ en el escenario y después abría la puerta de «Caballeros». Rebus dirigió una mirada de odio al cantante, en cambio la multitud jaleaba al hombre de mediana edad, animándole a alcanzar nuevas cotas.

Deek miraba un dibujo en la pared de los urinarios. Mostraba a dos jugadores de fútbol con las camisetas de los Hearts involucrados en un acto de sodomía, y una leyenda que decía: «¡Maricones bien enculados!». Era la clase de dibujo que podías esperar en Easter Road; seguramente en un bar de Gorgie habría un dibujo similar mostrando a dos jugadores del Hibernian. Rebus comprobó que no había nadie más en los lavabos. Deek miró por encima del hombro y le vio.

—John, por un momento creí que eras un marica mirándome la polla.

Pero Rebus no estaba para bromas.

—Necesito que me consigas algo, Deek.

Torrance gruñó.

—¿Recuerdas cuando dijiste que podías conseguir cualquier cosa?

—Desde un polvo hasta una pipa —citó Deek.

—Lo último —dijo Rebus sin más.

Torrance gruñó, se cerró la bragueta y se acercó al lavabo.

—Podrías meterte en problemas.

—Podría.

Torrance se secó las manos en una toalla sucia.

—¿Cuándo la necesitas?

—Cuanto antes.

—¿Algún modelo en particular?

Ahora ambos hablaban en serio, en un tono de voz bajo y tranquilo.

—Lo que me consigas irá bien. ¿Cuánto?

—Podría llegar a unas doscientas. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Estoy seguro.

—Podrías conseguir una licencia, hacerlo legal.

—Podría.

—Pero es probable que no quieras.

—Es probable, Deek.

Torrance gruñó de nuevo. Se abrió la puerta y entró un joven que

sonreía por un lado de la boca y sostenía un cigarrillo en el otro. No hizo caso de los dos hombres y fue hacia los urinarios.

—Dame un número de teléfono. —El joven medio miró por encima del hombro—. ¡La vista al frente, hijo! —le ordenó Torrance—. ¡Los perros lazarillos valen una pasta en estos tiempos!

Rebus arrancó una página de su libreta.

—Dos números. El de casa y el del trabajo.

—Me pondré en contacto.

Rebus abrió la puerta.

—¿Te invito a una copa?

Torrance declinó la invitación.

—Me voy. —Hizo una pausa—. ¿Estás seguro de esto?

John Rebus asintió.

Deek se marchó pero Rebus pidió otra copa. Temblaba, el corazón le iba a cien por hora. Una chica guapa que había estado cantando «Band of Gold» se llevó la mayor ovación de la noche. El DJ se acercó al micrófono y repitió su nombre. Sonaron más aplausos mientras su novio la ayudaba a bajar del escenario. Los dedos del hombre estaban cubiertos de anillos de oro como el de la comunión. Ahora el DJ presentaba la siguiente actuación.

—Ha escogido cantar para nosotros esa gran canción de todos los tiempos: «King of the Road». ¡Saludemos con un gran aplauso a John Rebus!

Se oyeron algunos aplausos, y los que le conocían dejaron sus copas y miraron hacia el lugar de la barra que ocupaba Rebus.

—¡Deek, serás hijo de puta! —murmuró.

El DJ miraba por encima de la multitud.

—John, ¿todavía estás con nosotros? —El público parecía impacientarse. Rebus comprendió que alguien debía de haberle señalado, porque de pronto el DJ comentaba que John era tímido pero que estaba en la barra con una chaqueta negra acolchada y la cabeza metida en la copa—. ¡Vamos a animarlo a que suba con otro gran aplauso!

Una cerrada ovación acompañó a John Rebus mientras se acercaba al escenario. Se alegró de que Deek no le hubiese dado un arma ahí

mismo. Hubiese bastado solo una bala.

Deek Torrance se odió por ello, pero de todos modos hizo la llamada. La hizo desde un teléfono público junto a un solar donde, a pesar de lo avanzado de la hora, algunos chicos montaban sus bicicletas por el terreno cubierto de hierbajos. Habían improvisado una rampa con dos tablones y un cajón, y saltaban en la oscuridad aterrizando con todo su peso en los sufridos neumáticos.

—Soy Deek Torrance —dijo cuando atendieron la llamada. Sabía que debía esperar mientras pasaban su nombre. Apoyó la frente en el costado de la caja. El plástico estaba fresco. «Todos crecemos —se dijo a sí mismo—. No es muy divertido, pero todos lo hacemos. Ya no quedan Peter Pan en estos tiempos».

Alguien se puso al teléfono.

—Soy Deek Torrance —repitió, sin que fuese necesario—. Traigo noticias...

18

Rebus se presentó en su trabajo el miércoles por la mañana a una hora insólita. Nunca había destacado por ser madrugador, y su presencia en la sala del DIC hizo que sus colegas más puntuales mirasen dos veces para asegurarse de que no estaban soñando al verle allí tan temprano.

Tampoco se acercaron mucho porque el Rebus madrugador no estaba del mejor de los humores. Había querido estar allí antes de que comenzase el ajetreo habitual, para que nadie viese la información que buscaba en el ordenador.

No es que hubiese gran cosa en el expediente de Aengus Grahame Fairmile Gibson. La mayoría de los antecedentes consistían en detenciones por ebriedad pública, por lo general con sus amigos de la alta sociedad. Quitarle el casco a los policías parecía ser el pasatiempo preferido del joven Gibson y sus compañeros. Otras indiscreciones consistían en circular a marcha lenta por una parte de la ciudad poco conocida por sus prostitutas, o el intento de entrar por la ventana en el apartamento de un amigo (había perdido la llave) que había terminado en allanamiento de morada.

Todo esto se había acabado hacía cinco años. Desde entonces hasta ahora, Gibson no había cometido ni la más mínima infracción de tráfico. No había nada más en el archivo de la policía. Rebus también buscó a Broderick Gibson, pero tampoco encontró nada. Las indiscreciones juveniles de Gibson padre estarían en algún expediente mohoso de algún almacén, si es que aún se guardaban. Rebus tenía la sensación de que cualquier asociado del Sword & Shield escocés habría sido arrestado por alteración del orden público o mala conducta en algún momento de su carrera. La posible excepción era, quizá, Matthew Vanderhyde.

Hizo una llamada para comprobar que la cita acordada el día anterior seguía en pie. Después apagó el ordenador y salió del edificio, justo cuando entraba el comisario Watson con los ojos legañosos.

Esperó en la antesala del periódico, entretenido en hojear las ediciones de las semanas anteriores. Unos pocos jugadores tempraneros entraron con cupones de Spot the Ball o cosas por el estilo, y otros más optimistas consultaban el tablón de anuncios clasificados.

—Inspector Rebus.

Ella había aparecido desde detrás de la mesa principal, donde un guardia de seguridad con cara de malas pulgas había estado vigilando a Rebus. Ella ya llevaba puesta la gabardina, por lo que ese día tampoco habría un recorrido por las dependencias a pesar de que llevaba prometiéndoselo desde hacía semanas.

Se llamaba Mairie Henderson y tenía poco más de veinte años. Rebus la había conocido cuando ella estaba preparando un artículo sobre el caso de Gregor Jack. Rebus no quería más que olvidar todo aquel siniestro episodio, pero ella había sido insistente... y persuasiva. Acababa de salir del colegio universitario, donde había recibido varios premios por su labor periodística.

—Vamos —dijo Mairie—. Estoy hambrienta, le invito a desayunar.

Fueron a un pequeño café/panadería en South Bridge, donde hubo que tomar decisiones muy difíciles. ¿Era muy temprano para pasteles y empanadas? ¿Y para un bollo con frutas? Bien, en ese caso harían como todos los demás: pidieron salchichas, morcillas y huevos fritos.

—¿No hay albóndigas ni callos?

Mairie suplicó tanto que la camarera fue a preguntarle al cocinero, pero volvió con una respuesta negativa, así que se llevaron las bandejas hasta la caja, donde Mairie insistió en pagar.

—Después de todo, va a darme la historia de la década.

—No sé nada de eso...

—Uno de estos días lo sabrá, confíe en mí.

Se apretujaron en un reservado. Mairie cogió la botella de salsa para carnes, y después el kétchup.

—Nunca puedo decidir entre las dos. Es una pena que no tengan albóndigas, son mis preferidas.

Medía un metro sesenta y tenía tanta grasa en el cuerpo como un conejo en el mostrador de un carnicero. Rebus miró su plato y de pronto se le quitó el apetito. Bebió con desgana un sorbo de café.

—A ver, ¿de qué va todo esto? —preguntó la joven, que atacó la comida con brío.

—Dígamelo usted.

Ella marcó un no-no con el cuchillo en el aire.

—No hasta que me diga por qué quiere saberlo.

—No es esa la manera como se juega este juego.

—Pues entonces cambiaremos las reglas.

Cogió un poco de la clara del huevo con el tenedor. Ni siquiera se había quitado la gabardina pese a que en el café hacía calor. Rebus echó de menos no verle las piernas. Ella se mantenía en silencio; estaba dispuesta a esperar todo el día a que dijese algo.

—¿Recuerda el incendio en el Hotel Central? —acabó por preguntar.

—Todavía estaba en la escuela.

—Apareció un cuerpo entre los escombros. —Ella asintió para alentarle—. Pues quizás haya pruebas nuevas... Bueno, no exactamente. Solo que están ocurriendo algunas cosas, y creo que tienen algo que ver con aquel incendio y el hombre muerto.

—Entonces ¿esto no es una investigación oficial?

—Todavía no.

—¿Tampoco una historia?

Rebus negó con la cabeza.

—Nada que no acabe llevándola a una demanda por libelo.

—Podría tolerarlo, si la historia es lo bastante buena.

—No lo es, todavía no.

Mairie rebañó el plato con un triángulo de pan con mantequilla.

—A ver si lo he entendido bien, ¿investiga por su cuenta un incendio ocurrido hace cinco años?

Rebus asintió.

—¿Qué tiene que ver Gibson con el incendio?

—Que quede entre nosotros. Él estuvo allí aquella noche. Sin embargo, mantuvieron su nombre fuera de la lista de clientes del hotel.

—¿Su padre movió algunos hilos?

—Podría ser.

—Eso ya es solo una historia.

—No tengo nada para respaldarla.

Era mentira; siempre estaba Vanderhyde; pero no iba a decírselo. No quería darle más ideas. Por la manera como le miraba, ya tenía más que de sobra.

—¿Nada?

—Nada —repitió Rebus.

—No sé si esto le ayudará.

Abrió la gabardina y sacó una carpeta que había estado ocultando en la cintura de su vaquero de diseño. Rebus cogió la carpeta y miró a los demás clientes del café. Nadie parecía prestarles atención.

—Ni que fuese algo de capa y espada —comentó.

La periodista se encogió de hombros.

—Quizás he visto demasiadas pelis.

Rebus abrió la carpeta. No llevaba título, pero en el interior había recortes y artículos con «omisiones» referentes a Aengus Gibson.

—Corresponden a artículos publicados en los últimos cinco años. No es gran cosa, la mayoría referidos a obras de caridad, apoyo a causas nobles... Información sobre la imagen creciente de la cervecera y sus beneficios.

Rebus echó un vistazo al material. No valía nada.

—Confiaba en encontrar algo inmediatamente posterior al incendio.

Mairie asintió.

—Es lo que me dijo por teléfono. Por eso hablé con unas cuantas personas, incluido nuestro subdirector. Dice que Gibson ingresó en un hospital psiquiátrico. Crisis nerviosa fue la palabra.

—Fueron las palabras —le corrigió Rebus.

—Depende —manifestó la joven, con un tono críptico—. Estuvo allí casi tres meses, durante los cuales su padre lo mantuvo fuera de los periódicos. Cuando Aengus reapareció, empezó a trabajar en la empresa, y comenzó con todo el bien hacer.

—¿No debería decir «hacer el bien»?

La joven asintió.

—Depende —comentó, y a continuación añadió sobre el contenido de la carpeta—: No es gran cosa, ¿verdad? —Rebus negó con la cabeza

—. Ya me lo parecía. Sin embargo, es lo que hay.

—¿Qué me dice del subdirector? ¿Podría recordar cuándo ingresó Gibson en aquel hospital?

—No lo sé. No pasa nada por preguntar. ¿Quiere que lo haga?

—Sí, por favor.

—De acuerdo. Una pregunta más.

—¿Sí?

—¿Ni siquiera lo va a probar?

Rebus le acercó el plato y miró cómo lo devoraba.

De vuelta en St Leonard's se encontró con una llamada del comisario Watson; quería verle de inmediato. Rebus comprobó que no tenía mensajes y llamó a Siobhan Clarke para cerciorarse de que habían instalado la ventana nueva.

—Es perfecta —dijo Clarke—. Tiene una pátina blanca, limpiacristales o algo así. No hace falta preocuparse por limpiarlo. Podemos hacer las fotos a través del cristal, pero desde el exterior solo parece una ventana nueva a la espera de que la limpien.

—Muy bien —asintió Rebus.

Quería tener la seguridad de estar al día. Si Watson pretendía echarle la bronca por lo del día anterior, sería algo mucho más considerable que la regañina de Lauderdale.

Pero Rebus se equivocaba del todo.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Watson tenía el aspecto de haber corrido media maratón mientras comía guindillas. La respiración era un jadeo ronco y el color de las mejillas era cereza oscuro. De haber entrado en un hospital, dos camilleros le hubiesen trasladado sin pensarlo a la sala de urgencias.

No, hubiesen sido cuatro.

—No sé muy bien a qué se refiere, señor.

Watson descargó un puñetazo tremendo contra la mesa. Un lápiz cayó al suelo.

—¡Sabes muy bien a qué me refiero!

Rebus se adelantó para recoger el lápiz.

—¡Déjalo! Siéntate. —Rebus fue a sentarse—. No, quédate de pie. —

Rebus se quedó de pie—. Ahora, solo dime por qué. —Rebus recordó a un profesor de ciencias que había tenido en el bachillerato, un hombre con un temperamento malvado que le había hablado al Rebus adolescente de la misma manera—. Solo dime por qué.

—Sí, señor.

—Pues entonces adelante.

—Con el debido respeto, señor, ¿por qué, qué?

Las palabras salieron entre dientes.

—¿Por qué has ido a tocarle las narices a Broderick Gibson?

—Con el debido respeto, señor...

—¡Acaba con esa mierda de «con el debido respeto»! Solo dame una respuesta.

—No estoy tocándole las narices a Broderick Gibson, señor.

—Entonces ¿qué estás haciendo, camelándotelo? ¡El jefe me llamó esta mañana a punto de tener una puta apoplejía!

Era una mala señal que Watson maldijera, como buen cristiano no solía hacerlo.

Rebus lo entendió todo. La fiesta para el SSPCC. Broderick Gibson charlando con su amigo el jefe de policía y diciéndole: «Uno de tus sicarios vino a verme, ¿de qué va todo esto?». El jefe de policía, ignorándolo todo, tosiendo y tartamudeando, le habría respondido que si le daba un nombre llegaría hasta el fondo del tema.

—Quien me interesa es su hijo, señor.

—Pero esta mañana los buscaste a los dos en el ordenador.

Ah, así que alguien se había interesado por su presencia a primera hora de la mañana.

—Sí, señor, pero quien me interesa de verdad es Aengus.

—Todavía no me has explicado por qué.

—No, señor, verá, es un tanto... nebuloso.

Watson frunció el entrecejo.

—¿Nebuloso? ¿Cuándo es la fiesta de graduación? —Rebus no lo pilló—. ¡A la vista de que te acabas de licenciar en astronomía! —explicó Watson muy contento.

Se sirvió una taza de café de la cafetera que tenía en el suelo, sin ofrecer a Rebus, a quien le hubiese venido muy bien.

—Fue la palabra que me vino a la mente, señor.

—Yo también puedo pensar en unas cuantas palabras, Rebus. A tu madre no le gustaría oírlas.

«Y la tuya te limpiaría la boca con jabón», pensó Rebus.

El comisario sorbió el café. No en vano le llamaban «Granjero» por sus modales un tanto «agrícolas».

—Pero antes de mencionar alguna de ellas —añadió—, soy un hombre lo bastante generoso para decir que escucharé tu explicación. Solo intenta que, por tus cojones, sea convincente.

—Sí, señor —asintió Rebus.

¿Cómo podía conseguir que cualquier parte de la historia resultase convincente? Había que intentarlo.

Así lo hizo y, en medio de la explicación, Watson incluso le invitó a sentarse. Pasado un cuarto de hora, Rebus extendió las manos hacia delante con las palmas hacia arriba, como diciendo: Esto es todo, amigos.

Watson sirvió otra taza de café y la dejó en la mesa, delante del inspector.

—Gracias, señor.

Rebus se lo bebió de un trago.

—John, ¿alguna vez has pensado que podrías ser un paranoico?

—Desde siempre, señor. Enséñeme dos hombres que se dan la mano y yo le demostraré una conspiración masónica.

Watson casi sonrió, antes de recordar que eso no era una broma.

—Escucha, deja que lo diga de esta manera. Lo que tienes hasta ahora es... bueno, es...

—¿Nebuloso, señor?

—Caca de la vaca —le corrigió Watson—. Alguien murió hace cinco años. ¿Era alguien importante? Es obvio que no, porque si no ya lo sabríamos. Por lo tanto, asumimos que era alguien a quien el mundo apenas conocía y estaba contento de olvidar. Nada de viudas llorosas o chiquillos huérfanos, ni de familias haciendo preguntas.

—¿Está diciendo que lo deje morir, señor? ¿Dejar que un asesinato quede impune?

Watson pareció enfadado.

—Solo digo que estás exagerando.

—Brian Holmes hizo unas pocas preguntas y alguien le partió el cráneo por ello. Después yo me hago cargo e invaden mi apartamento y a mi hermano le pegan un susto de muerte...

—Es lo que quería decir: todo esto se ha convertido en algo personal. No puedes permitir que eso ocurra. Ocúpate de lo que ya tienes. Para empezar, la Operación Sacas de Dinero, y estoy seguro de que tienes más.

—¿Me está pidiendo que lo deje, señor? ¿Puedo preguntar si está sometido a alguna presión personal?

Ahora lo estaba. La presión de la sangre le oprimía la cabeza.

—Espera un momento, esa es una clase de comentario que no puedo tolerar.

—No, señor. Lo siento, señor.

Pero Rebus lo había dejado claro. El soldado inteligente sabe cuándo esconderse. Rebus había hecho su disparo y ahora se escondía.

—Mejor así —dijo Watson, retorciéndose en la silla como si tuviese hormigas en los pantalones—. Te diré lo que creo. Creo que si puedes traerme algo más concreto, por ejemplo la identidad del muerto, dentro de un plazo de veinticuatro horas, entonces reabriremos el caso. De lo contrario, quiero que abandones todo el asunto hasta que aparezcan pruebas nuevas.

—Me parece bien, señor —asintió Rebus. No serviría de nada discutir. Quizá veinticuatro horas bastarían. Y quizá Charlie Chan llevara falda escocesa—. Gracias por el café.

Watson comenzó con su chiste sobre el café, pero Rebus se disculpó y salió del despacho.

19

Estaba sentado a su mesa, ocupado en repasar con aire lúgubre todos los callejones sin salida del caso, cuando vio la palabra «altercado» asociada a una casa de Broughton. Tomó nota de la dirección y minutos más tarde ya estaba en el coche camino del extremo este de la ciudad. El tráfico era como siempre, poco fluido. Rebus culpaba a los semáforos. ¿Por qué no los quitaban de una vez para siempre y dejaban que los peatones se la jugaran? Bien pensado, eso solo provocaría más atascos por culpa de la ingente cantidad de ambulancias que necesitarían para llevarse a los heridos y muertos.

Sin embargo, ¿qué prisa tenía? Creía saber lo que encontraría, pero de nuevo estaba en un error (estaba convirtiéndose en otra de esas semanas). Un coche de policía y una ambulancia estaban aparcados delante de la casa de la señora MacKenzie, y los vecinos habían salido de sus casas en una conspicua muestra de curiosidad. Incluso los niños al otro lado de la calle se mostraban interesados. Debía de ser la hora del recreo, y algunos de ellos metían la cabeza entre los barrotes de hierro de la verja para contemplar boquiabiertos los vehículos de colores brillantes y las luces de emergencia.

Rebus pensó en los barrotes. Su función era mantener a los chicos dentro, seguros. Pero ¿podían mantener a alguien fuera?

El inspector le mostró su identificación al agente que vigilaba la puerta y entró en la casa de la señora MacKenzie. Lloraba y chillaba tanto que Rebus comenzó a pensar en un asesinato. Una agente la consolaba, al tiempo que mantenía una conversación a todo volumen a través de la radio sujeta a su hombro. La agente vio a Rebus.

—Prepárele un té, por favor —le suplicó.

—Lo siento, chica, soy del DIC. Necesita a alguien de mayor rango para preparar una tetera de Brooke Bond. —Rebus mantenía las manos en los bolsillos; como un observador imparcial, distanciado del caos que se había encontrado. Se acercó hasta la jaula del pájaro y

miró en el interior. En el suelo de arena, entre plumas, cáscaras y cagadas, yacía un periquito momificado—. Apartémonos de los muertos —murmuró para sí mismo. Vio a los operarios de la ambulancia en la cocina y fue hacia allí. Había un cuerpo en el suelo, con unos vendajes muy gruesos en manos y cabeza. Sin embargo, ni rastro de sangre. Resbaló en el linóleo mojado y tuvo que sujetarse al borde de una vieja cocina de gas. La notó caliente al tacto. Había un agente junto a la puerta trasera que miraba a izquierda y derecha. Rebus pasó junto a los ATS y se reunió con el agente—. Bonito día, ¿verdad?

—¿Qué?

—Veo que está admirando el tiempo.

Rebus volvió a mostrar su identificación.

—No, no es eso. Solo estoy tratando de averiguar por dónde se fue.

Rebus asintió.

—¿A qué se refiere?

—Los vecinos dicen que saltó tres cercas y siguió por un callejón hasta desaparecer. —El agente señaló—. Por allí, muy cerca de la colada de ese jardín.

—¿Detrás del poste del tendedero?

—Sí, tiene que ser ese. Tres cercas... una, dos, tres. Tiene que ser muy cerca del poste.

—Bien hecho, hijo, eso nos lleva muy lejos.

El agente le miró.

—Mi inspector es muy detallista. ¿Usted es de St Leonard's? Entonces este no es su territorio, ¿no es así, señor?

—Todo es mi territorio, hijo, y todos son mis agentes. ¿Qué pasó aquí?

—El caballero en el suelo es la víctima. El atacante escapó.

Rebus asintió.

—Te puedo decir el cómo y el quién. —El agente le miró con una expresión de duda—. El atacante es un hombre llamado Alex Maclean, y casi sin ninguna duda le dio un puñetazo o un cabezazo al señor McPhail, que es el caído.

El agente parpadeó, y luego meneó la cabeza.

—El que está tendido es Maclean. —Rebus miró al hombre tendido y por primera vez se fijo en su corpulencia: pesaba unos veinte kilos más que McPhail—. Tampoco recibió un puñetazo o un cabezazo. Le echaron un cazo de agua hirviendo por encima.

Rebus, un poco avergonzado, escuchó sin comentarios la versión de los acontecimientos que le dio el agente. McPhail, que se había mantenido alejado de la casa, por fin había llamado para avisar de que iría a recoger algunas de sus pertenencias. Le había contado a la señora MacKenzie que trabajaba turnos muy largos en un supermercado. Llegó a la casa, y estaba en la cocina charlando con su casera mientras ella ponía a hervir el agua para los huevos duros. Pero Maclean había estado vigilando la casa, y vio entrar a McPhail. Abrió la puerta principal y entró corriendo en la cocina. «Una visión impresionante —según la señora MacKenzie—. Nunca la olvidaré aunque viva cien años».

Fue en ese momento cuando McPhail levantó el cazo y lo vertió sobre la cabeza de Maclean, bañándole con agua hirviendo. Luego abrió la puerta trasera y escapó. Saltó las tres cercas y siguió por el callejón. Fin de la historia.

Rebus miró cómo cargaban a Maclean en la parte trasera de la ambulancia. Le llevarían al hospital. A este paso, todos los que Rebus conocía en Edimburgo estarían ingresados en el hospital. McPhail había tenido suerte esta vez. Si sabía lo que le convenía, seguiría el consejo de Rebus y se largaría de la ciudad, si es que lograba esquivar a la policía.

El inspector se preguntó si McPhail sabría de verdad lo que era bueno para él; después de todo, era un hombre convencido de que las niñas le venían que ni pintadas. Divagaba sobre ello metido en las retenciones del tráfico del mediodía, en un parsimonioso fluir hacia St Leonard's. La ruta que había escogido para ir a Broughton había sido tan lenta que no significaba mucha más demora seguir por las vías principales: Leith Street, The Bridges y Nicolson Street. Algo le hizo mantenerse en esa última calle hasta que llegó a la carnicería donde Rory Kintoul había acabado sangrando debajo del mostrador.

Apenas se sorprendió al ver las tablas colocadas a lo largo del escaparate del local. Clavada en una de las tablas había una hoja de papel blanco que ponía «Carnicería abierta», escrito con rotulador grueso negro. «Interesante», pensó Rebus, y aparcó el coche. Advirtió que la lluvia o las innumerables pisadas habían borrado las manchas de sangre que una vez habían dejado un sendero rojo en la acera.

El señor Bone, el carnicero, estaba cortando rodajas de cecina en una cortadora de embutidos manual cuya cuchilla circular hacía un siseo al penetrar a través de la carne. Era más pequeño y delgado que la mayoría de los carniceros que había conocido Rebus; su rostro era solo pómulos y arrugas, y tenía el pelo gris ralo. No había nadie más a la vista, aunque Rebus oía cómo alguien silbaba en la parte de atrás. Bone advirtió que tenía un cliente.

—¿Qué deseará hoy el señor?

Las bandejas del escaparate estaban vacías, a la espera de ser revisadas en busca de fragmentos de cristal. Rebus hizo un gesto indicando las maderas.

—¿Cuándo ocurrió?

—Anoche. —Bone colocó las rodajas en una sección limpia de la vitrina, y luego clavo el marcador del precio en la carne. Se limpió las manos en el delantal blanco—. Gamberros o borrachos.

—¿Qué fue, un ladrillo?

—No lo sé.

—Si no había nada en el suelo tuvo que haber sido un mazo. No creo que un puntapié con la puntera de acero pueda hacer esa clase de daño.

Bone le miró más a fondo, y le reconoció.

—¿Usted estuvo aquí cuando Rory...?

—Así es, señor Bone. Sin embargo, no utilizaron un mazo, ¿verdad?

—No sé a qué se refiere.

—Por cierto, quiero medio kilo de salchichas.

Bone titubeó. Después cogió una ristra de salchichas y cortó un trozo.

—Por supuesto, puede que usted esté en lo cierto —continuó Rebus—. Podrían ser gamberros o borrachos. ¿Alguien vio cómo ocurrió?

—No lo sé.

—¿No lo denunció?

—No hizo falta. La policía me llamó a las dos de la madrugada para comunicármelo. —Parecía contrariado.

—Es parte del servicio, señor Bone.

—Pasa un poco del medio kilo —dijo el carnicero, con la mirada puesta en la balanza. Envolvió las salchichas en papel blanco, luego en otro marrón y escribió el precio en el envoltorio. Rebus le dio un billete de cinco libras.

—Supongo que el seguro se hará cargo —comentó.

—Eso espero, dado lo que me cobran.

Rebus aceptó el cambio, y se aseguró de que Bone le mirase a los ojos.

—Yo me refiero a los aseguradores de verdad, señor Bone.

Una pareja mayor entró en la carnicería.

—¿Qué ha pasado, señor Bone? —preguntó la mujer con el marido arrastrando los pies a su lado.

—Cosa de chiquillos, señora Dowie —respondió Bone con la voz que utilizaba con los clientes, no con Rebus.

Miraba al inspector, que le hizo un guiño, cogió el paquete y salió. En el exterior, miró el paquete marrón. Lo notaba frío al tacto. Se suponía que estaba reduciendo el consumo de carne, ¿no? De todas maneras, no es que hubiese mucha carne en esas salchichas. Otro hombre se detuvo a mirar las tablas del escaparate y entró en la carnicería. Jim Bone tendría hoy mucha clientela, todos querrían saber qué había pasado. Rebus era diferente: él ya sabía lo que había sucedido, lo difícil sería demostrarlo. Siobhan Clarke no había conseguido aún hablar con la víctima del apuñalamiento. Rebus tendría que apremiarla para que consiguiese algo, sobre todo ahora que ella podía hablarle a Rory Kintoul de la vidriera rota de su primo.

Alguien había aparcado junto a su coche un Land Rover todoterreno, y en el interior había un enorme perro negro loco por salir. Los peatones se apartaban todo lo posible, y hacían muy bien: todo el vehículo se balanceaba sobre los amortiguadores cuando el perro se lanzaba contra el cristal trasero. Rebus vio que el propietario

había tenido el detalle de bajar la ventanilla un par de centímetros. Quizás era una trampa para ladrones de coches muy estúpidos.

Rebus se detuvo junto a la ventanilla bajada y vació el paquete de salchichas en el interior del todoterreno. Cayeron sobre el asiento trasero donde el perro las olió un nanosegundo antes de comenzar a devorarlas.

El silencio reinaba en la calle mientras Rebus abría la puerta de su coche.

—Todo es parte del servicio —murmuró para sí mismo. En la comisaría, llamó al Heartbreak Cafe. Un mensaje grabado a toda prisa le informó de que el local estaba cerrado «por convalecencia». En el cajón de la mesa de Brian Holmes encontró una lista impresa con nombres y números de teléfono, aquellos a los que Holmes llamaba con más frecuencia. Había algunos más añadidos en bolígrafo azul al pie del listado, entre ellos el de Eddie Ringan señalado con la letra «H».

Rebus volvió a su mesa y llamó. Pat Calder atendió al tercer timbrazo.

—Señor Calder, soy el inspector Rebus.

—Oh. —La esperanza desapareció de la voz de Calder.

—¿No tiene noticias de él?

—Ninguna.

—De acuerdo, entonces lo haremos oficial. Es una persona desaparecida. Mandaré a alguien allí y...

—¿Y no puede venir usted?

Rebus lo pensó.

—No tengo ningún motivo para no hacerlo, señor.

—Venga cuando quiera, hoy está cerrado.

—¿Qué ha pasado con el supercocinero Willie?

—Tuvimos una noche muy ajetreada, más de lo habitual.

—¿Se desmoronó?

—Salió de la cocina gritando: «¡Soy el cocinero! ¡Soy el cocinero!». Cogió el entrante de una pobre mujer y comenzó a comérselo con la cara en el plato. Creo que estaba drogado.

—Me suena más a que estuviese haciendo una buena imitación del

Elvis del último período. Estaré allí dentro de media hora, si le parece bien.

Las «Colonias» de Stockbridge habían sido construidas para albergar a los trabajadores pobres, pero ahora eran muy codiciadas por los profesionales jóvenes. Las habían diseñado como casas de dos plantas, de forma que una escalera de piedra muy empinada llevaba hasta la planta baja. Rebus encontró las proporciones mezquinas en comparación con las de su apartamento en Marchmont. Ahí no había techos altos, ni grandes habitaciones con ventanas espléndidas y persianas originales.

Sin embargo, entendía que los mineros y sus familias hubiesen estado cómodos ahí a principios del siglo pasado. Su propio padre había nacido en un barrio minero de Fife. Rebus imaginó que su casa debía de ser muy parecida a esta... al menos de cara al exterior.

Dentro, Pat Calder había hecho maravillas (Rebus no tuvo ninguna duda de que el diseño y la decoración eran obra suya). Había baúles marineros de madera y latón, lámparas Anglepoise negras, grabados japoneses con marcos tallados, una mesa de comedor con un candelabro que parecía un icono judío, y un televisor con un enorme equipo estéreo integrado. Pero de Elvis, ni rastro. Rebus, sentado en un sofá de cuero negro, hizo un gesto hacia uno de los altavoces del tamaño de un ataúd.

—¿Los vecinos se quejan alguna vez?

—Continuamente —admitió Calder—. El momento más glorioso de Eddie fue cuando el tipo de cuatro casas más allá llamó para decirnos que no oía su televisión.

—Considerado, ¿verdad?

Calder sonrió.

—Eddie nunca ha sido muy políticamente correcto.

—¿Hace mucho que se conocen?

Calder, sentado en el suelo con el culo en un puf, fumaba nervioso un cigarrillo Sobranie negro.

—Unos dos años —respondió—. Empezamos a vivir juntos más o menos cuando se nos ocurrió la idea del Heartbreak.

—¿Cómo es él? Fuera del restaurante, quiero decir.

—Brillante y malcriado a partes iguales.

—¿Usted le malcría?

—Le protejo del mundo. Al menos, solía hacerlo.

—¿Cómo era cuando le conoció?

—Bebía más de lo que bebe ahora, si es que se lo puede creer.

—¿Alguna vez le dijo por qué empezó?

Rebus había rehusado un cigarrillo, pero el humo le tentaba cada vez más y pensó que quizá debería cambiar de opinión.

—Dijo que bebía para olvidar. Ahora usted me preguntará que qué quería olvidar. Yo le responderé que nunca me lo dijo.

—¿Ni siquiera hizo una insinuación?

—Creo que le contó más cosas a Brian Holmes que a mí.

Señor, ¿había un punto de celos en la respuesta? Rebus tuvo la súbita visión de Calder golpeando a Holmes en la cabeza... ¿y quizá cargándose también al casquivano Eddie?

Calder se echó a reír.

—Sé lo que está pensando, inspector. Nunca le haría ningún daño.

—Sin embargo, tiene que ser frustrante, ¿verdad? Tanto genio, como dice usted, desperdiciado por culpa de la bebida. Las personas de esa clase requieren mucha atención.

—Está en lo cierto, puede resultar frustrante.

—Sobre todo cuando están «gaseados» a todas horas.

Calder frunció el ceño y le miró a través del humo que exhalaba por la nariz.

—¿Por qué dice «gaseado»?

—Significa borracho.

—Ya lo sé. Pero podía haber usado muchas otras palabras para denominarlo; solo que Eddie tenía pesadillas. De ser gaseado o de gasear a personas. Ya sabe, con gas de verdad, como en los campos de concentración.

—¿Le habló de esos sueños?

—Oh, no; lo hacía en sueños. Muchos gays acabaron en las cámaras de gas, inspector.

—¿Cree que se refería a eso?

Calder apagó la colilla en un orinal de porcelana junto a la chimenea. Se levantó con torpeza del suelo.

—Venga, quiero mostrarle algo.

Rebus ya había visto la cocina y el baño, por lo que dedujo que Calder le llevaba hacia lo que debía de ser el único dormitorio. No sabía muy bien qué esperar.

—Sé lo que ha estado pensando —añadió Calder, y abrió la puerta de par en par—. Todo esto es obra de Eddie.

Y menuda obra. Varias pieles de cebra cubrían una inmensa cama de matrimonio; en las paredes, cuadros de gran tamaño de Elvis actuando, con el rostro pintado de rosa y brillantina con toda intención. Rebus miró arriba. Había un espejo en el techo. Adivinó que desde cualquier posición que se adoptase en la cama, se vería un mono blanco moviéndose con un micro levantado muy alto.

Para demostrar su buena voluntad visitó a Clarke y a Petrie durante un par de horas. Jardine, cosa sorprendente, había sido reemplazada por un joven llamado Madden que tenía un repertorio de chistes que no se oían desde los tiempos de la radio de válvulas.

—Madden de nombre —se presentó el agente de Trading Standards —, *mad* por naturaleza.*

Pues desde la radio a galena. Rebús comenzó a preguntarse si había sido tan buena idea llamar al jefe de Jardine y maldecirle con todos los insultos del diccionario durante veinte minutos.

—Soy yo quien hace los chistes por aquí, hijo —le advirtió.

Rebus había pasado tardes más emocionantes en su vida. Por ejemplo, la vez que su padre le llevó a presenciar el partido de la reserva de Cowdenbeath en Dundee. Consiguió romper la monotonía yendo a comprar bollos a una panadería cercana, aunque esta clase de actividad estaba absolutamente prohibida. Le quitó el glaseado y se comió la parte con crema. Madden preguntó si podía darle el glaseado y Rebus asintió.

Siobhan tenía el aspecto de alguien a quien le han vaciado encima el contenido de un orinal. Intentaba disimularlo sonriendo cada vez que pillaba al inspector mirándola, pero era obvio que le pasaba algo.

Rebus no quería tomarse la molestia de preguntarle. Sería algo relacionado con Brian, quizá Brian y Nell... En cambio, le habló de la ventana de Bone.

—A ver si consigues un momento para buscar a Kintoul. Si no está en casa, entonces en el hospital. Trabaja en los laboratorios, ¿no?

—Sí. —No había ninguna duda, le pasaba algo.

Tal como era su prerrogativa, Rebus presentó sus excusas y se marchó. De regreso en St Leonard's un mensaje le invitaba a llamar a Mairie Henderson al trabajo.

—¿Mairie?

—Inspector, qué rapidez.

—Es usted la única pista que tengo.

—Es agradable sentirse deseada. —Tenía uno de esos acentos que podían sonar sarcásticos sin necesitar del más mínimo esfuerzo—. Sin embargo, no se excite demasiado.

—¿El subdirector no lo recordó?

—Solo que fue por el mes de agosto, o sea, tres meses después del incendio del Hotel Central.

—Podría significar algo o nada en absoluto.

—Hice todo lo que pude.

—Sí, gracias, Mairie.

—¡Un momento, no cuelgue! —Rebus no pensaba hacerlo—. Me dijo algo. Al parecer, un nombre que se le quedó grabado.

Hizo una pausa.

—Tómese su tiempo, Mairie.

—Es mi tiempo, inspector.

Hizo otra pausa.

—¿Está fumando?

—¿Qué pasa si lo estoy?

—¿Cuándo empezó a fumar?

—Es mucho mejor que mascar el extremo del lápiz.

—Detendrá su crecimiento.

—Habla como mi papá.

Bueno, eso le devolvió a la tierra. Ahí estaba él pensando que eran... ¿qué? ¿Amigos? ¿Acaso ligaba con él? Sí, en tus sueños, John Rebus.

Ahora ella le había recordado la muy significativa diferencia de edad entre ambos.

—¿Sigue ahí, inspector?

—Perdón, se me había salido el audífono. ¿Qué dijo el subdirector?

—¿Recuerda la historia de Aengus Gibson cuando entró en el apartamento equivocado?

—La recuerdo.

—La mujer que vivía en el apartamento donde se coló se llamaba Mo Johnson.

Rebus sonrió, pero la sonrisa se esfumó pronto de su cara.

—El nombre me suena.

—Es un jugador de fútbol.

—Sé que es un jugador de fútbol. Pero lo que me suena es un Mo Johnson mujer. —Pero el sonido era lejano, muy lejano.

—Hágamelo saber si descubre alguna otra cosa.

—Lo haré, Mairie. ¿Mairie?

—¿Qué?

—No vuelva a casa tarde... —Rebus colgó el teléfono.

Mo Johnson. Supuso que sería la abreviatura de Maureen. ¿Dónde se había cruzado con ese nombre? Sabía cómo podía averiguarlo, pero si Watson se enteraba, significaría más problemas. Bah, de todas maneras, al cuerno con Watson, no era más que un esclavo de un grano de café. Rebus se acercó al ordenador e introdujo los detalles para poner en pantalla el expediente de Aengus Gibson. La anécdota estaba allí, aunque nunca se había presentado una denuncia formal. El nombre de la mujer no figuraba, ni tampoco su dirección. Pero, como Gibson estaba involucrado, el DIC había tenido interés. Siempre podías confiar en los rangos inferiores para silenciar las cosas como es debido.

Y, mira por dónde, ¿quién era el agente encargado? El sargento Jack Morton. Rebus cerró el archivo y volvió al teléfono. El auricular aún estaba caliente.

—Está de suerte, acaba de volver del bar hace cinco minutos.

Rebus oyó que Morton decía: «Aparta, saco de mierda», mientras cogía el teléfono.

—¿Hola?

Dos minutos más tarde, gracias a lo que quedaba de la memoria de Jack Morton, Rebus tenía una dirección para Mo Johnson.

Un día de contrastes. De la panadería a la carnicería, desde The Colonies hasta Gorgie Road. Ahora, al final de Dean Village. Rebus no había estado por allí desde el ahogamiento en el Water of Leith. Había olvidado lo bonito que era. Metido al pie de una colina muy empinada desde Dean Bridge, el Village transmitía una agradable impresión de paz campestre. Sin embargo, estaba a solo cinco minutos a pie desde el West End y Princes Street.

Por supuesto, ya lo estaban estropeando. Las inmobiliarias habían puesto sus tentáculos sobre los solares vacíos y los edificios ruinosos y los habían estrangulado hasta obligarlos a rendirse. Los precios que pedían por los «apartamentos» resultantes eran tan elevados como los de Bell's Brae, y trastornaban la mente de Rebus de solo pensarlo. Claro que Mo Johnson no vivía en uno de los edificios nuevos: su apartamento era un trozo de una propiedad antigua al final de la ladera, con vistas a Water of Leith y Dean Bridge. Pero ella ya no vivía allí, y sus actuales inquilinos se mostraron poco dispuestos a permitirle la entrada. Había habido otro propietario entre la marcha de Mo y su llegada, y Rebus pensó que quizá podrían tener la nueva dirección de aquel propietario.

¿Sabían cuándo se había marchado la señorita Johnson?

Hacía cuatro años, cinco a lo sumo.

La respuesta llevó a Rebus de nuevo al incendio en el Hotel Central. Todo lo que investigaba en este caso parecía rebotar a un período de hacía cinco años, cuando había ocurrido algo que había cambiado la vida de muchas personas, y arrebatado la suya por lo menos a otra. Sabía qué debía hacer, pero lo había estado posponiendo. Si meterse con los Gibson podía restarle puntos, temía pensar en lo que pasaría si hablaba con la única persona que a su juicio estaba en condiciones de ayudarle.

¿Ayudarle? Era una broma. No obstante, Rebus quería encontrarse con él. Dios, Flower tendría su día de gloria si se enteraba. Alquilaría

unas cuantas carpas e invitaría a todo el mundo a la fiesta más grande de la ciudad, todo a cuenta suya. Desde Laudeardale al jefe de policía, a todos se le fundirían los fusibles.

Sí. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que era lo correcto. ¿Lo correcto? Le quedaban tan pocas opciones, que era la única. Mirándolo por el lado bueno, si le pillaban, al menos le arruinaría la fiesta a Hierbajo...

20

Llamó primero. Morris Cafferty no era un hombre ante el que se presentaba uno sin más.

—¿Necesitaré a mi abogado? —gruñó Cafferty, que parecía divertido—. Responderé a la pregunta por usted, Strawman.* No, claro que no. Porque aquí tengo algo mejor que un abogado, mejor que un puto juez en el bolsillo. Tengo un perro que le arrancará el esófago si le digo que le lama las costillas. Esté aquí a las seis.

Se cortó la comunicación y Rebus se quedó con la boca seca, intentando convencerse a sí mismo de que ese jodido cabrón no le daba miedo.

Lo que sí le asustaba era comprender que alguien, en algún lugar de las filas de la policía de Lothian y Borders, probablemente estaba escuchando las conversaciones telefónicas de Cafferty. Rebus tenía la sensación de estar en un pasillo donde las puertas se iban cerrando detrás de él sin cesar. Vio una cámara de gas en su mente, tembló, y cambió la imagen.

No faltaba mucho para las seis de la tarde. Por lo menos en la sala de espera de los dentistas te daban revistas para matar el tiempo.

Morris Gerald Cafferty vivía en una mansión del lujoso barrio de Duddingston. Duddingston era un «suburbio» por el hecho de tener a Arthur's Seat y Salisbury Crags entre él y el centro de Edimburgo. A Cafferty le gustaba vivir en Duddingston porque enfadaba a sus vecinos, la mayoría de los cuales eran abogados, doctores y banqueros, y porque estaba cerca de su lugar de nacimiento real y espiritual, Craigmillar. Este era uno de los barrios más hostiles de Edimburgo. Cafferty comenzó sus andadas allí y en la vecina Niddrie, encabezando una pandilla de jóvenes de Craigmillar que había ido a Niddrie para acabar con sus rivales. Incluso un apuñalamiento... con un barrote de reja arrancado. La policía descubrió que el adolescente Cafferty ya había tenido problemas en la escuela cuando por

«accidente» había clavado un bolígrafo en la comisura de un ojo de un compañero.

Había sido el discreto comienzo de una larga carrera delictiva.

Las rejas de hierro forjado de entrada al camino particular se abrieron automáticamente cuando Rebus se acercó. Condujo su coche por un camino bien pavimentado con árboles a cada lado. Desde la carretera principal solo se atisbaba la casa y nada más. Pero Rebus había estado ahí antes para hacer preguntas y algún arresto; sabía que había una casa más pequeña detrás de la principal, unidas ambas por un sendero cubierto. La más pequeña era el alojamiento de la servidumbre en los tiempos en que un comerciante de la ciudad había vivido ahí. El camino de grava se bifurcaba delante de la casa principal y volvía a unirse detrás. Un hombre le indicó a Rebus que fuese hacia la parte de atrás: la entrada de la servidumbre. El hombre era un gigantón con un corte de pelo que parecía el casco de un ciclista: muy corto a los lados pero cayéndole sobre las orejas. ¿Dónde conseguiría Cafferty a esos gorilas?

El hombre le siguió hasta la parte de atrás de la casa. Rebus sabía dónde aparcar. Había tres espacios: dos vacíos y uno ocupado por un Volvo familiar. Rebus creyó reconocer el Volvo, aunque no era de Cafferty. La colección de coches de Cafferty estaba a buen recaudo en un garaje enorme. Entre otras joyas tenía un Bentley y un T-Bird del 63 color rojo cereza, dos coches que nunca conducía. Para el uso diario, siempre estaba el Jaguar, un XJS-HE y los fines de semana usaba el confiable Roller que tenía desde hacía por lo menos quince años.

El hombre abrió la puerta a Rebus y le señaló la casa pequeña. Rebus se bajó del coche.

—Veo que no consiguió hora con Vidal Sassoon —comentó.

—¿Eh?

El hombre volvió el lado derecho de la cabeza hacia Rebus.

—No importa. —Iba a alejarse, pero se detuvo—. ¿Alguna vez estuvo en una pelea con un hombre llamado Dougary?

—No es asunto suyo.

Rebus se encogió de hombros. El gigantón cerró la puerta del coche

y se quedó allí, mirando cómo Rebus se alejaba. No había ninguna posibilidad de mirar el disco del impuesto de circulación del Volvo, ni nada por el estilo. Nada, excepto memorizar el número de la matrícula.

Rebus abrió la puerta de la casa pequeña y fue recibido por una oleada de calor y vapor. Habían reformado el interior, instalando una piscina y un gimnasio. La piscina tenía forma de riñón, con otra pequeña piscina circular a un lado; sin duda un *jacuzzi*. Rebus siempre había detestado las piscinas con forma de riñón: era imposible nadar largos en ellas. No es que él fuese un nadador.

—¡Strawman! ¡Ya era hora!

Al principio no vio a Cafferty, aunque no tuvo problemas para ver quién estaba de pie a su lado. Cafferty estaba acostado en una camilla de masaje, con la cabeza apoyada en una pila de toallas. El Organillero, el dueño del Volvo familiar, le masajeaba la espalda. Con prudencia, fingió no conocer a Rebus y, aprovechando un momento en el que Cafferty no miraba, Rebus rubricó con un gesto casi imperceptible su acuerdo con el fingimiento.

Cafferty se había dado la vuelta y estaba poniéndose de pie. Movió la espalda y los hombros.

—Esto sí que es magia —opinó.

Se quitó la toalla de alrededor de los muslos y caminó descalzo hacia Rebus.

—¿Ve, Strawman?, no hay armas ocultas.

Su risa era como la de un aprendiz con una raspa.

Rebus miró alrededor.

—No veo al…

Pero de pronto allí estaba, saliendo, enorme como era, de la piscina. Rebus no se había percatado antes de la presencia canina que trataba de rescatar del agua un hueso que no parecía ser de plástico. La bestia negra dejó el hueso a los pies de Cafferty, olió las piernas de Rebus y luego se sacudió para secarse.

—Buen chico, Kaiser —dijo Cafferty.

El aparcacoches se había unido a ellos en el calor pegajoso. Rebus volvió la cabeza sin señalar nada en especial.

—Espero que tenga permiso de obras para esto.

—Todo legal, Strawman. Venga, será mejor que se cambie.

—¿Cambiarme para qué?

Otra carcajada.

—No se preocupe, no se quedará a cenar. Salgo a correr. Y usted también, si es que quiere hablar conmigo.

¡Correr, Jesús! Cafferty se volvió y caminó hacia lo que parecía una cabina. Le dio una palmada al Organillero al pasar.

—Mágico. ¿La semana que viene a la misma hora?

Era musculoso y velludo, con un pecho del que cualquier granjero se sentiría orgulloso. Había michelines, por supuesto, pero menos de los que Rebus hubiese imaginado. No había ninguna duda: Big Ger se mantenía en buen estado. El culo y la parte superior de los muslos estaban marcados por la celulitis, pero la tripa era firme. Rebus intentó recordar cuándo había visto a Cafferty por última vez. «Probablemente en el juzgado», se dijo.

Rebus hubiese disfrutado con una charla en privado con el Organillero, pero ahora que el aparcacoches estaba cerca, no era posible. Uno no podía estar seguro de cuánto podía oír un hombre con una sola oreja.

—Aquí hay algunas cosas que deberían de irle bien.

Las «cosas» consistían en una sudadera, pantalón corto, calcetines, calzado deportivo... y una cinta para el pelo. Rebus no iba a ponerse esa cinta bajo ningún concepto. En cambio, cuando Cafferty emergió de su cubículo, llevaba una, junto con un chaleco blanco y un pantalón corto inmaculado, blanco también. Comenzó a hacer estiramientos mientras Rebus entraba en el cubículo para cambiarse.

«¿Qué demonios estoy haciendo?», se preguntó. Se había imaginado muchas cosas, pero no eso. Algunas situaciones podían ser dolorosas en la vida, pero esta, sin duda, sería una tortura.

—¿Adónde? —preguntó cuando salieron del gimnasio al fresco aire del crepúsculo.

No llevaba la cinta y se había puesto la sudadera del revés. La inscripción que llevaba en el pecho decía: «Pégame si me detengo». Supuso que representaba la idea de Cafferty sobre lo que era un chiste.

—Algunas veces corro hasta Duddingston Loch; otras, hasta lo alto del Seat. Usted elige.

Big Ger saltaba para no enfriar sus músculos.

—El lago.

—Vale —dijo Big Ger, y se pusieron en marcha.

Rebus pasó los primeros minutos mentalizándose para soportar esa clase de tortura, por lo que tardó en percatarse del Jaguar que los seguía a no más de dos kilómetros por hora.

—¿Recuerda la última vez que prestó testimonio contra mí? —preguntó Big Ger. Como apertura de una conversación, tenía su mérito. Rebus se limitó a asentir. Corrían de lado a lado, la calle estaba del todo desierta. Se preguntó si algún agente secreto estaría tomando fotografías de ellos—. Fue en Glasgow.

—Lo recuerdo.

—Inocente, por supuesto. —Big Ger sonrió. Al parecer se había arreglado los dientes. Rebus los recordaba de un gris verdoso, pero ahora los llevaba enfundados y de un blanco brillante. ¿Y el pelo? Tenía más. ¿Se habría hecho uno de esos implantes capilares?—. Después, oí que fue a Londres y se lo paso de coña.

—Podría decirse así.

Corrieron en silencio durante un minuto. El ritmo no era exigente, pero Rebus no estaba en condiciones y sus pulmones ya le estaban mandando avisos.

—Se está quedando un poco calvo por detrás —comentó Cafferty—. Un implante se lo solucionaría.

Fue el turno de Rebus para sonreír.

—Sabe muy bien cómo me lo quemé.

—También sé quién se lo quemó.

Así y todo, Rebus se congratuló de su acierto con el implante.

—La verdad es que quería hablar con usted de otro fuego.

—Ah, ¿sí?

—En el Central.

—¿El Hotel Central? —Rebus se alegró al advertir que a Big Ger las palabras también se le entrecortaban por la respiración—. Eso es prehistoria.

—No en lo que a mí concierne.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Dos de sus hombres estuvieron allí aquella noche, en una partida de póquer.

—No puede ser cierto, no tengo jugadores trabajando para mí. Va contra la Biblia.

—Todo lo que hace desde que se levanta hasta que se acuesta va en contra de la Biblia, Cafferty.

—Por favor, Strawman, llámeme «señor» Cafferty.

—Le llamaré como quiera.

—Y yo le llamaré Strawman.

El nombre escocía... siempre. Había sido en el juicio de Glasgow: una hoja de notas mal tomadas hizo que el fiscal confundiese a Rebus con el otro único testigo, el propietario de un bar llamado Stroman.

«Dígame, inspector Stroman...». Oh, Cafferty se había reído desde el banquillo con tanta fuerza que estuvo a punto de ser acusado de desacato. Sus ojos habían taladrado a Rebus como unas brocas gigantes, y había repetido la palabra en silencio una última vez, tal como la había oído: Strawman.

—Como decía —continuó Rebus—, dos de sus muchachos: Eck y Tam Robertson.

Acababan de pasar por delante del bar Sheep's Heid. Rebus tuvo la fuerte tentación de desviarse hacia el interior. Cafferty lo sabía.

—Habrá una tisana cuando volvamos. ¡Cuidado!

Su advertencia evitó que Rebus pisase una caca de perro.

—Gracias —dijo Rebus de mala gana.

—Pensaba en las bambas —contestó Cafferty—. ¿Sabe lo que son las «flores de Edimburgo»?

—¿Una banda de rock?

—Mierda. Solían tirar la mierda a la calle desde las ventanas. Había tanta por todas partes, que los locales la llamaban las flores de Edimburgo. Lo leí en un libro.

Rebus pensó en Alister Flower y sonrió.

—Es reconfortante saber vivir en una sociedad decente.

—Así es —asintió Cafferty, sin el menor rastro de ironía—. Eck y

Tam Robertson, ¿eh? Los hermanos Bru-Head. No le mentiré, solían trabajar para mí. Tam solo unas pocas semanas, Eck más tiempo.

—No preguntaré lo que hacían.

Cafferty se encogió de hombros.

—Eran chicos para todo.

—Eso abarca una multitud de pecados.

—Mire, no le pedí que viniese. Pero ahora que está, estoy respondiendo a sus preguntas, ¿de acuerdo?

—Se lo agradezco, de verdad. ¿Dice que no sabe que estaban en el Central aquella noche?

—No.

—¿Sabe qué fue de ellos después?

—Dejaron de trabajar para mí. No al mismo tiempo. Creo que Tam se marchó primero y, tiempo después, Eck siguió el mismo camino. Tam era un desastre, Strawman, un auténtico perdedor. No soporto a los perdedores. Solo lo contraté porque Eck me lo pidió. Eck sí era un buen trabajador. —Pareció sumirse en sus pensamientos por unos minutos—. ¿Los está buscando?

—Así es.

—Lamento no poder ayudarle. —Rebus se preguntó si las mejillas de Cafferty estaban la mitad de rojas de lo que suponía que estaban las suyas. Sentía un dolor penetrante en un costado, y no acertaba a adivinar cómo iba a conseguir hacer la carrera de vuelta—. ¿Cree que tuvieron algo que ver con el cuerpo?

Rebus se limitó a asentir.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

—No estoy seguro. Pero si tuvieron algo que ver con el cuerpo, estoy dispuesto a aceptar que usted no estaba muy lejos.

—¿Yo? —Cafferty se rio de nuevo, pero la risa era forzada—. Si no recuerdo mal, estaba de vacaciones en Malta con algunos amigos.

—Siempre parece estar con amigos cuando algo sucede.

—No puedo evitar ser tan popular. ¿Sabe qué más leí sobre Escocia? El Papa la llamaba «el culo de Europa». —Cafferty fue acortando el paso hasta detenerse. Habían llegado cerca de la cima de Duddingston Loch y la ciudad apenas era visible debajo de ellos—. Difícil de creer,

¿verdad? «El culo de Europa». Pues a mí no me lo parece.

—Oh, no lo sé —dijo Rebus, inclinado con las manos sobre las rodillas—. Si este es el culo... —alzó la mirada—, sé dónde metería el enema.

La risa de Cafferty resonó por todas partes. Respiraba hondo, en un intento por recuperarse del esfuerzo. Cuando pudo hablar, lo hizo en voz baja, aunque no había nadie que pudiese oírlos.

—Somos personas crueles, Strawman. Todos nosotros. Usted y yo. Y somos morbosos. —Su rostro estaba muy cerca del de Rebus, ambos inclinados. Rebus mantenía la mirada fija en la hierba bajo sus pies—. Cuando mataron a Burke, el ladrón de tumbas, hicieron recuerdos con su piel. Tengo uno en casa, se lo mostraré. —La voz podría haber estado dentro de la cabeza de Rebus—. Nos gusta mirar, y es la verdad. Incluso apostaría a que a usted le gusta el dolor, Strawman. Le duele todo, pero corrió conmigo, no renunció. ¿Por qué? Porque le gusta el dolor. Es lo que le hace ser calvinista.

—Es lo que le convierte a usted en una amenaza pública.

—¿Yo? Soy un simple comerciante que ha conseguido sobrevivir a la enfermedad de la recesión.

—No, es más que eso —dijo Rebus, y se irguió—. Usted es la enfermedad.

Cafferty pareció que iba a darle un puñetazo, pero en cambio palmeó a Rebus en la espalda.

—Vamos, es hora de irse.

Rebus estaba a punto de suplicar otro minuto de descanso, pero vio a Cafferty caminar hacia el Jaguar.

—¿Qué? —dijo Cafferty—. ¿Creía que iba a correr ida y vuelta? Vamos, su tisana le está esperando.

Le sirvieron la tisana junto a la piscina, después de que Rebus se hubiese duchado y cambiado de nuevo. Tenía la sensación de que alguien había husmeado en su billetera y en el diario durante su ausencia, pero aunque así fuera no habrían encontrado gran cosa. Para empezar, se había guardado la identificación y las tarjetas de crédito dentro del pantalón corto; por otro lado, el dinero que llevaba solo le

llegaba para comprar el periódico y un paquete de pastillas de menta.

—Lamento no haber sido de más ayuda —dijo Cafferty después de que Rebus se hubo sentado.

—Podría haberlo intentado —respondió Rebus, procurando evitar que las piernas le temblasen.

Cafferty se limitó a encogerse de hombros. Vestía un pantalón de baño grande y multicolor, y acababa de darse una zambullida. Mientras se secaba, mostró la suficiente raja del culo para optar a un puesto como obrero de la construcción.

El enorme cánido negro continuaba sentado junto a la piscina lamiéndose las fauces. Del hueso que había estado mascando, no quedaba el más mínimo rastro. Rebus, de pronto, identificó al perro.

—¿Tiene un todoterreno? —Cafferty asintió—. Lo vi aparcado delante de la carnicería de Bone en South Clerk Street. El chucho estaba en el asiento trasero.

Cafferty se encogió de hombros.

—Es el coche de mi mujer.

—¿Lleva al perro a la ciudad a menudo?

—Compra allí los huesos para Kaiser. Además, es más barato que una alarma. —Cafferty le sonrió con cariño al perro—. Nunca he conocido a nadie que haya conseguido evitarlo.

—Quizá las salchichas lo consigan. —Pero esto, Cafferty no pareció comprenderlo. Rebus decidió que así no estaba llegando a ninguna parte y que era el momento de probar una última táctica; se acabó la tisana—. Un colega intentó dar con el paradero de los hermanos Robertson. Alguien le mandó al hospital.

—¿De verdad? —Cafferty pareció sorprendido de verdad—. ¿Qué pasó?

—Le atacaron detrás de un restaurante llamado Heartbreak Cafe.

—Vaya por Dios. ¿Él dio con Tam y Eck?

—De haberlos encontrado, yo no hubiese venido aquí.

—Creía que quizá solo era una excusa para hablar de los buenos viejos tiempos.

—¿Qué buenos viejos tiempos?

—Es verdad, tiene la misma mala pinta de siempre. Yo, en cambio,

estoy mejor que nunca. Mis días de tarambana han quedado atrás. —Bebió su tisana para demostrar sus palabras—. Soy un hombre cambiado.

Rebus casi se rio.

—Repitió esa frase tantas veces en el juzgado que está comenzando a creérsela.

—No, es verdad.

—Entonces ¿no está intentando asustarme?

Cafferty negó con la cabeza. Estaba en cuclillas junto al perro y le frotaba la cabeza con energía.

—Claro que no, Strawman. Los días en que hubiese cogido un puñado de clavos de quince centímetros para clavarle en el suelo de alguna casa abandonada han quedado muy atrás. O mejor aún, haberle hecho cosquillas en las amígdalas con unos cables conectados a un generador.

Comenzaba a entusiasmarse con el tema, y parecía casi tan dispuesto a atacar como su perro.

Rebus permaneció indiferente. Por cierto, tenía uno más que agregar a la lista.

—¿O colgarme en el Forth Rail Bridge?

Hubo un silencio, roto solo por el zumbido del *jacuzzi* y el jadeo del perro. Entonces se abrió la puerta y una mujer asomó la cabeza, sonriendo.

—Morris, la cena dentro de diez minutos.

—Gracias, Mo.

La puerta se cerró de nuevo, y Cafferty se levantó. También el perro.

—Strawman, ha sido un placer toda esta charla, pero será mejor que me dé una ducha antes de cenar; Mo siempre se queja de que huelo a cloro. Yo siempre le digo que es por culpa de los visitantes que se mean dentro, pero ella culpa a Kaiser.

—Ella es...

—Mi esposa. Desde hace cuatro años y tres meses.

Rebus asintió. Sabía que Cafferty estaba casado, solo había olvidado el nombre de su afortunada esposa.

—Ella es la que me hizo cambiar —decía Cafferty—. Me hace leer

todos esos libros.

Rebus sabía que los nazis también leían libros.

—Solo una cosa más, Cafferty.

—Señor Cafferty. Vamos, deme el gusto.

Rebus tragó saliva.

—Señor Cafferty. ¿Cuál es el nombre de soltera de su esposa?

—Morag —respondió Cafferty, intrigado por la pregunta—. Morag Johnson.

Luego se fue hacia la ducha, quitándose el bañador, y enseñándole el culo a Rebus mientras lo hacía.

Morag Johnson, por supuesto. Rebus apostaría a que muy pocos habían intentado la broma de Mo Johnson delante de Big Ger. La mujer en cuyo apartamento se había colado Aengus Gibson se había casado poco después con Big Ger Cafferty. De hecho, tan poco después que debían de estar saliendo juntos en el momento en que se produjo el incidente.

Rebus tenía su vínculo entre Aengus Gibson, los hermanos Bru-Head y Big Ger.

Ahora todo lo que tenía que hacer era deducir qué demonios significaba.

Se levantó de la silla, provocando el gruñido de la fiera negra de Cafferty. En silencio y con mucha discreción fue hacia la puerta, consciente de que Big Ger no tenía más que llamar desde la ducha, y Kaiser se le echaría encima más rápido que mear en una farola. Mientras salía, recordaba aquellos escenarios de su dolorosa ejecución, descritos con tanto amor por Big Ger.

John Rebus agradeció una vez más no tener todavía el arma.

Pero había algo más: Big Ger se había sorprendido cuando le habló de Holmes, como si de verdad no supiera nada del tema; además, se había mostrado interesado en saber si Holmes había tenido éxito en su búsqueda de Tam y Eck Robertson.

Rebus se marchó con más interrogaciones que respuestas. Pero una pregunta sí que se había respondido: Cafferty estaba detrás del secuestro de Michael. Ahora estaba seguro.

21

—No puede ser —protestó Siobhan Clarke.

—Sin embargo, es así —dijo Peter Petrie. Se había quedado sin película. Pilas de sobra, una montaña de baterías, pero ni un carrete de película fotográfica. Era primera hora del jueves, y lo último que Clarke necesitaba—. Así que será mejor que vayas y compres enseguida.

—¿Por qué yo?

—Porque yo tengo dolores.

Era verdad. Tomaba calmantes para la nariz, y se había quejado tanto durante todo el día anterior que un enloquecido Madden había perdido todo el sentido del humor, y le había dicho que cerrase la puta boca. Ahora no se hablaban. Siobhan se preguntó si era una buena idea dejarlos solos.

—Es una película especial —le explicó Petrie. Buscó en la funda de la cámara y sacó una caja de película vacía, cortó la tapa y se la dio—. Es esta.

—Esto —respondió Siobhan cogiendo el trozo de cartón—, es un grano en el culo.

—Prueba en Pyle —sugirió Madden.

Ella se volvió hacia el hombre.

—¿Es una broma?

—Es el nombre de una tienda de fotografía en Morrison Street.

—¡Eso está a kilómetros de aquí!

—Llévate el coche —propuso Petrie.

Siobhan cogió el bolso.

—Algo así lo encontraré antes de llegar a Morrison Street.

Sin embargo, después de diez minutos dando rodeos, comenzó a comprender que no había una gran demanda para películas especiales de alta velocidad en Gorgie Road; no es que se necesitase película de alta velocidad para tomar fotografías de los Hearts en acción. Se

consoló a sí misma con este pensamiento y se resignó a caminar hasta Morrison Street. Quizá podría tomar el autobús de vuelta.

Se estaba acercando al Heartbreak Cafe, y cruzó la calle para echarle una mirada. Leyó el cartel que ponía que el local estaba cerrado «por convalecencia». Sin embargo, le resultaba curioso que la puerta estuviese abierta unos centímetros. Había un olor extraño, como a gas. Abrió la puerta y escudriñó en el interior.

—¿Hola?

Sí, era gas; y no, no había nadie. Una mujer en la calle se detuvo a mirar.

—Qué terrible olor a gas, chica.

Siobhan asintió y entró en el Heartbreak Cafe.

Sin las luces encendidas, y con poca luz natural, el lugar no era más que oscuridad y sombras; pero lo último que haría sería tocar un interruptor. Vio luz a través de la puerta de la cocina y avanzó en esa dirección. El olor era más fuerte a medida que se acercaba. Oyó el inconfundible siseo del gas que salía. Tapándose la nariz con un pañuelo fue hacia la puerta de emergencia, y empujó la barra que la obstruía. Pero la barra estaba atascada o, si no... Empujó con más fuerza y la puerta se abrió unos centímetros. Efectivamente, la habían atrancado desde el exterior apilando cubos de basura contra ella. El aire fresco proveniente de los desperdicios comenzó a filtrarse poco a poco, junto con los bienvenidos olores de los escapes de los coches y el lúpulo.

Ahora tenía que descubrir cuál de los fogones estaba abierto. De súbito, mientras se volvía, vio las piernas de un cuerpo que yacía en el suelo; la cabeza estaba metida en el interior de un horno grande. Se acercó, cerró la llave de gas, y luego miró al hombre. El cuerpo yacía de lado, vestido con pantalones a cuadros negros y blancos y una chaqueta de cocinero. No reconoció al hombre por su rostro, pero el bordado en el bolsillo izquierdo de la chaqueta hizo que la identificación fuese fácil.

Era Eddie Ringan.

El lugar todavía estaba lleno de gas, así que fue hasta la puerta de emergencia, y la empujó con fuerza otra vez. Los cubos de basura

cayeron al suelo y la puerta casi se abrió del todo. Fue entonces cuando un transeúnte curioso abrió la puerta que comunicaba el comedor con la cocina. Su mano fue hacia el interruptor.

—¡No toque...!

Hubo una explosión tremenda y una bola de fuego. La onda expansiva envió a Siobhan Clarke volando de espaldas hacia al aparcamiento, donde su aterrizaje fue suavizado por la basura que había desparramado segundos antes. Ni siquiera sufrió las mismas quemaduras menores que el desafortunado transeúnte, que volvió al restaurante perseguido por una bola de fuego azul. Pero Eddie Ringan, bueno, parecía que se había asado más allá del punto.

Para cuando Rebus llegó allí, dolorido tras los ejercicios de la noche anterior, la escena era de un caos inmaculado. Pat Calder había llegado a tiempo para ver cómo sacaban a su amante en una bolsa de plástico azul. La bolsa se consideró necesaria para evitar que trozos del rostro quemado se desprendiesen y ensuciasen el suelo. La colocación del cadáver la había supervisado un médico de la policía, si bien Rebus sabía que Eddie acabaría bajo el bisturí que todo lo diseccionaba: el del doctor Curt.

—¿Estás bien, Clarke?

Rebus mostraba la indiferencia habitual en los inspectores; las manos en el bolsillo y el aire de haberlo visto todo antes.

—Aparte de mi coxis, señor. —Y se frotó el hueso de la buena suerte.

—¿Qué pasó?

Así que ella le dio todos los detalles, desde que no había películas (¿por qué no involucrar a Petrie?), hasta el transeúnte que casi la había matado. A él también lo había visto el médico: las cejas y las pestañas chamuscadas, algunos golpes por la caída... Poca cosa, pero a Rebus le cosquilleó el cuero cabelludo al pensarlo. Ahora no había peste a gas en la cocina, pero reinaba un olor a carne asada casi tentador hasta que se recordaba el origen.

Calder estaba sentado a la barra, y miraba cómo el mundo pasaba a su lado entrando y saliendo del sueño que había construido junto con

Eddie Ringan. Rebus se sentó a su lado, aliviado de aligerar el peso sobre sus piernas.

—Aquellas pesadillas —dijo Calder de inmediato—, al parecer las convirtió en realidad, ¿eh?

—Eso parece. ¿Alguna idea de por qué se suicidó?

Calder meneó la cabeza. Lo estaba soportando a duras penas.

—Supongo que todo fue demasiado para él.

—¿Demasiado qué?

Calder continuó meneando la cabeza.

—Quizá nunca lo sabremos.

—No se lo cree ni usted —dijo Rebus en un intento para que no sonase como una amenaza.

Debió de fallar pues, de pronto, Calder se volvió hacia él.

—¿No puede dejarlo descansar?

Los ojos pálidos centelleaban.

—No hay descanso para los malvados, señor Calder —contestó Rebus.

Se bajó del taburete y volvió a la cocina. Siobhan estaba junto a un estante con libros sobre cocina básica.

—La mayoría de los cocineros —comentó ella— preferirían morir antes que tener todo esto a la vista.

—No era un cocinero vulgar.

—Mire esto. —Era un cuaderno escolar, con líneas rojas separadas medio centímetro horizontalmente y dos centímetros de margen a cada lado de las hojas. Los márgenes estaban llenos de garabatos y bocetos, la mayoría de comidas y hombres con unos copetes enormes. Escritas con letras grandes dentro de los márgenes había recetas—. Sus propias creaciones. —Siobhan llegó al final—. Oh, mire, aquí está el Roquefort de la Cárcel. —Citó de la receta—. Con un agradecimiento al inspector John Rebus por la idea. Vaya, vaya.

Estaba a punto de guardar el cuaderno, pero Rebus se lo arrebató. Abrió la tapa interior, donde había visto una copiosa colección de copetes. Habían escrito algo en medio de los dibujos (algunos bastantes groseros) pero se había borrado de nuevo con tinta negra.

—¿Puedes ver lo que dice?

Se llevaron el cuaderno al aparcamiento, donde tan poco tiempo atrás habían golpeado a Brian Holmes en la cabeza. Siobhan acercó su rostro al papel.

—Parece como si la primera palabra fuera «Todo».

—Y luego está «abrir» —dijo Rebus de una palabra posterior—. O quizá «girar».

Pero el resto era ilegible. Rebus se guardó el recetario.

—¿Piensa iniciar una nueva carrera, señor? —preguntó Siobhan.

Rebus pensó en una respuesta adecuada.

—Cállate, Clarke —dijo.

Rebus dejó el cuaderno en la jefatura de Fettes, donde había profesionales cuyo trabajo era devolver la legibilidad a escritos dañados o borrados. Se los conocía como «amigos por correspondencia», y eran la clase de técnicos a los que les gustaban los crucigramas difíciles de verdad.

—Esto no nos llevará mucho —le dijo uno de ellos a Rebus—. No tenemos más que ponerlo en la máquina.

—Fantástico —opinó Rebus—. Vuelvo en un cuarto de hora.

—Que sean veinte minutos.

A Rebus veinte minutos ya le iban bien. Mientras esperaba, podría presentar sus saludos a la inspectora Gill Templer.

—Hola, Gill.

Su despacho olía a perfume caro. Había olvidado qué marca usaba. ¿Era Chanel? Ella se quitó las gafas y parpadeó.

—John, mucho tiempo sin verte. Siéntate.

Rebus rechazó la proposición.

—No puedo quedarme, en el laboratorio tendrán algo para mí dentro de un minuto. Solo pensé en ver cómo estabas.

Ella asintió con un gesto.

—Estoy bien. ¿Qué tal tú?

—Bueno, no me va mal. Ya sabes cómo es.

—¿Cómo está la doctora?

—Ella está bien, sí.

Arrastró los pies; no había esperado que eso fuese tan embarazoso.

—Entonces ¿no es verdad que te echó?

—¿Cómo demonios lo sabes?

Gill estaba sonriendo con sus labios pintados; una boca fina, hecha para la ironía.

—Venga, John, esto es Edimburgo. Si quieres guardar un secreto, es mejor que te vayas a un lugar más grande que una aldea.

—¿Quién te lo dijo? ¿Cuántas personas lo saben?

—Si lo saben aquí en Fettes, es probable que lo sepan en St Leonard's.

Joder. Eso significaba que Watson lo sabía, Lauderdale lo sabía, Flower lo sabía; y ninguno de ellos había dicho nada.

—Es solo una cosa temporal —murmuró, y arrastró los pies de nuevo—. Patience tiene a sus sobrinas en casa, así que volví a mi apartamento. Además, Michael está allí conmigo ahora.

Fue el turno de Gill Templer de mostrarse sorprendida.

—¿Desde cuándo?

—Hará unos diez días.

—¿Ha vuelto para bien?

Rebus se encogió de hombros.

—Depende. Gill, no quiero que se corra la voz...

—¡Por supuesto que no! Sé guardar un secreto. —Sonrió de nuevo—. Recuerda que no soy de Edimburgo.

—Yo tampoco —dijo Rebus—. Solo estoy aquí para que se jodan.

Consultó su reloj.

—¿Se acabaron mis cinco minutos?

—Lo siento.

—No lo sientas, tengo mucho trabajo que hacer.

Él se volvió para despedirse.

—¿John? Ven a verme de nuevo alguna vez.

Rebus asintió.

—Mae West, ¿correcto?

—Correcto.

—Adiós, Gill.

A medio camino de su pasillo, Rebus recordó que un Mae West también era el nombre de un salvavidas. Lo pensó, pero meneó la

cabeza.

—Mi vida ya es lo bastante complicada —murmuró.

Volvió al laboratorio.

—Ha venido antes de tiempo —le dijeron.

—Interesado es la palabra que está buscando.

—Ya que hablamos de las palabras que estamos buscando, tenga y eche una ojeada. —Le llevaron hasta la pantalla de un ordenador. Las letras habían sido pasadas por el reconocimiento óptico de caracteres e introducidas en el ordenador, donde ahora aparecían en la gran pantalla de color. Parte de la tachadura había sido «borrada» para dejar el mensaje original intacto. El técnico había cogido una hoja de papel—. Aquí están mis ideas hasta ahora.

Mientras él las leía, Rebus intentó verlas en la pantalla.

—«Todo lo que hice, abrir la goma», «Todo lo que hice, tío, si que lo hice, soltar la...». —Rebus le miró, y el técnico le sonrió—. O quizá sea esto —añadió—. «Todo lo que hice fue abrir el gas».

—¿Qué?

—«Todo lo que hice fue abrir el gas».

Rebus miró el mensaje en la pantalla. Sí, podía verlo... bueno, casi todo. El técnico habló de nuevo.

—Ayudó que usted me dijese que se había gaseado. Todavía lo tenía más o menos en mente cuando comencé a trabajar, y vi la palabra «gas» de inmediato. ¿Quizás una nota de suicidio?

Rebus le miró incrédulo.

—¿Borrada y rodeada por unos garabatos en la tapa interior de un cuaderno que guardó en un estante? Aténgase a lo que sabe y le irá bien.

Lo que Rebus sabía era que Eddie Ringan había tenido pesadillas durante las cuales había gritado la palabra «gas». ¿Todo esto era el remanente de una de sus pesadillas? Pero entonces, ¿por qué borrarlas con tanto entusiasmo? Rebus cogió el cuaderno de la máquina. La tapa interior parecía vieja; las cosas escritas en él se remontaban a un año o más, incluso algunos de los garabatos parecían más recientes que el mensaje borrado. Fuera lo que fuese lo que Eddie había escrito, no había sido en su última noche, lo que significaba, presumiblemente,

que no tenía una relación directa con haberse gaseado a sí mismo. ¿Era... una coincidencia? Rebus no creía en las coincidencias, pero sí creía en los descubrimientos casuales. Se volvió hacia el técnico, que parecía disgustado ante el reproche de Rebus.

—Gracias —dijo.

—De nada.

Cada uno estaba seguro de que el otro no había sido en absoluto sincero.

Brian Holmes le esperaba en St Leonard's, de vuelta en el mundo.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—No te preocupes —contestó Holmes—. Solo estoy de visita. Todavía tengo otra semana de baja.

—¿Cómo te sientes?

Rebus miraba nervioso a un lado y a otro, y se preguntaba si alguien le habría dicho a Holmes lo de Eddie. Tenía la casi absoluta certeza de que no había sido así; si lo hubiesen hecho, Brian no estaría ni la mitad de contento.

—Tengo dolor de cabeza, pero aparte de eso me siento como si estuviese de vacaciones. —Se palmeó el bolsillo—. Y el inspector Flower hizo una colecta. Casi cincuenta libras.

—Ese hombre es un santo —opinó Rebus—. Tengo un regalo que iba a llevarte.

—¿Qué?

—Una cinta de los Stones. *Let it Bleed*.

—Muchas gracias.

—Algo para alegrarte después de Patsy Cline.

—Al menos ella sabe cantar.

Rebus sonrió.

—Estás despedido. ¿Estás en casa de tu tía?

Esto calmó a Holmes, tal como Rebus había esperado. Primero había que traerlo de vuelta poco a poco, y luego dejar caer las verdaderas noticias en su regazo.

—De momento. Nell dice que aún no está preparada.

Rebus conocía el sentimiento; se preguntó cuándo estaría Patience

preparada para aquella copa.

—No obstante, las cosas parecen ir un poco mejor entre vosotros dos.

—Sí. —Holmes se sentó delante de su superior—. Quiere que deje la policía.

—Eso es un poco drástico.

—También lo es la separación.

Rebus exhaló un suspiro.

—Lo supongo, pero de todas maneras... ¿qué harás?

—Lo pensaré, ¿qué otra cosa puedo hacer? —Se levantó de nuevo—. Escucha, será mejor que me vaya. Solo vine para...

—Brian, siéntate. —Holmes, reconociendo el tono de voz de Rebus, se sentó—. Tengo algunas malas noticias sobre Eddie.

—¿El cocinero Eddie? —Rebus asintió—. ¿Qué pasa con él?

—Hubo un accidente. Bueno, algo así. Eddie estuvo involucrado.

No había error alguno en la descripción hecha por Rebus. Se había convertido en un experto en esta clase de discursos a base de repetirlos a lo largo de los años a las familias de víctimas de accidentes de coches, laborales, asesinatos...

—¿Está muerto? —preguntó Holmes en voz baja. Rebus asintió con los labios apretados—. Iba a ir a verle. ¿Qué pasó?

—Todavía no estamos seguros. La autopsia se hará esta tarde, seguramente.

Holmes no era ningún tonto y de nuevo pilló el tono.

—¿Accidente, suicidio o asesinato?

—Uno de los dos últimos.

—¿Tu dinero está por el asesinato?

—Mi dinero está en el bolsillo hasta que hable con el informador.

—¿Te refieres al doctor Curt?

Rebus asintió.

—Hasta entonces, no hay mucho que podamos hacer. Escucha, deja que llame a un coche para que te lleve a casa...

—No, no, estaré bien. —Se levantó poco a poco, como si quisiese comprobar la solidez de sus huesos—. Estaré bien, de verdad. Solo es... pobre Eddie. ¿Sabes?, era amigo mío.

—Lo sé —dijo Rebus.

Después de que Holmes se hubo ido, Rebus pudo reflexionar. Brian todavía no estaba funcionando a tope; en parte por la convalecencia, en parte por la conmoción. Por lo tanto, no le había hecho a Rebus ninguna pregunta difícil. Preguntas como: «¿por qué la muerte de Eddie tiene algo que ver con la persona que casi me mató?». Era algo que Rebus se había estado preguntando a sí mismo. La noche anterior, Eddie había desaparecido, y Rebus había ido a ver a Cafferty. Hoy, Eddie estaba muerto. A bote pronto, significaba que ahora había una persona menos que podría decir algo sobre la noche que se incendió el Central. Pero Rebus todavía tenía la sensación de que Cafferty se había sorprendido al saber del ataque a Holmes.

Entonces ¿cuál era la respuesta?

—Que me cuelguen si lo sé —dijo John Rebus en voz baja.

Su teléfono sonó. Atendió la llamada, oyó ruidos de un bar, y luego la voz de Flower.

—Vaya equipo que tienes ahí, inspector. A uno le aplastan la cara, y la otra se cae de culo.

La conexión se cortó bruscamente.

—Que te follen a ti también, Flower —dijo Rebus, consciente de que nadie le escuchaba.

22

La morgue de Edimburgo estaba en Cowgate, el camino por donde antiguamente traían el ganado para venderlo en el mercado de la ciudad. Era una calle estrecha de paso, con pocos negocios pero mucho tráfico. Más arriba había calles más bulliciosas, por ejemplo South Bridge. Parecían tan lejos de Cowgate, que bien podían haber estado bajo tierra.

Rebus dudaba de que el lugar hubiese sido alguna vez algo más que un punto de encuentro desesperado para los más pobres de Edimburgo, quienes a menudo también parecían ganado que subsistía gracias a las limosnas que les daban los transeúntes. Cowgate estaba a punto de ser urbanizada, pero ¿quién sacrificaría el ganado?

Un buen lugar para una morgue discreta donde, cuando no estaba enseñando en la universidad, el doctor Curt ejercía su oficio.

—Véalo por el lado bueno —le dijo a Rebus—. En Cowgate hay un par de bares estupendos.

—Y unos pocos más donde podría afeitar a un muerto. —Curt se rio —. Veamos, ¿qué tiene el señor Ringan?

—Ah, el pobre huerfanito Eddie.

A Curt le gustaba poner motes a todos sus cadáveres. Rebus tuvo la sensación de que el prefijo «huerfanito» había sido utilizado muchas veces antes. En el caso de Eddie Ringan, sin embargo, era acertado; no tenía parientes que nadie conociese y, por lo tanto, tuvo que ser identificado por Patrick Calder, y Siobhan Clarke, dado que ella había sido quien encontró el cuerpo.

«Sí, es el hombre que encontré», había dicho ella.

«Sí, es Edward Ringan», corroboró Pat Calder, antes de que se lo llevase Toni, el barman.

Rebus estaba en ese momento junto a Curt, al lado de la mesa donde estaba lo que quedaba del cadáver, que estaba siendo «arreglado» por un ayudante. El hombre silbaba «Those Were the

Days» mientras arrojaba restos orgánicos en un cubo de residuos. Rebus había estado leyendo una lista; lo había hecho tres veces, en un intento por ignorar la escena a su alrededor. Curt estaba fumando un cigarrillo. A sus cincuenta y cinco años, había decidido que bien podía comenzar a fumar, dado que nada más hasta el momento había conseguido matarle. Rebus quizá le hubiese pedido un cigarrillo, pero eran Player's sin filtro: el equivalente en tabaco a un removedor de pintura.

De tanto leer la lista, algo por fin encajó.

—¿Sabe? Casi nunca encontramos una nota de suicidio.

—No siempre la dejan.

—Eddie lo hubiese hecho. Y hubiese tenido a Elvis cantando «Heartbreak Hotel» en un radiocasete junto al horno.

—Eso sí que es estilo —comentó Curt sin ser sincero.

—Ahora —continuó Rebus—, mirando esta lista del contenido de sus bolsillos, veo que no llevaba ninguna llave con él.

—Así que nada de llaves, ¿eh?

Curt estaba disfrutando tanto de la pausa como para preocuparse por resolver el misterio; sabía que Rebus acabaría diciéndoselo de todas maneras.

—Por lo tanto —añadió Rebus—, ¿cómo entró? Y si utilizó las llaves para entrar, ¿dónde están ahora?

El ayudante frunció el entrecejo al ver que Curt apagaba la colilla en el suelo; Rebus sabía cuándo había perdido a su público, así que dejó la lista a un lado.

—A ver: ¿qué tiene para mí?

—Bueno, las pruebas habituales todavía están por realizarse.

—Por supuesto, pero mientras tanto...

—En el mientras tanto, algunas cosas de interés. —Curt se volvió hacia el cadáver y obligó a Rebus a hacer lo mismo. Había un paño sobre el rostro quemado, y el ayudante había cosido el pecho y el vientre, ya vacíos de los órganos mayores, con hilo grueso negro. El rostro estaba muy quemado, pero el resto del cuerpo permanecía limpio, manteniendo su piel pálida y brillante—. Bien —comenzó Curt —, las quemaduras solo son superficiales. Los órganos internos no

sufrieron daños por la explosión, eso facilitó las cosas. Yo diría que probablemente murió asfixiado por la inhalación de gas del mar del Norte. —Se volvió hacia Rebus—. Lo del mar del Norte es pura conjetura. —Sonrió de nuevo con una mueca retorcida—. Hay pruebas de ingesta de alcohol, pero tendremos que esperar a los resultados del laboratorio para determinar cuánto. Supongo que un montón.

—Apuesto a que su hígado era una patata podrida. Llevaba bebiendo desde hacía años.

Curt pareció dudar. Se acercó a otra mesa y volvió con el órgano, que ya habían seccionado transversalmente.

—En realidad, está en bastante buen estado. ¿Dice que era alcohólico?

Rebus mantuvo los ojos desenfocados; era algo que aprendías.

—Una botella al día como mínimo.

—Bueno, esto no lo muestra. —Curt lanzó el hígado al aire y lo recibió de nuevo en la mano. A Rebus le recordó a un carnicero mostrando su género a un posible cliente—. También hay un chichón en la cabeza y golpes y quemaduras menores en los brazos.

—¡Oh!

—Imagino que son lesiones que los cocineros sufren a menudo en sus tareas cotidianas. Salpicaduras de aceite caliente, ollas y sartenes por todas partes...

—Quizás —dijo Rebus.

—Ahora llegamos a la sección del programa que Hamish ha estado esperando. —Curt asintió hacia su ayudante, que se irguió atento—. Le llamo Hamish —comentó Curt— porque viene de las Hébridas. Pues bien, Hamish reparó en algo que yo no vi. He estado demorando hablar de ello ante el riesgo de que se volviese «encefalítico». —Miró a Rebus—. Una pequeña broma de patólogo.

—Usted no es tan pequeño —dijo Rebus.

—Necesita saber, inspector, que Hamish siente fascinación por los dientes, sin duda porque los suyos estaban en mal estado cuando era crío y recuerda los largos días pasados bajo el torno del dentista.

Hamish le miró como si eso hubiese sido verdad.

—Como resultado, Hamish siempre mira la boca de las personas, y

esta vez consideró adecuado informarme de que había algunos daños.

—¿Qué clase de daños?

—Lesiones en el tejido de la garganta. Daños recientes.

—¿Como si hubiese estado cantando demasiado alto?

—O gritando. Pero lo más probable es que le hubiesen metido algo en la garganta.

La mente de Rebus se tambaleó. Curt siempre parecía capaz de hacerle eso. Tragó saliva, sintiendo su propia garganta seca y áspera.

—¿Qué clase de cosas?

Curt se encogió de hombros.

—Hamish sugirió... comprenderá que todo esto es pura conjetura, inspector. Hamish sugirió un tubo de alguna clase, algo sólido. Yo añadiría la posibilidad de un tubo de goma o plástico.

Rebus tosió.

—Entonces ¿nada orgánico?

—¿Se refiere a un calabacín? ¿Un plátano?

—Sabe muy bien a qué me refiero.

Curt sonrió y agachó la cabeza.

—Por supuesto que lo sé. Lo siento. —Luego se encogió de hombros —. Yo no descartaría nada. Pero si está usted sugiriendo un pene, entonces tendría que haber estado envuelto en papel de lija.

Rebus oyó a su espalda cómo Hamish contenía la risa.

Rebus llamó a Pat Calder y le preguntó si podían verse. Calder lo pensó antes de responder afirmativamente.

—¿En The Colonies? —preguntó Rebus.

—Que sea en el café. Voy para allí de todas maneras.

Así que fue en el café. Cuando Rebus llegó, el cartel de «convaleciente» había sido reemplazado por otro: «Debido a un fallecimiento, este local ha dejado de atender». Lo firmaba Pat Calder.

Cuando Rebus entró, oyó a Calder gritar.

—¡Váyase de aquí! —La orden no iba dirigida a Rebus sino a una joven con una gabardina.

—¿Problemas, señor Calder?

Rebus entró en el restaurante. Calder estaba ocupado quitando los

recuerdos de las paredes y envolviéndolos en periódicos. Rebus vio en el suelo tres cajones grandes, entre las mesas.

—Esta maldita reportera quiere un poco de sangre y lágrimas para su periódico.

—¿Es así, señorita?

Rebus le dirigió a Mairie Henderson una mirada de reproche casi paternal, la clase de mirada para hacerle saber que debería sentirse avergonzada.

—El señor Ringan era una figura popular en la ciudad —le informó Mairie a Rebus—. Estoy segura de que él hubiese querido que nuestros lectores supiesen...

Calder la interrumpió.

—Él hubiese querido que trajesen sus caras aquí, se gastasen una pasta, y después se fuesen a tomar viento. Imprima eso.

—Todo un epitafio —comentó Mairie.

Pareció como si Calder fuera a darle un golpe en la cabeza con el reloj de Elvis, aquel en el que los brazos del Rey reemplazaban a las manecillas. Finalmente lo pensó mejor y siguió quitando los adornos, no sin antes dirigirle a la reportera una mirada amenazadora.

—Creo que será mejor que se vaya, señorita —dijo Rebus con voz tranquila.

—De acuerdo, me voy.

Se colgó la bolsa al hombro, y pasó junto a Rebus. Llevaba una falda, muy corta. Pero un buen soldado sabe cuándo mantener la mirada al frente. Le sonrió a Pat Calder, cuya angustia era demasiado evidente.

—Es un poco pronto para esto, ¿no?

—¿Sabe usted cocinar, inspector? Sin Eddie, este lugar no es nada.

—Entonces, parece que los restaurantes cercanos podrán dormir tranquilos.

—¿A qué se refiere?

—Recuerde. Eddie creyó que el ataque a Brian era una advertencia.

—Sí, pero qué tiene eso que... —Calder se quedó inmóvil—. ¿Cree usted que alguien...? Fue un suicidio, ¿verdad?

—Desde luego es lo que parece.

—¿Quiere decir que no está seguro?

—¿Parecía un tipo que se suicidaría?

La respuesta de Calder fue fría.

—Se mataba cada día con la bebida. Quizá fue demasiado. Como le dije, inspector, el ataque a Brian afectó a Eddie. Quizá más de lo que imaginamos. —Hizo una pausa, sujetando el espejo entre las manos—. ¿Cree que fue un asesinato?

—Yo no he dicho tal cosa, señor Calder.

—¿Quién lo habría hecho?

—Quizás ustedes se habían atrasado con los pagos.

—¿Qué pagos?

—Los pagos por la protección. No me diga que no lo sabe.

Calder le miró sin parpadear.

—Se olvida de que yo estaba a cargo de las finanzas, y siempre pagamos nuestras facturas en fecha. Todas ellas.

Rebus aceptó esta información, y se preguntó qué significaba exactamente.

—Si cree saber quién podría haber querido ver a Eddie muerto, será mejor que me lo diga, ¿de acuerdo? No se le ocurra hacer nada precipitado.

—¿Como qué?

«Como comprar un arma», pensó Rebus, pero no dijo nada. Calder comenzó a envolver el espejo.

—Esto es para lo único que sirven los periódicos —opinó.

—Ella solo estaba haciendo su trabajo. Usted no rechazaría una buena reseña, ¿verdad?

Calder sonrió.

—Tenemos muchas.

—¿Qué hará ahora?

—Todavía no lo he pensado. Me marcharé, es todo lo que sé.

Rebus señaló los cajones.

—¿Se quedará con todas esas cosas?

—No podría tirarlas, inspector. Es todo lo que hay.

«También está el dormitorio», pensó. Pero mantuvo la boca cerrada y suguió mirando cómo Pat Calder lo guardaba todo.

Hamish, cuyo verdadero nombre era Alasdair McDougall, había sido expulsado de su Barra natal por sus contemporáneos, incluso uno de ellos intentó ahogarle durante un viaje a medianoche en barco desde South Uist después de una fiesta. Dos minutos en el agua helada del estrecho de Barra y hubiese servido de comida para los peces, pero le habían subido de nuevo al barco y explicado el asunto como un accidente; es lo que hubiese parecido de haberse ahogado.

Primero fue a Oban, luego al sur, a Glasgow, antes de cruzar a la costa este. Glasgow le gustaba en algunos aspectos, pero no en todos; Edimburgo le iba mucho mejor. Sus padres nunca habían aceptado que su hijo fuera homosexual, ni siquiera después de que él se lo confesara: su padre había citado la Biblia de la misma manera que la llevaba citando desde hacía diecisiete años, con el virtuoso temblor de los justos en su voz. Había sido una vez una actuación poderosa y persuasiva, pero en aquel momento parecía ridícula.

«Solo porque esté en la Biblia —le había dicho a su padre—, no significa que lo tenga que aceptar como una verdad inmutable».

Pero para su padre era y siempre sería la verdad literal. La Biblia había estado en la mano del viejo cuando expulsó a su hijo más joven por la puerta de la pequeña granja. «Nunca te atrevas a ensuciar nuestro nombre», le había dicho. Y Alasdair reconoció que le había hecho honor a esto presentándose como Dougall a la comunidad gay de Glasgow, y seguía siendo Dougall ahí en Edimburgo. Le gustaba la vida que se había labrado para sí mismo (nunca había una noche aburrida), y solo le habían apaleado dos veces. Tenía sus clubes y bares habituales, su grupo de amigos y un grupo más grande de conocidos. Incluso comenzaba a pensar en escribir a sus padres. Se lo diría a ellos. «En el momento en que mi jefe acaba con un cuerpo, creedme si os digo que no queda mucho para que el cielo se lleve».

Pensó de nuevo en el joven regordete que había sido gaseado, y se rio. Tendría que haber dicho algo en su momento, pero no lo hizo. ¿Por qué no? ¿Acaso porque aún tenía un pie dentro del armario? Le habían acusado de eso antes, cuando se había negado a llevar un triángulo rosa en la solapa. Desde luego, no estaba seguro de querer que un policía supiese que era gay. ¿Cómo reaccionaría el doctor

Curt? Había toda clase de homofobias, casi un temor medieval al sida y su transmisión. No es que no pudiese vivir sin su trabajo, pero le gustaba mucho. Había visto cómo sacrificaban y descuartizaban ovejas y reses durante sus años en la isla; esto no era muy diferente.

No, se guardaría el secreto. No diría nada de que conocía a Eddie Ringan. Recordó la noche de hacía una semana o poco más. Habían ido al apartamento de Dougall y Eddie había preparado chili con lo que había encontrado en los armarios. Algo fuerte, te hacía sudar. Sin embargo, no quiso quedarse a pasar la noche, no era de esa clase de tíos. Se habían dado un largo beso antes de separarse, bajo la promesa de nuevos encuentros. Sí, conocía a Eddie, le conocía lo bastante bien para estar seguro de una cosa.

Quien fuese que estaba en la mesa, no era el tipo que había compartido el chili en la cama de Dougall.

Siobhan Clarke se sentía poseída por una calma antinatural. Le habían dado el día libre en la Operación Sacas de Dinero para recuperarse de la conmoción de su experiencia en el Heartbreak Cafe, pero a última hora de la tarde estaba tan deseosa de hacer algo que no pudo evitar ir hasta la casa de Rory Kintoul. Era una bonita y tranquila casa en un callejón sin salida. El jardín era del tamaño de un felpudo pero estaba tan limpio que Clarke admitió que podría comer su cena en el césped impecablemente cortado sin temor a envenenarse. No podía decir lo mismo de los platos de la mayoría de las cantinas de la policía. Una reja la llevó por el sendero; otra, a la puerta principal de Kintoul. Estaba pintada de azul oscuro. De cada cuatro puertas en la calle, una era azul oscuro. Las otras eran rojo ciruela, amarillo mostaza, y gris de combate. No era lo que se dice una cascada de colores, pero de alguna manera encajaba con el estilo del barrio. Unos chicos habían dibujado una rayuela en la acera y jugaban con entusiasmo. Les había sonreído, pero ellos no habían apartado la mirada del juego. Un perro ladró en un jardín trasero unas pocas puertas más allá; pero por lo demás, en la calle reinaba el silencio.

Tocó el timbre y esperó. Al parecer, no había nadie en casa. Pensó en que cualquiera que la viese la tomaría por una mujerzuela mientras

se tomaba la libertad de espiar por la ventana frontal. Una sala de estar se extendía hacia el fondo de la casa. El perro ladraba más fuerte, y a través de la ventana vio la silueta de una figura. Abrió la reja del jardín, giró a la derecha y corrió por el espacio que separaba la casa de Kintoul de la de su vecino hasta llegar a los jardines traseros. Kintoul había dejado la puerta de la cocina abierta para no hacer ruido. Tenía una pierna pasada por encima de la cerca del vecino, e intentaba hacer callar al perro atado.

—¡Señor Kintoul! —gritó Siobhan. Cuando él alzó la mirada, ella le saludó con la mano—. Veo que está sentado en la cerca. ¿Qué le parece si los dos entramos para tener unas palabritas?

La detective no estaba dispuesta a perdonarle ningún sonrojo. Siobhan sonrió mientras el hombre se acercaba hacia ella caminando agachado.

—Escapando de la policía, ¿eh? ¿Qué tiene que ocultar?

—Nada.

—Tendría que ir con más cuidado —le advirtió Clarke—. Una jugarreta como esa podría abrirle los puntos de su costado.

—¿Quiere que todos se enteren? Entre.

Casi la empujó a través de la puerta de la cocina. Era la invitación que Siobhan deseaba.

Rebus recibió la llamada a las seis y cuarto y estableció el encuentro para las diez. A las ocho, le llamó Patience. Sabía que ella se daría cuenta; Rebus sentía como si sus pensamientos estuviesen (estaban) en otra parte, pero quería que ella siguiese hablando. Estaba llenando el tiempo hasta las diez y no quería dejar ni un segundo libre.

Por fin, a falta de más temas, le contó a Patience todo lo referente a Michael (que dormía en el cuarto trastero). Por fin estaban en la misma onda. Patience le sugirió que buscase ayuda profesional, y le asombró que nadie en el hospital hubiese mencionado esa posibilidad. Dispuesta a ayudar, barajaría opciones y luego llamaría a Rebus. Mientras tanto, él tenía que vigilar que Michael no cayese en una depresión clínica. El problema con aquellas drogas era que no solo mataban los temores; también podían acabar con las emociones.

—Se veía tan animado cuando vino... —comentó Rebus—. Los estudiantes se preguntan qué demonios ha pasado. Creo que están tan preocupados como yo.

La autoproclamada novia de Michael había dedicado tiempo a intentar hablar con él, animándole a ir a bares y clubes. Pero Michael se había opuesto, y ella no había aparecido por lo menos durante todo un día. Uno de los estudiantes había abordado a Rebus en la cocina y, en tono compasivo, le comentó que un poco de hierba podría ayudar a Mickey. Quizás esa no fuera tan mala idea.

Pero Patience se mostró contraria. «Mezcla lo que está tomando con marihuana y Dios sabe qué tipo de reacción podrás conseguir: paranoia o una depre completa sería mi apuesta».

De todas maneras, Patience era contraria a las drogas, y no solo a las ilegales. Sabía que la solución fácil para los médicos era rellenar una receta. Valium, nitrazepan... lo que fuese. Gente por toda Escocia (en particular, los más necesitados de ayuda), ingería píldoras como si fueran comida. Claro, los médicos señalaban su carga de trabajo y decían: «¿Qué otra cosa podemos hacer?».

—¿Quieres que vaya? —preguntó ella entonces.

Era un gran paso. Sí, Rebus quería, pero eran casi las nueve.

—No, pero te agradezco la buena voluntad.

—Bueno, intenta no dejarlo solo mucho tiempo. Duerme para escapar de algo que necesita enfrentar.

—Adiós, Patience.

Rebus colgó y se preparó para dejar el apartamento.

¿Por qué había escogido el muelle de North Queensferry para el encuentro? Bueno, ¿acaso no era obvio? Estaba cerca de la misma casilla donde habían llevado a Michael tras su «experiencia», y hacía frío. Había llegado temprano y Deek, como era natural, se retrasaba. Pero a Rebus no le importaba; observó el puente del ferrocarril preguntándose qué se sentiría al verse bajado por el borde en mitad de la noche. Ahogando los gritos en una mordaza mientras te quitaban la bolsa de la cara. Mirando al vacío, justo allí donde se encontraba Rebus ahora, aunque a nivel del mar.

—Frío, ¿eh?

Deek Torrance se frotó las manos.

—Gracias por la jugada de la otra noche.

—¿Qué?

—El karaoke de los cojones.

—Ah, sí, aquello. —Torrance sonrió—. «King of the Road».

—¿Lo tienes?

Deek se palmeó el bolsillo del abrigo. Estaba nervioso y con mucha razón. No le vendía todos los días un arma de fuego ilegal a un policía.

—Pues vamos a verla.

—¿Qué? ¿Aquí fuera?

Rebus miró alrededor.

—No hay nadie.

Deek se mordió el labio inferior, luego se resignó a sacar la pistola del bolsillo y ponerla en la palma de John Rebus. La juzgó como un arma ligera y cómoda de sujetar. Rebus se la guardó en el bolsillo.

—¿La munición?

Las balas se sacudieron en su caja como un sonajero. Rebus se las guardó también; luego metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón en busca de dinero.

—¿Quieres contarlo?

Deek negó con la cabeza, luego señaló al otro lado de la carretera.

—Sin embargo, te invito a una copa si quieres.

Una copa le pareció bien a Rebus.

—Primero me quitaré esto. —Abrió el coche y guardó al arma y la munición debajo del asiento del conductor. Al levantarse advirtió que temblaba y estaba un poco mareado. También tenía hambre, pero pensar en comida le daba ganas de vomitar. Miró de nuevo al puente —. Pues entonces, vamos —le dijo a Deek Torrance.

Tras cerrar el intercambio entre arma y dinero, Torrance se sintió repentinamente mucho más relajado y locuaz. Se sentaron en el Hawes Inn con sus copas; Torrance le explicaba cómo entraban las armas en el país.

—Verás, es fácil comprar un arma en Francia. Incluso hay

furgonetas en las ciudades que las muestran en la parte de atrás. Te meten un catálogo bajo tu puerta para hacerte saber lo que tienen. Mi contacto va allí y viene cruzando el Canal, no sé qué empresa tiene. Trae las armas con él y se las compro. También trae aerosol de defensa Mace, si te interesa.

—¿Por qué no lo dijiste? —murmuró Rebus a su copa—. No hubiese necesitado el arma.

—¿Qué?

Deek captó el chiste y se rio.

—¿Qué es lo que me has dado? —preguntó Rebus—. Estaba un poco oscuro allí fuera y no lo vi bien.

—Bueno, solo son copias. No te preocupes, yo mismo limé cualquier identificación. La tuya es una Colt 45. Lleva diez balas.

—¿Ocho milímetros?

Deek asintió.

—Hay veinte en la caja. No es el arma más letal de las que circulan. También puedo conseguir réplicas de Uzi.

—Joder.

Rebus se acabó su pinta. De pronto deseaba salir de allí.

—Es una manera de ganarse la vida —dijo Deek Torrance.

—Sí, una manera de ganarse la vida —asintió Rebus, y se levantó para marcharse.

23

A la mañana siguiente, Rebus se forzó a seguir la rutina habitual. Fue a ver si había alguna señal de Andrew McPhail. No la había. Maclean no había resultado tan malherido por el agua hirviendo, exceptuando en los brazos. Nadie trataba todavía a McPhail como a un criminal peligroso. Su descripción había sido transmitida a las estaciones de autobuses y ferrocarriles, a las áreas de servicio de las autopistas y lugares por el estilo, poco más. Rebus sabía el lugar exacto donde comenzaría a buscarle, pero para eso necesitaría personal.

Una sombra cayó sobre su mesa. Era Hierbajo.

—Así que —dijo Flower— has perdido a un sargento por un golpe en la cabeza, y a una detective por una explosión de gas. ¿Qué tienes para el bis?

Rebus vio que tenían público. La mitad de la comisaría llevaba tiempo esperando la confrontación entre los dos inspectores, y más detectives de los habituales parecían interesados en los archivadores cerca de la mesa de Rebus.

—Para ti es más fácil si haces el pino —comentó Rebus.

—¿Qué es más fácil?

—Hablar por el culo.

Hubo algunas risas y toses encubiertas desde los archivadores.

—Tengo algunas pastillas para la garganta si las queréis —dijo Rebus.

Se cerraron los cajones de los archivadores. El público se alejó.

—Crees que eres un regalo divino, ¿no? —dijo Flower—. Crees que eres el no va más.

—Soy mejor que algunos.

—Y mucho peor que otros.

Rebus cogió la lista de los arrestos de la noche y comenzó a leerlos.

—Si has acabado...

Flower sonrió.

—Rebus, creo que los de tu clase se extinguieron con los dinosaurios.

—Sí, pero solo porque a ti te rechazaron cuando se lo preguntaste.

Eso significó el dos a cero, momento en que Alister Flower abandonó el campo. Pero Rebus sabía que todavía quedaba una segunda parte, y otra más después.

Miró de nuevo la hoja de arrestos y verificó que había visto el nombre bien. Tras ello, suspiró y bajó a los calabozos, donde un grupo de agentes jóvenes estaban delante de la celda número uno, haciendo turnos para vigilar por la mirilla.

—Es el tipo de los tatuajes —le explicó uno de ellos a Rebus.

—El Acerico.

El agente asintió. El Acerico estaba tatuado de pies a cabeza, no había ni un centímetro de su cuerpo sin una marca.

—Lo han traído para interrogarlo.

Rebus asintió. Cada vez que llevaban al Acerico a la comisaría, siempre acababa desnudo.

—Es un buen apodo, ¿verdad, señor?

—¿Qué, Acerico? Mejor que mi nombre para él.

—¿Cuál es?

—Solo otro gilipollas —respondió Rebus antes de entrar en la celda número dos y cerrar la puerta.

Un joven estaba sentado en el camastro, sin afeitar y con los ojos enrojecidos.

—A ver, ¿qué te ha pasado?

Andy Steele le miró, y después desvió la mirada. La ciudad de Edimburgo no había sido amable con él durante su visita. Se pasó los dedos por el pelo alborotado.

—¿Fue a ver a su tía Ena? —preguntó.

Rebus asintió.

—Sin embargo, no vi a tu mamá ni a tu papá.

—Bueno, al menos conseguí eso, ¿eh? Conseguí encontrarle a usted y ponerle en contacto con ella.

—¿En qué has estado metido desde entonces?

Las escamas de caspa que Andy Steele se arrancaba al frotarse la

cabeza flotaban en el aire antes de aterrizar en sus pantalones.

—Estuve haciendo visitas turísticas.

—Si no me equivoco, en estos tiempos no te arrestan por esas cosas.

Steele exhaló un suspiro y dejó de rascarse.

—Depende de las visitas que hagas. Le dije a un hombre en un bar que era detective privado. Dijo que tenía un caso para mí.

—Ah, ¿sí?

La atención de Rebus se desvió un momento a un dibujo del tres en raya en la pared de la celda.

—Su esposa le estaba engañando. Me dijo dónde creía que podía encontrarla y me dio su descripción, junto con diez libras, y la promesa de que me pagaría más cuando le diese el informe.

—Continúa.

Andy Steele miró al techo. Sabía que no estaba quedando muy bien, pero de todas maneras ya era un poco tarde para orgullos estúpidos.

—Era un apartamento de planta baja. Lo vigilé durante horas. Vi a la mujer, estaba allí. Pero no había ningún hombre. Así que fui por la parte de atrás para ver mejor. Alguien debió de verme y llamó a la policía.

—¿Relataste tu historia?

Steele asintió.

—Incluso me llevaron de nuevo al bar. Por supuesto, él no estaba allí, y nadie le conocía. Ni siquiera sabía su nombre.

—¿Pero la descripción de la mujer era correcta?

—Oh, sí.

—Es probable que fuese una exesposa o un viejo amor. Quería darle un susto, y valía la pena pagar diez libras por ello.

—Ya, claro, pero ahora la mujer ha presentado una denuncia. No es un comienzo muy prometedor para mi carrera, ¿verdad, inspector?

—Depende —dijo Rebus—. Tu carrera como detective privado puede que no sea muy prometedora, pero como mirón tu estrella está claramente en ascenso. —Al ver el desconsuelo de Steele, Rebus le hizo un guiño—. Anímate, veré qué puedo hacer.

Antes de que pudiera hacer nada, Siobhan Clarke llamó desde Gorgie para hablarle de su encuentro con Rory Kintoul.

—Le pregunté si sabía algo de las apuestas de su primo. No quiso hablar, pero tengo la sensación de que es una familia muy unida. Había centenares de fotos en la sala de estar: tíos y tías, hermanos y hermanas, sobrinas, primas, abuelas...

—Me hago una idea. ¿Le mencionaste el escaparate roto?

—Lo hice, señor. Estaba tan interesado que tuvo que sujetarse a la silla para evitar saltar de ella. Sin embargo, no es un gran conversador. Atribuyó el hecho a algún borracho.

—¿El mismo borracho que le dio un navajazo en la tripa?

—No se lo dije de esa manera, y tampoco él lo mencionó así. No sé si es relevante o no, pero dijo que había conducido la furgoneta de la carnicería para su primo.

—¿Qué?

—Sí. Hace cosa de un año.

—No sabía que Bone tuviese una furgoneta. Será lo siguiente en desaparecer.

—¿Señor?

—La furgoneta. Ya les han destrozado el cristal del escaparate, y si eso no funciona, les quemarán la furgoneta.

—¿Está diciendo que esto va de protección?

—Puede, pero lo más probable es que sea por deudas de apuestas. ¿Tú qué crees?

—Le planteé esta posibilidad a Kintoul.

—¿Y?

—Se rio.

—Una reacción muy visceral, viniendo de su parte.

—Así es, no es lo que se dice un tipo emocional.

—O sea, que no es dinero de juego. Tengo otra idea.

—Su hijo entró mientras estábamos conversando.

—Refréscame la memoria.

—Se llama Jason, tiene diecisiete años y está desempleado. Cuando Kintoul le dijo que yo era del DIC, el hijo pareció preocupado.

—Una reacción natural en un adolescente en paro. Creen que los estamos presionando.

—Había algo más que eso.

—¿Cuánto más?

—No lo sé. Podría ser lo de siempre, drogas y pandillas.

—Veré si tiene un expediente. ¿Qué tal va Sacas de Dinero?

—Con toda sinceridad, preferiría estar cosiendo sacas de correo.

Rebus sonrió.

—Todo forma parte del aprendizaje, Clarke —dijo, y colgó el teléfono.

Rebus lo había comprobado antes de salir de la comisaría: Jason Kintoul no estaba en los archivos. Había olvidado preguntarle a Pat Calder por el mensaje que había en el libro de recetas. No creía que se le hubiera borrado de la mente por las piernas de Mairie o la visión de todos aquellos Elvis. El viaje hasta The Colonies no duró mucho; además, la seguridad que le daba llevar un arma bajo su asiento ayudó a mantener a Rebus con la mente despejada.

Pat Calder pareció sorprenderse mucho al verle.

—Buenos días —dijo Rebus—. Tuve el presentimiento de que le encontraría en casa.

—Pase, inspector.

Rebus entró. La sala de estar estaba mucho menos ordenada que en su visita anterior, y comenzó a preguntarse quién de la pareja había sido el ordenado. Desde luego, Eddie Ringan parecía y actuaba como un dejado, pero ahora nunca sabría cómo era él en realidad.

—Lamento el desorden.

—Bien, tiene usted muchas cosas en mente ahora mismo.

La atmósfera era asfixiante, con ese fuerte olor masculino que algunas veces reina en los apartamentos compartidos y en los despachos. Pero por lo general hace falta más de una persona para crearlo. Rebus comenzó a preguntarse por el joven y delgado barman que había acompañado a Calder a la morgue...

—Estaba preparando el funeral —decía Pat Calder—. Es el lunes. Me preguntaron si vendrían familiares y amigos. Tuve que decirles que Eddie no tenía familia.

—Pero tenía buenos amigos.

Calder sonrió.

—Gracias, inspector. Gracias por decirlo. ¿Hay algo en particular...?

—Solo algo que encontramos en la escena.

—¡Oh!

—Una especie de mensaje. Decía: «Solo abrí el gas».

Calder se quedó inmóvil.

—Dios, entonces, ¿fue un suicidio?

Rebus se encogió de hombros.

—No era de esa clase de notas. La encontramos en el interior de un cuaderno escolar.

—¿El libro de recetas de Eddie?

—Sí.

—Me he estado preguntando adónde habría ido a parar.

—Habían tachado el mensaje. Me lo llevé para analizarlo.

—Quizá tiene algo que ver con las pesadillas.

—Es lo que yo pensaba. Depende de lo que soñase. Las pesadillas pueden ser sobre cosas que temes, o que has hecho.

—No soy psicólogo.

—Yo tampoco —admitió Rebus—. ¿Eddie tenía llaves del restaurante? No encontramos ninguna en el cuerpo. ¿Las encontró usted al recoger sus cosas?

—No lo creo, al menos yo no las encontré. Pero entonces ¿cómo entró sin las llaves?

—Usted tendría que estar en el DIC, señor Calder. Eso mismo me estaba preguntando yo. —Rebus se levantó del sofá—. Bien, lamento haber tenido que venir.

—Oh, no pasa nada. ¿Puede contarle a Brian los arreglos del funeral? Será en el cementerio Warriston a las dos.

—Lunes a las dos, se lo diré. Ah, una cosa más. Ustedes tienen un libro de reservas, ¿no?

Calder pareció extrañado.

—Por supuesto.

—Me gustaría echarle una ojeada. Puede que allí haya algunos nombres que no sean nada para usted pero que para un policía pueden significar mucho.

Calder asintió.

—Ya veo adónde quiere ir a parar. Se lo dejaré en la comisaría. Voy a Heartbreak a la hora de comer. Lo recogeré entonces.

—¿Todavía limpiando el lugar?

—No, una cita con un posible comprador. Una de esas pizzerías en expansión.

Fuera lo que fuese lo que Pat Calder se afanaba por ocultar, solo lo conseguía a medias. Sin embargo, Rebus no tenía muchas ganas de empezar a escarbar. Ya había demasiadas cosas de que preocuparse, empezando por el arma. Se había sentado con ella en su coche la noche anterior, con el dedo en el gatillo. De la manera que su instructor le había enseñado en el ejército: firme, pero no tenso. Como una erección que quisieras mantener.

También había estado pensando en cosas malas y buenas. Pensar cosas malas —sueños de crueldad y lujuria— no hacía malo a uno, pero si tu cabeza estaba llena de pensamientos civilizados y te pasabas el día como un torturador...Todo se reducía al hecho de que uno es juzgado por sus acciones en sociedad, no por lo que pasa en el interior de su cabeza. Por lo tanto, no tenía ninguna razón para sentirse mal al pensar cosas tremendas y sangrientas. No a menos que convirtiese los pensamientos en hechos. Sin embargo, pensar más allá le hacía sentir muy bien. Más que eso, le parecía correcto.

Detuvo el coche en la primera iglesia que encontró. Hacía meses que no iba, siempre buscando excusas y haciéndose promesas a sí mismo de que lo intentaría en otra ocasión. El problema era en lo deliciosas que había convertido Patience las mañanas de los domingos.

Alguien había estado ocupado con un rotulador en el cartel de madera del patio de la iglesia, convirtiendo a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro en Nuestra Señora del Perpetuo Infierno. No era el mejor de los presagios, pero Rebus entró de todas maneras. Se sentó en un banco durante un rato. Pocas almas le acompañaban. Había cogido un libro de oraciones al entrar, y mirando a fondo su simple tapa negra se preguntó por qué le hacía sentir tan culpable. Al cabo de un rato, una mujer dejó el confesionario y se quitó el pañuelo de la cabeza. Rebus se levantó y se obligó a entrar en el cubículo.

Permaneció en silencio durante un minuto, e intentó encontrar las palabras adecuadas.

—Perdóneme, padre, porque estoy a punto de pecar.

—Ya veremos si es así, hijo —respondió una ronca voz irlandesa desde el otro lado de la reja.

Había tanta seguridad en la voz que Rebus casi sonrió.

En cambio dijo:

—Ni siquiera soy católico.

—Estoy seguro de que es verdad. Pero ¿eres cristiano?

—Supongo que sí, suelo ir a la iglesia.

—¿Eres creyente?

—No puedo no creer.

No dijo lo mucho que lo había intentado.

—Entonces ¿cuál es tu problema?

—Alguien me ha estado amenazando. También a mis amigos y a mi familia.

—¿Has ido a la policía?

—Yo soy la policía.

—Ah. Y ahora estás pensando en tomarte la ley por tu mano, como dicen en las películas.

—¿Cómo lo sabe?

—No eres el primer poli que he tenido en este confesionario. Hay unos cuantos católicos en la policía. —Esta vez Rebus sonrió—. ¿Y qué es lo que vas a hacer?

—Tengo un arma.

Oyó cómo el sacerdote respiraba hondo.

—Eso sí que es serio. Oh, sí, es serio. Pero debes comprender que si utilizas el arma, te conviertes en aquello que desprecias tanto. Te conviertes en ellos. —El sacerdote consiguió sisear la última palabra.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Rebus.

—Pregúntate a ti mismo esto: ¿Podrás vivir el resto de tu vida con el recuerdo y la culpa? —La voz hizo una pausa—. Sé lo que piensan los calvinistas como tú. Crees que estás condenado desde el principio, pero yo estoy seguro de que no quieres vivir en el Purgatorio hasta tu muerte, ¿no es así?

—No.

—Serías un maldito cretino si dijeses otra cosa. Ata el arma a una piedra y arrójala al Forth, que es donde debe estar.

—Gracias, padre.

—Eres más que bienvenido. ¿Hijo?

—¿Sí, padre?

—Vuelve y habla conmigo de nuevo. Me gusta saber de las locuras de los protestantes; me dan qué pensar cuando no ponen nada bueno en la tele.

Rebus no pasó mucho tiempo en Gorgie Road; no estaban llegando a ninguna parte. Habían revelado las fotos e identificado algunos rostros. Los identificados eran todos ladrones de poca monta, viejos convictos y vagos habituales. Ningún pez gordo, solo alevines. Si algo consolaba a Rebus, era que no parecía que Flower tuviese mejor suerte. No veía la hora de que Hierbajo presentase su cuenta de gastos. Todas aquellas rondas de cerveza se le iban a indigestar. Se sintió revivido por su charla con el sacerdote, cuyo nombre, entonces se percató, ni siquiera sabía. Pero eso era parte del trato, ¿no? Pecadores anónimos. Quizás incluso decidiría acceder al deseo del sacerdote y volver en algún momento. Esa noche iría hasta la costa y se libraría del arma. Había sido una locura desde el principio. En cierto modo, comprarla había sido suficiente. Él nunca la hubiese utilizado, ¿verdad?

Aparcó en St Leonard's y entró. Había un paquete para él en la recepción: el libro de reservas del Heartbreak Cafe. Calder había puesto una nota en él.

«Elvis comía pizzas, ¿verdad? Así que ahora parece que el Heartbreak se hará italiano».

Mientras leía la nota, el oficial de guardia había estado llamando a la planta de arriba, intentando no hacerse notar.

—¿De qué iba eso? —le preguntó Rebus. Le pareció haber oído las palabras: «Él está aquí».

—Nada, señor —respondió el oficial de guardia.

Rebus intentó sacarle una respuesta a fuerza de miradas, y luego se

volvió, justo en el momento en que el dúo dinámico abría la puerta interior: Lauderdale y Flower.

—¿Me das las llaves de tu coche? —exigió Lauderdale.

—¿Qué pasa?

Rebus miró a Flower, que parecía un predicador en una quema de brujas.

—Las llaves, por favor.

La mano de Lauderdale era tan firme que Rebus creyó que si se largaba de allí permanecería tendida durante horas. Entregó las llaves.

—Es una chatarra. Si no le da un puntapié en el lugar correcto, ni siquiera conseguirá que arranque.

Siguió a los dos hombres a través de las puertas y al aparcamiento.

—No quiero conducirlo —dijo Lauderdale.

Sonaba amenazador, pero fue el tranquilo silencio de Flower lo que más preocupó a Rebus. Entonces cayó en la cuenta: ¡el arma! Sabían lo del arma. Todavía estaba debajo del asiento del conductor. ¿En qué otro lugar iba a esconderla? ¿En el apartamento, donde Michael podía encontrarla? ¿En los pantalones, donde provocaría miradas? No, la había dejado en el coche y ahora Lauderdale estaba abriendo la puerta del conductor. Lauderdale se volvió hacia él con la mano tendida de nuevo.

—El arma, inspector Rebus. —Y, cuando Rebus no se movió—: Deme el arma.

24

Levantó el arma y la disparó: uno, dos, tres disparos. Luego la volvió a bajar.

Todos se quitaron los protectores de los oídos. El hombre del equipo forense había disparado el arma en lo que parecía un cajón de madera vulgar. Las balas serían recuperadas de su interior y podrían ser analizadas. El técnico había empuñado el arma con un guante de polietileno puesto y guardó la pistola en otra bolsa de polietileno antes de quitarse el guante.

—Le informaremos tan pronto como podamos —le dijo al comisario Watson, que respondió con un gesto al saludo del hombre. En cuanto hubo dejado la habitación, Watson se volvió hacia Lauderdale—. Explícamelo, Frank.

Lauderdale respiró hondo. Era la tercera vez que le relataba la historia a Watson, pero no le importaba. En absoluto.

—El inspector Flower vino a verme este mediodía y me dijo que había recibido una información...

—¿Qué clase de información?

—Una llamada telefónica.

—Por supuesto, anónima.

—Por supuesto. —Lauderdale respiró hondo otra vez—. El que llamó dijo que el arma utilizada en el Hotel Central hace cinco años estaba en posesión del inspector Rebus. Luego colgó.

—¿Debemos creer que Rebus mató a ese hombre hace cinco años?

Lauderdale no lo sabía.

—Todo lo que sé es que había un arma en el coche de Rebus. Él mismo dice que tiene sus huellas por todas partes. Sea la misma arma o no, lo sabremos al final del día.

—No te muestres tan jodidamente contento. Ambos sabemos que esto es una trampa.

—Lo que sabemos, señor —dijo Lauderdale, sin hacer caso del

estallido de Watson—, es que el inspector Rebus está realizando una investigación por su cuenta sobre el caso del Hotel Central. Los expedientes están junto a su mesa. Y no quiere decirle a nadie por qué.

—Descubrió algo, y ahora alguien está preocupado. Es por eso que colocaron el…

—Con todo respeto, señor —Lauderdale hizo una pausa—, nadie colocó nada. Rebus admitió haber comprado el arma a una persona a quien llama un extraño. Le pidió a este extraño específicamente que le consiguiese un arma.

—¿Para qué?

—Dice que le estaban amenazando. Por supuesto, podría estar mintiendo.

—¿A qué te refieres?

—Quizás el arma fue la pista que encontró, la que le llevó de vuelta a los expedientes del Central. Ahora se estaría inventando la historia porque así al menos no podríamos acusarle de retener pruebas.

Watson se lo pensó.

—¿Tú qué crees?

—Sin prejuicios, señor.

—Vamos, Frank, todos sabemos que odias a Rebus. Cuando os vio a ti y a Flower ir por él, debió de pensar que había llegado su linchamiento.

Lauderdale intentó reírse.

—Personalidades aparte, señor, incluso si nos mantenemos en los puros hechos, el inspector Rebus está metido en un serio problema. Incluso suponiendo que compró el arma, es obvio que eso no es nada bueno. Además, alguien limó sus números de identificación.

—Ahora que su novia le ha echado —murmuró Watson—, está peor que nunca. Yo tenía grandes esperanzas depositadas en su noviazgo.

—¿Señor?

—Ella había conseguido que comenzase a vestir bien. Rebus comenzaba a parecer… digno de un ascenso.

Lauderdale casi se tragó la lengua.

—Estúpido maricón —continuó Watson. Lauderdale decidió que

hablaba de Rebus—. Supongo que será mejor que hable con él.

—¿Quiere que...?

—Quiero que te quedes aquí y esperes los resultados. ¿Dónde está Flower?

—De vuelta en su cometido, señor.

—Quieres decir que está de vuelta en el bar. También quiero hablar con él. Es curioso cómo esta Garganta Profunda anónima consigue hablar justamente con la única persona en St Leonard's que ama tanto a Rebus como tú.

—¿Ama, señor?

—He dicho odia.

Pero en realidad, como Rebus ya sabía, la llamada no la había recibido Flower sino un detective que sabía cuáles eran los sentimientos de Flower hacia el inspector Rebus. Había llamado a Flower al bar, y este había regresado a la velocidad del piloto Jackie Stewart a St Leonard's para decírselo a Lauderdale.

Rebus sabía esto porque había estado mano sobre mano en St Leonard's mientras todos los demás estaban en el laboratorio forense en Fettes. Sabía que tenía que ser rápido, porque Watson le suspendería en cuanto volviese. Encontró unas cuantas bolsas y guardó los expedientes del Hotel Central en ellas, junto con el libro de reservas del Heartbreak Cafe. Luego se lo llevó todo a su coche y lo guardó en el maletero... sin duda el primer lugar donde Watson querría mirar.

Dios, había pensado librarse del arma aquella noche.

Lauderdale había dicho que se sospechaba que era el arma utilizada en el asesinato del Hotel Central. Bueno, sería bastante fácil de probar. Todavía tenían la bala original. Rebus deseó haber observado el arma más a fondo. Le había parecido flamante; quizá solo la habían utilizado para efectuar aquel disparo fatal.

No dudaba de que fuera el arma. Solo se preguntaba cómo demonios se las habían arreglado para tenderle la trampa. Intentó remontarse al pasado. Deek le había dado la pistola. Por lo tanto, de alguna manera habían llegado hasta Deek. El propio Rebus había

hecho correr la voz de que buscaba a Deek Torrance. Y se había corrido la voz. Alguien lo había oído y se había mostrado lo bastante interesado para buscar también a Deek. Fuera quien fuese, le habían preguntado cuál era su vinculación con John Rebus; y cuando Rebus le pidió a Deek el arma, este les había chivado la información.

Rebus se había tendido su propia trampa al pedir el arma. Solo entonces supieron qué hacer con él. Colocarle el arma era demasiado obvio, nadie se lo iba a creer. Pero tendrían que investigarlo, y una investigación de ese calibre podría llevar meses, tiempo durante el cual él estaría suspendido. Querían verle fuera del camino, eso era todo. Porque se estaba acercando.

Rebus sonrió. No estaba más cerca que Alaska... a menos que hubiese encontrado algo sin darse cuenta. Necesitaba repasarlo todo de nuevo, hasta el último detalle. Pero para eso necesitaría tiempo: un tiempo que esperaba que Watson le ofreciese sin darse ni cuenta.

En consecuencia, cuando entró en el despacho del comisario, sorprendió incluso a Watson con su tranquilidad.

—John —dijo Watson, después de indicarle a Rebus que se sentara—, ¿cómo es que siempre pareces tener un as escondido en la manga?

—Porque digo la palabra mágica, señor —respondió Rebus.

—¿Cuál es la palabra mágica?

Rebus pareció sorprendido de que Watson no lo supiese.

—Abracadabra, señor.

—John —dijo Watson—, estás suspendido temporalmente.

—Gracias, señor —manifestó Rebus.

Pasó aquella noche tras el rastro de Deek Torrance, incluso fue hasta South Queensferry; la esperanza más remota en una noche desconsolada. A Deek le habrían pagado mucho para que se alejase de la ciudad. A esas alturas, ni siquiera debía de estar en el hemisferio norte. Claro que siempre estaba la posibilidad de que le hubiesen silenciado de una manera más... permanente.

«Vaya compañero que resultaste ser», murmuró Rebus más de una vez para sí mismo. Para completar el círculo, fue a su sala de masaje favorita. Siempre parecía ser el único cliente, y se había preguntado

cómo ganaba dinero el Organillero. Ahora, por supuesto, ya lo sabía: las visitas a domicilio. Siempre que fueses lo bastante rico... o tuvieses la reputación adecuada.

—¿Cuánto tiempo hace que vas allí? —preguntó Rebus tumbado en la mesa, consciente de que el Organillero podía quebrarle el cuello o la espalda con enorme facilidad.

—Solo hace un par de meses. Alguien en un club le habló de mí a su mujer.

—¿La conoces?

—En realidad no. Cree que soy demasiado rudo.

—Suena a chiste, viniendo de la esposa de Big Ger Cafferty.

—Entonces ¿es un villano?

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Se olvida de que no llevo aquí tanto tiempo.

Era verdad. Rebus se había olvidado del linaje del norte de Londres del Organillero. Cuando estaba de humor, contaba unas historias maravillosas de aquella ciudad.

—¿Alguna cosa de él que quieras decirme? —aventuró Rebus, a pesar de las fuertes manos en su cuello.

—Nada que decir —respondió el Organillero—. El silencio es una virtud, inspector.

—Y hay mucho de eso por aquí. ¿Alguna vez has visto a alguien en su casa?

—Solo a su esposa y el chófer.

—¿Chófer? ¿Te refieres al hombre montaña con un buñuelo de cartílago por oreja izquierda?

—Eso explica el corte de pelo —murmuró el Organillero.

—Poca cosa más lo haría —afirmó Rebus.

Después de que el Organillero hubo acabado con él, Rebus volvió al apartamento. Michael estaba mirando una película de última hora; el resplandor de la televisión iluminaba su rostro ensimismado. Rebus la apagó, pero Michael continuó mirando la pantalla, sin parpadear. Tenía una taza de té frío en la mano. Rebus se la quitó con gentileza.

—Mickey —dijo—, necesito hablar con alguien.

Michael parpadeó y le miró.

—Siempre puedes hablar conmigo —respondió su hermano—. Ya lo sabes.

—Lo sé —asintió Rebus—. Ahora tenemos algo más en común.

—¿Qué es?

Rebus se sentó.

—Nos han suspendido a los dos hace poco.

25

El comisario Watson temía las mañanas de los sábados, en las que su esposa intentaba engatusarlo para que fuese de compras con ella. Horas de aburrimiento en grandes almacenes y tiendas de ropa, por no mencionar el supermercado, donde haría de cobaya para la última comida malaya para microondas o alguna fruta de nombre impronunciable. Lo peor de todo, por supuesto, era ver a otros hombres en la misma situación. Era un milagro que alguno de ellos no perdiese la chaveta y comenzara a gritar que habían sido cazadores terribles y orgullosos.

Pero esa mañana tenía la excusa del trabajo. Siempre trataba de tener una excusa para largarse a St Leonard's o llevarse trabajo a casa. Estaba en su estudio escuchando Radio Escocia y leyendo el periódico cuando sonó el teléfono. Era de balística en Fettes. Después de escuchar los resultados del informe, buscó un número en su agenda, e hizo una llamada.

—Te quiero en mi oficina el lunes por la mañana —le dijo a Rebus—, para un interrogatorio formal.

—Lo que quiere decir —comentó Rebus— que compré un arma envenenada.

—Con cianuro.

—¿Las balas coincidieron, señor?

—Sí.

—Usted sabía que coincidirían —dijo Rebus—. Yo también.

—Es embarazoso, John.

—Supongo que sí.

—Tanto para ti como para mí.

—Con todo respeto, señor, no estaba pensando en usted.

Cuando Siobhan Clarke se despertó aquella mañana, miró el reloj y salió disparada de la cama. ¡Casi las nueve! Comenzó a llenar la

bañera y a buscar su ropa interior limpia, cuando de pronto se dio cuenta: era fin de semana. No había necesidad de correr. De hecho, todo lo contrario. El equipo de relevo se había hecho cargo de Sacas de Dinero solo por ese primer fin de semana, para ver si había alguna señal de vida en la oficina de Dougary. Según Trading Standards, los fines de semana de Dougary eran sacrosantos. No se acercaba para nada a Gorgie. Pero tenían que estar seguros, y solo por ese fin de semana la Operación Sacas de Dinero tendría un equipo de relevo para vigilar el lugar. Si no ocurría nada, el siguiente fin de semana no se molestarían en ir. Dougary era fijo en sus costumbres.

Ella había tenido que quedarse de guardia más allá de las cinco y media solo en contadas ocasiones, y muchas veces incluso había terminado antes. A Siobhan le venía muy bien: significaba que había podido hacer un par de viajes útiles a Dundee fuera de hora.

Había organizado otro viaje para esa mañana, pero no necesitaba dejar Edimburgo hasta dentro de una hora, más o menos. Estaba segura de que volvería a casa antes de que comenzase el partido de los Hibs.

Era el momento del café. La sala de estar estaba desordenada, pero no le importaba. Por lo general, reservaba las mañanas de los domingos para las tareas domésticas. Era lo bueno de vivir sola: el desorden era solo tuyo. No había nadie con quien comentarlo o que se sintiese molesto por él. Bolsas de patatas, cajas de pizzas, botellas de vino casi acabadas, periódicos y revistas viejas, cajas de CD, prendas de ropa, correspondencia abierta y sin abrir, platos y cubiertos y todos los vasos del apartamento se podían encontrar en su sala de estar de cuatro por tres metros. En algún lugar debajo de toda aquella basura había un futón y un teléfono inalámbrico que estaba sonando.

Buscó debajo de la caja de pizza, encontró el aparato y levantó la antena.

—¿Eres tú, Clarke?

—Sí, señor.

La última persona que hubiese esperado: John Rebus. Caminó hasta el baño.

—Hay una interferencia terrible —comentó Rebus.

—Solo estoy cerrando el grifo de la bañera.

—Dios, estás en el...

—No, señor, todavía no. Es un teléfono inalámbrico.

—Odio estas cosas. Estás hablando durante cinco minutos, y entonces oyes el ruido de la cisterna. Bueno, lamento... ¿qué hora es?

—Acaban de dar las nueve.

—¿De verdad? —Parecía agotado.

—Señor, me he enterado de su suspensión.

—Me lo suponía.

—Sé que no es asunto mío, pero para empezar, ¿qué estaba haciendo con un arma?

—Protección psíquica.

—¿Perdón?

—Es así como lo llama mi hermano. Él debe saberlo, era hipnotizador.

—Señor, ¿está usted bien?

—Estoy bien. ¿Vas a ir al partido?

—No, si me necesita para cualquier otra cosa.

—Me preguntaba... ¿tienes los expedientes de Cafferty?

Ella volvió a la sala de estar. Sí, tenía los expedientes, sus contenidos estaban desparramados por la mesa.

—Sí, señor.

—¿Alguna probabilidad de que me los puedas traer a mi apartamento? Aquí solo tengo los expedientes del Hotel Central. En alguna parte de ellos hay una pista que me estoy perdiendo.

—¿Quiere cotejar los datos con los expedientes de Cafferty? Es una tarea considerable.

—No, si dos personas trabajan en ello.

—¿A qué hora quiere que esté allí?

El sábado en la casa de la tía de Brian Holmes en Barnton era un poco como el domingo, excepto que el sábado no tenía que negarle su compañía en la iglesia presbiteriana local. ¿Tan extraño era que, habiendo encontrado un lugar tan agradable como el Heartbreak Cafe, hubiese pasado tanto tiempo allí? Ahora, aquellos días se habían

acabado. Intentaba aceptar el hecho de que «Elvis» estaba muerto, pero era difícil. Se habían terminado el King Shrimp Creole, el Blue Suede Choux o el In the Gateau; se habían acabado los cócteles Blue Hawai; basta de copas de tequila (con José Cuervo Gold, por supuesto) o Jim Beam (el *bourbon* preferido de Eddie). Repitió en voz alta una de las frases favoritas del cocinero.

—Vamos, vamos, cariño. —Oh, fantástico, ahora su tía le había pillado hablando solo. Le sirvió una taza de Ovaltine—. Esto es para irse a la cama —le dijo él—. Ni siquiera es mediodía.

—Te calmará, Brian.

Bebió un sorbo. Tampoco tenía un sabor horroroso.

Pat había ido para preguntarle si quería ser uno de los que llevara el féretro el lunes. «Será un honor», le había dicho Holmes de todo corazón. Pat no había querido mirarle a los ojos. Quizás él también pensaba en las noches que se habían quedado de cotilleo hasta altas horas en el bar. En una de aquellas noches, cuando hablaban de los grandes desastres escoceses, Eddie había confesado que había estado presente en el incendio del Hotel Central.

—Estaba reemplazando a un tipo, dinero en mano y sin preguntas. Después de mi turno en el Eyrie.

—No sabía que habías trabajado en el Eyrie.

—Ayudante del cocinero. Si no recibe una estrella Michelin este año, será mejor que renuncie.

—¿Qué pasó en el Central? —La cabeza del Holmes no había estado del todo embotada por el alcohol.

—Estaban jugando una partida de póquer en una de las habitaciones en el primer piso. —Parecía estar perdiendo el hilo, cada vez más hundido en el sueño—. Tam y Eck estaban buscando jugadores...

—¿Tam y Eck?

—Tam y Eck Robertson...

—¿Qué pasó?

—No sirve de nada, Brian —dijo Pat Calder—, mírale.

Aunque Eddie tenía los ojos abiertos, apoyaba la cabeza sobre la barra: estaba dormido.

—Un primo mío estaba en Ibrox el día de la tragedia —confesó Pat,

mientras limpiaba una copa.

—Pero ¿recuerdas dónde estabas tú la noche que Jock Stein murió? —preguntó Holmes.

Siguieron más historias. Eddie durmiendo durante todas ellas.

Ahora dormido para siempre. Y Holmes sería el portador número cuatro del ataúd. Le había hecho a Pat unas cuantas preguntas.

—Es curioso —había dicho Pat—, tu jefe, Rebus, me preguntó lo mismo.

Por lo tanto, Brian sabía que el caso estaba en buenas manos.

Rebus circuló por las calles al mediodía. Los sábados, siempre que uno se mantuviese alejado de Princes Street, el centro de la ciudad tenía un apecto menos ajetreado. Por lo menos hasta las dos y media, cuando, ya fuese el lado este o el lado oeste (dependiendo de quién jugaba en casa), se llenaba con los aficionados al fútbol. Los días del clásico, lo mejor era mantenerse totalmente alejado del centro. Pero ese día no se disputaba el clásico, y los Hibs estaban en casa, así que la ciudad estaba tranquila.

—Preguntó por él la semana pasada —le dijo un barman a Rebus.

—Pregunto de nuevo.

Estaba buscando a Deek Torrance; una misión de buscar y destruir. Dudaba de que Deek estuviese por el lugar, pero algunas veces el dinero y el alcohol le hacían cosas terribles a un hombre: aumentaban su confianza y le hacían olvidar el peligro y la venganza. Rebus confiaba en que Deek aún estuviese gastando en alguna parte el dinero que había ganado con la venta del arma y el soplo. Se encontró con Chick Muir en un club social de Leith y pudo darle las noticias.

—Es terrible —le consoló Chick—. Mantendré la nariz pegada al suelo. A los informadores algunas veces los llamaban «narigudos», y la nariz de Chick era una de las más grandes.

A la una y media salía de una lúgubre casa de apuestas, donde había visto más lagrimas que en todos los hospicios de Escocia juntos. Diez minutos más tarde estaba sentado en el Sutherland, comiendo *haggis* con guarnición de colinabo y patatas recalentadas en el microondas. Alguien había dejado un periódico en la silla y comenzó a

leerlo. Por casualidad, estaba abierto en un artículo firmado por Mairie Henderson.

—Llega tarde —le dijo a Mairie cuando se hubo sentado.

Ella casi se levantó de nuevo impulsada por la furia.

—¡Estoy aquí desde hace media hora! Desde la una y cuarto, tal como acordamos. Me he quedado aquí hasta y media.

—Creía que habíamos quedado a y media —se disculpó Rebus con toda inocencia.

—No estaba aquí a y media. Tiene suerte de que volviese.

—¿Por qué lo ha hecho?

Ella le arrebató el periódico.

—Me dejé el periódico.

—De todas maneras, no trae gran cosa.

Engulló un bocado de *haggis*.

—Creía que me iba a invitar a comer.

Rebus señaló hacia el mostrador.

—Sírvase usted misma. Lo agregarán a mi cuenta.

Ella decidió que tenía más hambre que furia. Volvió del mostrador de comidas con un plato de quiche y ensalada de judías, y cogió el bolso.

—¡Aquí no tienen cuentas! —informó.

Rebus le dedicó un guiño.

—No era más que una broma. —Intentó darle el dinero, pero ella se giró sobre los tacones. Tacones bajos, unos zapatos curiosos como los Doc Marten's infantiles. Y medias de color negro. Rebus jugó con la comida en su boca. Ella se sentó por fin y se quitó el abrigo. Le llevó un momento ponerse cómoda.

—¿Algo de beber? —preguntó Rebus.

—Supongo que es mi ronda —exclamó ella, tajante.

Rebus negó con la cabeza, así que ella pidió un zumo de naranja con ginebra. Rebus fue a buscar las bebidas. Media pinta de Guinness para él. Sin duda había más nutrientes en la Guinness que en la basura que acababa de tragarse.

—¿Cuál es el gran secreto? —preguntó Mairie.

Rebus utilizó el meñique para dibujar sus iniciales en la espuma de

su copa, sabiendo que estarían allí cuando llegase al final.

—Me han mostrado la tarjeta roja.

Eso hizo que ella le mirase.

—¿Qué? ¿Suspendido? —Ya no estaba furiosa con él. Era una reportera que olfateaba la noticia. El inspector asintió—. ¿Qué ha pasado?

Alterada, se llevó a la boca una cucharada de judías blancas y garbanzos. Rebus había tomado un curso rápido de legumbres con sus inquilinos. Más allá de las judías pintas y los garbanzos negros, podía distinguir una judía borlotti de una pinta a cincuenta metros contra el viento.

—Entré en posesión de una pistola, una Colt 45. Puede o no haber sido una copia.

—¿Y?

Estuvo a punto de salpicarle de comida por el ansia.

—Era el arma utilizada en el asesinato del Hotel Central.

—¡No!

Su grito hizo que varios bebedores hicieran una pausa antes del siguiente trago. El Sutherland era esa clase de lugar. Una guerra en plena calle no hubiese merecido más que un único y mesurado comentario. Rebus vio cómo la cabeza de Mairie se llenaba de preguntas.

—¿Aún escribe para la edición dominical? —le preguntó. Ella asintió, todavía ocupada intentando encontrar un orden para todas las preguntas que tenía—. ¿Podría hacerme un favor? Siempre he querido estar en primera plana.

No es que tuviese alguna intención de ver su propio nombre en el artículo. Lo repasaron a fondo juntos, en la redacción. Rebus por fin pudo recorrer el edificio. Le decepcionó un poco, no eran más que escaleras y oficinas abiertas, sin mucha acción; la poca que había estaba centrada exclusivamente en la mesa de Mairie y el ordenador.

Hubo una discusión con el editor del dominical. Necesitaban estar seguros de unas cuantas cosas, como siempre ocurría con las historias no atribuidas. En la ley escocesa, no había lugar para pruebas no

corroboradas. La prensa parecía seguir el ejemplo, pero Rebus tenía una firme defensora en la mujer cuyo nombre aparecería firmando el relato. Después de una conferencia telefónica con el bien remunerado abogado del periódico, se dio la autorización y Mairie comenzó a teclear.

—No puedo prometer la primera página —le avisó el editor—. ¡Cuidado con la noticia bomba! Ahora mismo acaban de enviar a las tres víctimas de un accidente de coche a las páginas interiores.

Rebus se quedó para ver todo el proceso. Una serie de órdenes en el ordenador de Mairie enviaron el texto a composición, que se hacía en alguna otra parte del edificio. Luego, una impresora láser comenzó a imprimir una copia burda de lo que sería la primera plana de la edición del día siguiente, con este titular: RECUPERADA EL ARMA DE UN MISTERIOSO CRIMEN DE CINCO AÑOS.

—Esto cambiará —dijo Mairie—. El subdirector hará que lo cambien en cuanto lea el artículo.

—¿Por qué?

—Para empezar, parece como si la víctima de asesinato fuese un niño de cinco años.

Así era. Rebus no se había dado cuenta. Mairie le estaba mirando.

—¿Esto no le meterá todavía en más líos?

—¿Quién va a saber que fui yo quien le dio la historia?

Ella sonrió.

—Bueno, puede empezar con todos los polis de la ciudad de Edimburgo.

Rebus también sonrió. Esa mañana había comprado unas cuantas píldoras de cafeína para mantenerse en marcha. Funcionaban muy bien.

—Si alguien pregunta —dijo—, solo tendré que decirle la verdad.

—¿Y cuál es?

—Que no fui yo.

26

Rebus les soltó dinero a los estudiantes para que estuviesen fuera del apartamento hasta la medianoche. Se preguntó si en la historia oficial escocesa era el único casero que pagase a sus inquilinos. Solo estaban dos de ellos: los otros dos (ahora ya tenía cuatro inquilinos permanentes, cuyos nombres aún tenía dificultades para recordar) se habían ido a casa para que los mimasen y pusiesen al día con la comida.

Michael, sin embargo, se quedó. Rebus sabía que no sería ninguna molestia. Estaría durmiendo en el cuarto trastero o mirando la tele; no parecía importarle que no hubiese sonido, siempre que hubiese imágenes para mirar.

Rebus compró una bolsa de provisiones. Café de verdad, leche, cervezas, bebidas gaseosas y aperitivos. De nuevo en el apartamento recordó que Siobhan era vegetariana, y se maldijo a sí mismo por haber comprado patatas chips con sabor a beicon ahumado. Claro que era un sabor conseguido a base de ingredientes artificiales y quizá por eso no importaría. Clarke legó a las cinco y media.

—Pasa, pasa. —Rebus la llevó por el largo pasillo hasta la sala de estar—. Este es mi hermano Michael.

—Hola, Michael.

—Mickey, ella es la detective Siobhan Clarke. —Michael asintió y parpadeó poco a poco—. Permíteme tu chaqueta. Por cierto, ¿cómo ha ido el partido?

—Sin goles.

Siobhan dejó las dos bolsas y se quitó la chaqueta de cuero negro. Rebus llevó la chaqueta al pasillo y la colgó. Cuando volvió, se fijó en que ella observaba la sala con expresión dudosa.

—Parece una pocilga —comentó Rebus, aunque había dedicado un cuarto de hora a ordenarlo.

—Pero es grande. —Ella no negó que fuese una pocilga. Apenas si se

podía ver a través de la gran ventana de guillotina. Y la alfombra parecía como caída del lomo de un búfalo. En cuanto al papel de pared... podía comprender por qué los estudiantes habían intentado cubrir hasta el último centímetro con pósteres de k.d. lang y Jesus and Mary Chain.

—¿Quieres beber algo?

Ella rechazó la oferta.

—Pongámonos manos a la obra.

No era la situación que ella había imaginado. El hermano zombi no ayudaba, por supuesto, pero tampoco era una gran distracción. Se pusieron al trabajo.

Una hora más tarde habían rascado en la superficie de los expedientes. Siobhan se tomaba su segunda lata de Coca-Cola tumbada de lado en el suelo, con las piernas recogidas y un brazo soportando el peso de la cabeza; un expediente estaba en el suelo delante de ella. Rebus estaba sentado cerca, en el sofá, con los expedientes sobre el regazo y una montaña a su lado. Tenía un bolígrafo detrás de la oreja, como si fuese un carnicero o un corredor de apuestas. Siobhan sujetaba su boli en la boca, y lo golpeaba contra los dientes cuando pensaba. En la tele sin sonido pasaban uno de aquellos horribles programas de preguntas y respuestas. Por la expresión de su rostro, Michael parecía haber estado sufriendo un consejo de guerra.

Se levantó de la silla.

—Me voy a dormir —informó.

Siobhan intentó no parecer sorprendida cuando Michael no se dirigió hacia la la sala de estar, sino hacia el trastero.

—Dos cosas me gustarían más que nada —dijo Rebus—. Identificar a la víctima del asesinato de una vez por todas...

—¿E identificar al asesino? —probó Siobhan.

Rebus negó con la cabeza.

—Situar a Big Ger en la escena.

—No hay absolutamente ninguna prueba de que estuviese cerca del lugar.

—Quizá nunca la habrá. De todas maneras, seguimos sin saber

quiénes estaban en la partida de póquer; no pueden haber estado solo los hermanos Bru-Head.

—Podríamos hablar con los que estuvieron allí esa noche.

—Sí, podríamos.

Rebus no parecía entusiasmado.

—También podríamos encontrar a los hermanos (siempre suponiendo que estén vivos) y preguntarles.

—Su primo podría saber dónde están.

—¿Quién? ¿Radiador McCallum?

Rebus asintió.

—Claro que tampoco sabemos dónde está. Eddie Ringan estaba allí, pero nunca apareció en la lista oficial. Aengus tampoco estaba en la lista, ni lo estaban los hermanos Bru-Head. Me sorprende que tengamos algunos nombres.

—Estamos hablando de hace mucho tiempo.

Siobhan parecía relajada con Michael fuera de la habitación.

—Quizá tendría que hacer otro intento con Black Aengus.

—No, si sabe lo que es bueno para usted.

Siobhan podría haber dicho algo sobre Dundee, pero primero quería verlo confirmado. Lo sabría el lunes.

Sonó el teléfono. Rebus atendió.

—¿John? Soy Patience.

—Hola.

—Hola. Me pareció que podríamos fijar aquella cita.

—De acuerdo. ¿Para una copa?

—¿No me digas que te has olvidado? No, sé lo que es: te estás haciendo el duro. No insistas demasiado, Rebus.

—No, no es eso. Solo que estoy ocupado ahora mismo.

Siobhan pareció captar la insinuación. Se levantó, y con un gesto le indicó que iría a preparar café en la cocina. Rebus asintió.

—Bueno, lamento interrumpir lo que sea que estás...

—No lo interpretes mal, Patience, solo que tengo muchos frentes abiertos.

—¿Yo no estoy en ninguno?

Rebus soltó un sonido de exasperación. Desde la cocina llegó el

ruido de un estornudo. Sí, aquellas casas de Easter Road a veces podían ser pequeñas.

—John —dijo Patience—. ¿Hay una mujer en el apartamento?

—Sí —contestó.

—¿Una de las estudiantes?

Él pocas veces mentía.

—Una colega. Estamos trabajando con las notas de un caso.

—Comprendo.

Dios, tendría que haber intentado mentir, pero tenía la cabeza demasiado ocupada con el Hotel Central para poder enfrentarse a los reproches de Patience.

—Escucha, ¿tienes un lugar y una hora para esa copa?

Pero Patience había colgado. Rebus miró el auricular, se encogió de hombros, y lo dejó en la alfombra. No quería más interrupciones.

—El café está listo —avisó Siobhan.

—Vale.

—¿Ha sido algo que he dicho?

—¿Qué? No, no, solo... nada.

Pero Siobhan era astuta.

—Me ha oído estornudar y ha pensado que había otra mujer aquí.

—Hay otra mujer aquí. Solo es la manera como funciona su mente. No acaba de confiar en mí.

—¿Tendría que confiar en usted?

Rebus suspiró.

—Háblame de nuevo de los hermanos Robertson.

Siobhan se sentó en el suelo y comenzó a leer el expediente. Desde el sofá, Rebus tenía una vista privilegiada de la parte superior de su cabeza, de la nuca con los finos pelos desapareciendo en el cuello, las orejas pequeñas perforadas...

—Sabemos que se llevaban bien. Era una familia unida: seis chicos en una casa de un solo dormitorio.

—¿Qué pasó con los otros hermanos y hermanas?

—Cuatro hermanas —leyó Siobhan—. Esposas y madres respetuosas de la ley en estos días. Los chicos eran los únicos tarambanas. A ambos les gustaba jugar, sobre todo a las cartas y a los caballos. Tam

es el mejor jugador de cartas de los dos, pero Eck tiene más suerte en los caballos... Recuerde que toda esta información es de hace seis años, y además no son más que habladurías.

Rebus asintió. Estaba recordando al viejo del último bar en Lochgelly, aquel que había ido a gorronear copas a los pintores y decoradores. Había dicho que uno de los dibujos le parecía conocido. Entonces, uno de los pintores le había interrumpido con la historia de que reconocería mejor a cualquier corredor de apuestas. O sea, que el viejo era aficionado a los caballos; y también lo eran Eck y Tam.

—Quizá le vio en una casa de apuestas —dijo Rebus en voz alta.

—¿Perdón?

Rebus se lo contó.

—Valdría la pena intentarlo —opinó Siobhan—. ¿Qué más tenemos para seguir adelante?

Rebus tenía un buen contacto en el DIC de Dunfermline, el sargento Hendry. Se rumoreaba que Hendry era demasiado bueno en su trabajo para que algún día fuese ascendido. Solo los incompetentes ascendían; así los apartaban del camino. Como inspector, Rebus no necesariamente estaba de acuerdo, pero sabía que Hendry tendría que haber sido inspector desde hacía mucho y se preguntaba qué o quiénes lo estaban impidiendo. No podía ser que Hendry fuese demasiado agresivo: era una de las personas más tranquilas que Rebus había conocido. Su afición, observar y estudiar las aves, reflejaba su naturaleza. Una vez, mientras trabajaban juntos en un caso, se habían dado los números de teléfono particulares. Sí, valía la pena intentarlo.

—Hola, Hendry. Soy Rebus.

—Rebus, se puede confiar en ti para incomodar el descanso de un trabajador.

—¿Has estado observando pájaros?

—Esta mañana vi un pájaro carpintero moteado.

—Una vez vi una polla moteada.

—Ah, pero yo no soy un hombre de mundo como tú. ¿Qué quieres?

—Quiero que busques en tu guía de teléfonos local. Estoy buscando casas de apuestas.

—¿Alguna en particular?

—No, no soy quisquilloso. Necesito los nombres y las direcciones de todas ellas.

—¿De qué ciudades?

Rebus lo pensó.

—Dunfermline, Cowdenbeath, Lochgelly, Cardenden, Kelty, Ballingry. Eso para empezar.

—Esto podría llevar algo de tiempo. ¿Te puedo llamar?

—Sí, claro. De paso piensa en dos nombres para mí. Tam y Eck Robertson. Son hermanos.

—Vale. Me han dicho que estás en Arden Street.

—¿Qué?

—La doctora te echó. ¿Qué pasó? ¿Fueron tus modales de cama?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Las noticias vuelan. Entonces ¿no es verdad?

—No, no lo es. Solo que mi hermano está aquí por... bah, olvídalo.

—Te llamaré más tarde.

Rebus colgó.

—¿Te lo puedes creer? Todo maricón parece saber qué pasa entre Patience y yo. ¿Qué pasa, lo publicaron los periódicos o algo así?

Siobhan sonrió.

—¿Y ahora qué?

—Hendry volverá a llamar con los detalles. Mientras tanto, podríamos salir y comer un curry o alguna cosa.

—¿Qué pasa si llama cuando estamos fuera?

—Lo intentará de nuevo.

—¿No tiene contestador automático?

—Nunca conseguí que funcionase, así que lo tiré. Además, hay tantas casas de apuestas en Fife, que Hendry tardará horas.

Caminaron hasta Tollcross. Siobhan insistió en que le vendría bien un poco de aire fresco.

—Creía que habías tenido aire fresco de sobra en el partido.

—¿Bromea? ¿Aire fresco? Entre el humo de los cigarrillos, el olor de la cerveza y la grasa de los pasteles de carne...

—Me estás quitando las ganas de curry.

—Estoy convencida de que usted es de los que prefieren el *vindaloo*.

—Estrictamente, Madrás —dijo Rebus.

El inspector razonó que, después de la cena, Siobhan bien podía irse a casa. Ya no podrían hacer nada esa noche con la lista de las casas de apuestas, y al día siguiente los locales estarían cerrados. Pero Siobhan quería quedarse por lo menos hasta que Hendry telefonease.

—Aún no hemos acabado con los expedientes —afirmó ella.

—Es verdad —asintió Rebus.

Acabada la cena, mientras Siobhan se tomaba un café, Rebus pidió comida precocinada para llevarle a Michael.

—¿Su hermano está bien? —preguntó Siobhan.

—Está mejorando —insistió Rebus—. Le falta poco para terminar con las pastillas. Estará bien en cuanto se libre de ellas.

Como para demostrar esta afirmación, cuando volvieron al apartamento Michael estaba en la cocina, sumergiendo una bolsita de té en un vaso de agua caliente turbia. Parecía como si acabase de ducharse, y también se había afeitado.

—Te he traído curry —dijo Rebus.

—Debes de ser vidente. —Michael olió el interior de la bolsa—. ¿Rogan Josh?

Rebus asintió y se volvió hacia Siobhan.

—Michael es el experto de la ciudad en Rogan Josh.

—Alguien llamó mientras estabais fuera.

Michael sacó las cajas de cartón de la bolsa.

—¿Hendry?

—Así se llamaba.

—¿Dejó un mensaje?

Michael abrió las dos cajas: carne y arroz.

—Dijo que tuvieras preparado un bolígrafo y un montón de papel.

Rebus sonrió a Siobhan.

—Venga —dijo—, vamos a ahorrarle a Hendry la factura del teléfono.

—Me alegro de que me hayas llamado —fueron las primeras palabras de Hendry—. Para empezar, tengo un torneo de bolos dentro de media hora; segundo, esta es una lista muy larga.

—Pues díctamela —dijo Rebus.

—¿No podría mandártela por fax a la comisaría?

—No, no puedes, estoy fuera de juego.

—No lo había oído.

—Es curioso: sin embargo te enteras bien pronto de mi vida amorosa. Preparado para cuando tú digas.

Mientras Hendry le daba los nombres, direcciones y números de teléfono, Rebus se los transmitía a Siobhan. Ella había dicho que escribía muy rápido, así que comenzó encargándose de la transcripción, pero después de diez minutos le dolía la mano y tuvieron que cambiar sus posiciones. La lista final ocupaba tres folios. Además de la información básica, Hendry había agregado datos de su propia cosecha, como peleas por las licencias, sospechas de compraventa de bienes robados, lugares donde se reunían los delincuentes, y cosas por el estilo. Rebus lo agradeció todo.

—Una gran institución, las casas de apuestas —comentó cuando Siobhan le devolvió el teléfono.

—Ya lo puedes decir —afirmó Hendry—. ¿Ahora puedo irme?

—Claro, y gracias por todo.

—Mientras sirva para que vuelvas al equipo... Necesitamos todos los mediocentro que podamos. Por cierto, aquellos nombres no me sonaron. Y... ¿Rebus?

—¿Qué?

—Ella tiene la voz de ser una tía fenomenal.

Hendry cortó antes de que Rebus pudiese explicar nada. Cuando se trataba de chismes, Hendry era un auténtico cotilla. Rebus temía pensar en las historias que oiría de sí mismo en las siguientes semanas.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Siobhan.

—Nada.

Ella había empezado a repasar la lista por su cuenta.

—Bien, ninguno de los nombres que hay aquí significa nada para mí.

Rebus le cogió la lista.

—Para mí tampoco.

—¿La próxima parada Fife?

—Para mí sí. El lunes, supongo. —Excepto que el lunes tendría que informar al comisario Watson y asistir al funeral de Eddie Ringan—. Tú —añadió— estarás ocupada en la Operación Sacas de Dinero.

—Vaya, yo también pensaba ir al funeral. Eso nos daría una excusa para un par de horas de trabajo en Fife.

—Te agradezco la intención, pero tú todavía estás en el cuerpo. Soy yo quien tiene tiempo para esta clase de trabajos. —Ella pareció muy desilusionada—. Y es una orden —añadió Rebus.

—Sí, señor —dijo Siobhan.

27

Pensar en otro interminable domingo abatió tanto a Rebus que, después de ir a misa, cruzó el Forth Road Bridge de vuelta a Fife.

Había estado en Nuestra Señora del Perpetuo Infierno, sentado en los bancos del fondo, preguntándose si el sacerdote que oficiaba la misa era su sacerdote. El acento era escocés-irlandés: difícil de saber. Su sacerdote había hablado en voz baja, mientras que este lo soltaba todo a voz en cuello. Quizás algunos en la congregación fueran sordos, pero al menos había bastantes jóvenes presentes. Él fue casi el único que no tomó la comunión.

Decidió dejar la visita a Dunfermline para el final (la ciudad más grande, con la mayoría de los locales); comenzaría por las pequeñas. No recordaba si era más rápido llegar a Ballingry saliendo de la autopista en Kinross pero, desde luego, era un recorrido mucho más bonito. Se sintió tentado de detenerse en Loch Leven, testigo de tantas meriendas y partidos de fútbol de la infancia; aún tenía un bulto debajo de la rodilla donde Michael una vez le había dado un puntapié. Las carreteras angostas y sinuosas estaban llenas de domingueros con sus coches pulidos como medallas. Existía la posibilidad de que Hendry estuviera en el santuario de aves de Loch Leven, pero Rebus no se detuvo. Pronto llegó a los límites sombríos de Ballingry, donde no se quedó más tiempo del necesario.

No estaba muy seguro de qué conseguiría con ese viaje. Todas las casas de apuestas estaban cerradas. Quizá podría encontrar a alguien con quien charlar sobre este o aquel corredor de apuestas, pero sería complicado. De momento, sabía lo que estaba haciendo, solo quería matar el tiempo, y era un buen lugar para hacerlo. Al menos ahí tenía la ilusión de que estaba haciendo algo constructivo respecto al caso. Aparcó delante de un local cerrado y marcó una tilde junto a la dirección en la lista de tres páginas.

Por supuesto, había más de una razón para levantarse tan temprano

esa mañana y salir pronto de casa. En el coche tenía el periódico dominical. La historia del Hotel Central se había publicado en primera plana con el siguiente titular: ASESINATO EN EL INCENDIO DEL CENTRAL: HALLADA EL ARMA. En cuanto Watson y compañía lo viesen, se pondrían al teléfono los unos con los otros y, desde luego, con John Rebus. Pero por una vez, los estudiantes tendrían que atender sus llamadas. Había leído el artículo dos veces, y se sabía cada palabra de memoria; confiaba en que en otro lugar alguien también lo estuviese leyendo y le entrase el pánico...

Las siguientes paradas: Lochore, Lochgelly, Cardenden. Rebus había nacido y se había criado en Cardenden. Bueno, en realidad en Bowhill, en los tiempos en que solo había cuatro parroquias: Auchterderran, Bowhill, Cardenden, y Dundonald. La gente lo llamaba el ABCD. Luego el correo lo había aglomerado todo como una sola ciudad, Cardenden. No distaba mucho del lugar que Rebus había conocido. Detuvo su coche en el cementerio y pasó unos minutos junto a las tumbas de su padre y su madre. Una mujer de unos cuarenta y tantos colocó unas flores junto a una lápida cercana y sonrió a Rebus al pasar. Cuando Rebus volvió a la entrada del cementerio, la mujer esperaba allí.

—¿Johnny Rebus?

Era tan inesperado que Rebus sonrió, y la sonrisa incluso borró años de su rostro.

—Iba a la escuela contigo —añadió la mujer—. Heather Cranston.

—¿Heather...? —La miró a la cara—. ¿Cranny?

Ella se llevó una mano a la boca para tapar la risa.

—Nadie me llama así desde hace veintitantos años.

Ahora la recordaba, gracias a la manera en que siempre se tapaba la boca con la mano, preocupada porque su risa le parecía demasiado ridícula. Ella señaló con la cabeza hacia el cementerio.

—Paso junto a tu mamá y tu papá casi todas las semanas.

—Es más de lo que yo hago.

—Sí, pero tú ahora estás en Edimburgo, ¿verdad?

—Así es.

—¿Vienes de visita?

—De paso.

Habían salido del cementerio y caminaban colina abajo hacia Bowhill. Pasaron junto al coche de Rebus, pero él no tenía deseos de interrumpir la conversación, así que siguieron calle abajo.

—Sí, mucha gente pasa —comentó ella—, pero muy pocos se quedan. Solía conocer a casi todos en el lugar, pero ahora no...

Al escucharla, Rebus comprendió lo mucho que había perdido de su dialecto a lo largo de los años.

—Ven a tomar una taza de té —le dijo ella.

Rebus había buscado en vano un anillo de compromiso o una alianza matrimonial en su mano. Por cierto, que no era una mujer poco atractiva. Era grande, al contrario que en los tiempos de la escuela, cuando era pequeña y tímida. O quizá Rebus no la recordaba bien. Le brillaban las mejillas y llevaba maquillaje en los ojos; calzaba zapatos negros con tacones de cinco centímetros, y llevaba puestas unas medias de color té en las musculosas piernas. Rebus, que no había desayunado ni comido, estaba seguro de que tendría una panera llena de pasteles y galletas.

—Sí, ¿por qué no? —respondió.

Heather vivía en una casa en Craigside Road. Habían pasado por delante de una casa de apuestas en el trayecto desde el cementerio, pero estaba tan muerta como el resto de la calle.

—¿Vas a echar una mirada a la casa vieja? —Se refería a la casa donde Rebus había crecido. Él se encogió de hombros y miró cómo abría la puerta. En el vestíbulo, ella trató de afinar su oído después de gritar—: ¡Shug! ¿Estás arriba? —Pero no llegó sonido alguno de la planta alta—. Es un milagro —opinó—. ¿Levantado antes de las cuatro? Habrá tenido que ir a alguna parte. —Vio la expresión en el rostro de Rebus, y se llevó la mano a la boca—. No te preocupes, no es un marido, un novio, ni nada por el estilo. Hugh es mi hijo.

—¡Oh!

Ella se quitó el abrigo.

—Pasa.

Le abrió la puerta de la sala de estar. Era una habitación pequeña, con un tresillo enorme, una mesa de comedor rodeada de sillas, un

aparador y un televisor. Había quitado la chimenea para poner calefacción central.

Rebus se sentó en una de las sillas junto a la chimenea.

—Pero ¿no estás casada?

Heather dejó el abrigo sobre la balaustrada de la escalera.

—Nunca le vi mucho sentido —respondió, y entró en la habitación.

Devoró el espacio mientras se movía hacia el radiador para ver si estaba caliente, luego a la repisa de la chimenea en busca del paquete de cigarrillos y el mechero. Le ofreció uno a Rebus.

—Lo he dejado —dijo él—. Órdenes del doctor. —En cierto sentido, era verdad.

—Intenté dejarlo una o dos veces, pero no te puedes imaginar los kilos que me puse encima.

Dio una calada muy profunda.

—Entonces, el padre de Hugh...

Ella soltó el humo por la nariz.

—En realidad nunca le conocí. —Vio la sorpresa en el rostro de Rebus—. ¿Te he sorprendido, Johnny?

—Solo un poco, Cranny. Solías ser tan... bueno...

—Tranquila. De eso hace una eternidad. ¿Qué te apetece: café, té o yo?

La mano que sujetaba el cigarrillo tapó su sonrisa.

—El café ya me va bien —asintió John Rebus, y se removió en la silla. Ella trajo dos tazas de café instantáneo.

—Lo siento, no hay galletas, se han terminado. —Le dio una taza—. Ya tiene azúcar, espero que esté bien.

—Está bien —dijo Rebus, que nunca tomaba azúcar.

La taza era un recuerdo de Blackpool. Hablaron de las personas que habían conocido en la escuela. Sentada delante de él, ella decidió en un momento cruzar las piernas. Pero la falda era demasiado ceñida, así que renunció y se tiró del dobladillo de la prenda.

—¿Qué te trae por aquí? Dijiste que estabas de paso.

—Bueno, más o menos. En realidad estoy buscando una casa de apuestas.

—Pasamos por delante de una cuando...

—Una en particular. Es probable que sea nueva, construida en los últimos cinco años, o comprada por un nuevo corredor durante ese tiempo.

—Entonces la que buscas es Hutchy's. —Lo dijo con toda naturalidad, y después le dio una calada al cigarrillo.

—¿Hutchy's? Si esa casa ya existía cuando éramos renacuajos.

Ella asintió.

—Llevaba el nombre de Joe Hutchinson, su primer dueño. Luego falleció y su hijo Howie se hizo cargo. Intentó cambiarle el nombre, pero todos continuaron llamándola Hutchy's, así que desistió. Hará unos cinco años, quizás un poco menos, la vendió y se largó a España. Imagínate, la misma edad que nosotros y con toda una fortuna para él solo. Se retiró al sol.

—¿A quién le vendió el negocio?

Ella tuvo que pensarlo.

—Creo que se llama Greenwood. Pero el lugar se sigue llamando Hutchy's. Es lo que pone el cartel encima de la puerta. Sí, Tommy Greenwood.

—¿Tommy? Estás segura. ¿No es Tom o Tam?

Ella negó con la cabeza, coronada con una permanente. Se había hecho un teñido entrecano hacía muy poco, seguramente para ocultar el gris auténtico del pelo.

—Tommy Greenwood —repitió Heather—. Una amiga mía solía salir con él.

—¿Llevaba mucho en Cardenden antes de comprar Hutchy's?

—No, qué va. No le conocíamos de nada. En poco tiempo, compró Hutchy's y la casa del viejo doctor cerca del río. Dice la gente que le pagó a Howie una maleta llena de dinero, y que sigue sin tener una cuenta bancaria.

—Entonces ¿de dónde vino el dinero?

—Ah, haces una buena pregunta. —Ella asintió con la cabeza lentamente—. A unos cuantos les gustaría saber la respuesta.

Hizo unas cuantas preguntas más referentes a Greenwood, pero ella no podía decirle mucho más. Por lo visto era muy reservado, e iba a pie desde su casa a la agencia todos los días. No tenía un coche lujoso,

ni esposa o hijos. Tampoco socializaba mucho ni bebía.

—Sería un buen candidato para alguna mujer —opinó, con un tono que hizo saber a Rebus que ella misma lo había intentado—. Oh, sí, sería una buena pieza.

Rebus pudo escapar veinte minutos más tarde, pero no sin el intercambio de direcciones, números de teléfono y las promesas de mantenerse en contacto. Pasó sin prisas por delante de Hutchy's (un local poco atractivo con la pintura desconchada y las ventanas sucias) y luego ascendió colina arriba a paso enérgico hasta el cementerio. Otro coche estaba aparcado justo detrás del suyo. Un Renault 5 rojo cereza. Pasó junto a su coche y golpeó en la ventanilla del Renault. Siobhan Clarke bajó el periódico y bajó la ventanilla.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó Rebus.

—Siguiendo una corazonada.

—Yo no tengo corazonadas.

—Me llevó un tiempo. ¿Comenzó por Ballingry? —Él asintió—. Eso fue lo que hizo que me perdiera. Salí de la autopista en Kelty.

—Escucha —dijo Rebus—, encontré un candidato.

Clarke no pareció interesada.

—¿Ha visto el periódico esta mañana?

—Ah, claro. Pensaba hablarte al respecto.

—No, no en la portada, en el interior.

—¿En el interior?

La detective le señaló un título y le entregó el periódico a través de la ventanilla. tres heridos en un choque en la m8. El artículo relataba cómo el sábado por la mañana un BMW se salió de la autopista con dirección a Glasgow y acabó en un campo. La familia que iba en el coche estaban todos hospitalizados: la esposa, el hijo adolescente y el «empresario de Edimburgo David Dougary, de cuarenta y un años».

—Joder —exclamó Rebus—. Quité eso de la primera página.

—Es una pena que no lo leyese en el momento. ¿Qué pasará ahora?

Rebus leyó la noticia de nuevo.

—No lo sé. Depende. Si cierran o transfieren la operación de Gorgie, o la dejamos o seguimos con ella.

—¿Seguimos? Recuerde que está suspendido.

—Cafferty traerá a algún otro para que se encargue del tema mientras Dougary está ingresado.

—Tendrá muy poco tiempo.

—Significa que tendrá que escoger al primero.

—¿O sustituir a Dougary él mismo?

—Lo dudo —dijo Rebus—, pero ¿no sería fantástico si lo hiciera? La única manera de saberlo es manteniendo la vigilancia hasta que ocurra algo, sea lo que sea.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto tenemos una tonelada más de casas de apuestas que visitar. —Rebus se volvió y dirigió a Bowhill una mirada sonriente —. Pero algo me dice que ya tenemos a un yanqui a la vista.

—¿Qué es un yanqui? —preguntó Siobhan, mientras Rebus entraba en su coche.

Se detuvieron para comer un bocado y tomar té en Dunfermline. Rebus le relató la historia de Hutchy's y el hombre con la maleta llena de dinero. Ella frunció el ceño ligeramente, como si el té estuviera demasiado caliente o el sándwich de huevo y mayonesa, demasiado fuerte.

—¿Cómo dijo que era el nombre? —preguntó.

—Tommy Greenwood.

—Está en el expediente de Cafferty.

—¿Qué?

Esta vez fue el turno de Rebus para torcer el rostro.

—Tommy Greenwood. Estoy segura de que es ese. Era uno de los asociados de Cafferty años atrás. Luego desapareció de la escena, como tantos otros. Discutieron por la igualdad en un reparto o algo así.

—Suena como tener una piedra atada a los cojones y ser arrojado desde un puente.

—Como usted dice, es una profesión móvil.

—Glu, glu, glu, todo el camino hasta el fondo.

Siobhan sonrió.

—¿Es el Tommy Greenwood verdadero o algún otro?

Rebus se encogió de hombros.

—Si el maricón se ha hecho la cirugía plástica, será difícil saberlo. Pero siempre hay maneras. —Asintió para sí mismo—. Sí, siempre hay maneras.

Maneras que comenzaban por hablar con un amigo inspector de Hacienda...

Aquel domingo, más de una persona leyó la noticia en la primera página de su periódico dominical con una mezcla de angustia, miedo, culpa y furia. Se hicieron llamadas telefónicas; se intercambiaron palabras como balas. Pero siendo domingo, no había mucho que nadie pudiese hacer al respecto excepto, si tenían algo de conciencia, rezar. Si los bares o los comercios que vendían alcochol hubiesen estado abiertos, quizás habrían podido ahogar sus penas o calmar sus furias. Tal y como estaban las cosas, la furia solo aumentó, y también la angustia.

Todo por culpa de John Rebus. Todos estaban más o menos de acuerdo: John Rebus estaba ahí fuera con un ariete. Y más de una persona estaba dispuesta a abrir la puerta y dejarle entrar: dejarle entrar en su guarida. Después, cerraría la puerta.

28

La reunión en el despacho del Granjero Watson estaba programada para las nueve de la mañana. Al parecer, querían a Rebus tranquilo. Podía gruñir fuerte por la mañana pero, por lo general, no comenzaba a morder hasta la tarde. Desde Watson hasta el personal de la cantina sabían que le habían tendido una trampa, pero no ponía las cosas más fáciles. Para empezar, la investigación sobre el asesinato del Hotel Central no era oficial, y Watson todavía no tenía interés en autorizarla. Por lo tanto, Rebus había estado trabajando por libre. Lo cierto es que llegado a este punto, debía reconocerle al Granjero sus méritos: sabía cuidar de su equipo; entre los dos consiguieron inventarse una historia donde Rebus tenía permiso para buscar en los archivos en su tiempo libre.

—Por si surgieran nuevas pruebas que reabrieran el caso —dijo el Granjero. Su secretaria, una mujer inteligente y con un gusto horroroso para el color de pelo, anotó las palabras finales—. Póngale fecha de hace un par de semanas atrás.

—Sí, señor —asintió la ella.

En cuanto la secretaria salió de la habitación, Rebus dijo: «Gracias, señor». Había estado de pie durante todo el procedimiento porque solo había espacio para una silla: la que ocupaba la secretaria. Ahora se adelantó con cuidado entre la pila de expedientes y posó su culo donde había estado el de ella.

—Me protejo el pellejo y también el tuyo, John. Y no le digas una palabra a nadie, ¿entendido?

—Sí, señor. Qué pasa con el inspector Flower, ¿no sospechará? Irá a quejarse, como mínimo, al inspector jefe Lauderdale.

—Bien. Él y Lauderdale pueden charlar lo que quieran. Hay algo que debes entender, John. —Watson unió las manos sobre la mesa y hundió la cabeza entre sus hombros enormes. Habló en voz baja—: Sé que Lauderdale va por mi puesto. Sé que puedo confiar en él tanto

como confiaría en un diccionario irlandés. —Hizo una pausa—. ¿Quieres mi trabajo, inspector?

—No tema.

Watson asintió.

—Eso creía yo. Ahora que sé que no te vas a quedar sentado mano sobre mano la semana que viene o la siguiente, escucha un consejo: con la ley no se puede jugar de la misma manera que trasteas con un coche viejo. Piensa antes de hacer nada. Y recuerda, cosas como comprar un arma pueden hacer que te expulsen del cuerpo.

—Yo no la compré, señor —negó Rebus, de acuerdo con la historia que se habían inventado—, llegó a mi posesión como una posible prueba.

Watson asintió de nuevo.

—Toda una tirada, ¿eh? Pero podría salvarte el pellejo.

—Y también el culo, señor —dijo Rebus, lo que hizo que Watson se echase a reír a mandíbula batiente.

Estaban más que interesados en lo que ocurría en Gorgie. Las noticias iniciales no habían sido prometedoras: no había aparecido nadie en la oficina, nadie en absoluto. Además, habían mandado a alguien a montar guardia en el hospital donde Dougary estaba ingresado. Si no ocurría nada en Gorgie, trasladarían la vigilancia al hospital hasta que Davey Dougary estuviese otra vez en marcha. Quizá trabajaba desde la cama. Cosas más extrañas se habían visto.

Pero a las once y media, un Jaguar reluciente entró en el aparcamiento de la compañía de taxis. El chófer, un hombre muy grande con el pelo largo, bajó del coche, y cuando abrió la puerta trasera apareció Morris Gerald Cafferty.

—Te pillé, cabrón —susurró el detective Petrie, y, llevado por el entusiasmo, disparó todo un rollo de película.

Siobhan ya estaba llamando a St Leonard's. Después de hablar con el inspector jefe Lauderdale (tal como le habían ordenado), llamó a Arden Street. Rebus cogió el teléfono casi en el acto.

—¡Bingo! —dijo ella—. Cafferty acaba de llegar.

—Asegúrate de que las fotos tengan fecha y hora.

—Sí, señor. ¿Qué tal fue el encuentro?

—Creo que el Granjero se ha enamorado de mí.

—Ahora entran —avisó Petrie, que por fin apartó el dedo del disparador.

El motor de la cámara se detuvo. Madden, que se había acercado a la ventana para mirar, preguntó quiénes eran.

En ese justo momento, Rebus se hacía la misma pregunta.

—¿Quién está con Big Ger?

—Su chófer.

—¿El hombre montaña de pelo largo?

—Ese.

—También es el tipo a quien Davey Dougary le comió la oreja.

—Entonces no hay mucho amor entre ellos.

—Y ahora, el hombre montaña trabaja para Big Ger... —Lo pensó por un momento—. Yo diría, conociendo a Big Ger, que solo lo contrató para cabrear a Dougary.

—¿Por qué haría tal cosa?

—Es lo que él considera una broma. Avísame si vuelven a salir.

—De acuerdo.

Le llamó de nuevo media hora más tarde.

—Cafferty se acaba de marchar.

—No se ha quedado mucho tiempo.

—Pero escuche, el chófer se quedó fuera.

—¿Qué?

—Cafferty se marchó solo.

—¡Que me cuelguen! ¡Está poniendo al hombre montaña a cargo de las cuentas de Dougary!

—Debe de confiar en él.

—Supongo que sí. Pero no veo a ese gigantón con mucha experiencia manejando libros; no es más que un perro guardián.

—¿Insinúa algo?

—Que Big Ger tendrá que hacer de niñera, por lo tanto estará en esa oficina casi todos los días. ¡No podría ser más estupendo!

—Entonces será mejor que compremos más película.

—Sí, no dejes que ese estúpido maricón de Petrie se quede sin rollo

otra vez. Por cierto, ¿cómo tiene la cara?

—Le pica, pero le duele si se rasca. —Petrie la miró y ella se lo dijo—. El inspector Rebus solo quería saber cómo estabas.

—Por mí —manifestó Rebus—, espero que se le caiga la nariz dentro del termo.

—Le transmitiré sus buenos deseos, señor —dijo Siobhan.

—Hazlo —respondió Rebus—. Y tampoco te muestres muy tímida. Ahora mismo me voy a un funeral.

—Hablé con Brian. Será uno de los que llevará el féretro.

—Bien —comentó Rebus—. Eso significa que tendré un hombro donde llorar.

El cementerio de Warriston era una extensa mezcla de tumbas; desde las más antiguas (y algunas veces profanadas) hasta las más modernas y flamantes. Había lápidas donde los mensajes se habían borrado hasta convertirse solo en unas débiles marcas. En un día de sol, podía ser un paseo educativo; pero por las noches, el grupo local de los Ángeles del Infierno habían celebrado allí fiestas salvajes recreando escenas que se parecían más al vudú de Nueva Orleans que a los bailes escoceses.

Rebus consideró que Eddie lo hubiese aprobado. La ceremonia en sí fue sencilla y digna, si se conseguía obviar la corona con forma de guitarra eléctrica y el hecho de que la funda de un disco de Elvis lo acompañaba dentro del ataúd.

Rebus se mantuvo a cierta distancia del acto, y rechazó la invitación de Pat Calder de asistir a la recepción posterior, que tendría lugar en la planta de arriba de un bar cercano. Rebus se sintió tentado por un momento —el bar escogido servía Gibson's— pero negó con la cabeza de la misma manera que estrechó la mano de Calder: con pesar.

Pobre Eddie. Aunque Rebus no lo había conocido bastante, pese a que el cocinero había intentado freírlo con una sartén de aperitivos, el hombre le había caído bien. Se veía a todas horas: personas que podrían haber hecho mucho con su vida y, sin embargo, no había sido así. Sabía que él pertenecía a ese grupo. Los perdedores.

«Pero al menos yo estoy vivo —pensó—. Y, si Dios quiere, nadie me

matará metiéndome alcohol por la garganta antes de abrir el gas». Removió el suceso en la cabeza. ¿Por qué la necesidad de un embudo? Todo lo que se necesitaba hacer era llevar a Eddie a un bar cualquiera y él mismo se dejaría inconsciente a base de tequila y *bourbon*. No era necesario obligarle. Sin embargo, el doctor Curt había arrojado el hígado al aire, afirmando que era un espécimen sano. Era difícil de aceptar, excepto porque lo había visto con sus propios ojos.

¿Lo había hecho?

Miró a través de la distancia hacia donde Pat Calder estaba tirando de la cuerda número uno, probando su resistencia. Brian era el número cuatro, y eso significaba que estaba al otro lado del féretro, delante de Calder y metido entre dos hombres que Rebus no conocía. Toni el barman era el número seis. Pero la mirada de Rebus estaba fija en Calder. «Oh, Jesús, mariconazo», pensó. Dio media vuelta y corrió de regreso hacia donde su coche estaba aparcado. Su destino era Arden Street.

Arden Street y el libro de reservas del Heartbreak Cafe.

Tal como lo veía, Rebus tenía dos opciones: podía echar la puerta abajo de un puntapié o intentar abrirla en silencio. Era una cerradura de golpe, de aquellas que algunas veces se podían abrir con un trozo de plástico rígido. Por supuesto, también había un cerrojo, pero lo más probable es que no estuviese echado (lo supo tras un empujón para comprobar su resistencia). Entonces, solo estaba la cerradura de golpe, pero la brecha donde la puerta se unía con la jamba estaba cubierta con una larga tira de madera ornamental. Esto no hubiese desanimado a un ladrón, que habría aplicado una palanqueta hasta tener acceso a la rendija.

Pero Rebus había olvidado llevar su palanqueta.

Un golpe con la aldaba no conseguiría respuesta; sin embargo, tampoco le entusiasmaba la idea de tirar la puerta abajo a base de golpes de hombro o puntapiés, cerradura de golpe o no. Por lo tanto, se agachó, abrió la boca del buzón con una mano, bajó sus ojos hasta él, y sujetó el anillo de hierro negro con la otra mano, y golpeó cinco veces con fuerza; corte de pelo y afeitado, lo llamaban algunos. Era la

señal de un amigo; al menos era lo que esperaba Rebus. No había ninguna señal de sonido o movimiento desde el interior de la casa. En The Colonies reinaba la tranquilidad del día. Probó de nuevo con la aldaba. La puerta tenía una mirilla, así que Rebus tuvo que confiar en que nadie se sintiese lo bastante intrigado para querer acercarse y echar una ojeada.

Era una sombra que avanzaba lentamente desde la sala de estar en dirección al pasillo, moviéndose con sigilo. Luego, una cabeza asomó por el portal: era todo lo que Rebus necesitaba.

—Hola, Eddie. Aquí tengo tu corona.

Eddie Ringan le dejó entrar.

Vestía un quimono de seda roja con un dragón que se arrastraba por toda la espalda. En las mangas había símbolos que Rebus no comprendía. Eddie se tumbó en el sofá, así que el inspector se quedó de pie.

—Mentí sobre la corona —dijo Rebus.

—Es la intención lo que cuenta. Un bonito traje.

—Tuve que pedir prestada la corbata —dijo Rebus.

—Las corbatas negras son guays. —Eddie parecía un muerto recalentado. Tenía los ojos inyectados en sangre y grandes bolsas oscuras bajo los ojos; su rostro mostraba el color gris de un prisionero que ha perdido toda esperanza. Se rascó la axila—. ¿Qué tal ha ido?

—Me marché en el momento en que te estaban bajando a la fosa.

—Ahora estarán en la recepción. Desearía haber preparado la comida yo mismo, pero ya sabe cómo es eso.

Rebus asintió.

—No es tan fácil ser un cadáver. Lo acabas de descubrir.

—Algunas personas lo han conseguido muy bien en el pasado.

—¿Como Radiador McCallum y los hermanos Robertson?

Eddie mostró una sonrisa grave.

—Sí, uno de ellos.

—Debes de estar muy desesperado para haber planeado tu propia muerte.

—No estoy diciendo nada.

—Está muy bien.

Hubo un silencio de un minuto hasta que Eddie lo rompió.

—¿Cómo lo descubrió?

Rebus, casi sin darse cuenta, sacó un cigarrillo del paquete que había sobre la repisa de la chimenea.

—Fue Pat. Se inventó toda esta historia exagerada e innecesaria.

—Así es Pat. Un jodido artista dramático aficionado.

—Dijo que Willie había salido del restaurante después de haber metido la cara en el plato de algún pobre cliente. Le pregunté por el incidente a un par de personas que comieron allí aquella noche, pero nadie vio nada por el estilo. También el hígado del muerto. Estaba en perfecto estado, así que era imposible que fuese el tuyo.

—Ya puede decirlo de nuevo.

Rebus estuvo a punto de encender el cigarrillo. En el último momento se detuvo, se sacó el cigarrillo de la boca, y lo dejó junto al paquete.

—A continuación busqué entre las personas desaparecidas. Al parecer, Willie no había regresado a su casa en varios días. Todo el asunto fue cosa de aficionados, Eddie. Si al pobre maricón no se le hubiese destrozado el rostro en la explosión, hubiésemos sabido de inmediato que no eras tú.

—¿Me hubiese reconocido? Pensamos que con Brian fuera de la escena, y como Haymarket no era su territorio, quizá podría funcionar.

—Para empezar, tomamos fotografías, y yo las hubiese visto antes o después. Siempre lo hago. —Hizo una pausa—. Entonces ¿por qué le mataste?

—Fue un accidente.

—A ver si lo adivino. Volviste tarde al restaurante después de una buena parranda. Estabas furioso al ver que Willie había salido adelante sin ti. Tuvisteis una pelea y él se golpeó la cabeza. Entonces se te ocurrió una idea...

—Quizás.

—Solo había una cosa podrida en toda la historia —señaló Rebus.

Eddie se movió en el sofá, ridículo con el quimono puesto, y cruzando los brazos como para protegerse. Miraba la chimenea, y

evitaba del todo el contacto visual con Rebus.

—¿Qué? —preguntó por fin.

—Pat dijo que Willie salió corriendo del café el martes por la noche. No encontraron su cuerpo hasta la mañana del jueves. Si hubiese muerto en una pelea el martes, la lividez y el rígor mortis le habrían dicho al patólogo que el cadáver era viejo. Pero no lo era, era fresco. Lo que significa que no le emborrachaste ni le metiste la cabeza en el horno hasta primera hora del jueves por la mañana. Tuviste que mantenerle vivo todo el miércoles, sabiendo muy bien lo que harías con él.

—Yo no digo nada.

—No, lo digo yo. Como digo, una solución desesperada, Eddie. Lo más desesperado que puede ser. Ahora vamos.

—¿Qué?

—Vamos a dar un paseo.

—¿Adónde?

—A la comisaría, por supuesto. Vístete.

Rebus miró cómo intentaba levantarse. Las piernas tardaron lo suyo en aguantarle. Sí, el asesinato podía hacerle a uno eso. Es lo opuesto del rígor mortis y se llama licuefacción, el «efecto gelatina». Le llevó mucho tiempo vestirse. Rebus observó todo el proceso. Había lágrimas en los ojos de Eddie, y tenía los labios húmedos con saliva.

Rebus asintió.

—Así está bien —dijo.

Tenía toda la intención de llevar a Eddie a St Leonard's.

Pero irían por la ruta turística.

—¿Adónde vamos?

—A dar un pequeño paseo. Es un día muy bonito.

Eddie miraba a través del parabrisas. El exterior era de un gris uniforme: los edificios, el cielo amenazante de viento y lluvia. Comenzó a ocurrírsele una idea cuando avanzaban por Holyrood Park Road, en dirección a Arthur's Seat. Cuando Rebus giró a la derecha, para dejar Holyrood y seguir hacia Duddingston, Eddie comenzó a mostrarse muy preocupado.

—¿Sabes adónde vamos? —sugirió Rebus.

—No.

—Bueno.

Continuó conduciendo, fue hasta las puertas de la casa y señaló con el intermitente que iba a girar para entrar en el camino.

—¡Jesús, no! —gritó Eddie Ringan.

Levantó las rodillas y las encajó contra el salpicadero como si creyese que iban a estrellarse. En lugar de entrar por el camino, Rebus pasó por delante de las rejas y se detuvo junto al bordillo. Desde ahí se atisbaba la casa de Cafferty. Sin duda, si alguien en la casa estaba mirando por la ventana correcta, vería el coche.

—¡No, no!

Eddie lloraba.

—Vaya, sí que sabes por qué estamos aquí —dijo Rebus fingiendo sorpresa—. Entonces ¿conoces a Big Ger? —Esperó hasta que Eddie asintió. El cocinero había adoptado una posición fetal en su asiento, con los pies debajo del culo y la cabeza metida entre las rodillas—. ¿Le tienes miedo? —Eddie asintió de nuevo—. ¿Por qué? —Eddie meneó la cabeza un poco—. ¿Es por el Hotel Central?

—¿Por qué tuve que decírselo a Brian? —El grito sonó a desesperación—. ¿Por qué cojones soy tan estúpido?

—Encontraron el arma.

—No sé nada al respecto.

—¿Nunca viste el arma?

Eddie lo negó. Maldita sea, Rebus había esperado más.

—Entonces ¿qué viste?

—Yo estaba en la cocina.

—¿Sí?

—Ese tipo entró corriendo, gritándome que abriese el gas. Parecía enloquecido, con manchas de sangre en el rostro. —Eddie comenzaba a calmarse a medida que el exorcismo hacía efecto—. Abrió todas las llaves del gas, sin encenderlo. Parecía tan loco que le ayudé y abrí todos los fogones, tal como me dijo.

—¿Y entonces?

—Me largué de allí. No iba a quedarme. Creí lo mismo que todos los

demás: que era por el dinero del seguro. Hasta que encontraron el cadáver. Una semana más tarde recibí una visita de Big Ger. Una visita dolorosa. El mensaje era: «Nunca digas una palabra, ni una palabra sobre lo que ocurrió».

—¿Big Ger estaba allí aquella noche?

Eddie se encogió de hombros. ¡Maldita sea!

—Yo estaba en la cocina. Solo vi al loco.

Rebus sabía quién era: alguien que había visto el estado de las cocinas del Central.

—¿Black Aengus? —preguntó.

Eddie no dijo nada por unos minutos, solo miró triste a través del parabrisas. Luego:

—Big Ger acabará por descubrir que me fui de la lengua. De vez en cuando me envía un recordatorio. Nada físico, al menos no para mí; solo me hace saber que lo recuerda. Me matará. —Volvió la cabeza hacia Rebus—. Me matará, y lo único que hice fue abrir el gas.

—El hombre con la sangre en el rostro era Aengus Gibson, ¿verdad?

Eddie asintió poco a poco y cerró muy fuerte los ojos para contener las lágrimas. Rebus puso en marcha el coche. Mientras se alejaba, vio al todoterreno que se acercaba desde la dirección opuesta. Había puesto el intermitente para girar hacia las rejas, que se abrieron complacientes. El coche lo conducía un matón cuyo rostro era nuevo para Rebus. En el asiento trasero iba Mo Cafferty.

La visión le intrigó. ¿Mo Cafferty no sabía conducir? Sería fácil de comprobar: bastaría una rápida charla con la dirección de tráfico. Si no sabía, si necesitaba un chófer, ¿quién conducía el todoterreno el día que Rebus lo vio aparcado delante de Bone's? De todas maneras, no era una coincidencia; John Rebus no creía en las coincidencias.

—El Heartbreak Cafe no compra la carne en Bone's, ¿verdad? —le preguntó a Eddie, que interpretó mal la pregunta—. Me refiero a Bone's la carnicería —explicó Rebus. Pero la respuesta de Eddie fue la negación—. No importa —dijo Rebus.

Clarke le esperaba en St Leonard's.

—¿Por qué no estás en Gorgie? —preguntó.

—¿No está usted suspendido? —replicó Siobhan Clarke.

—Ese es un golpe bajo. Además, yo pregunté primero.

—Vine a recoger esto.

La detective le enseñó un sobre grande.

—Escucha, tengo un trabajito para ti. En realidad, varios. Primero, tenemos que desenterrar el féretro de Eddie Ringan.

—¿Qué?

—El que está dentro no es Eddie, acabo de dejarlo en el calabozo. Tendrás que entrevistarle y ficharle. Te lo contaré todo.

—Necesitaré escribirlo.

—No, no lo necesitas; tu memoria es lo bastante buena.

—No cuando mi cerebro está conmocionado. ¿Quiere decir que el que estaba en el horno no era Eddie?

—Eso mismo. Luego, averigua si Mo Cafferty tiene carné de conducir.

—¿Para qué?

—Tú hazlo. ¿Recuerdas haberme dicho que cuando Bone ganó su Mercedes, había puesto su parte del negocio para cubrir la apuesta? Tus palabras: «su parte».

—Lo recuerdo. Su esposa me lo dijo.

Rebus asintió.

—Quiero saber quién es el dueño de la otra mitad.

—¿Es todo, señor?

Rebus pensó.

—No, no del todo. Comprueba el Mercedes de Bone. Si no era nuevo averigua quién fue el anterior propietario. De esa manera sabremos a quién se lo ganó. —La miró sin parpadear—. Todo lo rápido que puedas, ¿vale?

—Todo lo rápido que pueda, señor. ¿Ahora quiere saber lo que hay en el sobre? Es para el hombre que lo tiene todo.

—Pues adelante, sorpréndeme.

Así que ella lo hizo.

Rebus se sorprendió tanto que la invitó a un café y un donut en la cantina. Las radiografías estaban ante ellos, sobre la mesa.

—No me lo creo —exclamó Rebus—. No me lo creo. Ordené su búsqueda hace mucho tiempo.

—Estaban en los archivos de Ninewells.

—¡Pero las pedí!

—¿Las pidió con amabilidad?

Siobhan le había explicado que había hecho unos cuantos viajes a Dundee, donde había hablado con cualquiera que pudiera serle útil, sobre todo en el caótico departamento de archivos, que había sido trasladado y reorganizado unos años antes, dejando los archivos más viejos en un caos olvidado. Había llevado tiempo. Más que eso, había tenido que prometerle una cita al joven que finalmente las había encontrado.

Rebus levantó de nuevo una de las radiografías.

—El brazo derecho fracturado —confirmó Siobhan—. Hace doce años, cuando vivía y trabajaba en Dundee.

—Tam Robertson —dijo Rebus.

Ya estaba: el hombre muerto, el hombre con la herida de bala en el corazón, la bala del Colt 45 de Rebus, era Tam Robertson.

—Difícil de probar ante un jurado —sugirió Siobhan.

Era verdad, se necesitaba más que simples rumores y una radiografía para demostrarle una identidad a un jurado.

—Hay otros caminos —dijo Rebus—. Podemos probar de nuevo con los registros odontológicos, ahora que tenemos una idea de quién es el cadáver. Por el momento, me basta para sentirme satisfecho. —Asintió—. Bien hecho, Clarke. —Hizo ademán de levantarse.

—¿Señor?

—¿Sí?

Ella sonreía.

—Feliz Navidad, señor.

29

Llamó a la cervecería Gibson, donde le dijeron que el señor Aengus estaba asistiendo a un concurso de cervezas en Newcastle, y que volvería a última hora de la noche. Así que llamó a Hacienda y habló durante un rato con el inspector a cargo de su caso. Si tenía que enfrentarse a Tommy Greenwood, necesitaría toda la munición que pudiese conseguir... una mala metáfora si consideraba lo ocurrido, pero del todo verdadera. Dejó su coche en St Leonard's mientras iba a dar un paseo, en un intento por despejarse la cabeza. Ahora todo comenzaba a tomar forma. Aengus Gibson había estado jugando a las cartas con Tam Robertson y le había disparado. Después había pegado fuego al hotel para encubrir el asesinato. Tendría que estar todo claro, pero el cerebro de Rebus continuaba planteando más preguntas que respuestas. ¿Era posible que Aengus llevase un arma, incluso en sus días de tarambana? ¿Por qué Eck, también presente, no había vengado a su hermano? ¿Aengus no tendría que haber buscado la manera de callarle? ¿Era posible que solo ellos tres estuviesen participando en la partida de póquer? ¿Quién le había dado el arma a Deek Torrance? Demasiadas preguntas.

Cuando llegó a South Clerk Street, vio una furgoneta aparcada delante de Bone's. Habían colocado un cristal nuevo en el escaparate de la carnicería, y la puerta trasera de la furgoneta estaba abierta. Rebus se acercó al vehículo y miró el interior. Había sido una vez una furgoneta de carnicero, y nadie se había molestado en cambiarla. Se subía un escalón para acceder al compartimiento de carga, donde había mostradores, armarios y una nevera con un pequeño congelador. Era una de esas furgonetas que antaño hacían la ronda por los barrios de la ciudad, y las amas de casa y los jubilados hacían cola para comprar la carne en lugar de ir a la carnicería. Un hombre con un delantal blanco salió de Bone's con un cerdo colgado al hombro.

—Perdón —dijo, y metió el cerdo en la furgoneta.

—¿La utiliza para los repartos? —preguntó Rebus.

El hombre asintió.

—Solo a los restaurantes.

—Recuerdo cuando la furgoneta del carnicero solía venir a nuestro barrio —comentó Rebus.

—Sí, pero en estos tiempos no es rentable.

—Todo cambia —dijo Rebus.

El hombre asintió. Rebus miraba el interior de nuevo. Para meterse uno detrás del mostrador, se tenía que subir a la furgoneta, levantar la parte con bisagras del mostrador y abrir una puerta angosta. Angosta: así era la parte trasera de la furgoneta. Recordó la descripción de Michael de la furgoneta donde le habían metido. Una furgoneta angosta con un olor fuerte. Cuando el hombre salió de la furgoneta, tocó algo con el pie: era un puñado de paja. ¿Paja en una furgoneta de carnicero? Ninguno de los animales transportados había visto la paja desde hacía tiempo.

Rebus miró hacia la carnicería. Un joven ayudante observaba cómo colocaban el cristal.

—Está abierto, señor —informó a Rebus con tono alegre.

—Busco al señor Bone.

—Esta tarde no está.

Rebus señaló la furgoneta con un gesto.

—¿Todavía hacen repartos?

—¿A domicilio? No, solo pedidos grandes, bultos.

Rebus estaba muy de acuerdo, sobre todo con lo último.

Volvió a pie a St Leonard's y pilló a Siobhan por banda otra vez.

—Me olvidé decir…

—¿Más trabajo?

—No mucho más. Tendrás que traer a Pat Calder para que le interroguen. Ya habrá vuelto a casa y estará como loco preguntándose dónde se habrá metido Eddie. Lamento no poder estar presente en la reunión. Supongo que siempre podré ponerme al día en el juicio…

Había sido toda una jornada. Y aún no eran ni las seis de la tarde. De

nuevo en el apartamento, los estudiantes estaban preparando un curry de lentejas mientras Michael leía otro libro de hipnoterapia en la sala de estar. Reinaba una gran tranquilidad en el apartamento, resultaba muy... muy... bueno, la palabra que le vino a la mente era: hogareño. Sin duda, una palabra extraña para referirse al piso que compartían un grupo de estudiantes adolescentes, un poli y un exconvicto; y sin embargo parecía correcta.

Michael había terminado las pastillas y se le veía mucho mejor. Se suponía que tenía que ir a una visita de control, pero Rebus sabía que lo más probable era que solo le diesen más pastillas. Las heridas se cicatrizarían de forma natural, a su tiempo. Desde luego, Michael había recuperado el apetito: dos platos de curry.

Después de la cena se sentaron en la sala de estar; los estudiantes bebían vino, Michael no quiso nada, y Rebus, una cerveza de lata. Había música, de la que nunca pasa de moda: los Stones y los Doors, Janis Joplin, un Pink Floyd de los primeros tiempos... Era una de aquellas noches. Rebus se sentía agotado hasta la médula, y le echaba la culpa a las pastillas de cafeína que había tomado. Tanto preocuparse por la medicación de Michael y durante todo ese tiempo él también había estado tomando su propio veneno. Aparte, dormía poco y pensaba mucho. Pero no podía seguir así para siempre. Con la música, la cerveza y la conversación relajada, casi se quedó dormido en el sofá...

—¿Qué ha sido eso?

—Sonó como si alguien hubiese roto una botella.

Los estudiantes fueron a mirar a través de la ventana.

—No veo nada.

—No, mira, hay cristales en la calle. —Se volvieron hacia Rebus—. Alguien le ha roto el parabrisas.

Desde luego que alguien le había roto el parabrisas, como pudo comprobar tras bajar la escalera y salir a la calle. Otros vecinos contemplaban la escena desde sus casas, pero la mayoría de ellos se retiró poco a poco. Había una piedra en el asiento del pasajero, rodeada de pedazos de cristal. Cerca, un coche daba marcha atrás para salir con toda tranquilidad del aparcamiento. Se detuvo al lado de

Rebus y la ventanilla del pasajero se bajó.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Solo una piedra a través del parabrisas.

—¿Qué? —El pasajero se volvió hacia el conductor—. Espere un segundo aquí. —Se apeó para observar el daño—. ¿Quién demonios querría hacer esto?

—¿Cuántos nombres quiere?

Rebus metió la mano en el interior del coche para sacar la piedra y sintió que algo chocaba contra su nuca. Estuvo a punto de perder el sentido y, para cuando pudo reaccionar, le estaban arrastrando desde el coche hacia la calle. Oyó que un coche daba marcha atrás y se detenía. Intentó resistirse, sujetarse al pavimento con las uñas. Jesús, iba a desmayarse. Su cabeza intentaba cerrar todos los canales; cada latido de su corazón provocaba dolores nuevos y más intensos en su cráneo. Alguien había abierto una ventana y gritaba algo, un aviso o una queja. Estaba solo en medio de la calle. El pasajero había vuelto al coche. Rebus se puso a gatas como un bebé, resistiendo la gravedad a duras penas. Parpadeó, intentó ver con los ojos desenfocados. Las luces de los faros le cegaron y supo lo que iban a hacer. Iban a atropellarle.

Una trampa idiota, y él había caído. El numerito del ofrecimiento de ayuda de tu atacante. Más viejo que el pico Arthur's Seat. El motor del coche rugió y los neumáticos chirriaron hacia él, arrastrando la carrocería del coche con ellos. Rebus se preguntó si conseguiría ver el número de la matrícula antes de morir.

Una mano le cogió por el cuello de la camisa y le arrastró hacia el bordillo. El coche le alcanzó en las piernas, haciendo volar un zapato por los aires. El automóvil ni se detuvo ni redujo la velocidad; continuó su marcha pendiente arriba hasta lo alto de la calle, donde giró a la derecha y desapareció.

—¿Estás bien, John?

Era Michael.

—Me has salvado la vida, Mickey.

A Rebus la adrenalina se le estaba mezclando con el dolor, lo que le provocaba náuseas. Vomitó el curry de lentejas en el pavimento.

—Intenta levantarte —dijo Michael.

Rebus lo intentó y falló.

—¡Me duelen las piernas! —exclamó—. ¡Joder, me duelen las piernas!

Las radiografías mostraron que no había fisuras ni fracturas, ni siquiera un hueso astillado.

—Solo un golpe feo, inspector —dijo la doctora—. Tuvo suerte. Un golpe como este puede hacer mucho daño.

Rebus asintió.

—Supongo que ya lo sabía. Estaba destinado a venir aquí como paciente. Dios sabe que he estado muchas veces en estos últimos tiempos como visitante.

—Iré a buscarle algo —dijo la doctora.

—Espere un segundo, doctora. ¿Sus laboratorios están abiertos por la noche?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada.

La doctora salió de la consulta. Michael se acercó.

—¿Cómo te sientes?

—No sé qué me duele más, si la cabeza o la pierna izquierda.

—No es una gran pérdida para la asociación de fútbol.

Rebus quiso sonreír, pero le salió una mueca. Cualquier movimiento de los músculos faciales enviaba descargas eléctricas a través de su cerebro. La doctora volvió al consultorio.

—Aquí tiene —dijo—. Esto le ayudará.

Rebus había esperado calmantes, pero ella le estaba ofreciendo un bastón.

Era un bastón de aluminio, hueco y, por lo tanto, liviano, con un mango grande forrado de goma y de altura regulable gracias a una serie de agujeros en la caña y un pasador. Parecía un extraño instrumento de viento, pero Rebus lo agradeció mientras salía del hospital.

De nuevo en el apartamento, uno de los solícitos estudiantes dijo que tenía algo mejor, y volvió de su dormitorio con un bastón de madera negra con empuñadura de plata y marfil. Rebus lo probó; tenía el largo adecuado para él.

—Lo compré en una casa de empeños —explicó el estudiante—, no me pregunte por qué.

—Parece como si ocultara dentro una espada —comentó Rebus. Intentó girar y tirar del mango, pero no pasó nada—. Bueno, no hay caso.

El policía que había hablado con Rebus en el hospital también había entrevistado a los estudiantes.

—El agente —relató el propietario del bastón, cuyo nombre Rebus estaba seguro que era Ed— nos miraba como si fuéramos okupas, y nos preguntaba: «¿El inspector Rebus está aquí con ustedes?». Todos asentíamos: «Sí, lo está». El agente no acababa de entenderlo.

Rebus se echó a reír. Incluso Michael sonrió. Alguien preparó una tisana.

«Fantástico», pensó Rebus. Otra historia que comenzaría a circular: Rebus tiene estudiantes en su apartamento y se sienta con ellos para una noche de vino y cervezas.

En el hospital le preguntaron si había reconocido o visto a alguno de los hombres. La respuesta fue no. Después de todo, era una profesión móvil... Uno de los vecinos había visto el número de la matrícula del coche, un Ford Escort que habían robado hacía tan solo una hora de un aparcamiento cerca del Sheraton, en Lothian Road. Lo encontrarían abandonado muy pronto, seguramente no muy lejos de Marchmont. No habría ninguna huella dactilar.

—Debían de estar locos —comentó Michael en el camino a casa. Rebus había conseguido que los llevasen en un coche de la policía—. Creer que podían hacer un truco como ese.

—No era un truco, Michael. Alguien está desesperado. El artículo en el periódico de ayer les ha sacudido a base de bien.

Después de todo, ¿no era lo que quería? Buscaba una reacción, y ahí la tenía.

Desde el apartamento llamó a un taller de emergencia para que le

cambiasen el parabrisas. Le costaría una fortuna, pero iba a necesitar el coche a primera hora de la mañana. Solo le quedaba rogar para que su pierna no se agarrotase durante la noche.

30

Algo que, por supuesto, ocurrió. Se levantó a las cinco, y caminó por la sala de estar, intentando desentumecer las articulaciones y los tendones. Se miró la pierna izquierda. Un morado espectacular se extendía por toda la pantorrilla, envolviéndose sobre sí mismo casi hasta la parte delantera de la pierna. Si hubiese recibido el mismo golpe en la espinilla, habría sido una fractura limpia. Se tomó dos paracetamoles para calmar el dolor, recomendados por la doctora del hospital, y esperó a que llegase la mañana. Habría necesitado dormir la noche anterior, pero no lo había conseguido. Hoy tendría que vivir de su ingenio. Solo confiaba en que su ingenio fuese lo bastante agudo.

A las seis y media consiguió bajar la escalera e ir a la pata coja hasta su coche, que ahora tenía un parabrisas que valía más que todo el resto. Todavía no había mucho tráfico de entrada, y era inexistente en la salida, por lo que el viaje fue piadosamente corto; pisar el embrague le provocaba un dolor que llegaba hasta la entrepierna. Siguió la ruta de la costa hacia North Berwick, e hizo sufrir al motor por no cambiar de marcha. Justo al otro lado de la ciudad encontró la casa que buscaba; una finca, en realidad. Debía de tener una extensión de unas veinte hectáreas, con una vista ininterrumpida a través de la desembocadura del Forth hasta la mole oscura de Bass Rock. Rebus no sabía gran cosa de arquitectura; se dijo que podía ser georgiana. Se parecía mucho a las casas de la Ciudad Nueva de Edimburgo, con columnas de piedra aflautadas a cada lado del portal, y grandes ventanas de guillotina con nueve paneles de cristal en cada mitad.

Broderick Gibson había prosperado mucho desde los tiempos del cobertizo de su jardín, aquel donde elaboraba sus recetas de cerveza casera. Rebus aparcó delante de la puerta principal y tocó el timbre. Abrió la puerta la señora Gibson. Rebus se presentó.

—Es un poco temprano, inspector. ¿Pasa alguna cosa?

—Solo quisiera hablar con su hijo, por favor.

—Está desayunando. ¿Por qué no espera en la sala y le traeré...?

—Está bien, madre. —Aengus Gibson todavía masticaba y se limpiaba la barbilla con una servilleta. Estaba en la puerta del comedor—. Venga, inspector, pase.

Rebus sonrió a la derrotada señora Gibson cuando pasó a su lado.

—¿Qué le ha pasado a su pierna? —preguntó Gibson.

—Creí que usted podría saberlo, señor.

—¿Por qué?

Aengus se sentó a la mesa. Rebus se había imaginado un servicio de auténtico lujo: fuentes, calientaplatos, pescado con arroz y huevos duros, arenques, platos de porcelana Wedgewood y té servido por un criado. Sin embargo, lo único que vio fue un plato blanco vulgar con unas salchichas grasientas y huevos fritos, tostadas con mantequilla y una taza de café. Había dos periódicos plegados junto a Aengus (el periódico de Mairie y el *Financial Times*) y las migas suficientes en la mesa para sugerir que mamá y papá habían desayunado antes.

La señora Gibson asomó la cabeza.

—¿Una taza de café, inspector?

—No, gracias, señora Gibson.

Ella sonrió y se retiró.

—Solo pensé —le dijo Rebus a Aengus— que quizá podría haberlo arreglado.

—No le entiendo.

—Intentar callarme antes de que pudiese hacer unas cuantas preguntas sobre el Hotel Central.

—¡Eso otra vez!

Aengus mordió un trozo de tostada.

—Sí, eso otra vez. —Rebus se sentó a la mesa, y estiró la pierna izquierda—. Verá. Sé que estuvo allí aquella noche, mucho después de que el señor Vanderhyde se marchase; sé que estuvo en una partida de póquer con dos maleantes llamados Tam y Eck Robertson; sé que alguien disparó y mató a Tam; y sé que usted corrió a la cocina cubierto de sangre y gritando que abriesen todas las llaves de gas. Eso, señor Gibson, es lo que sé.

Gibson pareció tener problemas para tragar la tostada. Bebió un sorbo de café y se volvió a limpiar la boca.

—Bien, inspector —afirmó—, si eso es lo que sabe, diría que usted no sabe gran cosa.

—¿Quizá quiera contarme el resto, señor?

Se sentaron en silencio. Aengus jugaba con la taza vacía; Rebus esperaba a que hablase. Se abrió la puerta.

—¡Salga de aquí! —gritó Broderick Gibson. Vestía pantalones y una camisa con el cuello abierto, cuyos puños se agitaban por la falta de gemelos. Era obvio que su esposa le había interrumpido a medio vestir —. ¡Podría mandar que lo arrestasen en este mismo minuto! El jefe de policía me ha dicho que está usted suspendido.

Rebus se levantó poco a poco haciendo exhibición de su pierna herida, pero no había compasión en Broderick Gibson.

—¡Y manténgase alejado de nosotros, a menos que tenga autoridad! ¡Hablaré con mi abogado esta mañana!

Rebus estaba ahora en la puerta. Se detuvo y miró a Broderick Gibson a los ojos.

—Le sugiero que lo haga, señor. Quizá quiera usted decirle dónde estaba la noche que se incendió el Hotel Central. Su hijo tiene serios problemas, señor Gibson. No puede ocultarle para siempre.

—Lárguese —ordenó Gibson.

—No me ha preguntado por la pierna.

—¿Qué?

—Nada, señor, solo pensaba en voz alta...

Mientras Rebus caminaba a través del gran vestíbulo, con sus pinturas, los candelabros y aquella preciosa escalera curva, sintió frío. No era solo su antigüedad o el suelo de mosaico. El lugar era frío de corazón.

Llegó a Gorgie en el momento en que Siobhan se servía su primera taza de café descafeinado.

—¿Qué le pasó a su pierna? —le preguntó.

Rebus señaló con el bastón al hombre tras la cámara.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Estoy relevando a Petrie —contestó Brian Holmes.

—Me pregunto qué estamos haciendo aquí cualquiera de nosotros —intervino Siobhan.

Rebus no le hizo caso.

—Estás de baja.

—Estaba aburrido. Ayer hablé con el comisario y me autorizó a volver. Así que aquí estoy. —Holmes se veía bien, aunque sonaba agrio—. Sin embargo, hay otro motivo ulterior —añadió—. Me enteré por boca de Siobhan de la historia de Eddie y Pat. Todo suena tan... increíble. Me refiero a que ayer mismo lloré en el cementerio, y el muy cabrón estaba sentado en su casa jugando a los muertos vivientes.

—Muy pronto estará jugando consigo mismo en la cárcel —dijo Rebus. Luego, a Siobhan—: Sírveme un poco de ese café. —Se bebió dos tragos ardientes antes de devolver la taza de plástico—. Gracias. ¿Algún progreso?

—Todavía no ha llegado nadie, ni siquiera nuestro compañero de Trading Standards.

—Me refería a otras cosas.

—¿Qué le pasó a tu pierna? —preguntó Holmes.

Rebus se lo contó todo.

—Es culpa mía —afirmó Holmes—, por haberte metido en este embrollo.

—Lo es, en efecto —asintió Rebus—. Y como penitencia tendrás que mantener el ojo pegado a la ventana. —Se volvió hacia Siobhan—. ¿Y?

Ella respiró hondo.

—Ayer por la tarde entrevisté a Ringan y a Calder. Ambos han sido acusados. También averigüé lo de la señora Cafferty: no tiene carné de conducir; al menos no con sus nombres de casada o soltera. El Mercedes de Bone pertenecía a...

—Big Ger Cafferty.

—¿Ya lo sabía?

—Lo adiviné —contestó Rebus—. ¿Qué pasa con la otra mitad del negocio de Bone?

—Pertenece a una compañía llamada Geronimo Holdings.

—Que a su vez pertenece a Big Ger.

—Y por una de esas cosas, la palabra Geronimo incluye los nombres de él y de su esposa. ¿Cómo lo interpreta?

—A mí me parece que Ger le ganó a Bone la mitad del negocio en una apuesta.

—Si no es así —añadió Holmes—, es que se la quedó, a cambio del dinero que Bone le debía por la protección.

—Quizás —admitió Rebus—. Pero la apuesta parece lo más probable.

—Después de todo —dijo Siobhan—, Bone ganó el coche a Cafferty en una apuesta. Jugaban juntos en el pasado.

Rebus asintió.

—Bueno, todo indica un estrecho vínculo entre los dos. Hay una conexión más estrecha, aunque todavía no la puedo probar.

—Un momento —pidió Siobhan—. Si el apuñalamiento y el cristal roto tienen que ver con la protección y el juego, entonces tienen que ver con Cafferty. Lo que significa, dado que Cafferty es propietario de la mitad del negocio, que Cafferty destrozó su propio escaparate.

—No dije que tuviese que ver con la protección y el juego —matizó Rebus.

—¿Dónde encaja el primo? —interrumpió Holmes.

—Vaya, vaya —comentó Rebus—, sí que estás interesado en volver, ¿eh? No estoy seguro de dónde encaja Kintoul, pero me voy haciendo una idea.

—Un momento —dijo Holmes—, ya estamos.

Todos miraron mientras un Mini rojo viejo llegaba a la compañía de taxis. Se abrió la puerta del conductor y el hombre montaña salió del interior a duras penas.

—Como la pasta en un tubo de dentífrico —opinó Rebus.

—¡Jesús! —añadió Holmes—, debe de ocupar los dos asientos delanteros.

—Hoy viene solo —señaló Siobhan.

—Apostaría a que Cafferty se dejará caer en algún momento —afirmó Rebus—, solo para ver cómo van las cosas. Le han estafado muchas veces en el pasado, no querrá que ocurra de nuevo.

—¿Le han robado mucho? —repitió Siobhan—. ¿Cómo lo sabe?

Rebus le dirigió un guiño.

—Es apostar a un favorito —respondió.

Tuvo que esperar hasta después de la comida para recibir la información que necesitaba: se la habían enviado por fax a un quiosco local. Durante la larga espera en Gorgie, había analizado el caso con Holmes y Siobhan. Ambos compartían la misma idea en un punto esencial: nadie se presentaría como testigo contra Cafferty. También estaban de acuerdo en otra cosa: no podían estar seguros de que Cafferty tuviese algo que ver con eso.

—Lo descubriré esta tarde —les dijo Rebus, y se fue a recoger el fax.

Se estaba acostumbrando a caminar con el bastón y, siempre que se mantuviese en movimiento, la pierna no se le agarrotaba; sin embargo, sabía que el viaje hasta Cardenden no le haría mucho bien. Consideró ir en tren, pero lo descartó de inmediato: quizá necesitara escapar de Fife a toda prisa, y los horarios del ferrocarril escocés no cuadraban con sus necesidades.

Eran poco más de las doce y media cuando entró en Hutchy's. El lugar apestaba a viejo y sucio por la falta de ventilación; las colillas del suelo llevarían ahí una semana. Había una carrera a las dos y treinta y cinco, y los pocos apostadores estaban junto a las paredes a la espera de la retransmisión. Rebus no dejó que el aspecto del lugar le engañase. Nadie querría apostar en un establecimiento lujoso: significaba que el corredor estaba ganando demasiado dinero. Este lugar sucio era pura psicología. Parecía decirle al jugador: «Quizá no ganas, pero mírame, a mí tampoco me va mejor».

Excepto que era todo lo contrario.

Rebus advirtió un rostro medio conocido que leía los apuntados a una carrera en uno de los periódicos clavados en la pared. Pero esa ciudad estaba llena de rostros medio conocidos. Se acercó a la ventanilla.

—Quisiera hablar con el señor Greenwood, por favor.

—¿Tiene cita?

Pero Rebus ya no hablaba a la mujer. Su atención estaba puesta en

el hombre que le había mirado desde la mesa detrás de ella.

—Señor Greenwood, soy oficial de policía. ¿Podemos hablar?

Greenwood se lo pensó. Luego se levantó, abrió la puerta del cubículo, y salió.

—Por aquí —dijo, y llevó a Rebus hacia el fondo del local. Abrió otra puerta y entraron en su despacho privado, mucho mejor arreglado—. ¿Algún problema? —preguntó de inmediato, mientras se sentaba y buscaba en el cajón de la mesa una botella de whisky.

—No para mí, señor —dijo Rebus. Se sentó delante de Greenwood y le miró. Jesús, después de todos estos años el retrato de Midge no iba tan errado. Un jugador de ajedrez hubiese estado dispuesto a jugarse un peón: Rebus decidió sacrificar su reina—. Bien, Eck —añadió y se puso cómodo—. ¿Cómo van las cosas?

Greenwood miró a un lado y a otro.

—¿Me habla a mí?

—Supongo que sí. Mi nombre no es Eck. ¿Quiere seguir jugando? Muy bien, entonces juguemos. —Greenwood se estaba sirviendo un whisky doble—. Su nombre es Eck Robertson. Escapó de la banda de Cafferty y se llevó con usted una gran cantidad de dinero de Big Ger. También tomó la identidad de otro hombre: Thomas Greenwood. Usted sabía que Tommy no se quejaría porque estaba muerto. Otro de los increíbles actos de desaparición ejecutados por Big Ger. Usted asumió su nombre e identidad, y se instaló en el culo de Fife, viviendo de una maleta llena de dinero hasta que consiguió que este lugar diese beneficios. —Rebus hizo una pausa—. ¿Qué tal lo hago?

Greenwood, también conocido como Eck Robertson, tragó sonoramente y dejó su copa.

—Sin embargo, tuvo que cargar con todo el peso de la identidad de Greenwood. Cuando se instaló aquí, Hacienda se puso en contacto con usted por una factura de impuestos no pagada. Usted les respondió, y acabó por pagarla. —Rebus sacó las hojas de fax del bolsillo—. Aquí tengo una copia de su carta, junto con algunas cartas anteriores del verdadero Thomas Greenwood. Espere a que un calígrafo se haga con ellas en el tribunal. ¿Alguna vez ha visto a estos tipos trabajar en un juicio? Son como Perry Mason. Incluso yo puedo ver que las firmas no

son las mismas.

—Cambié mi caligrafía.

Rebus sonrió.

—También se cambió de rostro. Se tiñó el pelo, se afeitó el bigote, se puso lentes de contacto de color... Sus ojos eran castaños, ¿no es así, Eck?

—Le estoy diciendo que mi nombre es...

Rebus se levantó.

—Lo que usted diga. Estoy seguro de que Big Gear le reconocerá de inmediato.

—Espere un minuto, siéntese.

Rebus se sentó y esperó. Eck Robertson intentó sonreír. Encendió su radio por un momento, escuchó la carrera y la apagó. Había ganado un caballo que pagaba seis a uno.

—Otra victoria para los corredores —comentó Rebus—. Siempre le gustaron los caballos, ¿verdad? Sin embargo, no tanto como a Tam. A Tam le encantaba apostar. Le apostó a usted que podía sacarle dinero a Big Ger sin que Ger se diese cuenta. Solo un poquito cada vez, pero todo sumaba. Tenga. —Rebus arrojó el dibujo de Tam Robertson sobre la mesa—. Este es el aspecto aproximado que tendría ahora si Big Ger no le hubiese descubierto.

Eck Robertson miró el dibujo y siguió los trazos con su dedo índice.

—Tenía que escapar antes de que Big Ger le pillase, así que cogió el dinero. Luego Radiador también escapó. Después de todo, él os había presentado a vosotros dos. Él también recibiría un castigo. —Rebus hizo una pausa—. ¿O Big Ger le pilló?

Robertson, con la mirada todavía puesta en el dibujo, se encogió de hombros.

—Bueno, como sea —prosiguió Rebus—. Creo que ahora me tomaré ese whisky. —La pierna le dolía horrores, tenía los nudillos blancos de apretar la empuñadura del bastón. A Robertson le llevó un rato servir la copa—. ¿Hay algo que quiera añadir? —preguntó Rebus.

—¿Cómo me encontró?

—Alguien le vio.

Robertson asintió.

—El cocinero, ¿cómo se llama? ¿Ringan? Le vi en algún bar en Cowdenbeath. Parecía estar borracho, así que me largué ipso facto. Creí que no me había visto, o si lo había hecho, no creí que me hubiese reconocido. Me equivoqué, ¿verdad?

—Se equivocó.

Rebus probó el whisky como si fuera un jarabe en una cuchara.

—Fue Aengus Gibson —dijo Robertson de pronto—. Aengus Gibson tenía el arma.

Entonces relató el resto de la historia. Tam había estado haciendo trampas en la partida, como siempre. Pero Aengus le descubrió, y sacó el arma. Mató a Tam.

—Nos largamos.

—¿Qué? —Rebus no se lo creía—. ¿No pensó en la revancha? ¡Aquel joven borracho acababa de matar a su hermano!

—Nadie tocaba a Aengus. Era el compañero de Big Ger. Se hicieron amigos después de un malentendido, una entrada por error en el apartamento de Mo. Big Ger tenía planes para él.

—¿Qué clase de planes?

Robertson se encogió de hombros.

—Solo planes. Tiene razón en lo del dinero: sabía que debía escapar mientras pudiera.

—¿Por qué huir aquí?

Robertson parpadeó.

—Era la última estación de la línea. Big Ger nunca ha tenido mucho interés en Fife. Significaría enfrentarse a los italianos y a los chinos.

Rebus estaba pensando a toda pastilla.

—¿Qué hizo Ger cuando Aengus le disparó a Tam?

—¿A qué se refiere?

—Eck, sé que Big Ger estaba en la partida. ¿Qué hizo?

—Se largó, como el resto de nosotros.

¡Así que Big Ger había estado allí! La mirada de Robertson estaba en el retrato de su hermano, una vez más. Rebus se podía hacer una idea, también, sobre cuáles eran los planes que Cafferty reservaba para Aengus. Tener semejante control sobre alguien que algún día controlaría la cervecería Gibson...

—¿Quién se llevó el arma, Eck?

Eck se encogió de hombros. Rebus se hizo a la idea de que había dejado de escuchar. Golpeó el borde de la mesa con el bastón.

—Se metió en un montón de problemas, Eck. Eddie Ringan se lo agradeció. Aprendió de usted que era posible desaparecer. Una lección muy práctica cuando Big Ger te persigue. Él hace que las personas desaparezcan, ¿no? Arrojándolas al mar como si nada. Es eso lo que hace, ¿no?

—Sí, después de un tiempo.

Rebus frunció el ceño al oírle. Pero las siguientes palabras de Robertson sí que fueron como una bofetada.

—Nadie se fija en la furgoneta de un carnicero.

Rebus asintió, sonriendo.

—Tiene razón en eso. —Se humedeció los labios—. Eck, ¿testificaría contra él? En un juicio cerrado, manteniendo en secreto su nueva identidad. ¿Lo haría?

Pero Eck Robertson solo se rascaba la cabeza mientras la movía a un lado y a otro. Todavía lo hacía cuando se abrió la puerta con violencia. Ah, el rostro medio recordado de la sala: era el jugador de billar del Midden.

—¿Va todo bien, Tommy?

—Todo en orden, Sharky.

Pero Tommy Greenwood no lo parecía.

—Márchate, hijo —dijo Rebus—. El señor Greenwood y yo tenemos asuntos que atender.

Sharky no le hizo caso.

—¿Quieres que le eche, Tommy?

Tommy Greenwood nunca tuvo la oportunidad de responder. Rebus golpeó con toda su fuerza la nariz de Sharky con el puño de su bastón, que luego descargó con más fuerza todavía contra las rodillas. El joven se derrumbó; Rebus se levantó.

—Esto es una cosa muy útil. —Señaló a Eck Robertson con el bastón —. Puede quedarse con el dibujo como un recordatorio, Eck. Ya volveré. Quiero que testifique contra Cafferty. Ahora no, todavía no. Cuando le tenga bien pillado. Y si usted no quiere testificar, siempre

puedo resucitar a Eck Robertson. Piénselo. De una manera u otra, Big Ger lo sabrá.

Estaba cruzando el Forth Road Bridge cuando oyó las noticias por radio.

—Oh, Dios —exclamó, y pisó el acelerador.

31

Rebus mostró su identificación al cruzar la reja de la cervecera. Solo quedaba un coche de policía en la escena, y no había ni rastro de la ambulancia. Los trabajadores estaban reunidos en pequeños grupos que hablaban en voz baja, fumando, compartiendo historias. Rebus conocía al sargento: trabajaba en Edimburgo Oeste, y su desafortunado nombre era Robert Burns. Este Burns era un pelirrojo pecoso, alto y corpulento. Las tardes de domingo le podías encontrar al pie del Mound maldiciendo a los paganos que pasaban. Rebus se alegró de verle. Podías recibir fuego y azufre con él, pero nunca te aburrías.

Burns señaló el enorme tanque de aluminio.

—Subió a lo más alto. —Rebus veía con toda claridad la escalera metálica que llegaba hasta lo alto del tanque, con pasarelas que lo rodeaban cada diez metros, más o menos—. Cuando llegó a lo alto, saltó. Muchos trabajadores le vieron, y todos dijeron lo mismo: subió a paso firme hasta que se acabó la escalera, y luego saltó al vacío, con los brazos extendidos. Uno de ellos dijo que fue una zambullida mejor que cualquiera de las que había visto en las Olimpíadas.

—Vaya, ¿así de bueno?

No eran los únicos que observaban el tanque. Algunos trabajadores miraban a lo alto y luego dibujaban con la mirada el descenso de Aengus Gibson. Había golpeado contra el suelo y se había plegado como un acordeón, dejando una marca en el pavimento, como si hubiesen retirado una gran piedra del lugar.

—Su padre intentó seguirle —decía Burns—. No llegó muy lejos. Siendo un viejo, es una maravilla que su corazón no reventase. Tuvieron que ayudarle a bajar desde el tercer descansillo.

Rebus contó tres pasarelas.

—Propicio de Dante, ¿no? —opinó, con un guiño a Burns.

—El viejo dice que fue un accidente.

—Por supuesto que sí.

—Sin embargo, no lo fue.

—Por supuesto que no lo fue.

—Tengo una docena de testigos que dirán que saltó.

—Una docena de testigos —le corrigió Rebus— que cambiarán de opinión si sus empleos corren peligro.

—Sí, tienes razón.

Rebus respiró hondo. Siempre le había gustado el olor del lúpulo, pero a partir de ese momento supo que sería diferente: olería como ese momento, una y otra vez.

—El Señor nos lo da, y el Señor nos lo quita —recitó irónicamente Burns—. Por cierto, ¿qué le ha pasado a tu pierna?

—Uñas encarnadas —respondió Rebus—. El Señor nos las da, y el hospital te las quita.

Burns reía ante la fácil blasfemia cuando se abrió una ventana en el edificio detrás de ellos.

—¡Usted! —gritó Broderick Gibson—. ¡Usted le mató! ¡Fue usted! —Su dedo torcido, un dedo que parecía incapaz de enderezar, casi señalaba a Rebus. Sus ojos eran como cristal mojado, su respiración agitada. Alguien intentaba apartarle con cuidado de la ventana, posando las manos sobre sus hombros—. ¡Habrá un juicio! —le gritó a Rebus—. No olvide mis palabras. ¡Habrá un juicio!

Por fin consiguieron apartar al viejo, y la ventana se cerró. Los trabajadores miraban hacia los dos policías.

—Debe de ser a uno de los tuyos —comentó Rebus, y fue hacia su coche.

Pues ya estaba todo dicho y hecho: Aengus Gibson había disparado y matado a Tam Robertson, y ahora Aengus estaba muerto. Fin de la historia.

Rebus pensó en una persona (sin contar a la familia de Aengus) que iba a estar muy alterada: Big Ger Cafferty. Este había protegido a Black Aengus, quizás incluso le había chantajeado, a la espera del día en que el joven se hiciera cargo de la cervecera. Con Aengus muerto, todo el edificio se venía abajo, y ya era hora.

Sin embargo, no había ningún castigo para Cafferty.

De nuevo en el apartamento, Michael tenía noticias.

—La doctora ha estado intentando hablar contigo.

—¿Cuál? He visto a muchas en los últimos días.

—La doctora Patience Aitken. Parece creer que tú la estás evitando. Por lo visto, el plan funciona.

—No es un plan. Tengo demasiado en mi plato.

—Si no te lo acabas, te quedarás sin postre. —Michael sonrió—. Por cierto, parece agradable.

—Es agradable. Yo soy el gilipollas.

—Entonces ve a verla.

Rebus se dejó caer en el sofá.

—Quizá lo haga. ¿Qué lees? —Michael le mostró la cubierta—. ¿Otro libro de hipnoterapia? Ya debes de ser un erudito en el tema.

—Solo estoy rascando la superficie. —Michael hizo una pausa—. Voy a hacer un curso.

—¿Un curso?

—Voy a convertirme en hipnoterapeuta. Me refiero a que soy capaz de hipnotizar a las personas.

—Desde luego, puedes hacer que se quiten los pantalones y ladren como perros.

—Así es. Va siendo hora de que le dé un uso práctico.

—Dicen que la risa es la mejor medicina.

—Cállate, John. Intento ser serio. Vuelvo con Chrissie y los chicos.

—¡Oh!

—Hablé con ella. Hemos decidido intentarlo de nuevo.

—Suena romántico.

—Al menos uno de nosotros tiene que tener algo de romance en su espíritu. —Michael cogió el teléfono y se lo pasó a Rebus—. Ahora llama a la doctora.

—Sí, señor —dijo Rebus.

Broderick Gibson tenía poder, desde luego. Los periódicos del miércoles por la mañana informaron del «trágico accidente» en la cervecería Gibson, cerca de Fountainbridge, Edimburgo. Había fotos de Aengus: algunas de sus tiempos de Black Aengus; otras mostrando

el modelo posterior en las fiestas de beneficencia. No había la más mínima insinuación sobre un posible suicidio. Era otra tapadera hecha por el padre de Aengus, otra manipulación. Se había convertido en algo que Broderick Gibson hacía con toda tranquilidad, una parte de la rutina.

A las diez y cuarto, Rebus recibió una llamada telefónica. Era el comisario Watson.

—Hay alguien aquí que quiere verte. Le dije que estabas suspendido, pero es la mar de insistente.

—¿Quién es? —preguntó Rebus.

—Un viejo ciego llamado Vanderhyde.

Vanderhyde todavía esperaba cuando llegó Rebus. Parecía muy tranquilo, concentrado en los sonidos a su alrededor: las charlas, las llamadas telefónicas, el ruido de los teclados... Estaba sentado en una silla de cara a la mesa de Rebus. El inspector pasó de puntillas a su lado y se sentó. Observó a Matthew Vanderhyde durante un par de minutos. Vestía prendas de luto: traje oscuro, camisa blanca y corbata negra. Tenía una carpeta azul apoyada en los muslos. Su bastón descansaba contra el costado de la silla.

—Bien, inspector —dijo de pronto—, ¿ha visto suficiente?

Rebus sonrió con ironía.

—Buenos días, señor Vanderhyde. ¿Qué descubrió?

—Lleva un bastón de algún tipo. Golpeó la esquina de su mesa.

Rebus asintió.

—Lamenté oír...

—No lo lamenta más que sus padres. Trabajaron muy duro a lo largo de los años con Aengus. Un trabajo durísimo. A veces diabólico. Ahora, todo se ha echado a perder. —Vanderhyde se inclinó hacia delante en su silla. De haber tenido visión, sus ojos habrían taladrado los de Rebus—. ¿Se merecía morir, inspector?

—Tenía elección.

—¿La tenía?

Rebus recordó las palabras del sacerdote: «¿Puedes vivir el resto de tu vida con el recuerdo y la culpa?». Vanderhyde sabía que Rebus no iba a responder. Asintió sin prisas, y se reclinó en la silla.

—Usted estaba allí aquella noche, ¿no es así? —preguntó Rebus.

—¿Dónde?

—En la partida.

—Los ciegos son muy malos jugadores de cartas, inspector.

—Una persona con visión podría ayudarle. —Rebus esperó. Vanderhyde permanecía rígido y erguido como la figura de cera de un victoriano—. Quizás alguien como Broderick Gibson.

Los dedos de Vanderhyde se movieron sobre la carpeta azul, la sujetaron y la pasó por encima de la mesa.

—Broderick quería que usted tuviese esto.

—¿Qué es?

—No lo dijo. Solo dijo que esperaba que después de leerlo decidiese si valía la pena, aunque él mismo lo duda. —Vanderhyde hizo una pausa—. Por supuesto, tuve curiosidad suficiente para estudiarlo a mi manera. Es una especie de libro. —Rebus aceptó la pesada carpeta, y Vanderhyde apartó su mano, buscó el bastón y apoyó la mano en él—. Encontraron unas llaves en un bolsillo de Aengus. No parecían corresponder a ninguna cerradura conocida. Anoche, Broderick encontró unos extractos bancarios que señalan pagos mensuales a una oficina inmobiliaria. Conoce al director de la inmobiliaria, y le llamó. Aengus, al parecer, estaba alquilando un apartamento en Blair Street.

Rebus la conocía, era una callejuela entre High Street y Cowgate, que se debatía entre la respetabilidad y los bajos fondos.

—¿Nadie lo sabía?

—Era su cubil, inspector. En realidad, un nido de ratas, según Broderick. Comida rancia, botellas vacías, vídeos pornográficos...

—El típico piso de soltero.

Vanderhyde no hizo caso de su comentario.

—Allí encontró el libro.

Rebus ya había abierto la carpeta. En el interior había un gran libro de anillas. No llevaba título, pero a Rebus le bastaron unas pocas frases para saber qué era: el diario de Aengus Gibson.

32

Rebus permaneció sentado a su mesa leyendo. Nadie le molestó, pese a que todos sabían que supuestamente estaba suspendido. Se puso el sol, y la sala se fue vaciando poco a poco. Bien podía haber estado en una celda sin ventanas, porque no prestó la menor atención. Había descolgado el teléfono, y tenía la cabeza inclinada sobre el diario, oculta entre las manos; no quería ser molestado.

La primera vez leyó el diario deprisa. Después de todo, solo algunas de las páginas eran significativas. Las primeras entradas estaban llenas de fiestas salvajes, coitos ilegales en mansiones rurales, mujeres casadas que todavía eran «nombres» (y con las hijas de aquellas mujeres); discusiones con el padre y la madre, por lo general por dinero. Dinero. Había mucho dinero en aquellas pequeñas entradas: dinero gastado en viajes, coches, champán, ropas. Sin embargo, el diario en sí comenzaba de una forma bastante extraña:

> Algunas veces, sobre todo cuando estoy solo, atisbo a alguien por el rabillo del ojo. O creo hacerlo. Cuando miro bien, allí no hay nadie. Puede que sea una silueta, una disposición interesante e inconsciente del borde de una puerta abierta y la ventana detrás, o lo que sea, que insinúa una silueta humana. Menciono la puerta y el marco de la ventana porque es el ejemplo más reciente.
>
> Sin embargo, estoy cada vez más convencido de que, en realidad, veo cosas. Lo que veo —lo que se me muestra, para ser más exactos— es a mí mismo. Aquella otra parte de mí. Iba a la iglesia cuando era niño, y creía en los fantasmas. Todavía creo en los fantasmas...

Rebus pasó al comienzo de la siguiente entrada:

> Escribo este diario con la seguridad de que aquel que lo esté leyendo —sí, usted, querido lector— lo hace después de mi muerte. Nadie sabe que está aquí, y dado que no tengo amigos ni confidentes, es poco probable que alguien consiga echarle una hojeada. Puede que se lo lleve un ladrón, por supuesto. Si es así, peor para él: es lo menos valioso que hay en este apartamento, aunque podría convertirse en algo de más valor si siguiera escribiendo...

Había grandes huecos en la cronología. En un año podía haber solo media docena de entradas fechadas. Al parecer, Black Aengus no era más constante escribiendo su diario de lo que era en cualquier otra cosa. No obstante, cinco años atrás había muchas entradas: la irrupción por accidente en el apartamento de Mo Johnson; Aengus trabando amistad con Mo y siendo presentado por ella a alguien llamado Morris Cafferty. Al cabo de un tiempo, Cafferty se convirtió sencillamente en Big Ger mientras Aengus y él se encontraban en fiestas, bares y clubes.

Pero la entrada más larga, sin embargo, pertenecía al día que le interesaba a Rebus:

> En realidad, este no es un mal lugar. El personal es amable y comprensivo con las bromas y las historias. Me llevan con mucha gentileza de nuevo a mi habitación cuando descubro que he salido de ella. Los pasillos son largos y laberínticos. Creí ver un árbol en un pasillo, pero era una pintura en la ventana. Una enfermera apoyó mi mano contra el cristal frío.
>
> Como el resto de ellas, se negó a traerme vodka a escondidas.
>
> Desde mi ventana veo una ardilla (creo que es una ardilla roja) que salta entre los árboles, alejándose hacia las colinas cubiertas de follaje achaparrado.
>
> Pero en realidad no estoy mirando esta escena bucólica. Estoy viendo una habitación, una habitación donde creo que pasaré mucho tiempo, incluso después de haber dejado este hospital.
>
> ¿Por qué intenté convencer a mi padre para que fuese a la partida de póquer? Ahora sé la respuesta. Porque Cafferty quería verle allí. Y mi padre se mostró muy dispuesto; todavía había una chispa en él, una chispa de aquella locura que ha sido su legado para mí. Pero no pudo venir. De haber estado allí, las cosas habrían sido distintas.
>
> Encontré al tío Matthew en el bar. Dios, qué plasta. Cree que porque se ha enfrentado a los demonios y los duendes del nacionalismo tiene alguna importancia en el mundo. Los hombres como Cafferty sí que tienen importancia. Son los que mueven los hilos en las sombras, los que hacen tratos bajo la máscara del anonimato. Sencillamente, hacen que las cosas se hagan. ¡Y Dios, qué cosas!
>
> Tam Robertson sugirió que me uniese a la partida de póquer que se había organizado en el piso de arriba. El dinero necesario para entrar en el juego no era mucho, y sabía que siempre podía acercarme a Blair Street para buscar más si lo necesitaba. Por supuesto, conocía la reputación de Tam Robertson; repartía las cartas de una manera extraña, con el codo sobresaliendo y hacia arriba. Algunas personas decían que era capaz de ver la parte inferior de las cartas cuando repartía, aunque no acierto a adivinar cómo lo hacía. Su hermano, Eck, lo explicó

diciendo que Tam se había roto el brazo en su juventud. Bueno, no soy un tahúr con las cartas y esperaba perder unas cuantas libras, pero estaba seguro de que si alguien intentaba estafarme, me daría cuenta.

Entonces llegaron otros dos jugadores, y en ese momento supe que no me harían trampas. Uno era Cafferty. Le acompañaba un hombre llamado Jimmy Bone, un carnicero con pinta de carnicero: cara hinchada, mejillas rojas, dedos gruesos como salchichas... Tenía aspecto de recién duchado; es algo que ves a menudo en los carniceros, los cirujanos, los trabajadores de los mataderos... Les gusta parecer más limpios que limpios.

Ahora que lo pienso, Cafferty también lo parecía. Y Eck. Y Tam. Tam siempre se estaba frotando las manos, que despedían olor a jabón de limón. O se miraba las uñas y escarbaba debajo de ellas. Si mirabas sus prendas, nunca lo hubieses adivinado, pero era un loco de la higiene. Ahora comprendo —bendita sea la visión retrospectiva— que los hermanos Robertson no se alegraron al ver a Cafferty. Tampoco el carnicero parecía muy contento de verse obligado a jugar. No dejaba de quejarse de que ya debía demasiado, pero Cafferty no le hacía caso.

El carnicero era un pésimo jugador de póquer. Mostraba desencanto cada vez que tenía una mano mala, y le ardía el culo y restregaba los pies cuando tenía una buena. Mientras se desarrollaba la partida, era obvio que había algo entre Cafferty y los Robertson; Cafferty se quejaba del negocio. Había poco movimiento y, por lo visto, no entraba tanto dinero como antes. Luego se volvió hacia mí de forma brusca y descargó una palmada sobre el dorso de mi mano.

—¿Cuántos hombres muertos has visto?

En compañía de Cafferty, yo manifestaba más bravura de la habitual, un efecto que conseguía mostrando una tranquilidad sobrenatural.

—No muchos —respondí.

—¿Alguno? —insistió. No esperó una respuesta—. Yo he visto docenas. Sí, docenas. Lo que es más, Black Aengus, yo mismo maté a muchos de ellos.

Apartó la mano, se echó hacia atrás en la silla y no dijo nada. La siguiente mano se dio en silencio. Deseé que Mo estuviese presente. Ella sabía cómo calmarle. Bebía whisky de la botella, y se enjuagaba la boca antes de tragarlo sonoramente. Sobrio, es imprevisible; borracho, es peligroso. Es por eso que me cae bien. Incluso le admiro, de una manera extraña. Consigue lo que quiere por el medio que sea. Hay algo magnético en esa singularidad de la mente. Por supuesto, en su compañía, soy alguien respetado por esos que en otro momento me llamarían pijo y, como una persona comentó: «Un mierda con pretensiones». Cafferty se ofendió cuando le dije que me habían llamado eso y le hizo una visita al hombre responsable.

Pero a él, ¿qué le hace desear pasar tiempo conmigo? Antes de aquella noche, creía que quizá veíamos el fuego en los ojos del otro. Pero ahora ya lo sé. Pasaba tiempo conmigo porque yo iba a ser otro medio para un fin. Para un final amargo.

Yo bebía vodka, al principio con naranja, más tarde solo, pero siempre de una

copa y siempre con hielo. Los Robertson bebían cerveza. Tenían un cajón de botellas en el suelo entre ellos. El carnicero bebía whisky cuando Cafferty se dignaba servirle, que no era lo bastante a menudo para el pobre tipo. Perdí veinte libras en cuestión de minutos, y sesenta pasado un cuarto de hora. Cafferty volvió a poner su mano sobre la mía.

—Si yo no hubiese venido —afirmó—, estos ya te habrían robado la camisa y quitado los calzoncillos del culo.

—Yo nunca hago trampas —protestó Tam Robertson.

Tuve la sensación de que Cafferty había estado deseando desde el primer momento que él dijese algo. Robertson lo reconoció mordiéndose el labio.

Cafferty le preguntó si estaba seguro de que no hacía trampas. Robertson no dijo nada. Su hermano intentó calmar las cosas diciendo que nos centráramos en la partida. Pero Cafferty le sonrió a Tam Robertson mientras recogía sus cartas. Más tarde, comenzó de nuevo.

—He matado a un montón de hombres —dijo. Me miraba a mí, pero proyectaba su discurso hacia los Robertson—. Pero ni una sola de aquellas muertes no estuvo justificada. Personas que me debían algo, personas que me hicieron algún mal, personas tramposas... Tal como yo lo veo, todos mayorcitos para saber dónde se meten, ¿no es así?

A falta de cualquier otra respuesta, asentí.

—Una vez que te metes en algo hay que enfrentarse a las consecuencias, ¿verdad? —Asentí de nuevo—. Black Aengus, ¿alguna vez has pensado en matar a alguien?

—Más de una vez.

Era verdad, aunque ahora me gustaría haberme mordido la lengua. Había querido matar a hombres más ricos que yo, más apuestos que yo; a hombres que tenían mujeres bellas, mujeres que han rechazado mis proposiciones. Había querido matar a personas que se habían negado a atenderme cuando estaba borracho, a personas que no devolvían la sonrisa cuando les sonreía, propietarios de castillos y fincas con sus propios ejércitos privados. Así que mi respuesta fue acertada.

Cafferty asentía. Casi se había acabado el whisky. Pensé que algo estaba a punto de ocurrir, algo violento. Y yo estaba preparado para ello, o creía estarlo. Los Robertson también parecían a punto de explotar. Tam apoyaba las manos en el borde de la mesa, dispuesto a levantarse de un salto. Entonces se abrió la puerta. Era alguien de la cocina, que traía los sándwiches que habíamos pedido. Salmón ahumado y rosbif. El hombre esperó a que le pagasen.

—Adelante, Tam —dijo Cafferty en voz baja—, tú eres quien tiene suerte esta noche. Págale al hombre.

Tam contó a regañadientes unos cuantos billetes y se los dio.

—Y la propina —dijo Cafferty. Entregó otro billete. El camarero dejó la habitación—. Un gesto muy bonito —añadió Cafferty. Le tocaba dar a él—.

¿Cuánto llevas perdido, Black Aengus?

—No mucho —respondí.

—Te pregunté cuánto.

—Unas cuarenta.

Había llegado a ir perdiendo cien, pero dos buenas manos repararon parte del daño. Además, los mejores jugadores en la mesa, y me refiero a los hermanos Robertson, tenían dificultades para concentrarse. El sudor chorreaba de las patillas de Eck, que se lo secaba continuamente con el antebrazo.

—¿Vas a dejar que te estafen cuarenta? —dijo Cafferty con un tono tranquilo.

Tam Robertson se levantó de un salto, y la silla cayó al suelo.

—¡Ya he oído suficiente!

Pero Eck levantó la silla y le obligó a sentarse. Cafferty había repartido y observó sus cartas, como ajeno a toda la escena. De pronto el carnicero se levantó y anunció que iba a vomitar. Se apresuró a salir de la habitación.

—No volverá —anunció Cafferty.

Yo dije alguna tontería sobre que también pensaba en retirarme temprano. Cuando Cafferty se volvió hacia mí parecía haber adoptado una personalidad que yo desconocía; a pesar de las muchas que había conocido hasta ahora.

—No sabrías lo que es retirarse una noche temprano aunque te patease en los huevos.

Comenzó a recoger las cartas para dar de nuevo. Noté que la sangre me subía a las mejillas. Me había hablado en un tono cercano a la repulsión. Me dije a mí mismo que solo había bebido demasiado, que las personas a menudo dicen cosas...

Repartió la mano de nuevo. Cuando llegó el momento de hacer su apuesta inicial, arrojó un billete al montón, y luego dejó sus cartas boca abajo en la mesa. Metió la mano en la cintura de sus pantalones. Llevaba un traje; como siempre, elegante. Solía decir que la policía evitaba arrestar a personas que vestían bien, y desde luego tenían mucho cuidado de no darle de puñetazos o puntapiés.

—No les gusta ver estropeada una buena tela —me dijo—. Unos escoceses astutos, ya lo ves.

Entonces, cuando retiró la mano de la cintura, empuñaba una pistola. Los Robertson comenzaron a protestar, mientras yo solo miraba el arma. Había visto armas antes, pero nunca tan cerca y en esta clase de situación. De pronto, el vodka, que hasta el momento no había hecho efecto, me inundó como los desperdicios las cloacas. Creí que iba a vomitar, pero me lo tragué. Incluso pensé que me iba a desmayar. Durante todo el tiempo, Cafferty hablaba con toda calma sobre las trampas que la había hecho Tam y preguntaba por su dinero.

—También has estado trampeando a Black Aengus —dijo él.

Quise matizar que eso no era verdad, pero sabía que vomitaría si abría la boca, así que me limité a negar con la cabeza, después de lo cual me sentí todavía más mareado. No pueden saber el dolor y la frustración que siento mientras intento escribir esto de la forma más sincera y exacta. Han pasado catorce semanas de

aquello, pero cada noche vuelve a mí, esté dormido o despierto. Aquí me dan drogas, y nada de alcohol. Durante el día puedo pasear por el jardín, hay «grupos de encuentros» donde se supone que puedo solucionar mis problemas hablando. ¡Dios, si fuese tan fácil! Lo primero que hizo mi padre fue apartarme del camino, «su» camino. Su respuesta fue enviarme de vacaciones con madre por Nueva Inglaterra, donde una tía tiene una casa en Bar Harbor. Intenté hablar con mi madre, pero no pareció tener mucho sentido: tenía esa estúpida sonrisa compasiva pegada en la cara.

Divago. De nuevo a la partida de póquer. Quizá ya haya adivinado lo que pasó después. Sentí la mano de Cafferty en la mía, solo que esta vez levantó mi mano en la suya. Colocó el arma en mi mano y entonces sentí sus dedos empujando los míos hasta que mi índice estuvo alrededor del gatillo. Puedo sentir el tacto del arma incluso ahora, fría y dura. Una parte de mí creía que el arma era de mentira, y que solo les daría un susto a los Robertson. La otra sabía que el arma era real, pero no creía que él fuera a usarla.

Su mano cubrió totalmente la mía y apuntó el arma en dirección a los Robertson. Apretó su dedo contra el mío, y se sintió una detonación en el cuarto, acompañada de un fogonazo de pólvora acre. La sangre nos salpicó a todos. La sentí cálida por un momento, y después fría contra mi piel. Eck estaba inclinado sobre su hermano, hablándole y zarandeándolo; el arma cayó sobre la mesa. Aunque en aquel momento no entendí el porqué, Cafferty envolvió el arma en una bolsa de polietileno. Yo sabía que cualquier huella en ella sería mía y me levanté de la mesa, dominado por el pánico, histérico. Arrojé la botella de vodka contra la pared, donde se rompió empapando el papel y las cortinas en alcohol. Se me ocurrió una idea: cogí un mechero de la mesa y prendí fuego al vodka. Solo entonces, Cafferty se levantó. Me maldecía, e intentaba apagar las llamas, pero se extendían por la tela y el papel del techo y ya era imposible sofocarlas. Se dio cuenta de que el fuego se movía más rápido que nosotros; creo que Eck ya se había olvidado de su hermano y huyó antes de que yo pudiera salir de la habitación. Bajé los escalones de dos en dos y entré en la cocina gritando que abriesen todos los fogones. Si el Central iba a quemarse, que se llevase las pruebas con él.

Debía de tener aspecto de loco, porque el cocinero hizo caso sin rechistar. Creo que era la misma persona que nos había servido los sándwiches, solo que se había cambiado de chaqueta. Era tarde, y estaba solo en la cocina. Le dije que saliese y se marchó por la parte de atrás. Yo le seguí, manteniendo la cabeza gacha mientras trotaba de regreso a Blair Street.

Creo que esto es todo. No me siento mejor por haberlo escrito. No hay exorcismo o catarsis interior. Quizá nunca lo haya. Verá, encontraron el cuerpo. Más aún, saben que al hombre le dispararon. No sé cómo demonios pueden saberlo, pero lo saben. Quizás alguien se lo dijo. Eck Robertson tenía motivos. Él era el único que podía decirlo. Todo era culpa mía. Sé que Cafferty comenzó a

maldecirme porque estropeé las cosas al pegarle fuego a la habitación. De no haberlo hecho, él se hubiera encargado de que el cadáver de Tam Robertson desapareciese de la manera habitual. Nadie lo hubiese sabido.

Ahora, el cadáver me persigue. Anoche soñé que se acercaba a mí, humeante, apuntándome con un dedo y haciendo el gesto de apretar el gatillo. Oh, Dios, esto es la agonía. Y ellos creen que estoy aquí por alcohólico. Todavía no le he contado a mi padre nada de esto. Todavía no. Sin embargo, lo sabe. Sabe que estuve ahí, pero no dice nada. Algunas veces desearía que me hubiese pegado más siendo niño y me hubiera corregido cuando me portaba mal. ¡Pero a él le gustaba que me portase mal! «Haremos un hombre de ti», solía decir. Padre, ya estoy hecho uno.

Ya estaba. Rebus se echó atrás en la silla y miró el techo. Eddie Ringan sabía poco más de lo que había dicho: había sido un testigo de la partida y podía ubicar a Cafferty allí. Normal que huyese asustado, aunque en aquel momento Cafferty no le había prestado atención a un camarero pluriempleado que no pertenecía al personal regular.

Rebus se frotó los ojos y volvió al diario. Había algo sobre unas vacaciones, y después el diario hacía referencia de nuevo al hospital. A continuación, unos pocos meses más tarde:

Hoy (domingo) vi a Cafferty. No por voluntad propia: sin duda me había seguido. Me alcanzó en Blackford Hill. Yo había ido por el Hermitage, subiendo por la ladera más empinada de la colina. Debió de creer que intentaba escabullirme de él; quizá por eso me sujetó por el brazo y me hizo girar, dándome un susto de muerte.

Dijo que a partir de ese momento debía mantenerme limpio. Afirmó que era una buena idea ir a aquel hospital. Creo que intentaba decirme que lo sabía todo de mí. Entonces tuve claro que él solo esperaba su momento. Me vigilaba mientras yo aprendía a llevar el negocio, a la espera del día en que herede a mi padre. Creo que lo quiere todo: cuerpo y alma.

Sí, cuerpo y alma.

El estilo y carácter de las entradas cambiaban a medida que Aengus intentaba «reformarse». Le resultaba un trabajo duro. Su rostro público, el de la beneficencia, enmascaraba un deseo por el pasado salvaje. Rebus pasó a la última entrada, sin fecha.

¿Sabe, querido amigo o enemigo? Me gustó la sensación del arma en mi mano. Cuando Cafferty puso mi dedo en el gatillo... él lo apretó. De eso estoy seguro. Pero suponiendo que no lo hubiese hecho, ¿le hubiese disparado por mi propia

voluntad de todas maneras? Después de todos estos años, de todas las pesadillas, los sudores fríos y los sobresaltos súbitos, algo ha ocurrido. El caso está siendo reabierto. Hablé con Cafferty: dice que no me preocupe, que debo concentrar mis energías en la cervecería. Parece saber más de nuestras finanzas que yo. Padre habla de retirarse el año que viene. El negocio será entonces todo mío, y todo de Cafferty.

Le he visto con Mo en fiestas de beneficencia y en varios actos públicos. Hemos hablado, pero nunca desde aquella noche hemos disfrutado de la compañía del otro. Aquella noche perdí mi intimidad; quizá solo mostré mi debilidad al romper la botella. O quizás ese había sido el plan desde el principio. Siempre me guiña un ojo cuando me ve. Lo hace con todo el mundo, pero conmigo cierra su ojo por un momento, como si estuviese apuntando, colocándome en el punto de mira. Dios, ¿es que esto no acabará nunca? Si no estuviese tan asustado, rezaría para que la policía me encontrase. Pero Cafferty nunca dejará que eso ocurra.

Rebus cerró el diario. Su corazón latía deprisa y le temblaban las manos. «Aengus, pobre maricón. Cuando leíste que teníamos el arma, creíste que teníamos tus huellas digitales e iríamos por ti».

En cambio, Cafferty había jugado su triunfo intentando incriminar a Rebus, solo para mantenerle fuera de la escena durante un tiempo. La ironía era que, con las huellas desaparecidas, Black Aengus quedaba limpio; limpio de un asesinato que en realidad no había cometido.

Rebus imaginó la fiesta que hubiese dado la defensa a su costa si entraba en el juzgado de Royal Mile con solamente el diario de un dipsomaníaco en tratamiento. Los tribunales de Edimburgo eran de una dureza legendaria en el mejor de los casos; con la clase de abogado que Cafferty podría pagar, era un caso perdido desde el principio.

Sin embargo, Rebus sabía que debía hacer algo con Cafferty. El hombre se merecía un escarmiento. «Que el castigo sea adecuado al crimen», pensó. Pero apartó la idea; no más armas.

No se fue a casa, no de inmediato. Subió a su coche y se quedó sentado allí, en el aparcamiento, con las llaves puestas en el contacto y las manos apoyadas apenas en el volante. Después de casi una hora, tuvo frío y puso en marcha el motor. Poco a poco, volviendo atrás y recorriendo de nuevo el camino en su mente, se le ocurrió la idea. «Que el castigo fuese adecuado al crimen». Sí, pero no el castigo de Cafferty. No, no el de Cafferty.

El de Andrew McPhail.

33

Rebus no se acercó a St Leonard's durante un par de días, aunque recibió un mensaje del Granjero Watson donde le decía que Broderick Gibson estaba considerando demandarle por acoso a su hijo.

«Él ha estado acosando durante años», fue el único comentario de Rebus.

Esperaba en su coche a que soltaran a Andy Steele. El pescador y detective privado parpadeó al sol. Rebus hizo sonar la bocina, y Steele se acercó desconfiado. Rebus bajó la ventanilla.

—Oh, es usted —dijo Steele desilusionado.

Rebus había prometido que ayudaría al joven y luego lo había dejado de lado, sin preocuparse en ningún momento.

—Veo que te han dejado salir —comentó Rebus.

—Sí, bajo fianza.

—Eso es porque alguien puso el dinero por ti.

Steele asintió, y luego dio un respingo.

—¿Usted?

—Yo —dijo Rebus—. Ahora sube. Tengo un trabajo para ti.

—¿Qué clase de trabajo?

—Sube y te lo diré.

Había una chispa de vida en los ojos de Steele cuando caminó hasta el lado del pasajero y abrió la puerta.

—¿Quieres ser detective privado? —añadió Rebus—. Me parece justo. Tengo un trabajo para ti.

Steele pareció incapaz de comprenderlo por un minuto. Luego terminó por decir:

—Fantástico. Siempre que no vaya contra la ley.

—Oh, no es nada ilícito. Solo quiero que hables con unas cuantas personas. Son buenas oyentes, no tendrás ningún problema.

—¿Qué debo decirles?

Rebus puso en marcha el coche.

—Hay un contrato con cierto individuo.

—¿Un contrato?

—Vamos, Andy, lo has visto en las películas. Un contrato.

—Un contrato —repitió Andy Steele mientras Rebus se incorporaba al tráfico.

Seguía sin haber señales de Andrew McPhail. Rebus descubrió que Alex Maclean estaba de nuevo en circulación, aunque seguía de baja en el trabajo. La señora McKenzie le dijo que no había visto a ningún hombre con las manos y el rostro vendado por la zona. Sí uno de los vecinos. No tenía importancia. McPhail no volvería ahí nunca más. Lo lógico sería que escribiese o llamase por teléfono a su casera para darle una dirección y pedirle que le enviase sus cosas. Rebus miró hacia la escuela de regreso a su coche. Los niños estaban en su propio y pequeño mundo... y a salvo.

Condujo mucho; visitó escuelas y parques. Sabía que McPhail debía de estar durmiendo en cualquier parte, donde buenamente pudiera. Rebus tuvo una visión en la que le veía subir a un tren de carbón que marchaba a poca velocidad hacia el sur. Una mano se extendía y ayudaba a McPhail a subir. Era Deek Torrance. Los títulos de crédito comenzaban a pasar...

No importaba si no podía encontrar a McPhail: solo sería un toque bonito. Un bonito toque de crueldad.

Wester Hailes era un buen lugar para perderse. Situado en el extremo oeste de la ciudad, visible desde la carretera de circunvalación de Edimburgo, Wester Hailes era el lugar donde la ciudad ponía a las personas de las que quería olvidarse.

La gente podía dejar Wester Hailes o quedarse allí toda su vida, rodeada por carreteras, edificios vulgares, polígonos industriales y espacios verdes vacíos. A Rebus nunca le había parecido que fuese un buen lugar donde esconderse, pero ahora lo veía claro; uno podía caminar por las calles, ir al campo de golf de Kingsknowe, o por las carreteras alrededor de Sighthill, y siempre que no mirase donde no debía, estaría a salvo. Había lugares donde se podía dormir sin ser descubierto. Y si uno era de ideas fijas, había una escuela. Una escuela

y unos cuantos parques.

El segundo día que fue allí, encontró a Andrew McPhail. Nada de vigilar las estaciones de autobuses y trenes; Rebus había sabido dónde mirar. Siguió a McPhail durante tres cuartos de hora, al principio en coche y después a pie, cuando McPhail atajó por una calle peatonal. McPhail caminaba a buen paso. Parecía un hombre que había salido a dar un paseo, nada más. Un poco andrajoso quizá, pero en estos días de crisis, uno perdía la voluntad de afeitarse cada mañana, ¿verdad?

McPhail tenía cuidado de no llamar la atención. No se detuvo para mirar a ninguno de los niños que veía, en lugar de eso solo les sonreía y continuaba su marcha.

Cuando Rebus hubo visto lo suficiente, aceleró el paso y le tocó en el hombro con el bastón. Bien podría haber utilizado una porra eléctrica.

—¡Jesús, es usted! —La mano de MacPhail voló a su pecho—. Casi me da un ataque.

—Le hubiese ahorrado faena a Alex Maclean.

—¿Cómo está?

—Quemaduras menores. Está levantado en pie de guerra.

—¡Por amor de Dios! Estamos hablando de algo que ocurrió hace años.

—¿No ocurrirá de nuevo?

—¡No!

—¿Fue un accidente que acabase viviendo al otro lado de la escuela primaria?

—Sí.

—¿Es erróneo que yo creyese que le encontraría en algún lugar cercano a una escuela o un parque...?

McPhail abrió la boca, y la volvió a cerrar. Negó con la cabeza.

—No, no estaba equivocado. Todavía me gustan los chicos, pero nunca... nunca les volveré a hacer algo. Ni siquiera hablo con ellos. —Miró a Rebus—. Lo estoy intentando, inspector.

Todo el mundo quiere una segunda oportunidad: Michael, McPhail, incluso Black Aengus.

Algunas veces, Rebus podía ayudar.

—Le diré qué —dijo—. Hay programas para antiguos agresores. Pruebe a entrar en uno de ellos, no en Edimburgo, sino en algún otro lugar. Luego podría inscribirse en la Seguridad Social y buscar trabajo. —McPhail parecía preparado para decir algo—. Sé que hace falta un poco de dinero para ponerse en marcha, pero también puedo ayudarle con eso.

McPhail parpadeó, un ojo se quedó medio cerrado.

—¿Por qué?

—Porque quiero. Y después le dejaremos en paz, se lo prometo. No le diré a nadie dónde está o qué le pasó. ¿Tenemos un trato?

McPhail se lo pensó... uno o dos segundos.

—Trato hecho.

—Muy bien. —Rebus puso una mano en el hombro de McPhail y le acercó un poco—. Solo quiero que antes haga una cosa por mí...

Todo estaba muy tranquilo en el club social. Chick Muir ya pensaba en irse a casa cuando un joven le preguntó si podía invitarle a una copa, ofrecimiento que Chick aceptó de inmediato.

—No me agrada beber solo —explicó el joven.

—¿Quién puede culparle? —dijo Chick, amable, y le pasó su copa vacía al barman—. ¿No es de por aquí?

—Aberdeen —respondió el joven.

—Está muy lejos de casa. ¿Aquello todavía es como Dallas?

Chick se refería al boom del petróleo, que había desaparecido casi con tanta rapidez como había empezado, excepto en la ignorancia de aquellas personas que no vivían en Aberdeen.

—Puede que sí —dijo el joven—, pero eso no impidió que me despidiesen.

—Lamento oírlo.

Chick era sincero. Había confiado en que el joven hubiese venido de las plataformas petrolíferas con dinero para gastar. Estaba pensando en pedirle diez libras, pero ahora desechó la idea.

—Por cierto, soy Andy Steele.

—Chick Muir.

Chick se puso el cigarrillo en la boca para poder estrechar la mano

de Steele. Su apretón fue como el de una apisonadora.

—El dinero no trajo mucha suerte a Aberdeen —comentó Steele—. Solo a un montón de estafadores y pandilleros.

—Me lo creo.

Muir casi se había bebido la mitad de su copa.

—Por eso estoy aquí —prosiguió Steele.

—¿Qué? ¿Por los pandilleros?

Muir pareció divertido.

—En cierto modo. He venido a visitar a un amigo, pero pensé que mientras estaba aquí quizá podría ganarme unas cuantas libras.

—¿Cómo es eso?

Chick comenzó a sentir incomodidad y curiosidad a la vez.

Steele bajó la voz, aunque estaban solos en el bar.

—Corren rumores por Aberdeen de que alguien anda por ahí buscando a cierto individuo en Edimburgo.

El barman puso en marcha el casete detrás de la barra. El local se llenó con las voces de un dueto folclórico que había actuado en el club la semana anterior. Sonaba peor que entonces.

—En nombre de todos los santos, baja esa música. —Chick no tenía una voz fuerte, pero nadie podía decir que carecía de autoridad. El barman bajó el volumen un poco, y cuando Chick lo miró todavía furioso, lo bajó un poco más—. ¿Cómo has dicho? —le preguntó a Andy Steele.

Este, que había estado disfrutando de su bebida, dejó la copa y se lo dijo a Chick Muir de nuevo. Poco después, con la misión cumplida, le pagó a Chick una copa más y se marchó.

Chick Muir no probó su nueva media pinta. Miraba más allá, a su propio reflejo en el espejo detrás de las botellas. Luego hizo unas cuantas llamadas telefónicas y le gritó otra vez al barman que «apagase esa mierda». La tercera llamada que hizo fue a St Leonard's, donde le informaron, con demasiado entusiasmo, de que el inspector Rebus había sido suspendido de sus tareas mientras se realizaban las investigaciones pertinentes. Intentó llamar a Rebus a su apartamento, pero tampoco tuvo suerte. Bueno, lo que importaba era que había hablado con el gran hombre. Ahora el gran hombre le debía una, lo

cual era suficiente para que Chick Muir, que no tenía ni cinco, pudiese seguir tirando.

Andy Steele repitió la misma actuación en un bar muy mal iluminado y en una casa de apuestas, pero no encontró a quien buscaba hasta la tarde, en Powderhall, apostando en carreras de galgos. Se recitó a sí mismo la descripción que Rebus le había dado y por fin vio a un hombre que engullía patatas fritas, sentado en un taburete en la barra de un quiosco.

—¿Es usted Shuggie Oliphant? —preguntó.

—Soy yo —dijo el gigantesco treintañero, con un dedo en busca de sal en el fondo de la bolsa de patatas.

—Alguien me dijo que podría estar interesado en una información que tengo.

Oliphant todavía no le había mirado. Vaciada la bolsa, la plegó en una tira muy delgada, le hizo un nudo y la colocó sobre la mesa. Había otras cuatro bolsas dispuestas en fila—. No cobrarás hasta que yo lo haga —le informó Oliphant, que se chupó el dedo grasiento y chasqueó los labios.

Andy Steele se sentó delante de él.

—A mí ya me vale —dijo.

El domingo por la mañana, Rebus esperó en lo alto de Calton Hill. Caminó alrededor del observatorio, como hacían los otros paseantes de domingo. Su pierna había mejorado visiblemente. La gente señalaba los lugares característicos más distantes; las nubes rotas se difuminaban en el cielo azul claro. Ningún otro lugar en el mundo, admitió, tenía esta geografía de colinas, valles y peñascos. El montículo volcánico bajo el castillo de Edimburgo había sido el comienzo de todo. Un lugar demasiado bueno para no construir una fortaleza. La ciudad había crecido a su alrededor hasta Wester Hailes y más allá.

El observatorio era una construcción extraña, poco funcional. La locura, al fin y al cabo, era precisamente eso, y no servía para nada

más que para trepar entre sus muros y pintar tu nombre en la pared. Formaba parte de un proyecto de templo griego (Edimburgo, después de todo, era «la Atenas del norte»). El cerebro excéntrico que estaba detrás del plan se había quedado sin dinero después de la finalización de este primer lado. Y allí estaba, una serie de pilares sobre un pedestal al cual los niños trepaban subiéndose a los hombros de sus compañeros.

Cuando Rebus miró hacia allí, vio a una mujer que balanceaba las piernas desde el pedestal y le saludaba con una mano en alto. Se acercó.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —gritó.

—No mucho. ¿Dónde está su bastón?

—Me puedo arreglar muy bien sin él. —Era verdad, significaba que podía cojear a un paso razonable—. Vi que ayer los Hibs consiguieron ganar.

—Ya era hora.

—¿Ninguna señal de él?

Siobhan señaló hacia el aparcamiento.

—Allí viene.

Un Mini Metro había subido la carretera hasta lo alto de la colina y estaba aparcando entre dos automóvles grandes y brillantes.

—Deme una mano —pidió Siobhan.

—Cuidado con mi pierna —protestó Rebus.

Pero ella casi no pesaba cuando la levantó para bajarla.

—Gracias —dijo Siobhan.

Brian Holmes había observado la actuación antes de cerrar el coche y avanzar hacia ellos.

—Un verdadero Baryshnikov —comentó.

—Que Dios te bendiga —dijo Rebus.

—¿De qué va todo esto, señor? —preguntó Siobhan—. ¿Por qué el secreto?

—No hay nada raro —contestó Rebus, y comenzó a caminar— en que un inspector quiera hablar con dos de sus colegas subalternos. Colegas subalternos, colegas de confianza.

Siobhan miró a Holmes. Este meneó la cabeza: quiere algo de

nosotros. Como si ella no lo supiese.

Se apoyaron en la balaustrada, disfrutando del panorama. Rebus llevaba el peso de la conversación mientras Clarke y Holmes hacían alguna pregunta, la mayoría sin necesidad de respuesta.

—¿Así que esto será por nuestra cuenta?

—Por supuesto —respondió Rebus—. Solo dos polis entusiastas con un poco de iniciativa. —Tenía una pregunta que hacer—. ¿La iluminación será un problema?

Holmes se encogió de hombros.

—Se lo preguntaré a Jimmy Hutton. Es un fotógrafo profesional. Hace calendarios y cosas por el estilo.

—Esto no va de fotografiar gatitos o un valle —señaló Rebus.

—No, señor —dijo Holmes.

—¿Cree que funcionará? —preguntó Siobhan.

Rebus se encogió de hombros.

—Espera y lo verás.

—No hemos dicho que lo haremos, señor.

—No —dijo Rebus, y se volvió—, pero lo haréis.

34

Por lo tanto, por propia iniciativa, Holmes y Siobhan decidieron pasar la noche del lunes haciendo un turno de vigilancia para la Operación Sacas de Dinero. Sin calefacción, la habitación donde estaban acurrucados era fría, húmeda y lo bastante oscura para atraer a algún ratón. Holmes, oído los consejos del hombre de los calendarios, había pedido prestada una lente especial para la ocasión, un teleobjetivo de visión nocturna. No se había molestado en llevar el Walkman y las cintas de Patsy Cline: en el pasado, siempre había tenido más que suficiente con hablar con Siobhan. Pero esa noche ella no parecía de humor. No dejaba de morderse el labio inferior, y se levantaba de vez en cuando para hacer estiramientos.

—¿Tú no te quedas entumecido? —le preguntó Siobhan.

—Yo no —contestó Holmes en voz baja—. Me he estado entrenando para esto; años de estar tumbado en el sofá.

—Creía que te mantenías en buen estado.

Él miró cómo se doblaba hacia delante y estiraba los brazos a lo largo de una pierna.

—Y tú debes de tener dobles articulaciones.

—No del todo. Tendrías que haberme visto en la adolescencia. —Las farolas de la calle iluminaron la sonrisa de Holmes—. Abajo, Rover —dijo Siobhan. Se oyó un rascar en el techo.

—Una rata —dijo Holmes—. ¿Alguna vez has arrinconado a una? —Clarke negó con la cabeza—. Pueden saltar como un salmón Tummel.

—Mis padres me llevaron una vez a la represa hidroeléctrica cuando era pequeña.

—¿En Pitlochry? —Clarke asintió—. Entonces ¿has visto saltar a los salmones? —Ella asintió de nuevo—. Bueno —añadió Holmes—, imagínate uno con pelos, colmillos y una larga cola gruesa.

—Prefiero no hacerlo. —Clarke miró a través de la ventana—. ¿Crees que vendrá?

—No lo sé. John Rebus no se equivoca a menudo.

—¿Es por eso que todos le odian?

Holmes pareció un poco sorprendido.

—¿Quién le odia?

Siobhan se encogió de hombros.

—Las personas con las que hablé en St Leonard's... y en otros lugares. No confían en él.

—Él no lo querría de otra manera.

—¿Por qué no?

—Porque es retorcido.

Recordaba la primera vez que Rebus le había utilizado en un caso. Había pasado una noche fría y frustrante, alerta para prevenir una pelea que nunca tuvo lugar. Confiaba en que esta noche sería mejor.

La rata se movía de nuevo hacia el fondo de la habitación, por encima de la puerta.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Siobhan de nuevo.

—Vendrá, chica. —Ambos se volvieron hacia la silueta en la puerta. Era Rebus.

—Así me gusta, cotilleando como marujas. Podría haber subido la escalera con botas de clavos y no me hubieseis escuchado. ¿Alguna cosa?

—Nada, señor.

Rebus movio su reloj hacia la luz.

—Creo que faltan cinco.

El reloj digital de Siobhan tenía luz.

—Faltan diez, señor.

—Maldito reloj —murmuró Rebus—. La acción empezará cuando sea la hora. Si aquel tonto de Aberdeen no mete la pata.

Pero el «tonto de Aberdeen» no era tan tonto. Big Ger Cafferty pagó la información. Aunque fuera información que ya sabía, solía pagarla: era una manera barata de estar seguro de que no se le escapaba nada. Por ejemplo, aunque ya había oído de dos fuentes que la banda del norte planeaba actuar con violencia contra él, le pagó a Shug Oliphant unas cuantas libras por su esfuerzo. Oliphant, al que a su vez le

gustaba tener contentas a sus propias fuentes, le dio diez libras a Andy Steele (dos quintas partes de la recompensa de Oliphant).

—Aquí tienes —dijo.

—Gracias —respondió Andy Steele, complacido de verdad.

—¿Ves algo que te interese?

Oliphant se refería a las cintas de vídeo que les rodeaban en la pequeña tienda de vídeos que regentaba. El espacio detrás del mostrador era tan pequeño que Oliphant a duras penas si cabía. Cada vez que se movía tumbaba algo; algo que ya nunca sería recogido porque tampoco tenía espacio para agacharse.

—Tengo algunas otras cosas debajo del mostrador —añadió—, si te interesan.

—No, no quiero un vídeo.

Oliphant sonrió de una manera desagradable.

—No estoy seguro de que el caballero creyese de verdad tu historia —le comentó Oliphant a Andy—. Pero he oído el rumor unas cuantas veces más, y quizá tenga algo de cierto.

—Lo tiene —afirmó Andy Steele. Rebus estaba en lo cierto: si le decías algo a un sordo el lunes, el martes estaba en el periódico de la tarde—. Tienen una vigilancia en sus lugares, incluida la operación en Gorgie.

Oliphant pareció muy suspicaz.

—¿Cómo lo sabes?

—Por pura suerte. Me topé con uno de ellos. Lo conocía de Aberdeen. Me dijo que me largase si no quería verme mezclado.

—Pero todavía estás aquí.

—Me voy en el expreso de mañana por la mañana.

—Entonces ¿algo ocurrirá esta noche?

Oliphant parecía muy escéptico, pero era su manera de ser.

Steele se encogió de hombros.

—Todo lo que sé es que mantienen la vigilancia. Quizá solo quieren hablar.

Oliphant se lo pensó y mientras lo hacía pasó los dedos por una caja de vídeos.

—Anoche rompieron los cristales de dos bares. —Steele no

parpadeó—. Bares donde bebe el caballero. ¿Podría haber alguna conexión?

Steele se encogió de hombros.

—Podría ser.

De haber sido sincero, hubiese dicho que había sido el conductor del coche mientras el propio Rebus arrojaba las piedras contra los cristales. Uno de los bares había sido el Firth en Tollcross; el otro, el Bowery al final de Easter Road.

Pero, en cambio, dijo:

—Un pájaro llamado McPhail es quien está vigilando Gorgie. Está al mando.

Oliphant asintió.

—Ya sabes cómo funciona, vuelve dentro de un día o dos. Habrá dinero si el caballero está conforme.

—Me voy a Aberdeen.

—Así es —dijo Oliphant—. Te diré qué. —Cortó una hoja de papel de un bloc—: Dame tu dirección y te enviaré el dinero.

Andy se divirtió inventando la dirección.

Cafferty estaba jugando al billar cuando recibió el mensaje. Tenía una participación del veinticinco por ciento en un salón de billares y un complejo de ocio en Leith. La clientela pretendida había sido *yuppy*, chicos de clase trabajadora que estaban trepando por el poste engrasado. Pero los *yuppies* se habían desvanecido como una nube de humo y ahora el complejo iba cuesta abajo y sin frenos con una sala de bingo, *happy hour*, una galería con máquinas tragaperras, y planes para una bolera. Los adolescentes siempre parecían tener dinero en los bolsillos. Harían la bolera en el gimnasio poco usado, el restaurante a su lado, y la sala de aeróbic que había detrás.

Al mantenerse en el negocio, Cafferty había descubierto que todo se reducía a ser flexible, a remar a favor del viento. Los planes futuros incluían un club de vacaciones y una sala de baile estilo años cuarenta, esta última con tés bailables y «noches a oscuras». Noches de magreo, las llamaba Cafferty.

Sabía que era muy malo en el billar, pero le gustaba el juego. Su

excusa era perfecta: era la práctica la que fallaba. La vanidad le impedía tomar clases, y su reconocida falta de paciencia hubiese disuadido a todos, excepto a un loco, de dárselas. Por consejo de Mo, había intentado otros deportes: tenis, *squash*, incluso una vez esquiar... pero solo disfrutaba con el golf. Le encantaba pegarle a la pelota y enviarla a todas partes. El problema era que no sabía contenerse, siempre se pasaba. Si no partía por lo menos un par de pelotas después de nueve hoyos, no era feliz.

El billar le iba de maravillas. Tenía de todo: táctica, cigarrillos, bebida y unas cuantas apuestas. Así que estaba otra vez en la sala, con los focos alumbrando las mesas verdes, y dejando en penumbra todo lo demás. Había una especie de silencio terapéutico; solo se oía el golpear de las bolas, algún comentario o chiste ocasional, o algún golpe en el suelo con el taco para premiar un tiro bien hecho. Entonces Jimmy el Oreja se acercó a él.

—Llamada telefónica desde la casa —le dijo a Cafferty.

Luego le pasó el mensaje de Oliphant. Andrew McPhail, aunque no quisiese, no tenía otra elección que confiar en John Rebus. Rebus podría estar montando un encuentro entre McPhail y Maclean. O bien podría hacer otro tipo de engaño, que lo más probable acabaría con una paliza y el mensaje claro de que se largase de Edimburgo de una puta vez.

O podía ser todo legal. Sí, el nivel de burbuja estaba torcido, Rebus le había pedido a McPhail que entregase un mensaje, una carta. Incluso le había entregado el sobre. El mensaje era para un hombre llamado Cafferty, que saldría de la empresa de taxis en Gorgie Road alrededor de las diez.

«¿Cuál es el mensaje?».

«A usted no le importa», había respondido Rebus.

«¿Por qué yo?».

«No puedo dárselo yo, es todo lo que necesita saber. Solo asegúrese de que sea él, y entréguele el sobre».

«Esto apesta».

«No puedo hacerlo más sencillo. Nos encontraremos después y arreglaremos su nuevo futuro. La pelota ya está en juego».

«Sí —dijo McPhail—. Pero ¿dónde está la puta portería?».

Sin embargo, ahí estaba él, caminando por Gorgie Road. Hacía frío y amenazaba lluvia. Rebus le había llevado a St Leonard's esa tarde para que pudiese ducharse y afeitarse; incluso le había dado algunas prendas limpias que había recogido de casa de la señora McKenzie.

«No quiero que un vagabundo entregue mi correo», le había explicado. Ah, la carta. McPhail no era tonto; había abierto el sobre horas antes. En el interior había otro sobre marrón más pequeño con algo escrito: ¡NO VALE ESPIAR, MCPHAIL!

De todas maneras había pensado en abrirlo. No parecía que hubiese mucho en el interior, una única hoja de papel. Pero algo le detuvo, un pálido rayo de esperanza: la esperanza de que todo iba a salir bien.

No tenía reloj, pero sabía medir bien el tiempo. Le parecía que eran las diez. Ahí estaba, delante de la compañía de taxis. Había luces en el interior, y coches esperando fuera. El turno más ocupado comenzaría muy pronto, los viajes a casa después de la hora de cierre. El aire de la noche olía a las diez; el diésel de las líneas férreas, la lluvia cercana... Andrew McPhail esperó.

Vio los faros y cuando el coche —un Jaguar— se desvió y subió a la acera su primer pensamiento fue: el conductor está borracho. Pero el coche frenó con suavidad y se detuvo a su lado, casi aplastándolo contra la cerca de tela metálica. El conductor se bajó. Era enorme. Una ráfaga de viento le agitó el pelo largo, y McPhail vio que le faltaba una oreja.

—¿Usted es McPhail? —preguntó.

La puerta de atrás del Jaguar se abrió poco a poco y salió otro hombre. No era tan grande como el chófer, pero de alguna manera lo parecía. Sonrió de forma poco bondadosa.

La carta estaba en el bolsillo de McPhail.

—¿Cafferty? —preguntó, forzando la palabra desde los pulmones.

El hombre sonriente asintió con un parpadeo. En el otro bolsillo de McPhail estaba el cuello roto de una botella de whisky que había encontrado junto a un contenedor de vidrio lleno. No era gran cosa como arma, pero era lo único que se podía permitir. Incluso así, no valoraba mucho sus oportunidades. Tenía la vejiga llena. Metió la

mano para sacar la carta.

El conductor le sujetó los brazos a los costados y le giró, para quedar cara a cara con Cafferty, que le dio una patada en la entrepierna. El mango de un taco de billar se deslizó de la manga de Cafferty a su mano. Mientras McPhail se doblaba, el taco le pegó en el costado de la mandíbula, se la fracturó y le arrancó varios dientes. Cayó hacia delante y se vio recompensado con un tacazo en la nuca. Todo su cuerpo se quedó entumecido. En ese momento el conductor le estaba levantando la cabeza por el pelo y Cafferty estaba abriéndole la boca con el taco, para metérselo a través de la garganta.

—¡Quietos! —Dos personas, un hombre y una mujer, corrían a través de la calle y mantenían abiertas sus identificaciones—. Agentes de policía.

Cafferty levantó ambas manos por encima de la cabeza. Había dejado el taco en la boca de McPhail. El conductor soltó al hombre golpeado, que permaneció erguido sobre las rodillas. Tembloroso, Andrew McPhail comenzó a sacarse el taco de la garganta. Se oyó una sirena cuando se acercaba un coche de la policía.

—No es nada, agente —decía Cafferty—, un malentendido.

—Un malentendido —dijo el agente varón.

Su compañera deslizó la mano en el bolsillo de McPhail. Encontró la botella rota. Bolsillo equivocado.

Del otro bolsillo sacó la carta, ahora arrugada. Se la entregó a Cafferty.

—Abra esto, por favor, señor —dijo.

Cafferty la miró.

—¿Es una trampa? —La abrió de todas maneras. En el interior había un trozo de papel, que desplegó. La nota no llevaba firma. Ya sabía de todas maneras de quién era—. ¡Rebus! —gritó—. ¡El cabrón de Rebus!

Minutos más tarde se llevaban a Cafferty y al chófer, y la ambulancia llegaba para atender a Andrew McPhail. Siobhan recogió la nota que Cafferty había dejado caer. Solo decía: «Espero que vendan su piel como recuerdo». Frunció el entrecejo y miró hacia la ventana de vigilancia, pero no vio a nadie allí.

De haber visto algo, hubiese sido la silueta de un hombre que

imitaba la forma de una pistola con el puño, apuntando con el pulgar para poner a Cafferty en la mira, y apretando el gatillo imaginario.

¡Bang!

35

Nadie en St Leonard's creía que Holmes y Siobhan estaban allí aquella noche solo por un exagerado sentimiento del deber. La versión más creíble era que se habían encontrado para un polvo clandestino y se tropezaron con la paliza. Por fortuna estaban las fotos de la cámara de vigilancia: habían salido estupendas.

Con Cafferty en custodia, tuvieron la oportunidad de hacerse con sus cosas y echarles un vistazo... incluido el infame diario en código. Watson y Lauderdale estaban mirando las fotocopias del diario, cuando llamaron a la puerta del comisario.

—¡Adelante! —gritó Watson.

John Rebus entró y miró a un lado y a otro, admirado por el espacio en el suelo.

—Veo que le han traído los archivadores, señor.

Lauderdale se irguió en toda su estatura.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Estás suspendido del servicio.

—No pasa nada, Frank —intervino Watson—. Yo le pedí al inspector Rebus que viniese. —Volvió las fotocopias hacia Rebus—. Échales una hojeada.

No le llevó mucho. El problema con el código en el pasado era que no habían sabido qué buscar. Pero ahora Rebus tenía más que una buena idea. Puso el dedo en una entrada.

—Aquí —dijo—. 3MraCSCS.

—¿Sí?

—Significa que el carnicero en South Clerk Street debe tres mil. Abrevió carnicero y lo escribió al revés.

Lauderdale pareció incrédulo.

—¿Estás seguro?

Rebus se encogió de hombros.

—Ponga a los expertos de Fettes a trabajar. Ellos podrán encontrar

al menos unos cuantos morosos.

—Gracias, John —dijo Watson.

Rebus se volvió y salió del despacho. Lauderdale miró a su superior.

—Tengo la sensación —protestó— de que aquí está pasando algo que yo no sé.

—Bueno, Frank —respondió Watson—, ¿por qué hoy iba a ser diferente de cualquier otro día?

Eso bajó los humos del inspector jefe Lauderdale al mínimo.

Fue Siobhan Clarke quien descubrió la pieza más importante de todo el caso. Ahora era un caso. A Rebus no le importaba que la máquina estuviese en funcionamiento sin él. Holmes y Clarke le informaban al final de cada día. Los descifradores habían trabajado en firme, y como resultado los detectives estaban hablando con las víctimas del libro negro de Cafferty. Bastaría uno o dos de ellos en el juicio, y Cafferty caería. Hasta ahora, sin embargo, nadie hablaba. Rebus tenía la idea de una persona que, si se le persuadía de la manera adecuada, podría hacerlo.

Entonces Siobhan mencionó que Geronimo Holdings, la compañía de Cafferty, tenía una participación del setenta y nueve por ciento en una granja al sudoeste de Borders, no muy lejos de la costa donde solían hacer desaparecer los cuerpos. Enviaron un equipo a la granja, donde los científicos forenses tendrían mucho trabajo... sobre todo en las pocilgas.

La mayor parte de la granja contaba con el último grito en tecnología agrícola, pero no las pocilgas. Fue lo que alertó a la policía desde el principio. Encima de las pocilgas, en un lugar oscuro lleno de paja rancia, había un hedor desagradable, pútrido. Se encontraron trozos de tela; en una esquina, el cinturón de un hombre. Fotografiaron el lugar y recogieron hasta las partículas más pequeñas. En la planta de arriba de la granja, mientras tanto, un hombre que primero afirmó ser un trabajador agrícola acabó por admitir que era Derek Torrance, mejor conocido como Deek.

Al mismo tiempo, Rebus conducía hacia Dalkeith, a Duncton Terrace para ser más exactos. Era primera hora del atardecer y la

familia Kintoul estaba en casa. Madre, padre e hijo ocupaban tres lados de una mesa plegable en la cocina. La sartén todavía humeaba y salpicaba sobre el fogón grasiento. La mayor parte de la comida en los platos estaba disfrazada con una salsa marrón. Rory Kintoul se disculpó y llevó a Rebus a la sala de estar, que estaba conectada con la cocina por una ventanilla de servicio. Rebus se preguntó si esposa e hijo estarían escuchando por la ventana.

Se sentó en la silla junto a la chimenea; Kintoul, opuesto a él.

—Lamento si es un mal momento —se disculpó Rebus.

Después de todo había un ritual que seguir.

—¿Qué pasa, inspector?

—Habrá oído, señor Kintoul, que hemos arrestado a Morris Cafferty. Estará ausente por bastante tiempo. —Rebus miró las fotos en la repisa de la chimenea; instantáneas de chicos con los dientes separados, sobrinos y sobrinas. Les sonrió—. Solo creí que quizás era el momento para que usted descargase su conciencia.

Guardó silencio por un momento, todavía mirando las fotos enmarcadas. Kintoul no dijo nada.

—Sé que usted es un buen hombre —continuó Rebus—. Me refiero a que es un «buen» hombre. Usted pone la familia primero, ¿me equivoco? —Kintoul asintió, titubeante—. Su esposa e hijo, usted haría lo que fuese por ellos. Lo mismo por el resto de su familia: hermanas, padres, primos... —Rebus guardó silencio.

—Sé que Cafferty irá a la cárcel —dijo Kintoul.

—¿Y?

Kintoul se encogió de hombros.

—Se trata de lo siguiente —explicó Rebus—. Sabemos todo lo que hay que saber. Solo necesitamos un poco de confirmación.

—¿Significa ser testigo?

Rebus asintió. Eddie Ringan también sería testigo, diría todo lo que sabía del Hotel Central, a cambio de una buena palabra por parte de la policía cuando llegase su juicio.

—Señor Kintoul, tiene que aceptar que no es el mismo hombre que era hace un año o dos. ¿Por qué lo hizo? —Rebus preguntaba de la manera como lo haría un amigo, solo por curiosidad.

Kintoul se limpió una mancha de salsa de la barbilla.

—Era un favor. Jim siempre necesitaba favores.

—¿Así que conducía la furgoneta?

—Sí, hacía sus repartos.

—¡Pero si usted es un técnico de laboratorio!

Kintoul sonrió.

—Y podía ganar más con el reparto de la carnicería. —Se encogió de hombros de nuevo—. Como dijo, inspector, yo pongo la familia primero, sobre todo en lo que se refiere al dinero.

—Continúe.

—¿Cuánto sabe?

—Sabemos que la furgoneta se utilizaba para transportar los cuerpos.

—Nunca nadie se fija en la furgoneta de un carnicero.

—Excepto un pobre agente en el noreste de Fife. Acabó con una conmoción.

—Eso ocurrió después de mi tiempo. Yo quería dejarlo. —Esperó a que Rebus asintiese, y continuó—: Solo que, cuando me quise marchar, Cafferty no me lo permitió. Me presionaba.

—¿Por eso lo apuñalaron?

—Fue aquel guardaespaldas que tiene. Jimmy el Oreja. Perdió la cabeza. Me apuñaló en el momento en que me bajaba del coche. Menudo cabrón. —Kintoul miró hacia la ventana de servicio—. ¿Sabe lo que hizo Cafferty cuando le dije que quería dejar de conducir la camioneta? Le ofreció a Jason el trabajo de conducir para él. Jason es mi hijo.

Rebus asintió.

—¿Por qué tanto escándalo? Cafferty podía conseguir cien tíos para conducir la furgoneta.

—Creía que le conocía, inspector. Cafferty es así. Él es... particular en cuanto a la carne.

—Está loco —comentó Rebus—. ¿Cómo es que se vio metido en este asunto?

—Yo todavía conducía a jornada completa cuando Cafferty le ganó a Jimmy la mitad del negocio. Una tarde, uno de los hombres de

Cafferty se presentó muy meloso, y me dijo que haríamos un recorrido por la costa a primera hora de la mañana siguiente. Con una parada en una granja en Borders.

—¿Usted fue a la granja? —Por eso había paja en la furgoneta.

El color se escapaba del rostro de Kintoul como la sangre de un corte de carne.

—Sí. Había algo en las pocilgas, envuelto en bolsas de fertilizante. Apestaba a rayos. Llevaba trabajando en la carnicería el tiempo suficiente para saber que algo se había estado pudriendo en aquella pocilga desde hacía unas semanas o incluso meses.

—¿Un cadáver?

—Es fácil de adivinar, ¿verdad? Vomité hasta las tripas. El hombre de Cafferty dijo que era un desperdicio, que tendría que haber vomitado en el comedero. —Kintoul hizo una pausa. Continuaba limpiándose la barbilla, aunque la mancha de salsa había desaparecido hacía un rato—. A Cafferty le gustaba que los cuerpos se pudriesen, así había menos posibilidades de reconocerlos cuando acababan en la orilla.

—¡Dios!

—Todavía no he llegado a la peor parte. —En la habitación contigua la esposa de Kintoul y su hijo hablaban en voz baja. Rebus no tenía prisa, y se limitó a mirar mientras Kintoul se levantaba para mirar por la ventana trasera, desde donde divisaba un trozo de jardín que podía llamar propio. Era pequeño, pero era suyo. Volvió y se sentó delante del fuego de gas, sin mirar a Rebus—. Yo estaba allí el día en que él mató a alguien —dijo con voz débil.

Luego cerró los ojos con fuerza. Rebus intentaba controlar su propia respiración. Este tipo sería el testigo estrella.

—¿Matarlo cómo? —Todavía sin presionar, todavía el amigo.

Kintoul echó la cabeza hacia atrás, para que las lágrimas volviesen a su origen.

—¿Cómo? Con sus propias manos. Habíamos llegado tarde y la furgoneta se había averiado en medio de la nada. Eran alrededor de las diez de la mañana. La niebla envolvía toda la granja, haciendo muy complicado conducir. Ambos vestían trajes, es lo que me

sorprendió. Estaban hundidos hasta los tobillos en el fango.

Rebus frunció el entrecejo, sin acabar de entenderlo.

—¿Estaban en la pocilga?

Kintoul asintió.

—Había un pasillo cercado. Cafferty estaba allí con el otro. Había otras personas mirando a través de la cerca. —Tragó saliva—. Juro que Cafferty parecía estar disfrutando. Allí; el barro salpicándole, con los cerdos chillando en las porquerizas preguntándose qué demonios estaba pasando y todos aquellos mirones silenciosos.

—¿Peleaban?

—Al otro hombre parecía como si le hubiesen dado una paliza antes. Nadie podía decir que era una pelea justa. Luego, después de que Cafferty le diese una paliza tremenda, le cogió por el cuello y le obligó a meterse en el fango. Se puso sobre la espalda del hombre, sujetándole la cabeza con las manos. Parecía como si eso no fuese nada nuevo; luego, el hombre dejó de resistirse...

Rebus y Kintoul guardaron silencio, intentando soportar la visión de esa pocilga a primera hora...

—Después —dijo Kintoul, su voz más baja que nunca—, nos sonrió a todos como si fuese su gran triunfo.

Luego, en el más completo y siniestro silencio, se echó a llorar.

Rebus visitaba el hospital con tanta frecuencia que estaba considerando pedir un abono de temporada. Pero no había esperado encontrarse a Flower allí.

—¿Te ingresas? La sección psiquiátrica está al final del pasillo.

—Ja, ja —dijo Flower.

—De todas maneras, ¿qué haces aquí?

—Yo podría hacerte la misma pregunta.

—Yo vivo aquí, ¿qué me dices tú?

—Vine a hacer unas cuantas preguntas.

—¿A Andrew McPhail?

Flower asintió.

—¿Nadie te dijo que tiene la mandíbula cosida con alambres? —Flower se estremeció, y Rebus sonrió de oreja a oreja—. En todo caso,

¿cómo es que es asunto tuyo?

—Involucra a Cafferty —contestó Flower.

—Oh, sí, así es, me había olvidado.

—Al parecer, por fin lo hemos cogido.

—Nunca se sabe con Cafferty. —Rebus miró a Flower sin parpadear mientras hablaba—. La razón por la que ha durado tanto es que es listo. Es listo y tiene los mejores abogados. Además, las personas le tienen miedo y tiene agentes en su bolsillo. Quizás incluso a un poli o dos.

Flower había aguantado la mirada; ahora parpadeó.

—¿Crees que yo estaba en el bolsillo de Cafferty?

Rebus lo había estado pensando. Tenía a Cafferty marcado por el ataque a Michael y el engaño con la pistola. En cuanto al torpe intento de atropello y fuga, había sido tan de aficionados, que debía de ser cosa de Broderick Gibson. Dicho de otra forma:

—No creo que seas tan listo. A Cafferty le gusta la gente lista. Pero creo que tú has hablado de mí con Hacienda.

—No sé de qué me hablas.

Rebus sonrió.

—Me gustan las frases manidas. —Luego se alejó por el pasillo.

Andrew McPhail fue fácil de encontrar. Solo tenía que buscar un rostro destrozado. Tenía tantos alambres que parecía el primer intento de alguien por armar un circuito eléctrico. Tenía los ojos cerrados.

—Hola —dijo Rebus. Los ojos se abrieron. Allí también había furia, pero Rebus podía soportarla. Levantó una mano—. No, no se moleste en darme las gracias. —Sonrió—. Está todo preparado para cuando lo dejen salir. Al norte para la rehabilitación, quizás un trabajo, y preciosos paseos por la costa. Tío, le envidio. —Echó una mirada a la sala. Todas las camas estaban ocupadas; las enfermeras tenían el aspecto de necesitar unas vacaciones urgentes, o por lo menos un gintonic y unas cuantas almendras tostadas—. Dije que le dejaría en paz —continuó Rebus—, y mantengo mi palabra. Pero le daré un consejo. —Apoyó las manos en el borde de la cama y se inclinó hacia McPhail—. Cafferty es el mayor delincuente de la ciudad. Usted es, probablemente, el único maricón en Edimburgo que no lo sabía.

Ahora, sus hombres saben que un tipo llamado McPhail le tendió una trampa a su jefe. Así que nunca se le ocurra volver, ¿de acuerdo? —McPhail continuó mirándolo furioso—. Bien —dijo Rebus. Se irguió, dio media vuelta y se alejó, luego hizo una pausa y se giró—. Oh, y quería decirle algo más. —Volvió junto a la cama y se quedó al pie de ella, donde las gráficas mostraban la temperatura de McPhail y había un listado de los medicamentos. Rebus esperó hasta que los ojos húmedos de McPhail se fijaran en él, y le sonrió compasivo—: Lo siento —dijo, y se volvió a girar, sin detener sus pasos.

Andy Steele había sido el intermediario necesario. Era demasiado peligroso que Rebus pusiese el soplo en marcha él mismo. La fuente del soplo podía haber llegado a Cafferty, y lo hubiese estropeado todo. McPhail no había sido necesario, pero sí útil. Rebus le explicó el engaño dos veces a Andy Steele, e incluso entonces el joven pescador no pareció entenderlo. Tenía el aspecto de un hombre con una docena de preguntas que no se podían formular.

—Bueno, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó Rebus.

Había estado soñando con que Steele ya podría haberse marchado de vuelta a casa.

—Oh, estoy solicitando una beca —dijo Steele.

—¿Te refieres para ir a la universidad?

Pero Steele soltó una exclamación.

—¡Imposible! Es uno de esos planes para que los desempleados monten un negocio.

—¿Sí?

Steele asintió.

—Reúno las condiciones.

—¿Cuál es el negocio?

—¡Una agencia de detectives, por supuesto!

—¿En qué lugar?

—Edimburgo. He ganado más dinero aquí desde que llegué que en seis meses en Aberdeen.

—No lo dirás en serio —dijo Rebus.

Pero Andy Steele hablaba en serio.

36

Tenía planeado un último encuentro que no le hacía ilusión. Caminó desde St Leonard's a la biblioteca universitaria en George Square. El guardia miró su identificación y le hizo un gesto hacia el mostrador, donde Nell Stapleton, alta y de hombros anchos, recogía los libros que devolvía un estudiante. Ella le vio y pareció sorprendida. Complacida al principio. Mientras se ocupaba de los libros, Rebus vio que su mente no estaba del todo por el trabajo. Por fin, se acercó a él.

—Hola, John.

—Nell.

—¿Qué te trae por aquí?

—¿Podemos hablar?

Stapleton consultó con la otra empleada si podía tomarse un descanso de cinco minutos. Caminaron hasta un pasillo entre las estanterías.

—Brian dice que has cerrado el caso, aquel que le tenía tan preocupado.

Rebus asintió.

—Es una gran noticia. Gracias por tu ayuda.

Rebus se encogió de hombros.

Nell ladeó un poco la cabeza.

—¿Pasa algo?

—No estoy seguro —contestó Rebus—. ¿Quieres decírmelo?

—¿Yo?

Rebus asintió de nuevo.

—No te entiendo.

—Has vivido con un policía, Nell. Ya sabes lo importantes que consideramos los motivos; algunas veces no hay mucho más de donde tirar. Hace poco he estado pensando en los motivos.

Se calló cuando una estudiante abrió la puerta, entró en el pasillo, le sonrió por un momento a Nell y siguió su marcha. Nell le observó

marchar. Rebus supo que ella hubiese querido cambiar de cuerpos por un minuto.

—¿Motivos? —preguntó Nell.

Se apoyaba en la pared, pero Rebus no veía ninguna calma en su postura.

—¿Recuerdas aquella noche en el hospital, la noche que atacaron a Brian? Dijiste algo sobre una discusión, y que él se había marchado al Heartbreak Cafe.

Nell asintió.

—Así es. Nos encontramos aquella noche para tomar una copa. Pero discutimos. No veo...

—Solo que he pensado en los motivos detrás del ataque. Al principio había muchos, pero los fui reduciendo. Todos son motivos que tú podrías tener, Nell.

—¿Qué?

—Me dijiste que tenías miedo por él y que estaba asustado porque estaba metiendo las narices en algo que podía llevar a la detención de Big Ger Cafferty. ¿No sería mejor si hubiera alguien más en el caso, algún otro para atraer el fuego? En otras palabras, yo mismo. Así que me involucraste.

—Ahora espera un minuto.

Rebus levantó la mano y cerró los ojos para pedir silencio.

—Luego, estaba la detective Clarke. Se estaban llevando muy bien. ¿Celos? Siempre un buen motivo.

—No me puedo creer todo esto.

Rebus no le hizo caso.

—Y, por supuesto, el más simple de los motivos: habíais discutido sobre tener o no tener hijos. Eso y el hecho de que él trabajaba demasiado y no te prestaba suficiente atención.

—¿Él te lo dijo?

La voz de Rebus sonó bondadosa.

—Tú misma me dijiste que aquella noche habíais tenido una pelea. Sabías adónde iba, al mismo lugar de siempre; entonces, ¿por qué no esperar cerca de su coche y darle un golpe en la cabeza cuando saliese? Una bonita y simple venganza. —Rebus hizo una pausa—.

¿Cuántos motivos llevamos? He perdido la cuenta. Suficientes para seguir adelante, ¿no?

—No me lo creo. —Las lágrimas asomaban a sus ojos. Cada vez que parpadeaba, aparecían más. Se pasó el pulgar y el índice por la nariz, para limpiarse, respirando ruidosamente—. ¿Qué vas a hacer? —preguntó ella por fin.

—Voy a prestarte un pañuelo —dijo Rebus.

—¡No quiero tu puto pañuelo!

Rebus se llevó el índice a los labios.

—Recuerda que esto es una biblioteca.

Ella se enjugó las lágrimas.

—Nell —dijo en voz baja—, no quiero que me digas nada. No quiero saber. Solo quiero que tú lo sepas. ¿De acuerdo?

—Crees que eres el colmo de listo.

Rebus se encogió de hombros.

—La oferta del pañuelo se mantiene.

—Que te follen.

—¿De verdad quieres que Brian deje el cuerpo?

Pero Nell ya se alejaba; la cabeza bien alta, exagerando el movimiento de los hombros. Rebus la observó ir detrás de la mesa, donde su compañera adivinó algún tipo de problema y la rodeó con un abrazo de consuelo. Rebus miró hacia las estanterías de libros que tenía delante, pero no vio nada para demorar su marcha.

Se sentó en un banco en el Meadows con la parte trasera de la biblioteca a su espalda. Miraba un partido de fútbol improvisado, con las manos metidas en los bolsillos. Ocho contra siete. Habían venido a preguntarle si quería participar en el juego.

«Debéis de estar desesperados», había dicho. Los postes de la portería eran un cono de tráfico naranja y blanco, una pila de abrigos, una pila de carpetas y libros, y una rama clavada en el suelo. Rebus consultó su reloj más a menudo de lo necesario. En cambio, nadie en el campo se preocupaba demasiado del tiempo transcurrido de la primera mitad. Dos de los jugadores parecían ser hermanos, aunque jugaban en bandos opuestos.

Mickey había dejado el apartamento aquella mañana, y se había llevado con él las fotos de su padre y del tío Jim.

«Para recordarlos», había dicho.

Una mujer con una gabardina Burberry se sentó a su lado en el banco.

—¿Son buenos? —preguntó ella.

—Harían que los Hibs sudaran por su dinero.

—¿Hasta qué punto les hace eso buenos? —preguntó ella.

Rebus se volvió hacia la doctora Patience Aitken, sonrió, y sujetó su mano.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó.

—Lo de siempre. El trabajo —respondió ella.

—Intenté llamarte tantas veces...

—Pues entonces, tranquilízame.

—¿Cómo?

Patience se acercó más a él.

—Dime que no soy solo un número en tu pequeño libro negro.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea agradecer la ayuda del Chandler-Fulbright Award en la redacción de este libro.

* *Jeez*: Jesús. (*N. del t.*)

* *Grouse* significa «urogallo». (*N. del t.*)

* *Mad* significa «loco». (*N. del t.*)

* *Strawman* significa «hombre de paja». (*N. del t.*)

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es